



CORAZÓN DE TIERRA ROJA 4

N.R. WALKER



CORAZÓN DE TIERRA ROJA 4

N.R. WALKER

ÍNDICE

[Información Previa A La Lectura:](#)

[Corazón De Tierra Roja](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Epilogo](#)

[Dos años después de la boda...](#)

[El día que conocimos a Amelia...](#)

[Cuando Milly tenía dos años...](#)

[Cuando Milly tenía cuatro años...](#)

[Cuando Milly tenía seis años...](#)

[Cuando Milly tenía doce años...](#)

[Cuando Milly tenía diecisiete años...](#)

[Nota De La Autora:](#)

[Sobre La Autora](#)

[También de N. R. Walker](#)

CRÉDITOS

Artista de Portada: N.R. Walker
Editor: Erika Orrick
Editorial: BlueHeart Press
Traductor: Francisco David
Corazón de Tierra Roja 4 © 2024 N.R. Walker

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS:

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con establecimientos comerciales, eventos o locales es casual. El material artístico autorizado se utiliza únicamente con fines ilustrativos.

ADVERTENCIA:

Sólo para mayores de 18 años. Este libro contiene material que puede resultar ofensivo para algunas personas y está dirigido a un público adulto. Contiene lenguaje gráfico y situaciones adultas.

MARCAS REGISTRADAS:

Todas las marcas comerciales pertenecen a sus respectivos propietarios.

DEDICATORIA

*Para aquellos que se arriesgaron conmigo hace años, y para aquellos que todavía están
conmigo,
os lo agradezco.*

INFORMACIÓN PREVIA A LA LECTURA:

EL TAMAÑO IMPORTA: la estación Sutton, si bien es ficticia, se basa en una propiedad en funcionamiento en el centro de Australia y está a tres horas en automóvil de la ciudad más cercana. Estación Sutton tiene 10.441 kilómetros cuadrados. Para comparar, el rancho más grande de los EE. UU. es King Ranch con 3340 kilómetros cuadrados. La estación Sutton es la tercera estación más grande del Territorio del Norte y está clasificada como desierto. Tiene aproximadamente el mismo tamaño que el Líbano.

El Territorio del Norte es un territorio federal entre Queensland y Australia Occidental. Es como un estado, simplemente no lo llames así frente a alguien que vive allí.

CORAZÓN DE TIERRA ROJA

Bienvenido a la Estación Sutton: Una de las granjas en funcionamiento más grandes del mundo, en el centro de Australia, donde si los animales y el calor no te matan primero, tu corazón podría hacerlo.

SINOPSIS

Mudarse de un rancho de Texas a una estación del interior de Australia fue una decisión que cambió la vida de Travis Craig. Aunque en realidad no fue una decisión. Algo en sus huesos le dijo que fuera, aunque no tenía idea de por qué. Hasta que conoció al dueño de Estación Sutton, Charlie.

Amar a Charlie no debería haber sido fácil. El hombre era terco y estaba plagado de dudas paralizantes. No, no debería haber sido nada fácil. Sin embargo, de alguna manera, enamorarse de Charlie fue la cosa más fácil del mundo. Amarlo era fácil. Vivir con él, enseñarle cómo amar a cambio y, más importante aún, cómo amarse a sí mismo, no lo era. Pero Travis sabía desde el principio que valdría la pena. Sabía que el hombre del corazón de tierra roja estaba destinado a ser suyo. Así como sabía que la tierra roja que lo rodeaba era donde se suponía que debía estar.

En la última entrega de la serie de Tierra Roja, vemos a Charlie a través de los ojos de Travis. Vemos cuánto ha crecido y cuánto ama. Regresamos a Texas con ellos y vemos a Charlie obtener todo lo que realmente pensó que nunca merecería. Corazón de Tierra de Roja 4 es la historia de Travis. Y esta es la historia no sólo de un corazón de tierra roja, sino de dos.

CORAZÓN DE TIERRA ROJA 4

N.R. WALKER

CAPÍTULO UNO

VIVIENDO EN EL TIEMPO DE CHARLIE SUTTON.

MIRAR a Charlie Sutton era realmente fácil. Estaba en forma para trabajar la tierra, con cabello castaño corto y sencillo, piel bronceada por el sol, los ojos marrones más castaños y una sonrisa asesina.

Cuando la mostraba, claro estaba.

Como ahora, descansando bajo el sol con los ojos cerrados, las comisuras de sus labios estaban ligeramente curvadas. Llevaba su bañador, o boardies, como él los llamaba, su cabello todavía estaba un poco mojado por la piscina y el agua se secaba en su piel. Podría mirarlo todo el día.

—¿Qué? —preguntó. Ni siquiera abrió los ojos—. Sé que me estás mirando. Puedo sentirlo.

Me puse de lado en la tumbona junto a la piscina, metí el brazo debajo de la cabeza y lo miré fijamente.

—Deberíamos salir de vacaciones más a menudo —le dije.

Abrió un ojo, me miró directamente, sonrió y volvió a dormir.

—He estado de vacaciones más en estos últimos dieciocho meses que en toda mi vida.

Pensé en los otros viajes que habíamos hecho. Charlie quería que viera más del Territorio del Norte que solo la estación y Alice. Me llevó a Kakadu, a Uluru y al King's Canyon, que para la mayoría de la gente son simplemente maravillas naturales espectaculares. Para mí fueron una lección de historia geológica, y Charlie dijo que volvía locos a los guías turísticos con preguntas. Pero fue increíble y me hizo enamorarme un poquito más de este lugar.

En este momento estábamos en Darwin, la capital del Territorio, la capital más al norte de Australia. Más cerca de Indonesia que cualquier otra ciudad importante de Australia, era la capital más pequeña y tranquila que había visto. Se parecía más a una gran ciudad rural costera, pero tenía algunas comodidades. Como estar junto a la piscina del SkyCity Hotel. Cinco estrellas de lujo absoluto.

Pero no eran los vestíbulos de mármol y los muebles caros, la comida gourmet y el servicio de habitaciones lo que me encantaba. Era ver a Charlie bien dormido y libre de estrés lo que hacía que valiera la pena cada centavo.

Como ahora.

Pasamos toda la mañana en la cama, almorzamos tarde y pasamos la tarde junto a la piscina.

—Bueno, técnicamente esto no son unas vacaciones. —Me puse boca arriba—. Estamos aquí para trabajar.

Charlie levantó la cabeza y miró alrededor de la piscina tropical, los helechos y el bar de cócteles.

—No se me parece mucho a un trabajo.

Resoplé.

—Bueno, más o menos lo es. Estás aquí por asuntos oficiales y yo soy tu asistente personal.

—¿Mi asistente personal?

—Muy personal.

Charlie se rio y volvió a cerrar los ojos. Tomó el sol, la sonrisa aún adornaba sus labios y se veía muy bien.

Suspiré satisfecho. Contento. Así es como estaba. Charlie no podía entenderlo, creo que pensaba que estaba loco, pero simplemente me encantaba estar aquí.

No solo *aquí*. No sólo Australia, o el Outback, no sólo montar a caballo y perseguir ganado a través de la tierra roja y el sol abrasador. Demonios, incluso el invierno era cálido. Amaba todo.

Amaba a Charlie.

El tipo más testarudo, exasperante, imposible y absolutamente maravilloso. Yo todavía lo estaba mirando. No había dejado de hacerlo. Charlie fue bastante claro en cuanto a no mostrar muestras públicas de afecto; aunque no ocultaba quién era, tampoco quería ser descaradamente ofensivo al respecto. Había razonado que estábamos aquí por negocios y deberíamos actuar en consecuencia, lo cual no tuve ningún problema en aceptar.

El hecho de que hubiera puesto su mano en mi espalda cuando entramos al ascensor o cómo se esforzaba en tocarme si pensaba que alguien me estaba mirando me hacía sonreír. Era algo muy propio de Charlie. Era una mezcla de caballero anticuado y monstruo de ojos verdes, y la forma en que luchaba con ambos era casi cómica. Era del tipo que me abría la puerta y se sonrojaba y sonreía ante un cumplido. Pero si creyera por un segundo que otro chico estaba siquiera pensando en coquetear conmigo, encontraría una manera de tocarme de una manera no muy sutil de “él me pertenece, así que vete a la mierda”.

Y le pertenecía.

Estábamos técnicamente comprometidos. Le pedí que se casara conmigo y dijo que sí. Pero no se lo habíamos dicho a nadie ni lo habíamos hecho más oficial que eso. No lo necesitaba. Sólo saberlo era suficiente.

Como dije. Contento. Feliz. En paz con mi lugar en el mundo. Mi hogar.

Solo deseaba poder quedarnos junto a esa piscina toda la noche, pero nuestro tiempo aquí en Darwin era corto y nuestra lista de cosas que hacer era larga.

—¿A qué hora es la cena esta noche?

—Sam dijo que llegarían alrededor de las siete.

Sam, el hermano desconocido de Charlie, vivía en Darwin y ya lo habíamos visto dos veces en los dos días que llevábamos aquí. Charlie sugirió cenar en el hotel en el que nos alojábamos y Sam sugirió ir a los bares la noche siguiente. Ya teníamos planeada una cena, le había explicado Charlie, pero Sam insistió en que saliéramos después. Así que Charlie cedió y nuestra estancia de tres días en Darwin estuvo completamente reservada.

No es que me importara. Me encantaba que Charlie estuviera forjando una relación con Sam. Habían hablado por teléfono a menudo durante los últimos doce meses, y aunque era la primera vez que visitábamos a Sam y Laura, la madre biológica de Charlie, aquí en Darwin, Sam nos había visitado en la estación dos veces. Le encantó. Para él, eran como unas vacaciones de trabajo en una granja. Podía montar a caballo y hacer motocross, acampar y hacía su parte de trabajos y tareas domésticas.

Me gustaba Sam. Se parecía mucho a Charlie, sólo una versión urbana, eso era todo, y a pesar de mis dudas al principio, me alegraba mucho de que se hubieran conocido. Incluso me había empezado a gustar Laura. Era paciente con Charlie, y Dios sabe que si alguien iba a

conocerlo, necesitaba paciencia a montones. Me pareció que el motivo de Laura para volver a conectarse con Charlie no era ella misma, sino más bien su hijo. Quería que Sam y Charlie fueran hermanos, o al menos amigos.

Que lo eran. Simplemente hicieron clic.

Tenían el mismo sentido del humor, lo que significaba que encontraban divertidas las cosas en sus cabezas. Cuando alguien decía algo, simplemente se miraban y sonreían, como si solo ellos entendieran la referencia. Era entretenido de ver y la cena no fue diferente.

Sam, su novia Ainsley, Laura y su marido Steve nos recibieron en el restaurante. Charlie, luciendo bien afeitado, bien vestido y oliendo aún mejor, pasó la noche hablando y riendo con su hermano. Tenía su pie enganchado al mío o su mano en mi rodilla debajo de la mesa la mayor parte de la noche, y yo sonreía cada vez que se reía.

—No, no, no —dijo contándoles sobre el correo electrónico que había recibido acerca de aceptar a otro estudiante de posgrado para un programa de intercambio, como el que yo había hecho y que me llevó a su puerta—. La última vez que acepté eso, el maldito chico nunca se fue —dijo pasando su brazo alrededor de mi hombro.

Todos se rieron de eso, o tal vez de mi expresión.

—Muchas gracias. Recuerdo específicamente que alguien me pidió que me quedara.

Charlie se rio entre dientes y apretó mi rodilla.

—Y el tipo anterior era un tipo inglés que casi se cocina solo.

Sam se rio.

—¿No soportaba demasiado bien el calor?

—No, aparentemente no. Yo estaba en Sídney cuando él estuvo allí, así que no lo vi de primera mano, pero por lo que escuché, no fue bonito.

—Pero el americano salió bien, ¿no? —preguntó Ainsley, guiñándome un ojo.

Charlie me miró y sonrió.

—Sí, sí. He decidido quedármelo.

—Entonces, ¿por qué no quieres otro estudiante de agronomía? —preguntó Sam—. Todo está arreglado para ti ahora, ¿no es así? Quiero decir, antes estabas muy ocupado, pero ahora está más tranquilo, ¿no?

—Así es —admitió Charlie, y luego se encogió de hombros—. Todo en este momento es perfecto. Conseguí mi título, por fin, gracias a Trav, al menos me queda un año más en la junta directiva de la Asociación de Productores de Carne, tenemos el contrato de proveedor del supermercado, a Ma le han dado el visto bueno desde el punto de vista de la salud y todo va sin problemas.

—Él no quiere gafarlo —les dije—. Charlie parece pensar que si prueba su suerte, todo se irá a la mierda.

Charlie ni siquiera intentó negarlo. Simplemente se rio.

—Todo está genial en este momento. No necesito que un niño de Dios sabe dónde se pierda en el desierto.

Mi boca se abrió.

—No soy un niño de Dios sabe dónde. Y no me perdí en el desierto. Tu caballo me tiró.

Los ojos de Charlie se abrieron cuando obviamente se dio cuenta de lo que había dicho y apretó mi rodilla.

—¡No me refería a *ti*! —Rio—. Pero sí, hiciste todas esas cosas.

Luché contra una sonrisa.

—Sí, todo es diversión y juegos hasta que alguien casi muere en el desierto.

Charlie me sonrió, pero había suavidad en sus ojos, y apoyó un poco su brazo contra el mío, dándome un suave empujón en una forma de que no era diversión y juegos en todo.

—¿Cómo está Nugget? —preguntó Laura.

—Oh, está genial —dijo Charlie, iluminándose de inmediato—. Sigue siendo un dolor de cabeza. Bueno, es menos doloroso ahora que no tengo que darle de comer por la noche, pero todavía corre por la casa.

—Todavía mordisquea todo —agregué.

Charlie se rio por eso.

—Mastica las cosas de Trav. Las de nadie más.

Laura se rio.

—¿Y cómo está la adorable pequeña Grace? —Habían pasado algunos meses desde que Laura la había visto.

—Bueno, Gracie es simplemente la niña más linda —dijo Charlie—. Ya camina, dice algunas palabras. Estoy tratando de que diga “Tío Charlie”, pero eso sólo la hace reír. —Charlie simplemente sonrió cuando habló de la niña de Trudy y Bacon. Siempre sonreía—. Es su cumpleaños este fin de semana. Por eso tenemos que volver a casa pasado mañana. Hay una fiesta muy importante para la que debemos prepararnos.

—Charlie la está malcriando —le dije.

—No la estoy *malcriando* —dijo a la defensiva—. Yo solo...

—La malcrías —terminé por él. Le estaba sonriendo. Esa chica lo tenía totalmente envuelto en su dedo meñique. Podría ser un ganadero duro, pero esa niña sólo tenía que reírse y levantarle los brazos, y él la levantaba y se convertía en un gran charco de baba de bebé.

Sin embargo, todavía no podía conseguir que hablara conmigo sobre tener hijos.

No tenía idea de cómo verse a sí mismo como yo lo veía o cómo pensar que merecía esas cosas en la vida. Me tomó dos años lograr que se diera cuenta de que merecía ser amado. Sabía que me esperaba un largo camino para que él viera que podía casarse y tener hijos. Pero no me importaba. Podría esperar.

Sabía que su desgana, su vacilación en querer tener hijos no tenía nada que ver conmigo. Era un miedo profundamente arraigado a ser padre o, más concretamente, a ser como *su* padre.

Lo sabía. Sólo tenía que conseguir que Charlie viera que era muy válido.

Y lo que pensé que podría llevar años y el más lento de los pasos dio un enorme salto esa noche. Después de un año entero sin nada, ni una palabra, ni una mención, Charlie dijo algo que se suponía que no debía escuchar.

Después de cenar, nos trasladamos al bar. Era un bar estilo centro turístico de cinco estrellas, había sillas y mesas en el patio junto a la piscina, y nos encontramos tomando unos cócteles después de cenar. Me ofrecí a invitar una ronda para todos y Laura vino conmigo al bar. Charlie y Sam estaban hablando, y tal vez hubo una pausa en la música o tal vez su voz sonó más alta, pero pudimos escuchar a Charlie con claridad cristalina.

—Travis me pidió que me casara con él.

Solo así.

Los ojos de Laura se posaron en los míos y su mano fue a mi brazo. Ella estaba sonriendo.

—¿En serio?

Me quedé sin palabras, estupefacto de que después de un año de apenas hablarme de ello, simplemente lo hubiera dejado escapar así.

—Eh. —Afirmé con la cabeza con asombro y resoplé—. Eh, sí.

—¿Por qué no nos lo dijisteis antes? —preguntó. Una pregunta inocente, de verdad.

—Bueno, se lo pregunté hace un año. Él dijo que sí, pero, um... —Traté de pensar en cómo decir esto sin herir sus sentimientos—. Bueno, no lo ha mencionado en mucho tiempo, y supongo que solo quiere que Sam lo sepa. —Me encogí de hombros—. Lo siento, pero no creo que se supusiera que escucháramos eso.

Laura miró a Sam y Charlie y su sonrisa vaciló un poco, pero respiró hondo y levantó la barbilla.

—Me alegra que se lleven bien. Ahora se tienen el uno al otro y eso es todo lo que puedo pedir.

—Yo también me alegro —le dije—. Y me alegro de que él también te tenga a ti. Sé que habéis hablado durante el último año y sé que a veces todavía parece un poco a la defensiva, pero, Laura, ¿puedo decirte algo?

Laura respiró hondo, como si se preparara para las malas noticias, pero asintió.

—Sí, claro.

Me volví hacia la barra y hablé lo suficientemente bajo como para que Charlie no pudiera oírme.

—Cuando llegué aquí por primera vez, él estaba... No quiero decir la palabra *roto*, porque no lo estaba, pero estaba muy alejado de las personas en su vida. Supongo que pensó que la única manera de estar con la gente y sobrevivir en Estación Sutton era ser como su padre.

Laura asintió con tristeza.

—Oh. Eso lo deduje de lo que me dijeron George y Katie. Charlie nunca habla de eso...

No me sorprendió.

—Él no hablará de eso. No es fácil para él. Me ha llevado dos años arreglarlo, y estoy muy lejos de terminar.

Me dio una sonrisa triste.

—Eres tan bueno con él.

Entonces volví a mirar a Charlie, que ahora se reía de algo que Sam había dicho.

—No creas que el hecho de que no te cuente cosas sobre sí mismo es un reflejo de ti, porque no lo es. Se trata de él. Pero puedo decirte esto, el hecho de que te quiera en su vida, de que *siquiera* estés aquí ahora, es enorme para él. Y que le haya contado a Sam hace un momento que estábamos comprometidos... —Negué con la cabeza lentamente—: Bueno, eso es algo monumental.

Laura me sonrió.

—¿Entonces no habéis fijado una fecha?

Solté una carcajada.

—Ah, no. Literalmente se lo pregunté hace un año y ni siquiera se lo ha dicho a Ma ni a George todavía, así que no, todavía falta un tiempo para eso.

—¿En serio? —Inclinó la cabeza—. ¿No se lo ha contado a nadie?

—Bueno, se lo dijo a Sam hace un momento.

—¡Pero ha pasado un año! —susurró obviamente desconcertada.

Me reí.

—Bienvenida a vivir en el tiempo de Charlie Sutton. O es todo a la vez o intentar llenar un océano gota a gota.

CHARLIE CAYÓ de espaldas sobre la cama aún deshecha y se desabrochó los jeans.

—He comido demasiado y tomado demasiados cócteles. ¿Qué diablos fue lo último que me diste?

Me quité las botas y me quité los pantalones.

—Era un tal Tom Collins. Pensé que entre todas las bebidas del menú, elegirías una que sonara como la de un hombre.

Se rio entre dientes.

—Bueno, si Qantas alguna vez necesita un nuevo tipo de combustible...

Le quité las botas a Charlie.

—Iba a conseguirte un Cocksucking Cowboy.

Se rio más fuerte.

—Un “Vaquero Chupapollas”. Me conoces bien. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque Laura estaba conmigo en el bar.

Suspiró.

—Vosotros dos parecíais bastante cómodos conversando.

Me arrodillé en la cama y trepé por su cuerpo hasta que estuve a la altura de besarle los labios y apoyé mi peso sobre él.

—Escuché lo que le dijiste a Sam.

Los ojos de Charlie estaban un poco llorosos y tocó mi cabello.

—¿Qué le dije?

—Que te pedí que te casaras conmigo.

Tragó y sus ojos se movieron entre los míos.

—¿Te parece bien?

Besé sus labios.

—Muy bien.

—No sé por qué se lo dije —dijo—. Simplemente salió a la luz.

—Está bien, Charlie. Puedes decírselo a quien quieras.

—¿Se lo has contado a tu madre o a tu padre? —preguntó—. Quiero decir, no hemos hablado de eso en un tiempo...

—¿Un tiempo? —lo interrumpí—. En realidad, no hemos hablado de eso. Nada.

—Sí, lo hemos hecho —respondió como ofendido—. Tres veces en el último año, desde que me lo preguntaste. Una vez, cuando estábamos en Uluru, ¿recuerdas? Acostados en la cama y dijiste que llevarte allí era el mejor regalo de aniversario, y yo dije que el tuyo era mejor. ¿Recuerdas?

—¿Mi regalo de aniversario?

—Me pediste matrimonio. —Sus cejas se juntaron—. Y luego aquella vez que estábamos viendo ese estúpido reality show que te gusta y esa pareja gay estaba casada y me susurraste al oído que la palabra *esposo* sonaba bien y dije que sí, que era una pena que el gobierno australiano no estuviera de acuerdo. ¿No lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, pero...

—Y apenas el mes pasado, cuando estábamos cuidando a la pequeña Gracie y la tuvimos durante todo un fin de semana, y yo la estaba acostando para dormir y dijiste algo acerca de hacerlo en una iglesia y yo dije que no, no necesito una iglesia. Estabas ahí para eso. Por favor dime que lo recuerdas.

—Estaba hablando de que Trudy y Bacon bautizaran a Gracie. ¿De qué crees que estaba hablando?

Abrió la boca y la volvió a cerrar. Finalmente respondió:

—De casarnos.

—¿Entonces esta es tu idea de conversaciones sobre casarse?

—Bueno, hablamos de eso —dijo.

—Has estado teniendo conversaciones mentales otra vez, Charlie —dije con una sonrisa—.

¿Qué tal si me incluyes en ellas de vez en cuando?

No sonrió y tenía esa mirada pensativa en sus ojos.

—Dilo, Charlie.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

Negué con la cabeza.

—Te estaba esperando.

Giró la cabeza para no tener que mirarme. Me apoyé sobre mis codos y le rodeé la barbilla para que sus ojos se encontraran con los míos nuevamente.

—No te apresuraré. Te esperaré siempre.

—Un año es demasiado, ¿no? —Tenía esa mirada de Charlie a punto de entrar en pánico en sus ojos—. Quiero decir, me gusta la idea, no, no me gusta, quiero decir, amo la idea, y ya ha pasado un año y he perdido tanto tiempo...

Lo besé para que se callara.

—Charlie, ha sido un gran año y no cambiaría nada.

Me miró fijamente durante un minuto muy, muy largo.

—Creo que deberíamos decírselo a tus padres. Al menos que me lo pediste y dije que sí, pero eso es todo hasta aquí. No hay planes de boda reales ni nada de eso. Porque, bueno, tendremos que esperar a que las leyes cambien, y aun así no sé si casarme, quiero decir, comprometerse está bien, pero casarse es otra cosa.

Me reí de él y de sus divagaciones nerviosas y lo besé tranquilamente con labios sonrientes. Golpeé su nariz con la mía de esa manera que hacía que se le quedara el aliento en la garganta.

—Solo saberlo es suficiente, Charlie. Sólo saber que dijiste que sí siempre será suficiente.

Nos dio la vuelta para quedar encima de mí y volvió a mirarme fijamente.

—Solo saber que me lo pediste también es suficiente.

CAPÍTULO DOS

LOS DOS LADOS DE CHARLIE.

PASAMOS la mañana siguiente haciendo turismo e inevitablemente terminamos pasando el calor de la tarde de Darwin junto a la piscina del hotel.

—¿Realmente tenemos que ir a esa vieja y aburrida cena esta noche? —pregunté.

—Sí.

—¿Pero saldremos a tomar unas copas después con Sam y Ainsley?

—Sólo porque no me dejas *no* ir.

Ahugué una carcajada.

—Tienes razón sobre eso. No es que tengamos la oportunidad a menudo —le dije—. De todos modos, nunca te he visto borracho y planeo emborracharte un poco.

Charlie resopló.

—No me he emborrachado en mucho tiempo, así que, en el lado positivo, sólo debería costarte unas dos cervezas.

—Entonces podrás aprovecharte al máximo —le dije—. O yo de ti. Ya sabes, no soy más que versátil.

Esta vez Charlie se rio entre dientes, pero aun así no abrió los ojos.

—Sí lo eres.

—Y talentoso.

—Eso también —aceptó. Abrió un ojo y me miró, todavía sonriendo—. Te olvidaste de la modestia. —Cerró los ojos de nuevo.

—Iba a admitir que soy engreído, pero modesto servirá.

Negó con la cabeza, todavía con los ojos cerrados, obviamente amando el calor del sol en su piel.

—No puedo beber demasiado —dijo—. No quiero tener resaca durante el viaje a casa.

—¿A qué hora empieza esta cena? —pregunté de nuevo.

—A las seis.

Me senté en la tumbona y puse los pies en el suelo.

—Entonces será mejor que empecemos temprano.

—¿No puedes simplemente quedarte ahí tumbado y disfrutar de estar quieto? —preguntó sin hacer ningún movimiento para levantarse—. Debería hacerte una prueba de TDAH o algo así. Siempre tienes que estar ocupado.

—Bueno, podría dejarte ahí tumbado, pero considerando que se supone que estaremos en esa cena en aproximadamente media hora, entonces será mejor que...

Charlie se sentó.

—¿Qué? ¿En media hora? —Ni siquiera buscó un reloj o el móvil. Miró hacia el cielo.

Nunca me acostumbraría a decir la hora al estilo Outback.

—Y mi madre ya lo hizo —le dije—. Hacerme una prueba de TDAH, quiero decir, porque soy un poco hiperactivo, pero soy simplemente yo. Me gusta hacer cosas.

Charlie me miró y parpadeó.

—Estaba bromeando sobre eso —dijo en voz baja. Luego volvió a preguntar—: ¿Qué hora es?

Miré mi reloj, como hace la mayoría de la gente normal para decir la hora.

—Son las cinco y veintisiete.

—Mierda —dijo levantándose—. Vamos a llegar tarde.

Veintiséis minutos más tarde, entramos al restaurante del hotel, duchados y vestidos para cenar.

Había asistido a suficientes reuniones de la Asociación de Productores con Charlie durante los últimos doce meses como para saber qué esperar. No creía que una reunión de compradores de un supermercado sería diferente.

Era más bien una cena informal anual en la que los patrocinadores hablaban de productos y suponía que asistían todos los agricultores que podían permitirse el dinero o el tiempo. Era una especie de networking, lo cual a Charlie le convenía hacer fuera de la Asociación de Productores de Carne.

Los verdaderos peces gordos estaban allí y fue divertido ver a Charlie en un entorno en el que solo era el propietario de la tercera estación más grande. Y, sin embargo, a pesar de ser cuarenta años más joven que ellos, era bastante obvio que los dos hombres que dirigían las estaciones más grandes lo respetaban.

Sutton era un nombre reconocido en la industria y Charlie había superado los registros de su padre en ventas y productividad. Incluso con los precios medios de las acciones, Charlie hacía un buen negocio. Sus credenciales en la Asociación de Productores de Carne tampoco le perjudicaban.

Charló con todos, incluido Blake, el tipo que habíamos conocido en el avión el año pasado y que había conseguido el contrato de Charlie en la lista de compradores del supermercado.

Cinco minutos antes de que comenzaran las formalidades, Blake le preguntó a Charlie si podía levantarse y decir unas palabras delante de todos. Realmente no tuvo mucho tiempo para discutir o preparar lo que iba a decir.

Pero simplemente caminó hasta el frente y se detuvo detrás del podio como si fuera suyo. Ahora, sabía que era inteligente, y a menudo hablábamos sobre las diferentes ciencias que habíamos estudiado en agronomía, y lo había oído hablar por teléfono con todo tipo de personas. Pero él se detuvo allí y habló de cifras, porcentajes, cambios de impuestos, kilos por dólar y proporciones de acciones. Habló sobre el clima y las temporadas y ventas proyectadas, el aumento de los gastos generales y la disminución del valor de las acciones, y cómo el dicho *trabaja inteligentemente y no más duro* era cada día más cierto.

Sabía que era un hombre de negocios. Es decir, por supuesto que lo era. Me sentí un poco tonto por estar tan sorprendido, pero me dejó atónito. Perdí la noción de lo que estaba hablando y me obsesioné con verlo hablar. Sólo hizo contacto visual conmigo una vez, pero apartó la mirada rápidamente porque empezó a sonreír. Si le preocupaba que las personas en la sala, sus colegas, no lo respetaran, entonces estaba equivocado. Cuando terminó de hablar, recibió el aplauso más fuerte de todos los presentes.

Allá arriba, con sus buenos jeans y su mejor camisa de botones, sus botas lustradas y su cabello cepillado, hablando de negocios y dictando normas para mantener los costos bajos y los

precios altos, lo logró resueltamente. Nunca se había visto tan jodidamente sexi.

Charlie regresó y tomó asiento junto al mío. No era como si pudiera reconocerlo con más que una sonrisa de “es sólo mi jefe”, pero después de un rato, cuando alguien más estaba hablando, le di un rápido empujón a su rodilla con la mía. La comisura de sus labios se torció como si estuviera luchando contra una sonrisa, y en lugar de acercarme mucho y decirle que me había provocado una erección, me removí en mi asiento, crucé las piernas a la altura de los tobillos y palmeé mi pene, todo de una vez, movimiento suave que nadie notó excepto él.

Tosió para contener una carcajada y mientras seguía sentado allí, todo tranquilo y sexi, pasé los siguientes cuarenta minutos pensando en cosas desagradables como animales atropellados y destripar pescado.

UNA VEZ que todos los deberes de los adultos y la cena quedaron atrás, era hora de soltarse. Había estado esperando ver a Charlie en modo fiesta desde que sugirió el viaje a Darwin hacía unas semanas.

Tomamos un taxi hasta la dirección que Sam nos había dado, y Ainsley y él estaban esperando en la acera cuando llegamos.

—¿Qué tal la cena?

Charlie se encogió de hombros.

—La comida estaba buena, mi discurso fue una mierda.

Me reí.

—Ignóralo. Su discurso fue brillante. —Miré el lugar al que Sam nos había dicho que fuéramos. Era un restaurante griego.

—¿Acabáis de terminar de cenar? —pregunté.

Sam y Ainsley sonrieron.

—No —dijo—, os llevaremos arriba.

Miré hacia el segundo piso. No parecía, bueno, nada.

—Bueno...

Sam sonrió.

—Te gustará. —Miró a Charlie—. Tú probablemente me matarás.

Me reí de eso, pero Charlie miró hacia el segundo piso del edificio y luego miró a su hermano con cautela.

—¿Por qué siento que no me va a gustar lo que hay ahí arriba?

Sam resopló y puso su mano sobre el hombro de Charlie.

—Vamos. —Caminó hacia la entrada, pero luego se detuvo—. Para que lo sepas, nunca he estado aquí antes, así que me disculpo si es aburrido.

—Suen a siniestro —murmuró Charlie, pero los seguimos escaleras arriba y nos encontramos en un bar.

Un bar “gay”. Y usaba el término entre comillas porque no era como un bar gay normal de la ciudad. Eran apenas las diez de la noche y apenas había luz. Pero ya era lo suficientemente tarde como para que hubiera media multitud, en su mayoría bebiendo, hablando, en su mayoría hombres. Sam se rio de la expresión de Charlie.

—Oh, vamos —bromeó Sam—. ¿Con qué frecuencia podéis hacer esto?

—Nunca —respondí.

Charlie parecía estar a punto de objetar, pero me miró y sin duda me vio sonriendo. Puso los

ojos en blanco y suspiró, sonreí y Sam y Ainsley se rieron.

—Yo invito —dijo Sam—. ¿Cerveza?

—No creo que importe en este momento. —Charlie me miró y negó con la cabeza—. Tenemos que irnos a casa mañana y prefiero no tener resaca, pero creo que necesito unas copas para sufrir esto —dijo agitando la mano hacia la zona de la pista de baile.

—No será tan malo —le dije deslizando mi mano en el bolsillo trasero de sus jeans. Me incliné y susurré para que sólo él pudiera escuchar—: En realidad, me gusta poder tocarte cuando salimos. No puedo hacer esto en un bar en Alice.

Sam regresó con las manos llenas de botellas y nos entregó una cerveza a cada uno. Ainsley nos sonreía mientras tomaba su primer sorbo.

—Dime, la otra noche dijiste que estabas malcriado a lo grande a Grace. ¿Qué le regalarás?

Si el objetivo de Ainsley era hacer que Charlie se relajara, funcionó de maravilla. Charlie pasó las dos primeras cervezas contándoles a Ainsley y Sam todo sobre las botas rosas que había pedido para Gracie y, por supuesto, el Akubra de la pequeña. Trudy iba a volverse loca cuando viera lo que le compró a su hija, pero no había nada que lo detuviera. Pasó la siguiente cerveza contándoles todo sobre el último hábito de Nugget de morder los pies y simplemente ser gracioso.

—Sí, sí —lo interrumpí con otra cerveza—. Todos sabemos que he sido relegado al número tres en tu lista de favoritos.

—Eso no es cierto —dijo con una sonrisa de tres cervezas.

Miré hacia la pista de baile que se estaba llenando, muriendo por sacarlo allí. Charlie y yo habíamos hecho muchas cosas, pero bailar nunca fue una de ellas. Al menos no en un club nocturno.

—Bebe —le dije—. Le debes un baile al número tres de tu lista.

Se acercó y se apoyó contra mí.

—Tú no eres mi número tres.

Le sonreí.

—¿Dos? Esperaría tener un rango más alto que un wombat.

Charlie se rio y deslizó su mano por mi espalda.

—Estás en el número uno. Siempre.

—Entonces, pruébalo. Baila conmigo.

Hizo ese gruñido que suele hacer, pero negó con la cabeza.

—No bailo.

Bueno, eso era mentira, simple y llanamente, porque dos copas después de eso, me dirigí al bar y pasé quince segundos hablando con un chico al azar que fue lo suficientemente amable como para saludarme y preguntarme sobre mi acento. Tuvo que inclinarse porque la música estaba muy alta, y fue entonces cuando Charlie apareció de repente, puso su mano en mi trasero, mirando al pobre inocente al que todavía no había respondido, y me arrastró de regreso a la mesa donde Sam y Ainsley estaban mirando.

Charlie, todavía sosteniendo mi mano, bebió lo último de la cerveza y miró a Sam y Ainsley, ahora muy desconcertados. Gritó por encima de la música:

—Me gustaría disculparme de antemano por lo que estáis a punto de ver.

Solté una carcajada y él me llevó a la pista de baile.

No se equivocó mucho cuando dijo que bastarían unas cuantas cervezas para emborracharlo. Por lo general, solo tomábamos un par de copas cuando íbamos a Alice, y suponía que como no era un gran bebedor, tomar unas cuantas copas rápido seguramente lo golpeó rápido y fuerte.

Y estas eran las dos caras de Charlie Sutton. Esta noche estaba dando discursos y dominando una conferencia de peces gordos de todo el país siendo el hombre de negocios que era, y luego aquí estaba emborrachándose y bailando con su yo joven y despreocupado.

Era un borracho sonriente. Un borracho feliz, manoseador y que no sabía bailar. Estaba todo tambaleante sobre sus pies, y tanteando con sus manos, con una sonrisa permanente y una mirada de “ni siquiera lo pienses” hacia otros tipos que podrían haberme estado mirando o no. Esta vena posesiva estaba muy lejos de la indiferencia que mostraba en casa, y tenía que admitirlo: era jodidamente sexi.

Cuanto más tarde se hacía, más chicos entraban, las luces se apagaban y la música subía. Y después de que Charlie dejó de beber cerveza y empezó a beber bourbon, no creía que importara dónde diablos estábamos.

Bebimos un poco más y nos reímos con Sam y Ainsley. Estaban en la pista de baile no muy lejos de nosotros, bailando, todos risas y miradas de amor, y a medida que avanzaba la noche, supe que pronto se irían a casa.

No estaba demasiado equivocado. Sam nos tocó los hombros, con Ainsley justo detrás de él.

—Nos vamos —dijo con una sonrisa—. Portaos bien y decid: “Gracias, Sam, por traernos aquí”.

Charlie se rio y murmuró:

—Gracias Sam por traernos aquí —pero nunca me soltó, ni siquiera los vio irse. Simplemente agarró mi trasero y se apretó contra mí, besando mi cuello. Estábamos a sólo dos cremalleras de follar en la pista de baile, y era muy embriagador. Sabía que estábamos muy lejos de casa, pero ver a Charlie así, en público, en un bar gay, sentirlo contra mí, balanceándose con la música que sólo él parecía escuchar, fue muy excitante.

No sabía cuántas copas había tomado, pero normalmente a Charlie le costaba decir las cosas que rondaban por su mente. El bourbon debió haber roto ese filtro, porque empezó a murmurarme cosas que normalmente nunca diría, y las cosas se pusieron más sucias con cada canción.

—Tienes el trasero más caliente —dijo presionando sus labios contra mi cuello. Me susurró, ardiente y ronco, al oído—: Me encanta cómo me tomas por completo y cómo puedo correrme dentro de ti.

Eché su cabeza hacia atrás y lo besé con fuerza. Simplemente se retorció contra mí, rodando sus caderas contra las mías y devolviéndome el beso. En frente de todos. A él no le importaba.

Besó mi mandíbula y puso sus labios en el borde de mi oreja.

—Y me encanta cuando entras en mí.

Apreté el cabello en la parte posterior de su cabeza y tiré de su cabeza hacia atrás nuevamente, barriendo su boca con mi lengua. Era muy diferente a Charlie, pero a él simplemente no parecía importarle que estuviéramos rodeados de gente, que la pista de baile estuviera llena, que los chicos estuvieran mirando. Así que a mí tampoco.

Habíamos eliminado los condones cuando ambos nos hicimos análisis de sangre y las pruebas dieron negativo para todo. Nunca había hecho nada remotamente sin condón con nadie más que con Charlie, y saber que éramos exclusivos, permanentes y reales, hizo que la experiencia fuera aún mejor.

Y también significaba que nunca nos pillarían desprevenidos. Empujé a Charlie fuera de la pista de baile y atravesé las puertas del baño. Nos topamos con casi todos, murmuramos disculpas que no quisimos decir y nos metimos a tuestas en un cubículo del baño.

Charlie apartó su rostro del mío, con los labios rojos e hinchados y los ojos llenos de

bourbon.

—Eres mejor que esto —susurró sin aliento—. No en un baño. Déjame llevarte a la cama.

—Sí, aquí —le dije desabrochándome la bragueta.

—Travis. —Se mordió el labio.

Sabía que iba a objetar, así que saqué mi polla.

—Mamada ahora, más bourbon después —susurré.

Charlie sonrió como si estuviera borracho y confuso. Y allí mismo, en el cubículo, lentamente se arrodilló, mirándome mientras lo hacía. Sabía que no duraría mucho.

La parte de la mamada del trato duró treinta segundos, pero la parte del bourbon duró hasta que salió el sol.

CAPÍTULO TRES

RESACAS Y CRÍQUET. DOS DE LAS COSAS QUE MENOS ME GUSTAN.

—UF —gimió Charlie.

—Dos cocas por favor —le dije a la azafata—. Y dos aguas embotelladas. —Miré a Charlie y luego nuevamente a la azafata—. Y una bolsa para el mareo.

Se apresuró a alejarse y Charlie emitió un patético gemido.

—Estoy muriendo.

—No, tienes resaca.

—No grites.

—No estoy gritando. Estoy susurrando.

—Deja de susurrar.

—Deja de quejarte.

—Me duele la cabeza.

—Eso es porque hay un monstruo de bourbon tratando de salir.

—Eso no es divertido. —Movié la cabeza e hizo un extraño sonido de queja, y luego se encogió en sí mismo y gimió—. Si realmente me quisieras, serías amable conmigo.

Me reí por eso.

—Fui amable cuando te hice dejar de beber a las cinco de la mañana, ¿recuerdas? —le pregunté, pero él frunció el ceño y sus labios formaron una fina línea. Me incliné y susurré—: Y te amo. Ahora cállate, cierra los ojos y duérmete.

Tomé la manta suministrada del armario superior, la saqué y lo cubrí con ella. No escuché ni pío de él hasta que tuve que despertarlo cuando aterrizamos en Alice Springs.

GEORGE NOS RECIBIÓ en el aeropuerto, miró a Charlie y se rio con esa risa suya de viejo vaquero. Charlie le gimió.

—No es gracioso.

George siguió sonriendo, pero recogió la bolsa de lona de Charlie, dejándome a mí recoger la mía, y caminamos hacia la vieja camioneta.

Charlie parecía horrorizado.

—¿Dónde está el nuevo Cruiser?

George le sonrió.

—Tuve que llevarlo a ponerle neumáticos nuevos, ¿recuerdas?

—Pero... necesito aire acondicionado —murmuró Charlie. Parecía un poco verde.

—Puedes sentarte cerca de la ventana —le dijo George a Charlie en ese tono siempre

paciente y sensato—. Si vas a vomitar, saca la cabeza afuera.

Me reí y tiré mi bolso atrás con todos los suministros que obviamente había comprado para mamá y Nara. Me subí al medio y traté de ponerme cómodo para lo que sería un viaje incómodo de tres horas en una camioneta vieja sin aire acondicionado y con suspensión cuestionable. Teníamos las ventanillas bajadas, el motor rugía y retumbaba y, en cuanto salimos de Alice, alcanzamos una velocidad máxima de ochenta kilómetros por hora.

No habíamos llegado muy lejos cuando la cabeza de Charlie cayó contra la puerta y estaba roncando. Un poco más adelante, su mano pasó de su regazo a mi muslo. Sabía que a George no le importaba, me había dicho que no le importaba en lo más mínimo, y se sentía bien que, incluso mientras dormía, Charlie quisiera tocarme. Estaba muy lejos de cómo solía ser. Pero supuse que muchas cosas habían cambiado en dos años.

—¿Supongo que estuvisteis de fiesta en la ciudad? —dijo George.

—Bueno, Charlie estuvo de fiesta —dije—. Yo supervisé.

George se rio entre dientes.

—¿La cena estuvo bien?

—El hombre inconsciente a mi lado —dije tomando la mano de Charlie y dejándola caer pesadamente sobre mi pierna—, tuvo que dar un discurso.

—¿En serio? —preguntó George riendo.

—Más cosas de las que jamás le había oído hablar. —Agregué—: Cosas de negocios, quiero decir. Cifras, porcentajes, impuestos, ese tipo de cosas. Era un poco diferente de lo que habla en las reuniones de ganaderos. Aunque supongo que no debería sorprenderme.

—Sabe lo que está haciendo.

—Lo sabe.

—¿Cómo manejó la ciudad?

Fue una pregunta un tanto extraña.

—Estuvo bien. Pasamos más tiempo descansando junto a la piscina y comiendo comida de chef que cualquier otra cosa... —Mierda. Miré a George y pude sentir una punzada de pánico en mi estúpida boca—. No le digas a Ma ni a Nara que dije eso. Me encanta su cocina más que cualquier tontería elegante.

Bueno, creo que George se rio durante cinco minutos seguidos.

—Está bien hijo, no se lo diré. De todos modos, no estaría dispuesto a arriesgarme. —Se rio un poco más.

Algo en su pregunta me superó.

—¿Por qué preguntaste cómo manejó la ciudad?

George se encogió de hombros, pero me miró y sonrió.

—Siempre me lo pregunté, eso es todo. No ha salido mucho de la estación, excepto cuando fuisteis a Uluru y Kakadu. Pero eso todavía está un poco cerca, supongo. Estoy hablando de lugares y ciudades lejanas. Cuando estuvo en Sídney en la universidad, solo regresó a casa tres veces, al final de cada año. Y pasó la primera media hora en la granja sin botas y con los pies en la tierra. Como si se estuviera castigando o algo así. No sé por qué. Nunca pregunté —dijo encogiéndose de hombros nuevamente—. Será interesante ver si lo maneja bien esta vez.

Nos quedamos en silencio por un rato mientras pensaba en lo que dijo George. El paisaje muy, muy rojo pasaba volando por las ventanas y se volvía más familiar a medida que conducíamos por la autopista Plenty hacia la estación Sutton. Había montículos de termitas de dos metros de altura a lo largo del costado de la carretera, tierra roja y parches verdes de matorrales, y algún que otro árbol de eucalipto. Era amplio y árido. Y era hermoso.

No creía que me aburriera nunca de mirarlo.

No estaba seguro de si alguna vez me quitaría las botas y pondría los dedos de los pies en la tierra para “reconectarme” con ella como aparentemente lo hacía Charlie, pero de todos modos me encantaba.

El ruido de la vieja camioneta y el calor de la cabina me hicieron sentir cada hora que había perdido para dormir. Mis parpadeos se hacían más largos y recordaba haber pensado que si podía descansar mi cabeza contra el hombro de Charlie por un minuto, estaría bien.

Lo siguiente que supe fue que el fuerte ruido de George cerrando la puerta me despertó. Había perros ladrando y cuando me senté lentamente, empujando la curvatura de mi cuello, vi a Ma en la terraza sonriéndome. Bueno, a nosotros. A Charlie y a mí durmiendo uno encima del otro.

Le di un empujón a Charlie y finalmente se despertó. Se enderezó y gimió, pero abrió la puerta del pasajero y salió de la camioneta. Sacó su bolsa de atrás como si pesara una tonelada.

—¿Estás bien, cariño? —gritó Mas.

—Travis intentó matarme —dijo.

—No me culpes —dije recogiendo mi bolsa de viaje.

—Te culpo —se quejó. Parecía lamentable.

Me reí de él y le dije a Ma:

—Heridas autoinfligidas. Su arma preferida fue el bourbon. Luego chupitos de Sambuca, creo que se llamaba. Todos de diferentes colores.

Charlie hizo ese raro sonido de nuevo y parecía que estaba a punto de vomitar ante la mención de ello.

Mamá chasqueó la lengua, pero sonrió.

—Bueno, de todos modos es bueno teneros en casa.

Llevamos nuestras cosas dentro y dos horas de sueño de camino a casa no fueron suficientes. Sin siquiera saludar a Nugget, Charlie se acostó en la cama, y yo también. Me dormí de nuevo por un rato y cuando desperté, Charlie ya no estaba.

Podía oírlo reír desde el frente y seguí el sonido. Mi sombrero, bueno, en realidad era el que me había dado Charlie, era el único que quedaba en el gancho del pasillo cerca de la puerta, así que sabía que Charlie y George estaban fuera. Descolgué mi sombrero del segundo gancho y abrí la puerta. Estaba apoyando su trasero contra la terraza y, tal como dijo George, estaba descalzo. Llevaba pantalones cortos y una camiseta, vestimenta estándar del Territorio del Norte, y tenía los pies en la tierra.

Todos estaban allí excepto Ernie, todos de pie alrededor. Trudy estaba sentada en la terraza con Gracie en su regazo y Ma sentada a su lado. Por extraño que pareciera, había una caneca de basura, lo siento, un cubo de basura, en medio del patio delantero. Definitivamente algo estaba pasando. Charlie me sonrió cálida y ampliamente cuando salí. Obviamente se sentía mejor.

—Aquí estás —dijo Charlie—. Iba a entrar y despertarte. Estás en mi equipo.

Miré a todos a mí alrededor, sin estar seguro de lo que quería decir.

—¿Equipo para qué?

En ese momento, Ernie salió del cobertizo.

—Lo encontré. —Levantó algo que reconocí en la televisión. Era un bate de críquet.

Gemí y ellos se rieron, George en particular. Me había dicho en pleno verano que en Australia sólo se permitía una cosa en la televisión de la casa.

Críquet.

George había pasado la mayor parte del verano pasado tratando de explicarme las reglas, el

juego en sí y por qué hacían las cosas sin sentido que hacían en el campo.

En verdad, un deporte que nunca entendería. El bate tenía la forma equivocada, hacían una carrera para lanzar la pelota y corrían a lo largo de una franja rectangular en lugar de alrededor de un diamante.

—Hay algo mal con su bate de béisbol —les dije.

Charlie se rio pero puso los ojos en blanco.

—Estamos en el campo. La papelera son las canastas, la zona de los perros son el borde. Si la pelota golpea la casa o salta por encima de la cerca, estás fuera.

Supuse que era temprano en la noche. Lo que pasaba con el verano en el Territorio del Norte es que, como en cualquier desierto, perderíamos la luz del día alrededor de las ocho y el aire seguiría siendo increíblemente caliente. Me encantaba. Trabajamos temprano en la mañana o tarde en la noche y pasamos los días demasiado calurosos dentro.

Sin embargo, la primavera era mi estación favorita en el interior de Australia. Días cálidos para trabajar, sin un calor pegajoso, y las noches eran lo suficientemente frescas como para necesitar mantas y calor corporal.

Por otra parte, decía eso con el invierno y el otoño también. Me refería a la otoñada. Maldita sea, nunca me acostumbraría a la terminología.

—Hola, Trav —gritó Bacon—. Sube a los Slips.

Terminología como esa.

—¿Qué diablos es eso en americano?

Charlie se rio desde el otro lado del campo de juego, o del campo de tierra, por así decirlo.

—Se refiere a acercarse al bateador.

—¿Por qué no dijiste eso? —pregunté, acercándome.

Y entonces jugamos al maldito críquet. Desafortunadamente, cuando alguien gritó “cambio”, dije:

—Oh, gracias a Dios —y comencé a alejarme. Charlie casi rompe algo riéndose de mí. Lo miré y él me lanzó la pelota y me dijo que podía lanzar. O sea bolear. Lo que fuera.

No era un puto bolear. Tampoco era un lanzador. Tenía que medio arrojarla por encima del brazo, dejarla rebotar una vez e intentar golpear el bote de basura detrás de Bacon, que estaba bateando. Por supuesto que lo hice mal. En el cuarto intento, y en la cuarta ronda de risas de Bacon, se la lancé, al estilo béisbol, y mandé el bote de basura a volar.

Lo saqué y todos aplaudieron y rieron. Todos excepto Bacon, claro estaba.

—¿Qué demonios fue eso? —me gritó.

—Estás fuera —dijo Ma desde la terraza. Ella era la árbitro, siendo la única a quien nadie cuestionaría ni le discutiría.

Bacon me gruñó y me entregó el bate.

—Vamos, yanqui. Tu turno de batear. Voy a bolear.

Sonriendo, tomé el bate y me paré frente al bote de basura. Charlie le lanzó la pelota a Bacon y murmuró algo que no pude oír. Sonó como una advertencia, y cuando Bacon puso los ojos en blanco, estaba bastante seguro de que Charlie le había advertido que no intentara arrancarme la cabeza.

Me puse de lado como lo hacían ellos, golpeé el suelo con el bate como lo hacían todos, pero cuando Bacon vino corriendo para lanzarme la bola, levanté el bate de críquet sobre mi hombro, y como si fuera un bate de béisbol de borde plano golpeé la pelota sobre la cabeza de Billy y la envié unos buenos cincuenta metros hacia los patios de espera.

Todos se rieron, e incluso Bacon negó con la cabeza. Me sacó en la siguiente bola, así que

nos consideró empatados. Charlie fue el siguiente en batear y, fiel a que Charlie era Charlie, realizó tiros seguros, realizando carreras fáciles sin posibilidad de que lo sacaran. Billy finalmente lo derribó. Lo más sorprendente fue George. Era el mayor aquí por al menos veinte años, pero tío, era rápido. Me sorprendió lo rápido que se ponía de pie y podía leer cada lanzamiento y golpear la pelota con precisión milimétrica. A nadie más le sorprendió esto, sino que todos cambiaron de posición en el campo como si supieran que el viejo tenía habilidades.

Ma nos llamó a todos para cenar antes de que alguien pudiera sacar a su marido, de lo que, por supuesto, todos se quejaron, alegando ventaja injusta. Pero de todos modos ya estaba oscureciendo, el aire estaba frío y yo me moría de hambre. Todos sonreímos y reímos mientras comíamos, y fue la manera perfecta de terminar nuestro fin de semana. Charlie se debatía entre tener a Nugget o a Grace en sus rodillas, pero al final ganó la niña.

Cuando terminó la cena y todos se habían ido, Charlie, Ma y George y yo terminamos alrededor de la vieja mesa de la cocina. Bebimos tazas de té y comimos galletas de mantequilla caseras como postre y hablamos sobre nuestra estadía de tres días en Darwin. Charlie les contó todo sobre sus días con Sam y Laura, y yo les conté todo sobre los lugares que vimos.

Ma y George eran muy buenas personas y adoraban a Charlie. No me importa si no había una gota de sangre biológica entre ellos, eran sus padres. Lo criaron, lo amaban. Y él los amaba.

Sentado en esa mesa, podía sentir los lazos familiares entre ellos.

En momentos como este, extrañaba a mi madre y a mi padre. No sucedía con frecuencia, pero de vez en cuando un pensamiento errante me enviaba de regreso a Texas. No significaba que quisiera irme a casa, sólo significaba que los extrañaba, algo que Charlie no diferenciaría, por eso nunca se lo decía.

Charlie me miró y luego volvió a mirar a Ma y a George, como si quisiera decir algo importante. Y por un segundo pensé que estaba a punto de decirles que estábamos comprometidos.

Pero Ma habló primero.

—La vida nocturna debe haber sido buena —dijo—. Tenías tres tonos de verde cuando llegaste aquí antes del almuerzo.

—Bueno, es mejor que los pubs de la Alice —dijo Charlie—. Pero, sinceramente, no es mi escena.

Me burlé.

—¡Anoche no pareció importarte!

—Una vez cada tres años —dijo—. Pero esa música estridente y ese público joven no es lo mío. El club estaba lleno de chicos de dieciocho años con gel para el cabello y jeans tan ajustados que se podía ver de qué religión eran.

George resopló su té y casi se atragantó, y Ma se rio larga y ruidosamente. Charlie estaba claramente avergonzado. Agachó la cabeza y su pie rodeó el mío. Era algo que hacía cuando necesitaba un consuelo silencioso.

—Lo siento. —Se quedó mirando la mesa con las mejillas enrojecidas—. Realmente no quise decirlo así.

Mamá se rio un poco más y le dio unas palmaditas en la mano.

—Tendré que recordar eso.

Le puse mi mano en la nuca y le revolví el pelo.

—No me di cuenta de que eras un hombre religioso.

Charlie ahogó una risa aclarándose la garganta y se puso de pie.

—En ese sentido, os deseo buenas noches —dijo, todavía con las mejillas encendidas.

Queriendo irme con él, consideré hacer una broma sobre experiencias religiosas, estar de rodillas o gritar; pero antes de que pudiera pensar cuál era la menos inapropiada, Charlie dijo:

—Oh, Dios. Travis, lo que sea que estés a punto de decir, no lo hagas.

Lo miré.

—¿Ni siquiera un chiste de “corre a Jesús”?

Charlie suspiró y murmuró algo que sonó como “buenas noches” mientras salía. Ma volvió a reír y George dejó su taza de té sobre la mesa mientras intentaba no sonreír. Me levanté, puse mi taza en el fregadero y me volví para mirarlos.

—Los únicos chistes que me vienen a la mente son demasiado groseros para repetirlos, así que simplemente os diré buenas noches y os veré en la mañana.

—Buenas noches —dijo George con una sonrisa y un gesto de asentimiento.

—Buenas noches, amor —dijo Ma. No estaba seguro de cuándo empezaron los cariños de Ma. Se habían deslizado de vez en cuando después de la operación, se habían cementado cuando regresé del funeral de mi abuelo y se habían quedado atascados.

El dormitorio estaba vacío y la luz del baño estaba encendida pero la puerta estaba cerrada. Lo esperé en el pasillo y cuando finalmente abrió la puerta, me acerqué mucho y lo presioné contra el marco de la puerta.

—Religión, ¿eh?

Resopló en voz baja.

—No puedo creer que haya dicho eso.

Lo besé y rocé su nariz con la mía.

—No puedo creer que estuvieras mirando las dotes de otros chicos.

—No los miraba —dijo rápidamente.

Me reí y lo besé de nuevo, esta vez más lento.

—Lo sé. Anoche no fuiste capaz de hacer mucho.

Charlie apoyó la cabeza contra el marco de la puerta de madera y me miró durante un largo momento.

—Estaba bastante borracho.

—Sí. —Besé su cuello, su mandíbula y debajo de su oreja—. ¿Querías tener esa charla de “corre a Jesús”?

Se rio en voz baja.

—No más bromas religiosas, por favor.

—No me digas que estás ofendido. No tienes ni un miembro religioso en tu cuerpo —dije. Entonces me reí—. ¿Quieres uno?

Charlie se rio, esta vez más fuerte y apoyó la frente en mi hombro.

—Ese es el peor chiste que jamás hayas contado. —Pero deslizó su mano por mi espalda y las metió dentro de los bolsillos de mis jeans en mi trasero y me atrajo hacia él. Besó mi cuello y raspó sus dientes contra mi piel.

—Un dato sobre ti en Darwin —dije, mi voz apenas era más que un susurro—. Tienes la boca sucia cuando bebes.

Charlie se congeló y me aparté para poder ver su rostro. Empujé su nariz de nuevo.

—Fue muy caliente —le aseguré murmurando las palabras—. Y puedes hablarme así en cualquier momento.

Intentó mirar hacia abajo, pero le levanté la barbilla con los dedos.

—No te avergüences —susurré, besándolo—. Nunca te avergüences de decirme lo que quieres.

Tragó con fuerza.

—No soy valiente como tú. Recién estoy aprendiendo a hablar de cosas normales, no puedo simplemente decir... cosas así. Borracho, sí. Aparentemente. Sobrio... yo... bueno, yo, um...

Empujé mi nariz contra la suya de nuevo y puse su labio inferior entre los míos.

—Si te dijera que te deseo —dije contra su boca—. Si te dijera que quiero que me llenes y me folles, ¿lo harías?

Su respiración se entrecortó y pude sentir su pecho subir y bajar contra el mío. El asintió.

—Sí.

—Entonces hazlo —le dije. Mi voz era ronca—. Llévame a la cama y tómate. De cualquier forma que quieras.

Charlie me empujó hacia atrás, me tomó de la mano y me llevó a nuestra habitación. Cerró la puerta detrás de mí, tomó mi rostro entre sus manos y me besó, lenta y profundamente.

Pasó sus manos por mi cuello, mi pecho y lentamente subió mi camiseta por encima de mi cabeza. Pude verlo en la habitación a oscuras, sus labios hinchados y sus ojos deseosos. Podía sentir su aliento en mi cara y sus manos, sus manos ásperas y callosas, patinaban sobre cada centímetro de mi piel.

Siempre lo hacía, desde la primera vez y lo seguía haciendo. Como si estuviera tratando de memorizar cada centímetro de piel, como si pudiera olvidar cómo me sentía. Le saqué la camiseta por la cabeza y lo besé en el hombro.

—¿Me tienes todo planeado en tu cabeza? —pregunté lamiendo su cuello hasta su oreja.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó una pequeña carcajada. Luego estaba jugueteando con mi cremallera, bajando mis pantalones y me acostó en la cama. Cuando le dije que me tuviera como quisiera, lo dije en serio.

Y así se lo tomó él.

CAPÍTULO CUATRO

UN ANUNCIO, UNA FIESTA Y UN RODILLAZO EN LAS PELOTAS.

—HOLA MAMÁ. —Miré la pantalla del portátil. Charlie y yo estábamos sentados en nuestra cama de espaldas a la cabecera y el ordenador portátil apoyado en nuestros muslos.

—Oh, Travis, Charlie, ¿qué tal estáis chicos? —dijo ella.

—Muy bien, mamá —respondí.

—Estoy bien, señora Craig. —Charlie se frotó los muslos con las manos, claramente nervioso.

Apreté su mano.

—Mamá, ¿está papá ahí?

—Sí, está en el estudio. ¿Todo bien? —preguntó pareciendo muy preocupada.

—Todo está bien, mamá —le aseguré—. ¿Puedes decirle que venga? Hay algo que quiero deciros a ambos.

Mamá desapareció de la pantalla y la escuchamos llamar a mi padre, murmurando mientras iba a buscarlo, y solo unos momentos después, aparecieron juntos.

—Hola, Travis —dijo—. Tu mamá está nerviosa. ¿Qué pasa?

—Oh, Jesús —susurró Charlie exhalando como si sus nervios estuvieran a punto de fallar. Estaba apretando mi mano demasiado fuerte y puso su cara detrás de mi hombro.

—No pasa nada, papá —dije—. Solo quería deciros que le pedí a Charlie que se casara conmigo.

Charlie hizo un extraño ruido ahogado. Papá sonrió y mamá parpadeó. Ambos se sorprendieron, pero finalmente mamá dijo:

—¿Y?

—¿De qué?

—¿Y qué dijo?

Charlie dejó de esconder su rostro detrás de mi hombro para mirar la pantalla.

—Sí. Dije sí. Por supuesto que dije que sí.

Me reí.

—Dijo que sí, mamá.

Luego hubo lágrimas. Papá rodeó a mamá con el brazo y me dijo que eran muy buenas noticias y que no estaba muy sorprendido, mientras mamá simplemente asentía y se secaba los ojos con un pañuelo de papel.

—¿Por qué está llorando? —susurró Charlie—. Travis tu madre está llorando. Haz que se detenga. Travis, esto es malo.

Sonreí y le di un beso rápido.

—No son lágrimas de tristeza, Charlie. —Eran lágrimas de mi niño ya es mayor.

Eran lágrimas de mi niño que nunca volvería a casa.

Charlie tragó un nudo en su garganta y miró la pantalla.

—Sólo quiero que sepáis —les dijo a mis padres—. No hay planes inmediatos para nada, simplemente estamos contentos en el punto donde estamos ahora. —Luego apretó mi mano hasta casi romperme el hueso, respiró hondo y levantó la barbilla—. Señor Craig, señora Craig, sé que nunca nos hemos conocido, y prometo que lo haremos para poder preguntar esto en persona... —Charlie tragó saliva de nuevo—... pero si os parece bien, realmente me gustaría pasar el resto de mi vida con vuestro hijo.

Santo Dios.

Me olvidé un poco de que mis padres estaban allí. Estaba mirando a Charlie y él acababa de decir la cosa más hermosa que hizo que mi corazón golpeará frenéticamente en mi pecho.

—Charlie —susurré.

Entonces me miró, todo vulnerable y expuesto.

—¿Os parece bien?

Me reí de sus maneras tan adorables.

—¿Os parece bien? No tenía idea de que ibas a pedir permiso.

Charlie parpadeó.

—¿No es eso lo que se supone que debemos hacer? Quiero decir, no sé de estas cosas...

Una mitad risa, mitad sollozo salió del portátil. Mi madre todavía estaba llorando.

—Sois tan dulces. —Ahora tenía un pañuelo de papel en cada mano, uno frotándose la nariz y el otro los ojos, mientras mi padre estaba allí sosteniendo la caja de pañuelos de papel.

Pude verlo en el momento en que hizo clic en ella.

—Travis, cariño, ¿no hablaste de preguntarle a sus padres? —Hizo esa inclinación de cabeza que me decía que estaba en problemas—. Travis, por favor dime que le preguntaste a la familia de Charlie antes de preguntarle a él.

—Bueno, yo... Um, verás, yo...

—Travis Craig. —Siempre había algo en el hecho de que tu madre te llamara por el nombre completo que te ponía el temor de Dios en los huesos—. ¿Pensaba que te había educado mejor?

—Oh, bueno, señora Craig —dijo Charlie rápidamente—. Realmente no tengo padres. Mi padre murió hace unos años y mi madre... bueno, tengo a Ma y a George. Bueno, y a Laura, pero en realidad no es mi madre. Quiero decir que lo es, pero es... complicado.

El rostro de mamá se suavizó.

—Oh, lo sé, cariño —dijo en voz baja—. Travis me contó todo sobre Ma, George y Laura. —Me miró y pude sentir el calor de su mirada a través de la pantalla—. Travis, por favor dime que no le pediste a Charlie que se casara contigo sin preguntarle primero a George.

—Bueno, um... —No tenía sentido mentir. Lo sabría de todos modos—. En realidad, lo hice, sí. Fue algo espontáneo y no se me ocurrió que tenía que pedir permiso a nadie. Le pregunté a Charlie. Necesitaba su bendición mamá, no la de nadie más.

Aparentemente ésta fue la respuesta equivocada.

—Señora Craig —dijo Charlie de nuevo tratando de calmarla—. Travis no debería tener ningún problema.

Mamá respiró hondo y enderezó la espalda. Era una postura que conocía bien. Significaba que estaban a punto de darme una paliza verbal.

—Travis, si eres lo suficientemente hombre como para casarte, entonces eres lo suficientemente hombre como para pedirle la bendición a su padre.

Charlie hizo eso de estar nervioso y no poder dejar de hablar.

—Oh, él es bastante hombre... —Sus palabras murieron cuando se dio cuenta de cómo sonaba eso. Me miró con ojos muy abiertos, horrorizados y arrepentidos y negó con la cabeza—. Lo estoy empeorando.

Me reí y lo besé rápidamente, y miré a mi madre. Ahora estaba discutiendo con mi padre. Creo que le estaba diciendo que se ocupara de sus propios asuntos, pero luego ella le lanzó una mirada... ya sabes, esa mirada, y luego mi padre miró hacia la pantalla y suspiró.

—Hijo, será mejor que hagas lo correcto.

Levanté las manos.

—Está bien, está bien —admití la derrota con una risa—. Iré a hacerlo ahora. Dulce misericordia, mamá.

Charlie se rio un poco.

—¿Dulce misericordia? ¿Qué tan texano eres?

—¿Quieres que te muestre lo texano que puedo ser? —Susurré moviendo las cejas, abalanzándome sobre Charlie y empujándolo hacia la cama.

Mi padre gimió, un sonido doloroso.

—Travis por amor a la terapia hijo, desconecta la llamada primero.

Pude ver en el ordenador portátil que mis padres tenían una pantalla llena de nuestras piernas y caderas enredadas y completamente vestidas, solté una carcajada y cerré el ordenador portátil. Besé a Charlie fuerte y rápido y salí de la cama. Extendí mi mano, que Charlie tomó, y cuando se puso de pie, le dije:

—Vamos, tengo que ir a buscar a George.

Arrastré a Charlie, que protestaba, por el pasillo hasta la sala de estar, donde George y Ma estaban viendo la televisión y Nugget estaba recibiendo un masaje en el vientre con el pie de George.

—Travis, no tienes que hacer esto —dijo Charlie en voz baja—. Simplemente le diremos a tu madre que preguntaste y todo estará bien. No necesitarán saber nada diferente.

Lo ignoré.

En ese momento, Ma y George nos estaban mirando, esperando lo que fuera que estaba a punto de decir.

—George, ¿puedo decirte algo?

—Por supuesto —dijo pareciendo más preocupado, e hizo ademán de levantarse del sofá.

—No, quédate ahí —le dije—. Y Ma, me alegro de que estés aquí. Esto también te involucra a ti.

—¿Está todo bien? —preguntó Ma—. ¿Cómo estaban tus padres? Estabas hablando con ellos, ¿no? ¿Está todo bien?

—Todo está bien —le aseguré. Luego, respirando profundamente y apretando la mano de Charlie, dije—: Técnicamente se supone que debo preguntarle a George, pero me parece correcto preguntárselo a ambos.

Charlie se escondió detrás de mí y enterró su rostro contra mi espalda.

—Oh, Dios mío.

—George, Ma, ambos sabéis que amo mucho a Charlie —dije mirándolos a ambos—. Bueno, le pedí que se casara conmigo y dijo que sí. —Las manos de Ma fueron a su boca y George empezó a sonreír—. Mi promesa para vosotros es que, mientras tenga aliento, lo respetaré y lo trataré como se merece, lo cual, conociendo a Charlie, en un día cualquiera podría ir desde una completa adoración hasta darle una patada en el culo. —Charlie resopló contra mi espalda, así que lo giré y lo metí debajo de mi brazo. Volví a mirar a George y a Ma—. Entonces

me gustaría mucho recibir vuestra bendición para poder formar parte de vuestra familia.

Charlie me miró y negó con la cabeza.

—Tenías que superarme, ¿no?

Me reí pero antes de que pudiera responder, Ma se levantó del sofá y se detuvo frente a nosotros, con las manos todavía en la boca. Ahora tenía lágrimas en los ojos.

—Oh, Travis, amor. Ya eres parte de esta familia, pero sí, sí, sí.

George se detuvo a su lado y le tendió la mano, que yo estreché.

—No es estrictamente necesario, hijo, pero si es una bendición lo que necesitas, considérala tuya.

Ma ahora sostenía la cara de Charlie.

—Oh, estoy tan feliz por vosotros dos.

—Gracias mamá —dijo—. Simplemente pensamos que era hora de hacerlo oficial, ¿sabes?

—Bueno, Charlie pensó que ya era hora —corregí.

—Pensé que hacerlo esperar un año era suficiente. —Rio.

—Oh. Supuse que todo esto debía haber sucedido cuando fuiste a Darwin a pasar el fin de semana. —Los ojos de Ma oscilaron entre los míos y los de Charlie—. ¿Qué quieres decir con un año?

La expresión del rostro de Charlie no tenía precio, y juro que podía escucharlo mentalmente tratando de dar marcha atrás.

—Oh, um... —Me miró y luego volvió a mirar a Ma—. Bueno, Trav en realidad me lo preguntó hace un año.

Ma enarcó ambas cejas y su sonrisa desapareció.

—¿Y acabas de decir que sí ahora? Charlie —siseó en señal de desaprobación—. ¿En que estabas pensando?

—¡No! Dije que sí enseguida —espetó—. Pero ahora empezamos a hablar de ello.

—¿Habéis estado comprometidos durante un año? —preguntó.

Oh, mierda. Estaba familiarizado con ese tono. Ese era su tono de “Charles Sutton estás en muchos problemas”. Mi madre tenía uno igual.

—Bueno, todo ha sido tan perfecto y no quería gafar nada, y luego simplemente se lo dejé escapar a Sam. Realmente ni siquiera fue mi intención —dijo rápidamente—. Y luego, una vez que lo dije, me di cuenta de que se sentía bien y me gustó cómo sonaba, y sé que dejarlo un año entero fue una mierda. —Charlie me miró con esos ojos muy abiertos e inseguros—. Lo siento mucho, Trav.

—Oye, no te disculpes —le dije otra vez. Tomé su mano—. Tal vez no estabas listo entonces, o lo que sea. No importa. Ya estás listo y por mí está bien. Ya te lo dije antes, me basta saber que dijiste que sí. Eso es todo.

Asintió, sin quitarme los ojos de encima.

—Gracias.

Me reí entre dientes.

—No necesitas agradecérmelo, Charlie. —Deslizó su brazo alrededor de mí y miré a Ma. Sus ojos se habían suavizado y nos estaba sonriendo—. Ma no te enfades con él. Hizo todo bien.

—Pensé que querías decir que no te respondió durante un año —dijo—. Entonces me habría enfadado.

—Nunca habría dicho que no, Ma —dijo Charlie todavía inclinándose hacia mí—. Casi muero diciendo que sí, pero nunca habría dicho que no. —Luego se enderezó y le tomó la mano—. Pero todavía no hay planes para nada. Es simplemente estar comprometidos durante el

tiempo que necesitamos, ¿vale? Así que no presionéis por las fechas de la boda ni nada de eso, por favor. Y no estoy seguro de cómo me siento si los demás lo saben todavía. Se lo acabamos de decir a la familia de Trav hace un momento.

—Bueno —dijo George. Había estado callado todo este tiempo—. Creo que es una gran noticia. No necesitáis que nadie presione, pero gracias por decírnoslo. —Me miró—. Travis, que pregunte como lo hiciste me enorgullece mucho. —Luego miró a Charlie y puso su gran mano en el brazo de Charlie—. ¿A quién se le hubiera ocurrido, eh? ¿Recuerdas que estábamos sentados en la laguna aquel día y estabas tan seguro de que no lo merecías? ¿Recuerdas esa ocasión?

Charlie asintió.

—¿Y cuándo pensabas que el gobierno iba a hacer que Travis se fuera? ¿Y cuando regresó a Texas y estabas seguro de que se había ido para siempre?

Charlie tragó saliva.

—Sí.

—Ahora lo entiendes, ¿no, Charlie? —dijo el hombre mayor—. Ahora sabes que no importa en qué parte del mundo esté ninguno de los dos, ¿verdad? Ya sabes, no lo pienses, Charlie, no todos quieren dejarte.

Charlie asintió rápidamente, sus ojos brillaban con lágrimas.

—Ahora lo entiendo.

—No necesitas una boda ni un trozo de papel o un anillo en el dedo para demostrárselo a nadie —dijo George—. Porque tú lo sabes.

Charlie me miró.

—Sí. Lo sé.

Ma miró a su marido como si fuera a estallar. Le palpó el pelo, al borde de las lágrimas.

—Oh, Joseph Brown, eso es lo más dulce que has dicho siempre.

George le dedicó una sonrisa astuta y omnisciente a su esposa y le tomó la mano.

—Se hace tarde, Katie —dijo llevándosela. Ma nos sonrió antes de que desaparecieran por la puerta.

Charlie me rodeó con ambos brazos, hundió la cara en mi cuello y se rio entre dientes.

—George no engaña a nadie. Sabe exactamente qué decir para que Ma sea masilla en sus manos.

Mi risa se convirtió en un largo suspiro de satisfacción. Pasé mis manos por la espalda de Charlie y acaricié su cabello.

—¿Pero es verdad lo que dijo? ¿Lo sabes ahora, Charlie? ¿Sabes que cuando digo para siempre, lo digo en serio?

Entrelazó sus manos detrás de mi espalda baja, pero echó la cabeza hacia atrás para poder mirarme. Ambos sabíamos que no tenía nada que ver con que Charlie entendiera que lo amaba. Se trataba de que él supiera que merecía ser amado.

—Sí, lo entiendo ahora.

Empujé su nariz con la mía y casi le di un beso.

—Bien.

Charlie respondió con un beso, un beso profundo y devorador. Inclino la cabeza y deslizó su lengua por la mía. Con las manos en mi trasero, me acercó aún más y le respondí de la misma manera. Jesús, sabía besar.

Entonces algo apuñaló mi pie y por reflejo levanté mi pierna, efectivamente dándole un rodillazo a Charlie en las pelotas.

Nos separamos, ambos gritamos, él se cubrió la ingle y yo salté sobre un pie. El culpable, Nugget, corrió detrás de su cama.

—Me golpeaste —chilló Charlie, cayéndose hacia atrás en el sofá. Todavía estaba sosteniendo sus pelotas. Su voz era alta, tensa e hilarante—. Asesino de erecciones.

Aterricé justo al lado de él, sosteniendo mi pie ahora sangrante, tratando de no reírme.

—¡Tu wombat me mordió!

Charlie emitió un gemido y finalmente abrió los ojos. Levanté el pie para mostrarle la sangre y las marcas de mordiscos.

—Lo siento mucho, pero me mordió y fue un reflejo, y lo siento. No quise darte un rodillazo.

Respiró hondo y luego tomó mi pie entre sus manos. Miró las marcas de mordiscos.

—Deberíamos desinfectarlo y limpiarlo. —Dejó escapar un suspiro algo nauseabundo—. Jesús. Puaj. Sólo dame un minuto para no vomitar.

Me reí.

—De verdad que lo siento mucho. No fue mi intención golpearte.

Incluso estaba sudando un poco. Dios, debió haber dolido. Soltó una pequeña carcajada.

—Está bien. —Volvió a cubrir sus bolas y exhaló ruidosamente—. Pero tendrás que besarlas para que mejoren. —Luego, después de un segundo de dolor, añadió—: Tal vez mañana o pasado.

Me reí de él. Pero lo ayudé a levantarse del sofá y ambos cojeamos hasta el baño.

CHARLIE SE LEVANTÓ MÁS temprano de lo normal, lo cual ya era demasiado temprano para mí, para terminar sus tareas matutinas y poder pasar el resto de la mañana preparando la casa para la primera fiesta de cumpleaños de Gracie. Era una mezcla de dulce y tierna, y todo lo que pude hacer fue sonreírle.

Había pedido pancartas online que decían “Feliz cumpleaños” y había globos y serpentinas. Si hubiera un concurso para ver cuánto rosa cabía en una habitación, estaba bastante seguro de que Charlie ganaría.

Trudy entró y se detuvo. Sus ojos se abrieron y suspiré.

—Él es... él... No pude detenerlo, lo siento.

Negó con la cabeza.

—Ha perdido la maldita cabeza.

Charlie entró y sonrió cuando vio a Gracie. Extendió sus manos frente a ella y ella se inclinó hacia él con sus bracitos en alto para que la tomara. Quiero decir, Charlie adoraba a esta niña, pero ella también lo amaba.

—Mira —dijo acompañándola hacia los globos—. Todos estos globos son para ti.

Entonces Bacon entró con bolsas de regalos y se detuvo junto a Trudy. Miró alrededor de la habitación, simplemente sacudió la cabeza y sonrió, dejando las bolsas de regalo en uno de los sofás. No pasó mucho tiempo antes de que Nara, Billy, Ernie, Ma y George entraran en la habitación, apilando un regalo envuelto encima de otro.

Y por mucho que Charlie adorara a Gracie, nunca les robaba el protagonismo a Trudy y Bacon.

Era su fiesta, aunque él había decorado la habitación, pero Gracie pronto quiso irse con su mamá y Charlie felizmente se la entregó. Gracie estuvo sentada en las rodillas de Trudy o de Bacon mientras había pastel y fotos y Charlie miraba y reía con el resto de nosotros mientras

Gracie tomaba puñados de pastel.

Nunca distraería la atención de la familia formada por Bacon, Trudy y Grace. Y eran una linda familia, una familia cariñosa. Nunca sabré cómo Trudy alguna vez dudó de su capacidad para ser madre, porque era, con diferencia, su mejor trabajo hasta el momento. Simplemente brillaba. Era cierto que recibía mucha ayuda y, entre Charlie, Nara y Ma, Gracie era una niña muy querida.

Charlie observó a Trudy, Bacon y Grace con una mirada de anhelo que ni siquiera creía que se diera cuenta de que tenía. Observaba cómo Gracie trepaba sobre su mamá y su papá, y cómo sus grandes ojos se iluminaban y se reía al encontrar cada nuevo descubrimiento incluso mejor que el anterior. Charlie no tenía que decirme que quería tener hijos.

Estaba ahí en la forma en que miraba a Gracie.

Mientras abrían los regalos, Charlie se sentó en el suelo y se rio junto con Bacon, ya que Gracie estaba mucho más interesada en las cajas y los envoltorios que en los regalos mismos.

Trudy casi muere cuando vio lo que Charlie le había dado. Levantó las diminutas botas rosas de RM Williams.

—¡Deben haber costado una fortuna!

—Más o menos —admitió—. Pero a que son preciosas. Son un poco grandes para ella todavía, pero le conseguiremos un poni en la Alice y para cuando esté aquí, le estarán perfectas.

Mientras reían y hablaban de ponis, Ma se sentó a mi lado. Estaba a punto de sonreír. Es lo mejor que la había visto en mucho tiempo.

—¿Cómo te sientes, Ma?

—Bueno, entre la sorpresa de Charlie y tuya anoche y esta fiesta de cumpleaños de hoy, no podría estar más feliz ahora mismo —dijo con ojos cálidos.

Sonreí con ella y ella asintió hacia Charlie y me empujó con el codo.

—Míralo.

Charlie se rio mientras Nugget retozaba entre el papel de regalo y la pequeña Gracie chillaba de alegría. Tenía los hombros relajados, sonreía como si nadie lo estuviera mirando y había felicidad, paz interior en sus ojos.

—Lo sé —respondí.

Ma no dejó de sonreír en todo el día. Incluso el humor de Charlie nunca decayó. Sonrió y rio todo el día, incluso haciendo los trabajos que odiaba, y cuando lo encontré en su oficina después de cenar, todavía estaba sonriendo.

Sentado en la silla frente a él, me quité la bota y el calcetín y puse mi pie desnudo, mordido por el wombat, en su escritorio.

—Todavía me duele el pie donde me mordió Nugget, el imbécil.

Miró la llaga en mi pie y se rio entre dientes.

—Puedo decirte que prefiero que él me muerda a que tú me des un rodillazo en las pelotas. —Dio una palmada—. Aún me debes besos donde me diste el rodillazo.

—¿Es así? —Me reí.

Sonrió y se reclinó en su silla.

—Sí, hoy ha sido perfecto. —Todavía tenía en sus ojos esa mirada de que en la vida no había nada mejor.

—Estás de buen humor.

—Lo estoy —dijo—. Y...

—¿Y qué?

—Y respondí a ese correo electrónico sobre otro estudiante de intercambio.

Bueno, eso me sorprendió.

—¿En serio?

Se rio de mi expresión.

—Sí. Así que si nos toca algún idiota de Dios sabe dónde, tendrás que cuidarlo.

—¿Pensé que no querías gafarte?

Resopló.

—Bueno, después de recibir un rodillazo en las pelotas, me imagino que nada puede ser peor que eso, ¿verdad?

—Bueno, ahora realmente te has maldecido.

—Sí, estaré esperando a que el hacha caiga sobre algo —dijo—. Seguramente la vida no puede ser tan buena por tanto tiempo.

CAPÍTULO CINCO

Y ENTONCES CAYÓ EL HACHA.

UNAS SEMANAS MÁS TARDE, cuando el otoño se había acercado a la estación, acababa de terminar de apretar la cincha en Texas cuando Charlie cruzó el patio y caminó hacia mí. Había estado hablando por teléfono con el programa de intercambio de estudiantes, el mismo programa para el que me habían seleccionado, discutiendo los detalles del correo electrónico que había enviado hacía unas semanas.

—¿Que te dijeron? —pregunté.

Charlie puso su manta sobre la espalda de Shelby.

—En realidad, dijeron que la próxima admisión no será hasta el próximo año. En la misma época del año que llegaste aquí. Supongo que tenían suficientes lugares o lo dejé demasiado tiempo o algo así.

Vi cómo le ponía su desgastada silla a Shelby y comenzaba a abrocharle las hebillas.

—¿En serio?

—En serio. Me agradecieron y dijeron que la próxima vez seguro. —Le dio a Shelby una palmada en el cuello—. Tal vez sea algo bueno. Pasaremos esta reunión de invierno en unos pocos meses sin nadie más y tal vez tengamos algún chico extranjero loco en su lugar para la reunión de verano.

No estaba muy seguro de qué decir. Me sentí un poco decepcionado.

—Bueno, espero que le guste el calor.

Le arregló las bridas a Shelby y le frotó la frente, por lo que ella le dio un par de empujones. Creo que Charlie también estaba decepcionado.

—Sí. Dios no permita nos envíen otro chico de Texas.

Resoplé.

—Deberías tener mucha suerte.

—Con uno es suficiente —dijo finalmente dándome una sonrisa—. Y créeme, esta vez leeré el informe del perfil.

—¿Informes de perfil? —pregunté—. ¿Cómo historia estudiantil o algo así?

Asintió.

—Sí. Una verificación de antecedentes completa.

—¿Recibiste una verificación de antecedentes cuando presenté la solicitud?

Charlie sonrió.

—Sí. Decía hombre, alto, rubio, da grandes mamadas.

Se escuchó un ruido sordo desde el otro extremo del cobertizo. Sonaba como si alguien se hubiera golpeado la cabeza con algo metálico.

—Jesús, Charlie —gritó George—. Mantenlo clasificado para menores de edad, ¿quieres?

Bueno, Charlie casi muere de vergüenza. Yo, en cambio, reí y reí. Y luego me reí un poco más.

George apareció en el pasillo abierto, sonriendo y frotándose la parte superior de la cabeza, y Charlie estaba en una docena de tonos de la mortificación.

—Lo siento —dijo—. Pensé que estábamos solos.

—Yo creo que sí —dijo George, todavía sonriendo.

Charlie todavía con la cara roja, me miró y se encogió de hombros.

—Lamento haber dicho eso. Eso fue realmente una falta de respeto, lo siento.

Sólo me reí un poco más.

—Divertido, irrespetuoso y verdadero.

Charlie gimió y apoyó la cara contra el cuello de Shelby.

—Para.

George se rio de nosotros y luego se giró para regresar a lo que sea que estuviera haciendo antes.

—Iba a decir que os divirtierais muchachos, pero a la luz de su reciente conversación, solo diré que no lleguen tarde a casa.

Aun riendo, puse mi pie en el estribo y subí mi trasero a la silla. Charlie montó a Shelby con una facilidad familiar y refunfuñó para sí mismo durante todo el camino fuera del patio.

—No puedo creer que dijera eso. Nunca digo cosas así.

—No delante de nadie más que de mí —lo corregí.

Charlie suspiró y negó con la cabeza, pero después de unos minutos en la silla cabalgando hacia el desierto, pronto sonrió.

No había nada como ver a Charlie ser libre, y no era más libre en ningún otro lugar que en su desierto montando a Shelby. Era nuestro “momento de aclarar la cabeza”, como lo llamaba Charlie. Espacio abierto, aire limpio, cielos azules; el desierto en otoño era algo hermoso. La mayoría de los paisajes cambiaban, preparándose para el invierno, pero el desierto parecía estar de frente esperándonos, siempre igual.

Algo así como Charlie Sutton.

Estaba perdido en mis pensamientos sobre él cuando su voz me sacó de mi cabeza.

—¿Trav? ¿Estás ahí? —preguntó riendo.

—Oh, sí, lo siento. Estaba a un millón de kilómetros de distancia.

Negó con la cabeza hacia mí.

—Está bien. Shelby me escucha —dijo poniendo los ojos en blanco—. Al menos alguien lo hace.

Resoplé.

—¿De qué estabas hablando?

Se movió en la silla como si le irritara tener que repetir lo que había dicho, pero lo hizo de todos modos. Se lanzó a una perorata sobre el cambio climático y cómo los políticos no sabían nada al respecto.

—¿Cómo podrían saberlo, sentados en una oficina con aire acondicionado? Seguramente la ironía de esto es una broma. —Negó con la cabeza—. Quieren venir aquí y ver cómo es realmente. Quieren estudiar los animales y las estaciones; eso es lo que deberían estar haciendo. —Continuó y siguió, y cuando llegamos al sexto abrevadero, unas buenas dos horas después, habíamos discutido el cambio climático, habíamos discutido los pros y los contras de criar cabras en lugar de ganado vacuno, sin adivinar qué opinaba Charlie de este tema—. Criadores de cabras —se burló, como si fueran el remate de un chiste, lo que llevó a hablar de producción y

diversificación del olivo.

Habíamos estado monitoreando las bombas de perforación desde el ordenador portátil de Charlie y habíamos visto que la número seis en el potrero sureste se había retrasado, así que vinimos a echar un vistazo. No es que hubiésemos traído ninguna herramienta con nosotros, aparte de la habitual alforja que Charlie llevaba consigo: alicates, un pequeño rollo de alambre, cinta aislante y su rifle calibre 22 en la funda de la silla para encargarnos de cualquier peligro que pudiéramos encontrar. Tenía la mochila con agua, sándwiches y el teléfono satelital, y había echado un pequeño tubo de lubricante, por si acaso.

Charlie había realizado un diagnóstico y engrasado el pistón, y después de eso pareció funcionar un poco más suave. Nos sentamos a la sombra del cobertizo, los caballos se saciaron de agua y almorzamos. Charlie revisó la mochila y encontró el lubricante. Lo levantó.

—¿Optimista?

Me reí.

—Niño Explorador.

Soltó una carcajada, pero nunca usamos el lubricante. En su lugar, Charlie encontró las galletas caseras de Ma. Después de comernos todo, recogimos nuestras cosas, volvimos a montar a nuestros caballos y nos dirigimos a casa.

Estaba empezando a pensar que no había nada malo con el sensor y que tomar el camión habría sido muchísimo más rápido, pero Charlie quería pasar un día viajando conmigo. Apenas podía envidiarle eso. Fue un día perfecto.

De camino a casa, Charlie me estaba contando lo que Greg, Allan y él estaban preparando para la próxima reunión. Estaba en un estado de ensoñación, medio escuchándolo, medio simplemente disfrutando del sol, cuando Shelby se resistió.

Se asustó, se encabritó y luego retrocedió, y todo sucedió tan rápido, tan inesperado.

—Vaya, vaya chica —dijo Charlie tratando de calmarla mientras la sujetaba. Shelby estaba casi vertical sobre sus patas traseras y Charlie hizo bien en permanecer sobre ella.

Sólo había una cosa que hacía que Shelby hiciera eso. Debería saberlo. Me lo hizo a mí. Texas también estaba inestable y apreté las riendas para mantenerlo firme mientras giraba, pero entonces la vi.

Una serpiente.

Era de un color rojo pardusco, no muy diferente de la tierra que había debajo, pero estaba levantada en posición de ataque, lista para atacar. Charlie y Shelby estaban casi encima.

—¡Serpiente, Charlie! —grité.

De alguna manera, empujó a Shelby hacia atrás, y cuando ella finalmente estuvo a cuatro patas, la giró y con un fuerte movimiento de sus talones, la obligó a salir y rodear a la serpiente. Tiré con fuerza de las riendas, le di un apretón a Texas con mis botas y salimos tras ellos, con la adrenalina bombeando y mi corazón latiendo con fuerza.

En un momento estábamos cabalgando, tranquilos y relajados, y al segundo siguiente estábamos galopando con la correa suelta, con la sangre palpitando en mis oídos.

Charlie detuvo a Shelby y rápidamente se bajó de ella. Cuando me acerqué a ellos, él tenía sus manos en su cuello, en su pecho, mientras hablaba con ella, tranquilizándola. Sosteniendo su frente contra su pecho, seguía susurrando:

—Está bien, chica, está bien, chica —una y otra vez.

Desmonté de Texas y, sosteniendo las riendas, me acerqué a Charlie. Shelby tenía la cabeza gacha y Charlie tenía las manos cerca de la boca. A menudo besaba y mordisqueaba sus manos de esa manera, pero luego Charlie apartó su mano y la miró.

Su mano estaba manchada con lo que parecía óxido líquido, y Shelby se inclinó hacia delante, como si estuviera inestable sobre sus patas.

—No —gritó Charlie—. No, no, no, no. No, no, no te atrevas.

Le levantó la cabeza. Estaba sangrando por la nariz.

—Shelby, no —susurró—. Tú no, chica.

Obviamente, Charlie supo de inmediato lo que estaba mal. Me tomó un segundo darme cuenta. La serpiente debió haberla mordido..

Oh, dulce misericordia, no.

—Trav, quítale la silla —ordenó Charlie—. Ahora.

Hice lo que me pidió. Mis manos lucharon con las hebillas, y tan pronto como le quité la silla y la tiré al suelo, ella pareció tambalearse.

Shelby se inclinó hacia delante otra vez y Charlie intentaba sostenerla. Tenía los ojos mal y la sangre le salía por la nariz. Ella tropezó y cayó de rodillas, y Charlie estaba *intentando* sostenerla.

Cayó y él la abrazó, arrodillándose junto con ella. Le sostuvo la cabeza, le tocó la cara, el cuello, la melena, y gritó:

—No, no, tú no, Shelby. Por favor, tú no.

Podía sentir la sangre huir de mi cara y el corazón romperse en mi pecho. Ella estaba muriendo, ahora mismo, en sus brazos, y estábamos indefensos. Incapaces de detenerlo. Me arrodillé junto a Charlie, puso su frente en la de Shelby y sollozó.

Cuando Shelby comenzó a temblar y se formó una espuma pastosa en las comisuras de su boca, Charlie echó la cabeza hacia atrás y rugió el sonido más torturado.

Puse mi mano en su espalda. Quería que supiera que estaba allí, que no estaba solo. No quería que sufriera esto solo.

Tampoco quería que Shelby sufriera.

Mirando la silla caída en el suelo, me levanté y caminé hacia ella. Saqué el rifle de la funda de la silla y caminé lentamente hacia Charlie. Me arrodillé nuevamente a su lado y dejé el rifle en el suelo a mi lado.

—Charlie —susurré—. No debería sufrir.

Miró el arma y luego a mí. Su rostro estaba lleno de lágrimas, tierra roja y devastación.

—Lo haré.

Negué con la cabeza. Nadie debería tener que dispararle a su propio caballo.

—No. No, lo haré yo.

Charlie se sentó en cuclillas y miró hacia el cielo. Creo que estaba tratando de recomponerse, tratando de ordenar sus pensamientos. Finalmente asintió y le quitó las bridas a Shelby. Se inclinó y besó un lado de su cabeza.

—Nunca te olvidaré —lloró.

Charlie se puso de pie y, con la brida de Shelby en una mano, tomó las riendas de Texas y se lo llevó.

Me arrodillé ante su cabeza. Había más sangre burbujeando por su nariz y espuma en su boca. Respiraba con dificultad y estaba húmeda, y sus piernas temblaban. Le aparté el pelo de la frente y le acaricié la oreja como había visto hacer a Charlie miles de veces.

—Nadie ama a un caballo como él te ama a ti, chica. Descansa tranquila, Shelby —le dije. Cogí el rifle y me puse de pie.

Quité el seguro y abrí la recámara. El sonido parecía muy fuerte en el silencio del desierto. Era como si el mundo se hubiera quedado en silencio, un soplo de paz para un caballo

moribundo.

Puse el cañón del rifle en la sien de Shelby, susurré:

—Por favor, perdóname —cerré los ojos y apreté el gatillo.

CAPÍTULO SEIS

LA PARTE MÁS DIFÍCIL.

CHARLIE HABÍA DEJADO DE CAMINAR. Estaba de espaldas a mí, con la cabeza gacha, sujetando las riendas de mi caballo. Llevaba su silla y el rifle, y cuando llegué a él, coloqué la silla sobre mi silla en Texas, volví a enfundar el rifle y acerqué a Charlie hacia mí.

Lo abracé mientras lloraba y lloré junto con él. Shelby no era sólo un caballo para Charlie. Ella era su mejor amiga. Pasaba horas con ella en el desierto, hablándole de cualquier cosa que tuviera en mente. Durante años, antes de que yo llegara a la estación Sutton, la única criatura viviente ante la que él había admitido sus temores era ella. Cuando peleaba con su padre, era a Shelby a quien acudía, era Shelby quien lo cobijaba.

Y él acababa de verla morir.

Nos quedamos allí, rodeados de infinitos horizontes de tierra roja y arbustos salados, con Charlie abrazándome tan, tan fuerte, hasta que se le acabaron las lágrimas.

Le limpié las mejillas con los pulgares y besé sus ojos cerrados, y sin decir una palabra entre nosotros, tomé las riendas de Texas en una mano, la mano de Charlie en la otra, y caminamos los dieciséis kilómetros hasta casa.

No tuvimos que contarle a George lo que pasó. Nos vio entrar, dos hombres a pie y sólo un caballo. Vio la silla de montar de Shelby encima de la Texas y vio la expresión del rostro de Charlie. Con un gesto triste, tomó las riendas de Texas y lo condujo a los establos, y Charlie y yo caminamos hasta la casa.

Ma estaba en la terraza, después de habernos visto entrar. Mantuvo la puerta abierta y Charlie se detuvo frente a ella solo por un segundo. Tenía la cabeza gacha, pero nunca habló. Ella le puso la mano en la mejilla y él entró. Ma me dio una sonrisa llorosa y seguí a Charlie al baño.

Se inclinó sobre la palangana y se frotó la cara con agua fría. Cuando cerró el grifo, evitando su reflejo en el espejo, se agarró del borde del lavabo y mantuvo la cabeza gacha.

Le froté la espalda.

—Charlie, dime qué necesitas que haga.

Negó con la cabeza, pero se puso de pie y se volvió hacia mí. Parecía devastado.

—No tengo ganas de hablar mucho en este momento —dijo—. ¿Podrías irte y yo me acostaré si te parece bien?

Me esquivó y salió. Comencé a seguirlo, pero cuando llegó a nuestra habitación, cerró la puerta detrás de él. ¿Qué podría decir? Él necesitaba espacio y tiempo y yo necesitaba hablar. Acababa de dispararle a su caballo, joder. Yo fui quien le puso un arma en la cabeza para detener su sufrimiento, y yo también estaba sufriendo.

Antes de moverme, antes de siquiera intentar pensar qué hacer y justo cuando pensaba que el viejo Charlie que excluía a todos había regresado, la puerta del dormitorio se abrió. Charlie

volvió a tener los ojos llorosos y se hizo a un lado en un gesto silencioso de entrada.

—Por favor.

Tan pronto como crucé la puerta, me rodeó con sus brazos.

—Lo lamento. No quise dejarte fuera. —Luego se apartó y puso su mano en mi mejilla—. ¿Estás bien? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas frescas—. Ni siquiera pregunté. Lo lamento. Debería haber preguntado.

Asentí.

—Estoy bien. Pero tenía que hacerlo, Charlie. Estaba sufriendo.

Asintió y respiró profunda y temblorosamente.

—Lamento que fueras tú quien tuviera que hacerlo. Pero te agradezco que lo hayas hecho. No creo que pudiera haber...

Le sequé una lágrima de la cara.

—No podía dejar que hicieras eso.

—Ella era... —Intentó hablar pero no pudo formar las palabras.

—Lo sé —dije acercándolo hacia mí—. Era más que un simple caballo para ti.

Él asintió contra mi cuello y comenzó a llorar.

—Sí, lo era.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Cuando finalmente se alejó de mí, lo senté en la cama y le quité las botas. Luego le desabroché el cinturón y le pasé la camiseta por la cabeza. Retiré las mantas y di unas palmaditas en la cama, y cuando él se acostó, me quité las botas y me tumbé junto a él. Se aferró a mí y lo rodeé con mis brazos tan fuerte como pude.

No había nada sexual en ello. Pero fue cálido e íntimo, emotivo, desgarrador y reconfortante. Pero Charlie finalmente lloró hasta quedarse dormido.

Un rato después, cuando dormía profundamente, le besé un lado de la cabeza y me levanté de la cama. Era hora de cenar, no es que tuviera demasiada hambre. Cuando entré al comedor, estaba en silencio y todos los ojos estaban puestos en mí.

—Charlie no comerá con nosotros esta noche —les dije—. Le llevaré algo más tarde.

Trudy sacó a Gracie de la trona y la sentó en sus rodillas.

—Trav, ¿qué pasó?

—Mordedura de serpiente —dije confirmando lo que probablemente ya habían adivinado—. Regresábamos a casa, Charlie estaba hablando de la próxima reunión de los ganaderos y Shelby se encabritó.

George asintió.

—Ella siempre ha tenido mucho miedo a las serpientes.

Asentí.

—Sí, lo ha hecho. Fue una serpiente lo que la asustó cuando me arrojó. Pero Charlie se quedó con ella. Para entonces, la serpiente estaba un poco enrollada debajo de ella, y también estaba toda erguida.

—¿Serpiente marrón?

—Eso creo. Pero muy larga.

—King Brown —dijo Billy—. Serpiente mulga. No habría durado mucho.

Afirmé con la cabeza esta vez.

—Sí. Charlie la hizo retroceder y se alejó unos doscientos metros. Se bajó de ella y su nariz ya estaba sangrando. Luego empezó a echar espuma por la boca...

Todos miraron sus platos.

—Él trató de sostenerla —dije en voz baja—. Casi me rompió el corazón verla.

—Oh, hombre —susurró Bacon, más para sí mismo que para cualquier otra persona.

Trudy abrazó a la pequeña Gracie.

—¿Charlie está bien? —preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza.

—Creo que necesitará uno o dos días. Está bastante afectado.

—Podemos sacar el tractor mañana y cavar un hoyo —dijo George en voz baja—. Enterrarla apropiadamente.

—Creo que le gustaría eso. Para que sepas que cuando salgas, no pude verla sufrir. Charlie tenía su calibre 22, así que yo... —Miré a la pequeña Gracie—. Bueno, no podía verla sufrir.

George asintió.

—Hiciste lo correcto.

Lo sabía. Simplemente no lo sentía así.

—Sí.

Más tarde esa noche, después de haber revisado a Charlie que aún dormía, estaba abrazando a Nugget en el sofá, aunque él estaba inquieto porque yo no era Charlie, y Ma estaba sentada en su silla favorita.

—¿Cómo estás, amor? —me preguntó.

—Estoy bien. Sólo estoy preocupado por Charlie, eso es todo.

—Amaba a ese caballo —dijo.

—Realmente la amaba. Pasaba horas en el desierto con ella. ¿Sabías que hablaba con ella todo el tiempo? Todo el tiempo que estaban ahí fuera, él hablaba con ella. Cree que lo hizo entrar en razón muchas veces —dije con una sonrisa—. Era su mejor amiga, Ma. En esos años que él no tenía con quién hablar, hablaba con ella.

Y cuando pensé que podría haberla molestado diciendo que Charlie no tenía con quién hablar, ella asintió.

—No sólo eso, Trav. Su padre le regaló ese caballo.

Oh, tío. Ni siquiera había pensado en eso.

Sonrió con tristeza.

—Fue lo mejor que hizo por Charlie.

No podría haber estado más de acuerdo.

—Ma —susurré negando con la cabeza—. Deberías haberlo visto ahí fuera, cuando ella se estaba cayendo y muriendo... Bueno, no he visto nada más triste que eso. —Parpadeé para contener las lágrimas, respiré hondo y vi a Nugget acomodarse en los cojines del salón durante un rato.

No podía mirar a Ma, porque si ella estaba llorando, entonces yo empezaría y, francamente, ya había visto suficientes lágrimas por un día.

—Estará bien —dijo Ma—. Solo necesitará algo de tiempo.

Asentí, todavía sin mirarla.

—Debería ir a darme una ducha y acostarme.

—Claro. —Cuando llegué a la puerta, su voz me detuvo—. ¿Travis?

Me arriesgué a mirarla. No estaba llorando, pero tenía los ojos brillantes.

—Te necesitará —dijo.

Miré al suelo y asentí.

—Ya me tiene.

—Y doy gracias a Dios por eso —dijo en voz baja—. No puedo imaginarlo enfrentando este

día si no te tuviera.

CAPÍTULO SIETE

LA VIDA CONTINÚA.

CHARLIE VOLVIÓ DIRECTAMENTE A TRABAJAR al día siguiente. Se levantó antes que yo y estuvo ocupado todo el día. Pensé que mantenerse ocupado era lo mejor para él, aunque estaba callado, reservado principalmente y todos le daban el espacio que necesitaba.

Pero también necesitaba lo opuesto al espacio. Necesitaba espacio para aclararse la cabeza, pero necesitaba saber que no estaba solo. El duelo era una extraña paradoja de querer estar solo pero necesitar a alguien cerca. Me acercó para darme un abrazo reconfortante cuando nos encontramos en el baño lavándonos antes del almuerzo.

Besé su frente, luego sus labios.

—¿Quieres hablar de ello?

Negó con la cabeza.

—En algún momento. Pero ahora no.

Eso estaba bien. Había llegado a comprender que, según Charlie Sutton, el tiempo era algo relativo. Hablaría cuando estuviera listo.

—Bueno.

Sin embargo, no habló de ella. No precisamente. Pero a medida que los días posteriores a la muerte de Shelby se convirtieron en semanas, casi había vuelto a ser el de antes.

Aunque una parte de él no era igual.

Trabajaba duro y reía con los demás alrededor de la mesa, pero todavía había un aire de tristeza en él. Algunos días, como ahora, lo sorprendía mirando al vacío, distraído por recuerdos que le hacían llorar.

Estaba sentado en el escritorio de su oficina, con papeles e informes financieros esparcidos frente a él, pero su mente estaba en otra parte.

—Oye —susurré.

Negó con la cabeza como para aclarársela y se irguió en su silla.

—Hola, ¿Qué pasa?

—Oh, nada —dije—. Bueno, tal vez haya algo...

—Dímelo, Trav.

—Bueno, el próximo fin de semana es cuando Nara se gradúa en el instituto, ¿verdad?

—Sí.

—Y vamos a ir a la Alice para la ceremonia, ¿no?

—Sí, pensé que sería bueno si fuéramos.

—Yo también lo creo —acepté—. Y estaba pensando que tal vez podríamos quedarnos el fin de semana.

—Oh. Está bien, si quieres.

Pensé en cómo decirlo y respiré profundamente.

—Ese fin de semana también hay una venta de caballos, y pensé que tal vez...

—No.

Bueno, eso fue breve.

—Está bien —dije con una sonrisa—. Está bien. Era solo una sugerencia.

Charlie suspiró.

—Lo sé y gracias. Pero no. —Negó con la cabeza.

No me sorprendió. No pensé que estuviera listo, pero me preguntaba qué pensaba sobre el asunto. Ahora lo sabía.

—Está bien. Todavía podemos quedarnos el fin de semana, ¿verdad? —pregunté—. Ir al cine, salir a cenar. Compra más Nutella...

Finalmente sonrió.

—Me gusta la idea.

—Oh. George dijo que el camión cisterna de combustible llegaría temprano. Quería que te lo dijera.

—Bien, gracias. —Miró el calendario de su escritorio y lo giró para mirarme—. En realidad, Trav, ese fin de semana no podrá ser. Tengo este fin de semana libre, pero después de eso estoy bastante ocupado con reuniones para aproximadamente un mes. Podríamos ir durante la semana, supongo. Si a los demás no les importa.

—De acuerdo, no hay problema —le dije. Pude ver que su calendario estaba bastante lleno—. No me importa mucho.

—Quiero llevarte lejos por unos días —dijo a la defensiva, como si yo no lo creyera.

—Yo sé que sí. —Me levanté y caminé hacia la puerta—. Ah, ¿y Charlie?

—¿Sí?

—Reserva el hotel con ducha doble.

EL SALÓN ERA ALGO PEQUEÑO. No esperaba un auditorio ni nada parecido, pero era del tamaño de dos aulas juntas. Supuse que no era un gran acontecimiento, había pancartas y serpentinas. Era muy diferente a las graduaciones del instituto en casa.

Para ser justos, los niños que se graduaban hoy no asistían estrictamente al instituto. Demonios, Nara obtuvo su certificado online y solo fue a clase una vez para sus exámenes. Ahora estaba sentada en la primera fila con otras personas de distintas edades que iban a recibir sus diplomas de instituto. La mayoría de los demás asientos estaban ocupados por familiares y amigos, y nos alineamos en una fila al final.

Charlie, Ma, Billy y yo.

No sé cuál de ellos estaba sonriendo más.

El director del colegio comunitario, un hombre delgado de unos cincuenta años con cabello canoso, gafas y una horrible corbata morada, inició el proceso.

Todo el tiempo, Charlie sonrió con orgullo, incluso emocionado. Y cuando pronunciaron el nombre de Nara, Charlie, Ma y Billy se pusieron de pie y aplaudieron más fuerte. Yo también me levanté, aplaudiendo y animando con los demás, mientras Nara se levantaba y caminaba con gracia para recoger su certificado. Llevaba un traje nuevo, nada menos que una falda, y su cabello brillante estaba recogido en una coleta alta. Parecía una chica diferente a la asustada y repudiada que apareció hacía dos años en la estación. Supuse que de muchas maneras, ella era

una chica diferente.

Incluso bajo su tez oscura, pudimos ver el sonrojo en sus mejillas. Intentó mirarnos amenazadoramente, pero su sonrisa contradecía su mirada.

Cuando terminó la ceremonia, Nara se acercó a nosotros, sonriendo pero con la cabeza gacha. Creo que estaba avergonzada por el escándalo que hicimos.

Ma la abrazó primero.

—Oh, mi dulce niña —dijo—. Mantén la cabeza en alto.

—No podría haber hecho esto sin ti —le dijo Nara a Ma.

Charlie le dio a Nara un abrazo lateral con un brazo.

—Ma también me ayudó a terminar el instituto —dijo—. Ella es increíble.

Ma se sonrojó ante el cumplido, pero levantó la barbilla con orgullo.

—Bueno, sé con cuál de vosotros fue más sencillo. Y Charlie, no fuiste tú.

Me reí de eso y Charlie me hizo una mueca. Billy rodeó a su prima con el brazo y le hizo mostrarle su certificado escolar recién adquirido, y los cinco salimos al patio a tomar el té de la mañana.

Mientras estábamos de pie bajo la luz del sol de finales de otoño, bebiendo café y comiendo cuadraditos de limón caseros, Nara se llevó a Billy para mostrarle algo justo antes de que el hombre de la llamativa corbata morada que encabezaba la ceremonia de premiación, el director del colegio comunitario, se presentara él mismo.

—Peter Wellington —dijo extendiendo su mano a Charlie.

Charlie hizo las presentaciones a nuestro pequeño y variopinto grupo y Peter inclinó la cabeza de manera inquisitiva. Charlie explicó:

—Tenemos una estación fuera de la ciudad, así que todos vinimos hoy para ver a Nara graduarse.

—Ah, sí —dijo Peter, como si sonara una campana lejana—. Encantador. —Tomó un sorbo de su café y mi impresión inicial de que este hombre era un idiota académico se demostró errónea cuando pasó a hablar de que los niños más pequeños tenían vocación por la vida en la tierra si no tenían miedo al trabajo duro—. Es difícil ver el brillo que la vida en las calles podría tener para los jóvenes de hoy. Hace que uno se pregunte qué dejan atrás si dormir bajo un puente es un respiro bienvenido.

Ma asintió.

—Cierto. Aunque tuvimos suerte de que Nara llegara a nuestra puerta cuando Billy —Ma señaló hacia donde Nara y Billy estaban mirando algo en el jardín—, la sacó de lo que podría haber sido una situación dañina. Y ella ha estado brillando desde entonces.

Peter tarareó pensativamente.

—Ha tenido suerte de teneros.

—Sí —aceptó Charlie—. Pero no es una aprovechada. Trabaja duro. Nara se ha ganado un lugar en nuestra mesa y es suyo mientras ella lo desee. Es una parte tan importante de Estación Sutton como cualquiera de nosotros.

Le sonreí; sus palabras calentaron mi pecho.

—Muy cierto.

Peter suspiró, como si, sí, como si fuera una historia feliz para Nara, pero la enormidad de tantos otros niños que no tuvieron tanta suerte era una carga pesada.

—¿Tenéis programas para niños aquí? —pregunté.

—Sí, los tenemos —dijo animándose de inmediato. Estaba claro que amaba su trabajo y me sentí mal por menospreciarlo antes, a pesar del mal gusto que tenía en cuanto a corbatas—.

Organizamos programas, como el que completó Nara, para que no solo los niños sino cualquier persona obtengan su certificado de instituto. Realizamos programas de arte, que incluyen clases de arte callejero y arte aborigen tradicional. Realizamos programas de informática, clases de inglés, clases de mecanografía, clases de mecánica, talleres de habilidades para cosas como manejo de efectivo y servicio al cliente, para que puedan conseguir un trabajo en un supermercado o una cadena de comida rápida. Algo. Cualquier cosa. —El director de la universidad suspiró—. Lo siento. Me dejo llevar un poco.

Charlie le sonrió.

—No te disculpes por la pasión.

Peter parecía avergonzado y ocultó su sonrisa mientras tomaba un sorbo de su taza de café.

—Bueno, Nara es muy afortunada. Es una pena que otros niños no tengan tanta suerte. No todo el mundo está dispuesto a arriesgarse con ellos.

Charlie emitió ese zumbido que era una señal clara de que no estaba de acuerdo.

—El problema no es que la gente no se arriesgue —dijo Charlie—. En mi opinión, el problema es que los niños no creen que valen la pena. Cuando Nara salió de casa por primera vez, estaba muy asustada, no miraba a nadie, la habían pisoteado e ignorado la mayor parte de su vida. Ahora dirige la cocina, junto con Ma, y también es como una niñera interna. Pero no se trata sólo de los trabajos que hace, sino cómo ella los hace. Mantiene la cabeza en alto y no se deja joder por nadie. —Charlie se encogió—. Disculpa el lenguaje.

Peter se rio, obviamente sin importarle en absoluto, pero lo llamaron y nos despedimos y nos fuimos poco después.

Invitamos a Nara y Ma a un almuerzo especial y cuando nuestros platos estuvieron vacíos, le pregunté a Nara:

—¿Adónde vamos ahora? Tú eliges.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿A otro sitio?

—Sí. —Asentí—. El graduado de instituto puede elegir. Cine, compras...

—A casa.

Todos la miramos.

—¿Quieres ir directamente a casa? —preguntó Billy.

Nara asintió.

—Tengo mucho que hacer en casa como para perder el tiempo aquí. Le dije a Trudy que cuidaría a Gracie esta tarde y alguien tiene que alimentarnos a todos.

Mis hombros temblaron con una risa silenciosa y Charlie sonrió con orgullo.

—Es la chica de mis sueños. Entonces iremos a casa.

CHARLIE HABÍA estado callado durante la cena, y no fue hasta más tarde, cuando estábamos solos en la cama, que tuvimos la privacidad para poder preguntarle qué tenía en mente.

—¿Me lo dirías?

Sus ojos brillaron en la luz plateada de la habitación, sus dedos tocaron un lado de mi cara.

—¿Qué?

—Lo que sea que esté pasando en esa mente tuya que siempre piensa.

Charlie rodó sobre su espalda y suspiró hacia el techo.

—Sólo algo que dijo Peter.

—¿El director del instituto? Con la corbata realmente mala.

Charlie sonrió ante eso.

—Sí.

Esperé a que continuara.

—Dijo algo sobre los niños que tiene —dijo en voz baja, ya sin sonrisa.

—Me gustó lo que dijiste sobre ellos —le dije—. Cómo no son las personas que ayudan las que no ven que los niños valen la pena, sino los propios niños. —Lo besé suavemente—. Creo que Greg tenía razón. Creo que deberías considerar la política...

—Quiero ayudarlos.

Parpadeé sorprendido.

—Bueno.

Se puso de costado para mirarme. Sus ojos brillaban, incluso en la habitación a oscuras.

—Trav, quiero darles una oportunidad a esos niños. No sé de qué les servirá, pero... —Se encogió de hombros—. Podría haber sido uno de esos niños. Si no tuviera este lugar, habría sido uno de ellos. Mi padre me echó, bueno, no de esa manera, pero esos niños no tuvieron esa opción. Yo también estaría en la calle. Pero tuve suerte. Tenía este lugar, una casa, un negocio, todo en uno. Así que estaba pensando que tal vez podríamos considerar ejecutar algún tipo de programa para niños. Sólo una semana o dos, una o dos veces al año, especialmente ahora que no haremos intercambios en el extranjero este año. Pero podríamos enseñarles a trabajar, ¿sabes? Montar a caballo, arreglar cercas, etiquetar ganado, clavar postes para cercas... cualquier cosa que pudiera facilitarles conseguir un trabajo. O al menos si eso les da algo que esperar. Demonios, incluso si es sólo un lugar cálido para dormir.

Le sonreí y probablemente también me emocioné un poco. Puse mi mano en su cara.

—Eres especial, ¿lo sabías, Charlie? Pienso que es una idea genial.

Sonrió tímidamente y besó la palma de mi mano.

—Parece correcto, ¿no? ¿Qué hago algo para ayudarlos?

—Sé lo que parece correcto —dije sugerentemente, rodando sobre mi frente y levantando mi trasero—. Y eres tú quien hará algo para ayudarme.

Charlie resopló, pero se deslizó sobre mí y pronto dejó besos a lo largo de mi columna, sin detenerse en mi culo. Sin detenerse ni una sola vez.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, tan pronto como el reloj dio las nueve, Charlie estaba hablando por teléfono. Preguntó por Peter Wellington, un apellido que no recordaba, un testimonio de la perspicacia para los negocios de Charlie y un testimonio de la falta de la mía.

Me detuve en la puerta de su oficina para escuchar, sosteniendo a Nugget como si fuera el saco de patatas en el que se estaba convirtiendo: mi antebrazo sobre su pecho, sus patas traseras colgando libres pero su peso contra mi cuerpo. Al menos no podía mordirme cuando lo sostenía así. Charlie me sonrió, pero alguien debió haber hablado al otro lado del teléfono. Se animó y habló con el hombre que respondió:

—Hola, soy Charlie Sutton. Hablé contigo ayer en el día de la graduación. Hablamos de que los chicos no tuvieran una oportunidad justa. ¿Te acuerdas?

»Bueno, me hizo pensar —continuó diciendo—. Y tengo una propuesta para ti.

CAPÍTULO OCHO

DOS PASOS ADELANTE, UN PASO ATRÁS.

SI CHARLIE se ocupaba de su nueva aventura en este programa para niños desfavorecidos como distracción o como compensación por perder a Shelby, decidí que no importaba.

Estaba ocupado y volvió a sonreír, y eso fue suficiente para mí.

Tuvo más llamadas telefónicas y otra reunión con Peter sobre su propuesta de estadía de una semana para no más de dos adolescentes con problemas cuidadosamente seleccionados. Y la semana siguiente, tuvo reuniones con Greg y Allan y tuvo que volar a Tennant Creek para otra reunión nocturna de Productores de Carne.

Tenía razón cuando dijo que se avecinaba un momento muy ocupado, pero un Charlie ocupado era un Charlie feliz. Siempre había dicho que era yo quien no podía quedarse quieto, pero él no era diferente. Prosperaba bajo presión, lo manejaba todo con calma y lo hacía parecer muy fácil.

Sí, teníamos la estación funcionando sin problemas. Las cosas se simplificaron y gestionaron bien. Incluso sin Charlie, durante una reunión de una sola noche o más, todos hicieron su parte y pusieron su granito de arena. Los collares para ganado y los reguladores de bombas ayudaron más de lo que creíamos posible. Charlie podría, por mucho que le disgustara, pasar más tiempo en la oficina haciendo el papeleo.

Estábamos preparando las cosas para la reunión de invierno. Faltaban solo unas semanas y sabía que cuando Charlie regresara de Tennant Creek, la organización y la planificación estarían en pleno apogeo.

Y me encantaba reunir ganado.

Me *encantaba*.

Estar en medio del desierto, dormir en el suelo, montar a caballo y en motocicleta, acorralar al ganado, hablar y reír alrededor de una fogata por la noche y, al final de la semana, estar tan cansado que apenas podías escupir.

Y me encantaba hacerlo con Charlie.

Llevaba aquí más de dos años y esta reunión sería la quinta. Cada vez, Charlie y yo pasábamos los primeros días con los muchachos y luego nos dividíamos y tomamos el rebaño de ganado de un rumbo diferente. Nos daba unos días solos, montando nuestros caballos uno al lado del otro, trabajando juntos durante el día, acurrucándonos junto al fuego por la noche.

Pero este año no estaba Shelby.

No sabía lo que eso significaba para nuestra reunión. ¿Montaría en Lizard, el caballo de George? ¿Compraría en su lugar una moto todoterreno, o tal vez la vieja ute? ¿Vendría?

Era algo que tendría que abordar con él, y por mucho que no quisiera hablar sobre la posibilidad de conseguir otro caballo, era algo que tendría que considerar pronto.

Necesitaba llorar y seguir adelante.

Habían pasado meses desde que había estado a caballo. Era hora.

Ya era última hora de la tarde, no lejos de la hora de cenar, cuando Charlie regresó a la casa. Crucé el patio desde el cobertizo donde estaba trabajando y me encontré con su bolso de viaje en el pasillo. La puerta del baño estaba cerrada.

Esperé a que saliera y me encontré apoyado contra la pared del pasillo, sonriéndole.

—Hola, extraño.

Me dio una sonrisa cansada.

—Me fui una noche.

—Una noche —admití—, pero dos días largos y solitarios.

Dio algunos pasos lentos, cansados y estresados para pararse frente a mí, se inclinó y se derribó contra mí. Respiró hondo mientras sus labios besaban mi cuello.

—¿Sabes lo mejor de irse? —preguntó, acariciando mi cuello.

Mi cabeza cayó hacia atrás, dándole más piel para besar y lamer.

—¿Qué es eso? —susurré, tratando de no gemir.

—Volver a casa contigo.

Mi cuerpo reaccionó ante él, su toque, sus palabras.

—¿Charlie? —susurré su nombre.

—¿Mmm?

—¿Baño? ¿Dormitorio?

—¿Niños? —gritó Ma desde la cocina.

A Charlie no le importaba. Con un estallido de energía renovada, me empujó a nuestra habitación.

—Cinco minutos —le gritó a mamá y la puerta se cerró ruidosamente detrás de nosotros.

Riendo, lo acerqué a la cama conmigo.

—¿Sólo cinco minutos?

—Cállate la boca. Estoy tan cachondo que será una suerte que sea un minuto —dijo, poniéndose de rodillas para poder desabrocharse los jeans. Liberó su dura polla, la apretó y trepó por mi cuerpo. La mirada en sus ojos ardía.

Jesús.

Rápidamente me desabroché la bragueta, necesitando cualquier tipo de fricción que pudiera encontrar. Charlie gruñó y apartó mi mano, tomando nuestras dos pollas en su mano mientras se inclinaba sobre mí, deslizándose y bombeando, besando y chupando.

Ni siquiera creo que hayamos llegado a un minuto.

Pero durante la cena estuvo mucho menos tenso.

CHARLIE ABRAZÓ a Gracie antes de que Trudy y Bacon la llevaran a su casa para bañarse y acostarse, y luego jugó en el suelo con Nugget. El wombat se arrastró sobre él, haciéndole cosquillas en la cara con besos en la nariz, y lucharon con el Osito Retozón antes de que Nugget se aburriera y exigiera que le frotaran el vientre.

Charlie parecía bastante feliz, pero cielos, parecía cansado.

—Uf —gimió Charlie mientras yacía en el suelo. Levantó la mano hacia mí—. Ayúdame.

—¿Así de cansado estás?

—No debería haberme tirado en el suelo —dijo—. Tengo cosas que hacer.

Tomé su mano y lo puse de pie. Agarró la bolsa de su computadora portátil, dejamos a Ma y a George mirando la televisión y entramos a la oficina.

Se sentó en su silla, se frotó la cara y el cabello con las manos antes de suspirar ruidosamente.

—Greg dijo que hay un corredor haciendo rondas. —Sonaba una mezcla de cansado y derrotado.

—¿Un corredor? ¿Haciendo las rondas de qué?

—Compra y venta de propiedades. Principalmente estaciones de ganado. —Se inclinó y conectó el cable del portátil a la toma de corriente—. Supongo que debería esperar una llamada en algún momento.

Lo miré fijamente.

—No estamos vendiendo. No por ninguna cantidad de dinero —dije rotundamente, un poco más duramente de lo que pretendía.

Charlie me sonrió ampliamente.

—No. No lo haremos.

—No quise decir eso como sonó. Quiero decir, *tú* no estás vendiendo. Quiero decir, no puedes, Charlie. Este lugar lo es todo. Es mi casa. Dime que ni siquiera estás...

—Travis —dijo suavemente, interrumpiéndome—. No *estamos* vendiendo nada. No mientras tenga aliento.

Exhalé ruidosamente, poniendo mi mano en mi corazón palpitante.

—Dios, me asustaste.

Me sonrió cálidamente.

—Me gustó la parte del “*no estamos vendiendo*” de tu pequeño discurso.

Resoplé.

—No quise decir eso. En realidad, no me corresponde a mí decirlo. Si quisieras vender, no te lo impediría.

Entonces se quedó callado; lo que estaba pensando, sólo podía adivinarlo. Después de unos largos segundos, dijo:

—El corredor llamó a Greg y Allan. En realidad, a Greg dos veces.

—¿Lo está considerando?

—No. Le dijo al tipo que dejara de llamarlo, dijo que era acoso.

—Bastante manso para Greg —permití.

Charlie sonrió.

—Allan no fue tan educado.

—Me lo puedo imaginar —dije riendo—. Me gusta Allan y la forma en que hace las cosas.

Charlie sonrió, pero no duró mucho.

—El corredor ya tiene algunos granjeros alrededor de Tennant Creek. O eso dijo Allan.

—¿Están vendiendo?

Charlie asintió.

—Sí. Supongo que es una vida dura y pocas recompensas. Algunos no tienen tanta suerte como nosotros...

Me di cuenta de que Charlie necesitaba hablar, así que simplemente escuché.

—Greg dijo que no es culpa de los granjeros. Lo sabemos. Es difícil aquí y si alguien ofrece la cantidad correcta... —Charlie suspiró—. Pero Greg dijo que tampoco es culpa del corredor. Que él es sólo el hombre en el medio. Si la gente quiere vender, supongo que simplemente está haciendo su trabajo.

Me di cuenta por la expresión de su frente que no le sentaba bien.

—¿No estás de acuerdo?

—No sé. Supongo que puedo entender su punto —admitió—. Pero eso no es lo que me preocupa.

—¿Qué es?

—Mi primera pregunta fue: ¿para quién trabaja este corredor? ¿Qué conglomerado está comprando tierras en todo el Territorio? ¿Quién intenta dominar las ventas e influir en el mercado? Eso es lo que quiero saber.

Le estaba sonriendo.

—¿Qué?

—Solo tú. No te miras el *quién* o *dónde*, sino el por qué. Ése es un enfoque muy estratégico. Muy inteligente.

—Greg y Allan dijeron lo mismo —admitió—. Ni siquiera consideraron ese aspecto. No veo cómo no pudieron. Así que no sé acerca de ser inteligente. Simplemente desconfío de la falsedad y los negocios dudosos. Eso es todo.

—Inteligente —repetí—. Eso es lo que hace que la estación Sutton sea lo que es.

—Mi padre era igual —dijo—. Se podía oler una rata a un kilómetro de distancia.

Charlie ahora podía admitir que los rasgos de su personalidad eran los de su padre sin culpa ni autodegradación. Poseía los rasgos positivos, como el sentido para los negocios y el detector de mierda, e igualmente repudiaba los rasgos negativos con el mismo vigor.

Fue sólo otro testimonio de lo lejos que había llegado.

—¿Crees que algo no huele bien?

Sacudió la cabeza.

—No sé. En realidad, no lo sabré hasta que este tipo me llame. Si me llama, claro.

—Si su lista de empresas está en orden alfabético, estás hacia el final de su lista.

Charlie levantó su media sonrisa.

—Sí. O tal vez haya hablado con otros granjeros que le dijeron que estaría perdiendo el tiempo.

—O eso es todo.

Estuvo callado por un tiempo, sus semanas ocupadas lo alcanzaron.

—Estás cansado —le dije.

Él asintió lentamente.

—Sí.

—Necesitamos hablar sobre la reunión de ganado —comencé, pero este no era el momento para mencionar el hecho de que no tenía caballo—. Mañana, ¿sí? ¿Comenzaremos a solucionarlo mañana?

Él asintió de nuevo, esta vez sonriendo.

—Sí. ¿Todo aquí va bien? ¿Nada que necesite saber?

—No. Todo salió bien.

—¿Nugget no fue ningún problema?

—No más de lo habitual. No me mordió estos últimos dos días si eso es lo que preguntas.

Él resopló.

—Espero que no. —Reprimió un bostezo—. Oh, Peter traerá aquí a un jefe de departamento pasado mañana. Deben comprobar que la estación sea adecuada para alojar a los niños aquí. También deberán realizar controles policiales al personal. ¿Está bien para ti?

Asentí.

—Claro, ¿por qué no lo estaría?

Charlie se encogió de hombros.

—Debería haber preguntado antes. Se lo preguntaré a los demás por la mañana durante el desayuno y, si alguien tiene algún problema, todo se detendrá ahora mismo.

Lo miré por un momento antes de levantarme y extender mi mano. Esperé a que la tomara. Lo que fuera que tuviera que hacer, podía esperar.

—Tienes que irte a la cama.

—¿Es así? —Él sonrió.

—Sí. —Luego me incliné y le susurré al oído—. Y para que lo sepas, haré que te corras tan fuerte que dormirás como un muerto.

Charlie tomó mi mano y casi me arrastró a nuestra habitación. Gritó “Buenas noches” a mamá y a George mientras pasábamos, pero cuando respondieron, ya había cerrado la puerta del dormitorio, se había quitado la camisa y yo me estaba quitando las botas.

EL DESAYUNO CONSISTÍA en la variedad habitual de beicon, salchichas, huevos, tostadas, café y cereales. Sin mencionar el ruido y el desorden, la mayor parte proveniente de Gracie sentada en su trona tirando más comida al suelo de la que se metía en la boca. Pero sobre todo era divertido.

Sí, discutíamos qué trabajo se haría, pero siempre había risas. La trona de Gracie podría haber sido colocada en el lugar de cualquier persona en un día cualquiera, pero hoy ella estaba entre Charlie y yo. Él le estaba dando de comer lo que llamaba “soldados” de tostada, que ella mayormente destrozaba humedeciéndolos. Incluso le daba de comer las cucharadas de avena, que él detestaba y hacía todo lo posible por no vomitar, pero por esa pequeña niña de ojos azules y nariz de botón, sufriría con cualquier cosa.

Cuando el desayuno estaba a punto de terminar, se aclaró la garganta.

—Um, antes de que os vayáis, hay algo que necesito deciros a todos.

Todos los ojos estaban puestos en él, esperando que continuara.

—Eh, para obtener luz verde para este programa juvenil, tendréis que pasar una verificación de antecedentes policiales, todo el personal. —Miró a cada uno de ellos por turno—. Necesito saber si estáis de acuerdo con eso. Está perfectamente bien si no estáis de acuerdo. No sintáis que estáis obligados. Vosotros sois mi primera prioridad, nadie más.

»No tenéis que decir nada ahora ni delante de nadie más, sólo venid a verme. No le diré a nadie más el por qué el programa continúa o no, y no os lo reprocharé de ninguna manera. Como dije, vosotros sois más importantes para mí y para esta estación que algunos chicos que nunca he conocido.

Parecía luchar con eso, más de lo que hubiera supuesto. Estaba más nervioso de lo que lo había visto en mucho tiempo. Así que esperé hasta que los demás se fueron y él estaba limpiando del suelo trozos de pan tostado empapados y desmenuzados y apilándolos sobre la mesa.

—Oye —dije en voz baja—. ¿Todo bien?

—No. Hay pegotes de avena por todos lados. Esa mierda hace plasta asquerosa, pero es pútrida cuando está fría.

Me reí ante la expresión de repulsión en su rostro. Lo había visto sacudirse la mierda de vaca, la sangre y las placentas como si nada, pero la avena le daba ganas de vomitar.

—Esperas hasta que Gracie quiera compartirla contigo y no coma nada hasta que tú comas

un poco primero.

Charlie palideció y negó con la cabeza.

—Ah, ah. Demonios, no. —Afortunadamente, Ma entró con un paño y limpió el desorden, evitando que Charlie tuviera que mirarlo más.

Charlie se levantó y se secó las manos en los vaqueros. Me miró expectante, claramente sin estar seguro de para qué estaba allí.

—¿Tienes un segundo? —pregunté.

Parpadeó sorprendido.

—Claro.

—Camina conmigo. —Caminé por el pasillo hasta la puerta trasera.

Salimos de la terraza y pasamos por el huerto hacia el cobertizo.

—¿Qué pasa?

—Sólo quería comprobar que estás bien.

—¿Por qué no lo estaría?

—Durante el desayuno, cuando les contabas sobre los controles policiales y el programa para jóvenes, parecías... fuera de lugar.

Entramos en el cobertizo.

—Sí. No sé. Simplemente fue más difícil de lo que pensaba.

—¿Te preocupaba que te dijeran que no? Entonces el programa no se llevaría a cabo.

Negó con la cabeza.

—No precisamente. Quise decir lo que dije. Si uno de ellos no lo quiere, entonces simplemente no sucede. Pura y simplemente.

—Entonces, ¿por qué estabas tan nervioso? —Presioné mientras caminábamos por el cobertizo y hacia el establo—. Simplemente no te había visto así en mucho tiempo, eso es todo.

—Saben que quiero que el programa se ejecute —dijo—. Lo que los obliga a decir que sí. No quiero que piensen que tienen que hacer algo por mí, ¿sabes? Supongo que ahora es diferente. Hace unos años, simplemente les habría dicho que íbamos a realizar el programa y que les podía gustar o irse. Pero ahora no. —Negó con la cabeza nuevamente—. Ahora no es así.

Dejamos de caminar dentro de los establos.

—No, no lo es —acordé—. ¿Eso es algo malo?

—No...

—¿Pero?

—Pero me preocupa que la línea entre jefe y amigo se haya desdibujado —admitió en voz baja—. O ni siquiera se difuminó, sino que desapareció por completo.

—Te respetan, Charlie.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunté, porque por la mirada insegura en su rostro no me lo parecía—. Cualquiera de ellos haría cualquier cosa que le pidieras. No sólo porque seas su amigo. Sino porque eres su jefe. Y además, un buen jefe. Esperas mucho de ellos, pero das mucho a cambio. No confundas eso con debilidad, Charlie. Es la señal de un buen líder.

Charlie respiró hondo y finalmente me sonrió.

—¿Ese es tu discurso de motivación antes de llevar a tus tropas a la guerra? —bromeó—. ¿Debería pintarme la cara de azul y ponerme una falda escocesa?

Solté una carcajada.

—Realmente necesitamos ampliar tu gama de películas.

Sonrió.

—Oye, al menos no fue *Jungla de Cristal*.

—Cierto. Y no me opondría a verte usando una falda escocesa. Sólo digo eso.

Fue entonces cuando Charlie se dio cuenta de dónde estábamos. Nos detuvimos en los establos, sí, pero estábamos parados justo en frente del puesto ahora vacío. Ni heno, ni pienso, ni bridas colgadas en la puerta.

Ni Shelby.

Charlie palideció un poco y sus ojos muy abiertos se encontraron con los míos.

—¿Por qué estamos aquí?

—Charlie —comencé.

Negó con la cabeza.

—No. —Y rápidamente se alejó por donde habíamos venido. Fui tras él y lo agarré del brazo deteniéndolo. Echó el brazo hacia atrás, pero no se movió para irse. Simplemente miró hacia otro lado y negó con la cabeza—. Sé cuánto tiempo ha pasado —dijo en voz baja—. No es necesario que me lo recuerdes. No es necesario que me digas que es hora de superarlo y seguir adelante, porque lo sé. —Entonces me miró, sus ojos de un color marrón angustiado—. Pero no puedo.

Lo acerqué a mí y lo rodeé con mis brazos con fuerza, pero su cuerpo permaneció tenso.

—No estás listo —dije suavemente—. Y eso está bien. No tienes que *estar* listo.

Finalmente se rindió en mis brazos, fundiéndose en mí, con su rostro enterrado en mi cuello.

—No lo estoy. No estoy listo. —Respiró hondo, pero nunca se movió para alejarse de mí—. ¿Crees que es una tontería? Que yo... simplemente no puedo...

—No. No es una tontería —le aseguré frotándole la espalda—. Me preguntaba sobre esta reunión de ganado y cuál sería su logística.

Charlie se apartó y apretó mi mano antes de soltarla. Caminó hasta el banco en la parte trasera del cobertizo y se apoyó en él, se pasó las manos por el cabello y suspiró.

—Lo mismo de siempre supongo. Pero me quedo con la vieja ute o una moto. Sé que podría llevarme uno de los caballos de repuesto, pero después de no haber sido montados durante tanto tiempo, probablemente les causaría más daño que bien. —Negó con la cabeza como si se considerara estúpido o tonto. Me miró y pude ver la vulnerabilidad en sus ojos. Su voz era tranquila.

—Pero no creo que pueda montar otro caballo.

—Entonces no es necesario —dije con confianza—. Tú tomas la camioneta, yo saldré en Texas y con Billy y me reuniré contigo todas las noches.

Charlie miró hacia los establos.

—¿Todavía quieres llevarlo?

—Sí —le dije honestamente—. Charlie, ya sabes, montar a caballo, perseguir ganado y dormir bajo las estrellas contigo es una de mis cosas favoritas.

Asintió.

—Bueno, siempre será una de mis cosas favoritas. Pero todavía tenemos trabajo por hacer. Y esto no es diferente. Aún necesitas liderar el equipo, eso nunca va a cambiar.

—Me siento estúpido —susurró—. Soy un hombre adulto y aquí he visto el círculo completo de la vida una docena de veces. Las cosas aquí mueren, se oxidan, se atascan y seguimos adelante. Pero simplemente no puedo... ni siquiera quiero buscar un caballo nuevo.

Tomé su mano y esperé a que me mirara.

—Gracias por decirme cómo te sientes.

Hizo una mueca, sin duda, a punto de protestar de nuevo.

—No desacredites tus instintos, Charlie —le dije seriamente—. ¿Qué me dijiste una vez?

Aquí no hay lugar para errores, especialmente durante una reunión. ¿Si te subieras a un caballo antes de estar listo y sucediera algo? Si resultas herido o se pierde entre unos pocos miles de cabezas de ganado, podría ser peligroso. —Puse mi mano en su pecho—. Así que escucha lo que hay aquí. Sabrás cuando estés listo.

Cerró los ojos y sonrió.

—Gracias.

Besé sus labios.

—No tienes por qué dar las gracias.

—Sin embargo, hay una cosa —dijo. Lo miré inquisitivamente y él sonrió—. ¿Estás seguro de que quieres cabalgar sin mí? Quiero decir, normalmente es algo que hacemos juntos...

Me reí.

—Diablos, sí, quiero montar. Me encanta reunir ganado.

—Cinco o seis días a caballo, noches heladas, el olor, la falta de duchas, de baños...

—¿Lo sé, verdad? ¡Por eso me encanta! Bueno, lo de no tener baños es un problema, pero lo bueno supera con creces a lo malo.

Agitó los párpados e hizo un puchero.

—Pero no estaremos...

—Estarás allí por la noche, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—No todas. Si estoy en la camioneta, me dirigiré muy al norte, y supongo que tú y Billy a caballo los traeréis desde el este. —Me di cuenta de que estaba tratando de descubrir cómo podría hacerlo funcionar.

—Bueno. Me comprometo. Empezaré por Texas. Estaré tres días montando con Billy y veré si tal vez Ernie o Bacon quieran intercambiar. Estoy bastante seguro de que Trudy querría pasar un par de días, así que cuando ella regrese a la casa para estar con Gracie, tomaré el quad. Texas puede ser un caballo de suministros, tú te llevarás la moto y Billy y Ernie pueden pelearse por la ute.

Sonrió como si pudiera funcionar.

—¿Lo tenías planeado?

Resoplé.

—No, para nada. Pero prométeme una cosa.

—Cualquier cosa.

—El cuarto día, cuando yo coja el quad y tú la moto, nos separamos de los demás y pasamos los dos últimos días solos. Quiero decir, tendremos que reunirnos con ellos para repostar, pero las noches son sólo nuestras.

Ahora sonrió.

—Claro que podemos hacerlo.

CAPÍTULO NUEVE

LEGADOS.

CHARLIE COLGÓ el teléfono después de hablar con Sam y me sonrió. Él estaba detrás de su escritorio y yo me senté en mi silla habitual a un lado.

—Dijo que le encantaría. Consultará con su jefe sobre el tiempo libre, pero dijo que debería estar bien. Dijo que Laura también tenía muchas ganas de volver y visitarnos.

—¿Tu madre? ¿Para ayudarnos a reunir? ¿Sabe montar a caballo?

—No sé. Pero estaba pensando que tal vez podría quedarse aquí y ayudar a Ma y a Nara a cocinar y cuidar a la pequeña Gracie. Trudy parecía decepcionada el otro día cuando estábamos hablando de reunir y ella no iría.

—Sin embargo, consulta con ella primero —le advertí—. Charlie no puedes hacer planes para el hijo de otra persona.

Me miró entrecerrando los ojos.

—Lo sé, Travis.

Que Charlie me llamara “Travis” en lugar de “Trav” era como si mi madre dijera mi nombre completo.

Sonrió ante mi mirada.

—De todos modos, dijo que me llamará después de hablar con Laura. Quién sabe, tal vez Ainsley también quiera visitarnos.

—¿Qué pasa con los niños de Alice? —pregunté—. Como parte del programa para niños desfavorecidos, ¿tal vez les gustaría ver una reunión? —Se suponía que no saldrían hasta después de la reunión, y supe que tan pronto como lo dije, él iba a decir que no.

—Absolutamente no. Al menos con Sam, sé que tiene una cabeza sensata sobre sus hombros y Laura es enfermera. Incluso nos ayudó con un parto antes.

—Delilah —dije—. Ayudó a parir a Delilah.

—Exactamente. Así que sé que al menos es útil y que será una gran compañía para Ma, Nara y otro par de manos para cuidar a Gracie. Pero no hay manera de que un adolescente sabelotodo haga algo estúpido o se pierda cuando estamos muy ocupados.

Le di una buena y apropiada mirada.

—No todo el que se pierde es estúpido.

Charlie se rio.

—No, la compañía actual está excluida, por supuesto.

—Y no estaba perdido —le recordé—. Sabía dónde estaba. Eras tú quien no sabía dónde estaba yo.

Puso los ojos en blanco y volvió al tema que nos ocupaba.

—De todos modos, si Trudy quiere uno o dos días para reunir ganado, y a mí me gustaría que

lo hiciera, probablemente se sentiría más cómoda sabiendo que Laura está aquí, siendo enfermera y todo eso.

—¿Cuándo lo sabrás?

—¿Tan pronto como Sam me devuelva la llamada?

Y en ese momento sonó el teléfono. Charlie sonrió y levantó el auricular.

—Estación Sutton. —Su sonrisa murió y supe que no era Sam—. Habla... Ah, ya veo... En realidad, sí. Me gustaría reunirme con usted... Me parece bien... Nos vemos entonces. —Charlie colgó y arqueó una ceja.

—¿Quién era?

—Esa fue la llamada del corredor que nos preguntábamos si alguna vez recibiríamos. Pasará por aquí mañana y quería saber si podía atenderlo.

—¿El corredor de fincas? —Lo repetí—. ¡Pero dijiste que querías reunirme con él! Charlie, ¿para qué diablos?

Su sonrisa era astuta.

—Quiero saber para quién trabaja y ¿qué mejor manera de hacerlo que preguntárselo directamente?

El teléfono volvió a sonar; Esta vez era Sam. Laura y él iban a venir y quedarse una semana. Charlie sonrió mientras desconectaba la llamada y mi corazón se calentó al verlo tan feliz cuando se trataba de su hermano y su madre biológica. Era algo que nunca soñó posible, pero la familia de Charlie, de sangre y la elegida, lo sorprendían para bien. Aun sonriendo, se levantó.

—Será mejor que le diga a Ma que tenemos dos bocas más que alimentar.

CHARLIE y yo esperamos al día siguiente a que llegara el corredor, y después de que el nuevo vehículo todo terreno se detuviera en la granja, Charlie gimió cuando el hombre salió del coche.

El corredor, si eso era, era un hombre de unos treinta y tantos años, de complexión media, aunque un poco delgado, y pálido. Llevaba su ropa de aspirante a granjero, tratando de parecer que encajaba. Lo cual era ridículo, porque con solo mirarlo estaba bastante claro que nunca había trabajado un día en ningún tipo de rancho. Tenía botas limpias, una camisa recién planchada, no tenía polvo en sus pantalones de moleskin y su sombrero parecía recién sacado de una caja. Cuando salimos a recibirlo, su suave apretón de manos de oficinista lo confirmó.

—Martin Combes —se presentó.

Cuando Charlie le estrechó la mano, me pregunté qué haría falta para que Martin no se encogiera ante la fuerza del agarre de Charlie. La mano de Martin era la de un pescado frío y flácido, y la de Charlie era la de un ranchero cálido, fuerte y áspera.

—Vayamos al interior —dijo Charlie agitando su mano hacia la casa—. Creo que hay té preparado y bollos recién hechos.

Martin, según explicó, había estado en Alice Springs y los distritos circundantes, recorriendo granjas y negocios por igual.

—Aprecio que te hayas tomado el tiempo de verme.

Charlie le sonrió, justo cuando Nara y Ma traían el té de la mañana. Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor, como solían hacer las reuniones aquí, y mientras Charlie le servía un poco de té a nuestro invitado, no pude evitar sonreír al verlo de la forma en que probablemente lo hizo Martin. Ver y conocer a Charlie Sutton por primera vez probablemente fue confuso. Charlie era un granjero: duro, rudo, incansable y su ropa ya estaba polvorienta por las cuatro horas de

trabajo que había realizado a las diez de la mañana.

Pero era educado e inteligente y, aunque podía ser parcial, muy guapo. Y si Martin no se sentía un poco intimidado por el perfil y la reputación de la empresa de Charlie, probablemente sí lo estaba por la confianza que irradiaba.

Sonreí mientras Charlie ponía mi taza de té frente a mí. Sus gruesos dedos parecían poder aplastar la delicada taza de té de porcelana. Colocó una taza frente a Martin con igual delicadeza antes de sentarse, recostarse y sonreírle.

—Por favor, sírvete los bollos. Recién hechos de esta mañana.

—Oh, no —se negó sorbiendo su té—. Gracias de cualquier manera. Se ven deliciosos, pero se supone que debo tener cuidado con lo que como.

Charlie no perdió el ritmo.

—Ma se ofenderá si no los comes.

—Oh. —Martin rápidamente dejó su taza y tomó un bollo horneado, o galleta como los llamábamos en Estados Unidos.

Sonreí detrás de mi taza sabiendo que a Ma le importaba muy poco si este tío se comía su comida o no. Charlie en realidad no sonrió, pero sus ojos brillaron con diversión.

—He oído que hay algunas personas interesadas —dijo Charlie, poniéndose manos a la obra. Martin asintió y tragó el bocado.

—Sí, ha habido algunos que quieren salir.

—¿Puedo preguntarte algo? —presionó Charlie.

—Claro.

—¿Eres autónomo? ¿O trabajas para alguien? —Charlie tomó un sorbo de su té.

Martin parpadeó.

—Um...

Charlie lo miró fijamente.

—¿Quizás debería haber preguntado si esas propiedades están ahora a la venta en el mercado abierto? ¿Sabes si estuviera interesado en comprar?

Ahora parpadeé sorprendido. ¿Comprar?

—Bueno —comenzó Martin—. Ya tengo compradores...

Charlie asintió como si esperara esa respuesta.

—¿Qué conglomerado es? ¿Cahills? ¿Meyers? —Incluso yo había oído hablar de esos nombres, las corporaciones de carne más grandes de Australia.

Martin sonrió, probablemente sabiendo que se había metido en eso.

—Sí. Cahills.

Charlie volvió a tomar un sorbo de té.

—¿Entonces trabajas para ellos?

Martin asintió lentamente.

—De una manera indirecta.

—Bueno, trabajas o no trabajas —dijo Charlie en tono pasivo—. No estoy interesado en vender. Nunca lo estuve. Sólo quería saber quién intentaba monopolizar el mercado aquí, eso es todo.

—Es justo —dijo Martin—. ¿Estabas interesado en comprar o fue sólo una artimaña para obtener información?

Charlie se rio.

—No necesito otra estación. Tengo las manos bastante ocupadas aquí.

Martin sonrió y el ambiente era más relajado ahora que no había pretensiones sobre la mesa.

—La mayoría de los ganaderos con los que he hablado dicen que estamos pasando por tiempos difíciles. No tanto el clima o la economía, sino encontrar a alguien que se haga cargo de ello después de jubilarse.

Charlie suspiró.

—Sí, hoy en día no muchos niños quieren vivir aquí. Meterse en la tumba prematuramente por nada más que calor y polvo. Me imagino que la vida es mucho más fácil en la ciudad. Aquí no existe el horario de nueve a cinco.

Martín sonrió ante eso.

—No, definitivamente no. —Se detuvo por un momento—. ¿Puedo decirte algo?

Charlie se encogió de hombros.

—Adelante.

—Me dijeron que no perdiera el tiempo viniendo a verte.

Resoplé en mi té y una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Charlie.

—¿Es así?

—Sí —continuó Martín—. No fue algo malo, así que no te ofendas.

—Oh, no me ofendo —dijo Charlie, claramente divertido.

—Algunos de los mayores dijeron que nunca venderías. Ni ahora ni nunca. Por eso me sorprendió que quisieras reunirte conmigo.

—No estoy interesado en vender —dijo Charlie nuevamente—. Probablemente debería haberte dicho eso por teléfono ayer, pero quería saber para quién trabajabas. Dijiste que estabas pasando...

Martín dejó su taza de té sobre la mesa.

—Oh, no me importa llamar. Nunca se sabe... algún día podrías cambiar de opinión.

Charlie le sonrió.

—En realidad, tendría que ser sobre mi cadáver.

—Y el mío —dije casualmente.

Martín se volvió hacia mí. Creo que había olvidado que estaba allí.

—Sí. Creo que esas fueron las palabras utilizadas. Que alguien más compre este lugar sería sobre tu cadáver.

—Déjame adivinar —dijo Charlie riendo—. ¿Greg Pietersen te dijo eso?

Martín negó con la cabeza.

—Un hombre llamado Jack Melville.

Las cejas de Charlie se alzaron.

—¿En serio? ¿Y cómo estaba el viejo Jack? ¿Te sermoneó sobre la importancia de mantener la propia herencia y cómo este país se irá al infierno con un dólar barato? —Charlie resopló—. ¿O te amenazó con dañar la integridad de la constitución de la ganadería hasta que abandonaste su propiedad?

La sonrisa de Martín vaciló y negó con la cabeza.

—No, de hecho. Está vendiendo.

Charlie parpadeó. Luego parpadeó de nuevo. Su boca se abrió. No creo haberlo visto nunca tan sorprendido. Se aclaró la garganta y se enderezó.

—¿En serio?

Martín asintió.

—Tal vez estoy hablando sin fundamento, pero él sintió que no tenía otra opción.

—He visto sus cifras de ventas —dijo Charlie—. Está bien. Mejor que la mayoría.

—Oh, su negocio va bien —coincidió Martín—. Sus hijos no quieren tener nada que ver con

el negocio. Dijo que se está haciendo demasiado mayor para esta vida, coincidió su esposa, y que preferiría tener voz y voto sobre dónde terminará su propiedad, en lugar de que sus dos hijos se peleen por el dinero cuando la vendan después de que él muriera.

Charlie se quedó callado y se rascó el pulgar con el mango de su taza de té durante un largo rato.

—Es una pena —dijo en voz baja—. Es un tonto testarudo y no estábamos de acuerdo en muchas cosas. Pero duró sesenta años aquí, y eso es más de lo que puedo esperar.

Al ver que el humor de Charlie había decaído, Martin lo tomó como una señal para irse. Después de estrecharnos la mano y verlo alejarse, Charlie se detuvo junto a la ventana, aparentemente perdido en sus pensamientos.

No esperaba que la noticia de la venta de Melville lo afectara así. Me acerqué y puse mi mano en su brazo.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Sí. —Luego se encogió de hombros y susurró—: No lo sé.

—Lo que dijo sobre Melville te molesta, ¿no?

Su ceño se arrugó.

—Tiene dos hijos. ¡Dos! ¿Y ninguno de los dos quiere este trabajo? ¿Lo odiaron tanto? —Me miró con los ojos muy abiertos y preocupados—. Quiero decir, bastante justo. Lo que sea. Esa es su elección.

Había más. Con Charlie normalmente lo había, pero la forma en que negaba con la cabeza y se mordía el labio significaba que había algo que no estaba diciendo.

—¿Qué es lo que realmente te molesta?

—¿Qué pasará con este lugar? —preguntó en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando muera.

—Oh, Charlie.

—No, Trav. Es algo en lo que debería haber pensado antes. En realidad, ¿no puedo creer que no haya pensado en ello hace mucho tiempo!

No me gustaba que pensara esas cosas. En realidad, me hizo sentir un nudo en el pecho incluso de pensar que Charlie no estuviera aquí. Realmente no sabía qué decir.

—No es un tema de discusión particularmente agradable.

—No significa que no debamos discutirlo. Quiero decir, ¿y si muriera mañana? ¿O dentro de sesenta años? ¿Quién se queda con este lugar? ¿Tú? Por mí está bien, felizmente te lo dejaría a ti.

Me quedé sin palabras, humillado por su oferta, pero una cosa sabía con certeza.

—No estoy seguro de quererlo. ¿No sin ti? No puedo estar aquí sin ti.

Sus ojos se suavizaron y me dio una sonrisa triste.

—Sí, lo harías. Lo amas tanto como a mí. —Negó con la cabeza—. ¿Pero qué pasa si ambos morimos juntos en algún extraño accidente Trav? ¿Qué significa eso para este lugar? ¿El gobierno simplemente aparecería y se lo quedaría? Quiero decir, ¿lo harían?

—¿Qué pasa con Sam? No creció aquí, pero es tu hermano.

Charlie se encogió de hombros.

—Tal vez. —Negó con la cabeza de nuevo, claramente agitado—. Seguro que le gusta y para él son unas vacaciones divertidas durante una semana, pero no lo ama. Quiero que este lugar siga funcionando Trav. No quiero que lo vendan a una gran corporación. Quiero que la persona que lo posea lo ame. Necesitan que les guste como a nosotros, Trav.

Miré hacia la puerta para asegurarme de que no hubiera nadie allí. Susurré:

—¿Qué pasa con George y Ma?

—Seguro. Pero ¿y si no es hasta dentro de cuarenta años? No creo que George lo quiera cuando tenga casi noventa años. ¿Y a quién se lo dejaría? Él tampoco tiene hijos.

¿Tampoco?

Oh.

Oh...

—¿Estás hablando de niños?

Su rostro se torció.

—¡No sé! —Se pasó las manos por el pelo y exhaló larga y lentamente—. Tal vez debería haber algún legado. No lo sé. Realmente no lo hago. ¡Es egoísta de mi parte siquiera pensarlo y mira a Melville! Tenía dos hijos y eso no lo llevó a ninguna parte. Ninguno de los dos quería su estación.

No estaba seguro de qué decir. No es que fuera capaz de decir algo que hubiera tenido sentido. Entonces, en lugar de decir cualquier cosa, o algo incorrecto, simplemente lo atraje tirándole de la camisa hasta que pude rodearlo con ambos brazos.

Resopló contra mi cuello.

—Simplemente estaba pensando como tonto. —Su aliento era todo cálido sobre mi piel—. No sé lo que estoy pensando. No sé si quiero traer niños aquí. Quizás no debería haber dicho nada.

Le froté la espalda.

—No te disculpes por decirme lo que estás pensando o sintiendo —le dije con un beso en el costado de su cabeza.

Entonces algo me agarró la bota. Me aparté de Charlie para encontrar a Nugget con los dientes en el costado de mi bota.

—Tienes mucha suerte de que no estuviera descalzo, mierdecilla.

Charlie se agachó y lo levantó.

—Deja de intentar morder a Travis. Si quiero abrazarlo, lo abrazaré. ¿Entendido pequeño?

Nugget simplemente parpadeó inocentemente y, en serio, juro que el wombat le sonrió. Charlie se rio entre dientes y lo volvió a dejar en el suelo y el pequeño irritante salió contoneándose de la habitación justo cuando Ma entraba.

—Almuerzo en diez minutos, chicos. ¿Podéis avisar a los demás?

—Claro —dijo Charlie. Me miró y sonrió—. Gracias. No era mi intención salirme por la tangente antes. Estaba pensando en voz alta, eso es todo.

—Lo sé —le dije. Todavía no estaba listo para tomar ninguna decisión sobre si tendríamos hijos. Quiero decir, le llevó un año entero admitir finalmente que estábamos comprometidos para casarnos. Pero estaba pensando en ello y eso fue un gran paso adelante para Charlie—. Sin embargo, gracias por decírmelo.

—No digo que sí, así que no te emociones demasiado. Pero tampoco digo que no —continuó. Me tocó el brazo—. Como dije, solo estaba pensando en voz alta.

Resoplé.

—¿Es ese tu descargo de responsabilidad legal?

—Sí, como esos anuncios de ofertas en la televisión —dijo caminando hacia la puerta. Luego murmuró algo bajo y rápido como lo hacen en la televisión y terminó con—: Se aplican términos y condiciones.

Me reí cuando la puerta principal se cerró detrás de él y Ma me sonrió.

—¿Parecía una conversación interesante con ese corredor de fincas?
Pensé en lo que dijo Charlie después, sobre dejar un legado.
—Muy interesante, por cierto.

CAPÍTULO DIEZ

EL MEJOR TRABAJO DEL MUNDO.

SAM Y LAURA llegaron a la estación Sutton el día antes de que saliéramos para la reunión anual de invierno.

Charlie los recibió en su coche con un rápido abrazo para Sam y un beso en la mejilla para Laura. Cogimos sus maletas y los llevamos adentro, les dimos diez minutos para refrescarse y saludarlos rápidamente, luego los pusimos a ambos a trabajar.

Laura ni siquiera parpadeó. Saltó directamente a la cocina sin que ni siquiera se lo pidieran. Había muchísima comida que preparar, pero ella ni siquiera dudó. Sam, por otro lado, se animó un poco. Después de que Charlie le mostró la terraza trasera donde todo estaba alineado para ser cargado en la vieja camioneta y en los caballos, el pobre Sam dijo:

—Una vez fui a acampar. No se parecía a esto.

Charlie se rio.

—Bien. Preparas tu esterilla y tus cosas lo suficientemente liviano como para no ser una carga. Sólo lo esencial, como lo mínimo del aseo: cepillo y pasta de dientes y papel higiénico.

Sam parpadeó, estupefacto, sin dejar de mirar el equipo que llevábamos.

—Entonces, ¿nada de pasar noches junto al horno de pizza ni dormir por la tarde en una hamaca a la sombra?

Charlie se echó a reír y le dio una palmada en la espalda a su hermano.

—Al final de la semana, nunca más volverás a quejarte de un día en tu oficina.

Y bromas aparte, realmente, Sam lo hizo genial.

Se adaptó a ello como un pato al agua. Fue en la camioneta con Charlie el primer día, lo que probablemente fue lo más seguro, permitiéndole ver lo que hacíamos y cómo lo hacíamos.

El segundo día Sam quiso ir a caballo.

—Parece que se divierten más.

Lo cual fue muy divertido, porque cuando acampamos esa noche y se bajó del caballo, caminaba como si tuviera una naranja metida en el trasero y gemía con cada paso.

—¿Quieres volver a la ute mañana? —preguntó Charlie.

Sam asintió débilmente y lentamente se sentó en el suelo, lo que hizo reír a todos. El pobre. Pero les hizo un peineta a los demás cuando bromearon con él, y estaba sonriendo.

Al día siguiente, cuando George trajo el helicóptero con suministros frescos, Charlie vio la oportunidad de llevarse a Sam con él para un vuelo rápido mientras guiábamos la manada hacia el sur.

Sabía que Charlie iba a presumir un poco, llevando a su hermano criado en la ciudad a dar vueltas y vueltas, persiguiendo ganado desperdigado a través de la maleza a un ritmo vertiginoso.

Ernie se rio.

—Apuesto a que Charlie tiene que limpiar los vómitos del tablero.

George, a su manera tan segura como el infierno, pasó la pierna por encima de la moto todoterreno de Charlie y dijo:

—No, Charlie volará a noventa grados cuando vomite. Simplemente se caerá. —Arrancó la moto y seguimos moviendo la manada.

Cuando Charlie aterrizó el helicóptero poco tiempo después, esperábamos que Sam, bajara con la cara verde y cubierto de vómito, casi se cayera del R22. Pero salió de un salto, sonriendo como un loco, igual que Charlie.

Se parecían aún más cuando sonreían así.

—¡Eso fue jodidamente increíble! —gritó Sam emocionado, lo suficientemente fuerte como para que todos lo oyéramos.

Reí y negué con la cabeza. Eran como guisantes en una vaina.

El tercer día de reunión, George llevó a Trudy a casa y regresó con Laura. La madre biológica de Charlie insistió en pasar al menos una noche fuera bajo el frío helado, y me dio una idea de dónde Charlie podría haber heredado su absoluta voluntad de demostrar su valía.

Laura optó por la vieja camioneta, mientras Charlie andaba en una moto y ella se apresuró a usar la radio de dos vías.

—Delante a tu izquierda, Charlie —dijo por la radio—. A unos doscientos metros.

Charlie se montó en la moto y condujo el ganado desperdigado de regreso a la multitud mientras los acompañábamos por la cerca.

Luego siguió a la enorme manada de ganado, empujándolos a paso firme. Cuando George trajo al último de los rezagados con el helicóptero, Laura condujo la vieja camioneta y cuando una buena docena de novillos se separaron e intentaron escapar, aceleró la vieja camioneta y los mantuvo juntos para que Ernie y Billy pudieran traerlos de regreso a caballo.

Cuando pasó por detrás de Charlie, dejó escapar un fuerte “Woo-jow” con el brazo en el aire, y él se echó a reír cuando fue tragado por su polvo.

Siempre me pregunté de dónde sacó Charlie su racha de locura. Me contó historias de saltar en ríos embravecidos y montar toros, y nunca pareció algo que su padre haría.

Ahora lo sabía.

Y mientras nos calentábamos junto a la fogata esa noche, Laura, con su cabello desordenado y su rostro manchado de tierra, encajó perfectamente y bromeó con el resto de nosotros. No fue forzado. Fue reconfortante y bienvenido. Y por supuesto, Charlie sonrió todo el tiempo.

Todas las piezas empezaban a encajar. Todas las piezas que unían a Charlie Sutton poco a poco iban encajando en su lugar. La vida que nunca pensó que tendría con una familia que lo aceptaba y amaba, era suya.

Ahora sólo tenía que hacerle ver que algún día podría, no ahora, pero algún día... tener una familia propia.

AL CUARTO DÍA, Charlie dio instrucciones a los demás a seguir. Cargamos nuestro equipo en el quad y, como en cada reunión desde que estuve aquí, nos separamos de los demás para pasar los últimos dos días solos.

Por supuesto, nos manteníamos en constante contacto por radio, pero las noches eran nuestras.

Una vez que el ganado estuvo acomodado para pasar la noche, Charlie encendió una fogata y

yo preparé nuestra cama. Solo un saco para nosotros dos, tenía toda la intención de usar el calor corporal para mantenerme caliente.

Charlie miró el único saco de dormir.

—¿Dónde está el tuyo?

Señalé el saco en el suelo.

—Ahí.

—¿Dónde está el mío?

Señalé el mismo saco.

—Ahí.

Resopló.

—Será... acogedor.

—Por eso lo hice.

Charlie sonrió mientras miraba el fuego.

—¿Planeas aprovecharte de mí?

—De la manera más desviada, sí.

Se rio.

—¿La cena primero?

Me agarré la entrepierna.

—Si insistes.

Se rio más fuerte.

—No tienes vergüenza.

—Ni una pizca.

Con cuidado colocó un poco de leña en el fuego y se giró para quedar de rodillas frente a mí. Miró el bulto en mis jeans polvorientos y se lamió los labios.

—Bueno, si insistes.

EL ÚLTIMO DÍA de la reunión y con la casa de la granja casi a la vista, nuestro ánimo cansado y exhausto comenzó a mejorar. Ernie y Billy, a pesar de estar sucios y cansados, ahora sonreían mientras trotaban sus caballos junto al ganado. Incluso George nos recibió a unos dos o tres kilómetros de la casa en su caballo, Lizard, y yo observé como Charlie los observaba a ellos.

Iba en una moto, pero se había detenido. Y él los observó. Tres de sus hombres, sus amigos, a caballo, cabalgaban con soltura, giraban y galopaban para traer de vuelta a la manada un novillo descarriado.

No dijo una palabra, pero pude ver en sus ojos y en la expresión de su boca que estaba pensando, deseando montar con ellos.

¿Era sólo un recordatorio de que perdió a Shelby? ¿O era algo más? ¿Extrañaba a Shelby? ¿O montar a caballo por el desierto? ¿Reunir ganado a caballo y sentir cómo se detenía, giraba y corría agrupando al ganado?

Me preguntaba cómo le iría durante esta reunión. Sin que me dijeran mucho, supuse que era su primera redada sin caballo, probablemente en toda su vida. Antes pensó que no estaba listo para seguir adelante, pero tal vez ahora, al menos por la mirada en sus ojos, se dio cuenta de que sí lo estaba.

La radio de Charlie cobró vida y él salió de sus pensamientos sobresaltado. Habló con quienquiera que fuera y luego volvió a ser Charlie: dando órdenes, haciéndose cargo y guiando a

la manada la distancia final hasta casa y hacia los corrales.

No había nada como volver a casa después de una reunión. Todo el mundo sonreía y reía, Ma y Nara pusieron una gran mesa enorme, nos duchamos y nos limpiamos adecuadamente y contamos historias mientras nos sentábamos y descansábamos bajo el calor del sol invernal de la tarde.

Me encantaba.

Mientras estábamos sentados en la parte trasera de la casa, con el estómago lleno y el cuerpo descansando, Charlie se estiró y golpeó su pie con el mío.

—¿Por qué estás sonriendo?

Todos me miraron y esperaron a que respondiera, probablemente preguntándose en qué broma estaba pensando.

—Sólo estoy pensando en todas las personas de la ciudad que se encierran en su trabajo de nueve a cinco —dije.

—Has trabajado como noventa horas esta semana, no cuarenta —dijo Charlie.

—Sí, pero puedo llamar a esto trabajo. —Señalé con la mano los potreros que se encontraban más allá—. No es una tarea ardua.

Bacon resopló e hizo una mueca mientras se movía en su silla.

—Conducir ganado hasta que te duele el cuerpo, polvo en lugares en los que nunca deberías tener, falta de sueño, cansancio y dolor.

Le sonreí.

—Sí. Es jodidamente perfecto.

Ma me reprendió por decir malas palabras.

—Travis.

Charlie me sonrió.

—Demasiado cierto. —Levantó su bebida y esperó a que todos hicieran lo mismo—. Por el mejor trabajo del mundo.

Todos levantaron sus vasos y brindamos a la vez.

—Salud.

CREO que estaba en la cama a las siete en punto, pero cuando me desperté, el lado de la cama de Charlie estaba vacío y frío. Me acerqué y tomé mi reloj de la mesita de noche. Mis ojos tardaron un momento en adaptarse a la pantalla, pero eran casi las once de la noche.

Sabiendo lo cansado que estaba Charlie, me pregunté por qué no se había acostado todavía. O se había quedado dormido en el sofá o tal vez algo andaba mal con el ganado...

Retiré las mantas y salí a buscarlo, cuando escuché dos voces ahogadas que venían desde atrás. ¿Estaba todavía afuera? Eso fue hace horas. Caminé por el pasillo hasta la puerta trasera y me di cuenta de que estaba hablando con Sam. Estaban sentados con los pies en alto cerca del horno de pizza aún encendido, sin duda habiéndolo mantenido encendido para calentarse. Estaban recostados, contentos en la compañía del otro.

Me hizo sonreír.

Me encantó que él y su nuevo hermano estuvieran forjando esta relación. Significaba mucho para Charlie y estaba agradecido por ello.

No quise escuchar a escondidas. No era mi intención espiar, pero tampoco pude evitar quedarme detrás de la pantalla y observarlos.

—Es un programa para niños desfavorecidos —dijo Charlie—. Algunos niños de la Alice que no lo pasan bien.

—¿Te harás cargo de dos adolescentes con problemas? —preguntó Sam—. ¿Por tu cuenta? Charlie soltó una carcajada.

—Llegarán aquí pronto. Ya hemos acabado la reunión de ganado. Es una época tranquila del año, así que parecía encajar.

—Eres un fan del castigo.

Charlie sonrió y miró el fuego en el horno durante un largo rato.

—Solo devuelvo un poco, ¿sabes?

Sam lo miró por un largo momento.

Charlie simplemente se encogió de hombros.

—Es sólo una semana al año, tal vez dos. Les dará a algunos niños pobres un poco de esperanza. Quién sabe, tal vez incluso aprendan algo.

—Eso es realmente genial, Charlie —dijo Sam suavemente—. Es... admirable. Estoy seguro de que hay mucha gente en tu posición que no haría algo así.

—Hay mucha gente que no hace exactamente nada —dijo Charlie—. Y quién sabe, probablemente tendré dos niños que intenten robar cosas o tirar algo a la basura. Pero es un comienzo.

Sam asintió.

—Es más que un comienzo, Charlie.

Ninguno de los dos habló durante un minuto, luego Sam dijo:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Tu padre... quiero decir, *nuestro* padre, supongo —dijo Sam—. ¿Estuvo bien?

—¿Qué quieres decir?

Sam tragó con dificultad.

—Bueno, quiero decir, él... ¿te fue bien con él? —Obviamente estaba luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Creciendo, viviendo aquí cuando eras niño. Antes... quiero decir, antes de que te hiciera irte. ¿Te trató bien antes de eso?

—Sí, estuvo bien —dijo Charlie. Pude verlo sonreír a la luz del fuego—. Tuve una infancia maravillosa, de verdad. Ma y George me cuidaron muy bien. Podía montar caballos, motos, toros, lo que fuera. Me pasaba todo el día persiguiendo lagartijas, lagartos y conejos. Recuerdo haberme quedado dormido durante la cena más veces de las que podía contar.

Sonreí al imaginarme a un pequeño Charlie haciendo exactamente eso.

—Fue una infancia sencilla —dijo Charlie—. Pero a veces son lo mejor.

Sam le dio a su hermano una sonrisa.

—Sabes, cada vez que hablas de tu infancia, nunca mencionas a tu padre.

Charlie guardó silencio durante un rato y luego se encogió de hombros.

—Siempre estaba ocupado. Y eso estaba bien, él siempre estaba por ahí haciendo una cosa u otra, pero yo pasaba la mayor parte del tiempo con Ma y George o solo.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Sam en voz baja.

—Yo también.

—Pero me alegro de saberlo ahora. Aunque me duele muchísimo y me duelen lugares que no sabía que podrían dolerme, estoy muy feliz de haber venido.

Charlie sonrió ante eso.

—Me alegro de que estuvieras aquí también.

Pensé que era un buen momento para dar a conocer mi presencia y salí por la puerta.

—Oh, hola —dijo Charlie—. ¿Qué tal?

Acerqué mi silla a la suya y me dejé caer en ella.

—Me desperté y me pregunté dónde estabas.

Charlie miró su reloj entrecerrando los ojos.

—¿Qué hora es?

—Son poco más de las once —dije. Lo cual en sí mismo no *era* tarde, pero después de una reunión, todos siempre se acostaban temprano. Le sonreí a Sam.

—¿No estás cansado?

—Más que cansado. —Sam se enderezó lentamente en su silla y gimió—. Oh, Dios mío. Me duele todo.

Charlie se rio.

—Y mañana estarás peor.

Ahora fue mi turno de gemir.

—Puaj. Mañana.

Charlie puso su mano en mi muslo.

—Yo haré el primer turno.

—No —dije—. No es justo. Todos lo haremos por igual. Pero gracias por la oferta.

Sam miró entre nosotros dos.

—¿Qué pasará mañana?

—Bueno, tenemos dos mil cabezas de ganado en espacios confinados que necesitan supervisión constante para detectar estrés y asegurarse de que estén alimentados e hidratados. Billy está ahí fuera ahora mismo.

—¿En serio? —preguntó Sam.

—Sí. Lo haremos por turnos hasta que lleguen los trenes de carretera para llevárselos.

—¿Que tengo que hacer? —preguntó Sam, luciendo alarmado—. Pensé que había terminado. Deberías haberme dicho que todavía tenía cosas que hacer.

Charlie se rio.

—Está bien. No esperaba que hicieras turnos.

—Haré mi parte —dijo Sam cansado y desafiante—. No soy tan inútil.

—Estás lejos de ser un inútil —dijo Charlie rápidamente.

—Entonces haré mi parte del trabajo.

Solté una carcajada y ambos me miraron.

—Vosotros dos sois muy parecidos —les dije. Entonces el aire frío del invierno se apoderó de mí y me estremecí.

—¿Tienes frío? —preguntó Charlie.

—¿Cómo es posible que vosotros no tengáis frío? —pregunté—. Hace mucho frío aquí.

—Ven entonces. —Charlie se puso de pie lenta y rígidamente—. Tengo que dormir un poco.

Sam intentó levantarse, gimiendo ruidosamente, pero su cuerpo se paralizó y cayó de nuevo en su silla.

—Jesucristo, realmente me duele todo.

Charlie extendió la mano y ayudó a su hermano a ponerse de pie.

—Sólo espera hasta mañana. Veremos qué tan interesado estás en “hacer tu parte”.

SAM HIZO su parte al día siguiente. A pesar de lo cansado y dolorido que estaba, arrastró su lamentable trasero hasta el quad y estuvo cuatro horas observando a la multitud mientras separamos los novillos y las novillas de las vacas y los toros, para poder cuidarlos mejor.

Cuando llegó el momento de despedirse, Charlie abrazó a Sam y Laura, agradeciéndoles una y otra vez, y sonrió mientras se alejaban.

Al día siguiente, tres trenes de carretera llegaron en medio de una larga nube de polvo y recogieron el ganado para llevarlo al mercado. Cuando terminó, Ernie, Billy, Bacon, Trudy y Gracie ya habían hecho las maletas y se encontraban en camino para pasar unos días de vacaciones en la Alice. Nara había ido a su casa para un merecido descanso, y Ma y George estaban notablemente desaparecidos, con la puerta de su dormitorio cerrada. Incluso Nugget estaba dormido en su cama.

Estábamos en la cocina y Charlie puso su taza de té vacía en el fregadero. Lo besé en la nuca.

—Hice una reserva para el siguiente fin de semana, cuando los demás regresen —dijo.

—¿En serio?

Se volvió hacia mí.

—Cama tamaño king, duchas dobles.

Mi cabeza cayó hacia atrás y gemí.

—Suena bien.

Charlie me sonrió con ese toque de algo especial en sus ojos.

—¿Puedes oír eso?

Presté atención y escuché... nada.

—No.

Me dio una sonrisa cansada.

—Finalmente estamos solos —susurró, tomando mi mano y llevándosela a la cara. Suspiró en la palma de mi mano y cerró los ojos.

Besé sus párpados cerrados, su frente y, levantando su barbilla, besé sus labios. Mi cuerpo vibraba anticipando lo que vendría, ante el calor de su cuerpo, sus músculos duros contra mí. Ralentizó el beso, sólo para llevarme a nuestra habitación, donde caímos en la cama y él me hizo el amor lenta y somnolientamente.

Toques suaves. Abrazos fuertes. Besos lentos y profundos y tomados de la mano. Justo cuando pensaba que no podía amarlo más de lo que ya lo amaba...

CAPÍTULO ONCE

UNA VEZ FUI ADOLESCENTE. CREO.

TODOS REGRESARON de sus días libres, renovados, descansados y listos para una primavera ajetreada. Cuando Trudy y Bacon llegaron a casa, la pequeña Gracie corrió hacia su tío Charlie con los brazos por encima de la cabeza. Charlie la levantó y la tomó, habiéndola extrañado mucho durante los cinco días que estuvo fuera.

Y tan pronto como todos regresaron, desempaquetaron y se enteraron del trabajo por hacer, nos subimos al Cruiser y nos dirigimos a la ciudad.

Tuvimos una semana más tranquila cuando todos se fueron, pero el trabajo nunca se detuvo. Siempre había algo que necesitaba hacerse, ya fuera en la granja o en su oficina, así que pasar unos días a solas con Charlie en la ciudad era una bendición.

Dormir hasta tarde era una bendición. La comida para llevar era una bendición. La ducha y la bañera de hidromasaje eran un mundo completamente nuevo de felicidad.

Pero el momento de tranquilidad, el momento de sólo nosotros fue el mejor de todos.

Como tumbarse en la cama a media tarde. Bueno, Charlie estaba tirado boca arriba en la cama. Se desabrochó la camisa y se quitó las botas, dejó el sombrero sobre la mesa y gimió.

—¿Cómo puede ser agotador no trabajar?

Resoplé y me quité las botas.

—Hemos estado despiertos desde las seis —dije.

—Las seis en punto es dormir hasta tarde —respondió.

—Cierto. Pero salimos a desayunar, consumimos nuestro peso corporal en comida y café, fuimos al centro de tiendas...

—Centro comercial.

—El mismo. Nos compramos ropa...

—Para ti. Usas todo lo mío de todos modos.

Lo ignoré.

—Compré algunos regalos para mis padres y los enviaré por correo. Fuimos al cine.

—A ver una película de mierda.

—¡Fue increíble!

—Trav estaba basada en personajes de cómics.

—Como dije. Estuvo increíble.

—Y crees que mis gustos cinematográficos son una mierda.

—De todos modos, estaba pensando en el almuerzo...

—¿Almuerzo? —me interrumpió—. Todavía estoy lleno por el desayuno.

Levanté un frasco de Nutella.

—Oh.

—¿Ahora si estás hambriento?

Sonrió y comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Oh, sí.

—Oh —dije—. No traje una brocha para extenderla... —Miré el bote de chocolate para untar—. Podría meter mi polla en el vaso, ya sabes, como en esa película *American Pie* y la escena de la tarta de manzana.

Las manos de Charlie se detuvieron en su bragueta, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? Y crees que mis gustos cinematográficos son una mierda.

Solté una carcajada y metí el dedo en el frasco antes de llevármelo a la boca. Chupé el chocolate de mi dedo sugestivamente.

—Afortunadamente coincidimos en el porno que nos gusta.

Se rio.

—Desnúdate y ven aquí.

—¿Estás listo para la diabetes tipo uno? —pregunté, desabrochándome los jeans.

Charlie, ahora desnudo y extendido sobre la cama, cogió su dura polla y la apretó. Se rio mientras yo extendía el chocolate con los dedos a lo largo de su longitud.

No se rio cuando se la chupé. Y ciertamente no se rio cuando lamí el chocolate de su culo. Fue más bien un gemido, suspiro, súplica cuando empujé mi polla untada de lubricante en su agujero y lo follé hasta que se corrió. Tenía Nutella untada por toda su espalda, hombros y caderas donde lo había agarrado, y lamí y recogí la mayor parte con mis dientes.

Y nos reímos del desastre en el que estábamos mientras nos duchábamos y nos lavábamos el uno al otro. El desastre no fue tan grave la primera vez, pero nos superamos la segunda vez. Las habilidades de Charlie para pintar con los dedos con Nutella dejaban mucho que desear, pero sus putas habilidades eran estelares.

Cuando registramos la salida al día siguiente, a pesar de estar orgulloso de sus logros, Charlie no quería tener que explicarle a la recepcionista del motel cómo diablos terminó Nutella en las sábanas, toallas, en el spa o en la ducha. Pero el frasco vacío de Nutella en la basura nos habría delatado.

Él simplemente le entregó las llaves de nuestra habitación, le dio un gesto con el sombrero y una sonrisa avergonzada.

—¿Disfrutaron de su estancia con nosotros? —preguntó.

—Ah, sí —dijo, y hasta se sonrojó—. Mucho. Aunque estoy bastante seguro de que no comeré Nutella por un tiempo.

—¿Qué?

—Que tenga un buen día. —Volvió a bajar el sombrero.

Cuando subimos al Cruiser, se rio.

—Estoy bastante seguro de que recibiré una factura de la tintorería.

—Descuéntalo de mi salario —le dije con una sonrisa—. Valió cada centavo.

LAS POCAS SEMANAS que siguieron a la reunión invernal y a nuestro fin de semana fuera, fueron como siempre. Los días eran más cálidos, las noches todavía lo suficientemente frías como para necesitar calor corporal para mantenernos calientes, y el desierto comenzó a dar señales de vida.

Y como si tener vacas que empezaban a parir temprano no fuera suficiente, dos chicos

adolescentes llegaron a nuestra puerta.

Peter, el director de la escuela con quien Charlie había organizado el programa, los llevó a la estación. Y aunque en teoría era una buena idea, tenía que preguntarme hasta qué punto era práctica.

Un chico, Amos Frame, de quince años, y una chica, Bianca Palladino, de catorce años, bajaron del coche y miraron la granja y los cobertizos más cercanos: su hogar durante los siguientes siete días.

Amos, un niño aborígen alto y delgado, sonrió y me imaginé que su expresión se parecía mucho a la mía cuando llegué aquí por primera vez: sorprendido, emocionado y curioso.

Bianca, por otro lado, parecía una aspirante a gótica con su ropa oscura, su cabello teñido de negro azabache y un flequillo morado que cubría su rostro pálido. Y dije aspirante porque había una clara mirada de esperanza y asombro en sus ojos antes de recordar esconderla con apatía.

Trudy estaba a mi lado con Gracie en la cadera.

—Oh, genial —dijo secamente—. Creo que he visto esta película.

Charlie les dio una cálida bienvenida y los invitó a los tres a almorzar. Explicó el alojamiento y dónde dormirían y cuáles eran las reglas básicas de la estación, y terminó con:

—No se permite el consumo de alcohol en esta estación.

Bianca se apresuró a poner los ojos en blanco y emitir un sonido de disgusto.

—¿Se nos permite fumar? ¿O eso también está prohibido?

—Claro —dijo Charlie a la ligera—. Si quieres morir de cáncer de pulmón o de enfisema pulmonar, adelante. Hazlo fuera y no cerca de nadie más, especialmente de Gracie. Si encuentro colillas de cigarrillos en el suelo, te haré limpiar los establos y esparcir excrementos de caballo en los jardines. —Sonrió alegremente—. Pero aparte de eso, hazlo si quieres.

Amos se rio, ganándose una mirada fulminante de Bianca.

Y a medida que avanzaba la tarde, Amos siguió a Charlie con entusiasmo mientras les mostrábamos los corrales y los cobertizos, haciendo preguntas y tocando todo, mientras Bianca pasaba la mayor parte del tiempo mirando al suelo.

Me pregunté qué diablos había pasado para que ella estuviera tan alejada.

Durante la cena, cuando la conversación se volvió un poco forzada debido a la extraña compañía, Charlie sonrió. Suscitó todas las preguntas, nada demasiado personal, pero sí las suficientes para mantenerlos interesados.

—¿Pueden montar a caballo?

—¿Una moto?

—¿Os gusta la pizza? Hacemos pizzas caseras los viernes por la noche en el horno de atrás.

—¿Han subido alguna vez a un helicóptero? Si os potáis bien para el final de la semana... o si no os habéis esforzado y queréis ir a casa, os llevaré a dar un recorrido aéreo por la estación.

—¿Podemos volar el helicóptero? —preguntó Amos, sus ojos del tamaño de platos.

Charlie no sonrió.

—No.

Bianca resopló, un sonido sarcástico.

—¿Podemos tener cualquier diversión?

—Sí —dijo Charlie—. A partir de mañana por la mañana, a las cinco de la mañana, podrás divertirte alimentando a los perros y a los caballos.

Resopló, en todo su esplendor adolescente. Amos, por otro lado, se animó.

—¿Qué haré yo, jefe?

—Puedes pasar la mañana conmigo y con Billy. Estamos revisando las vacas. Ya están

pariendo.

—Guay.

Su entusiasmo era palpable, al igual que el mal humor de Bianca. Pero a la mañana siguiente, ambos se levantaron a las cinco como el resto de nosotros, desayunaron con nosotros y luego se dedicaron a sus quehaceres.

Aparte de tener dos adolescentes en la finca, el día transcurrió bastante normal. Ayudé a George a apilar los fardos de heno por la mañana y por la tarde hice una ronda con Ernie y Bacon para observar vacas y terneros.

Trajimos dos terneros Brahman huérfanos y enfermizos, lo que elevó nuestro número de primavera a seis. Mientras los cargábamos en el patio de almacenamiento y nos disponíamos a alimentarlos, Amos estaba en el meollo del asunto, observando todo y sonriendo ampliamente, pero Bianca se quedó atrás.

La había visto por la mañana con los perros, los caballos y las gallinas, así que sabía que no le tenía miedo a los animales.

—Ven, métete. —Pareció dudar, así que le dije—: Necesito que sostengas a este pequeño. Está un poco tambaleante.

Miró al ternero Brahman que tenía entre mis rodillas y, después de resistirse una vez, trepó por la barandilla.

—Está bien —le dije—. Ponte como yo, con una pierna a cada lado de él, pero es posible que también tengas que sostenerlo un poco con los brazos.

El ternero le llegaba hasta los muslos y pesaba diez kilos y sus rodillas temblaban, pero ella hizo lo que le pedí.

—¿Qué le pasa?

—A su mamá no le gustaba —dije—. A veces, si están débiles, o a veces sin ningún motivo, la vaca simplemente los abandona.

Bianca frunció el ceño.

—¿Estará bien?

—Depende. Si se alimenta con biberón, con suerte le irá bien. Si no se alimenta, entonces no, no estará bien.

En ese momento, Charlie y Bacon trajeron el alimentador del cobertizo, así que trepé por la barandilla y los ayudé a engancharlo y colocar las tetinas. Una vez hecho esto, Charlie volvió a subir al interior del patio de almacenamiento cuando recordó que había dejado atrás la leche especial para terneros.

Bacon y yo corrimos de regreso al cobertizo para buscarlo, y cuando lo llevamos de regreso, Charlie estaba de pie sobre un ternero, con una pierna a cada lado, como le había mostrado a Bianca.

—Es un sustituto de la leche rebajada con un poco de agua —le dijo a Bianca. No escuché lo que ella le había preguntado, pero obviamente se trataba de la leche.

—¿No estarían mejor con una vaca que pueda alimentarlos?

—Al principio sí, es mejor. Necesitan esa primera toma de una vaca —dijo—. Pero a veces ayuda hacerlo de esta manera para que podamos ver cuánto están bebiendo. O si pueden alimentarse.

Bianca asintió, aparentemente feliz en silencio con esa respuesta. Le sonreí a Charlie, quien parecía ser el único que podía sacarle más de dos palabras a la chica.

Bacon trepó por las barandillas y tomó al otro ternero, y Amos, Bianca, Charlie, George, Ernie y Bacon, colocaron a los terneros, que estaban junto a las tetinas, listos para alimentarse.

—¿Estáis listos chicos? —pregunté.

Arrastraron a los terneros más cerca del comedero. Vertí la leche tibia en el comedero y los demás acercaron la boca del ternero a las tetinas. Amós siguió a los demás y logró que su ternero intentara alimentarse. Bianca luchó un poco, sin que fuera culpa suya, algunos terneros se alimentaban, otros no, pero antes de que pudiera enfadarse demasiado, Charlie se inclinó y la ayudó.

—Mantenle la cabeza hacia atrás —dijo pacientemente—. Como si estuviera alimentándose debajo de una vaca. —Fueron necesarios algunos intentos, pero el ternero, que era el más pequeño del grupo, intentó alimentarse. No lo hizo con mucho éxito, pero querer alimentarse era la mitad de la batalla ganada.

Mientras Amos vitoreaba e incluso Bianca casi sonreía, Charlie simplemente sonrió. Estaba tan jodidamente feliz.

Y si había dudado por un minuto de que esto no sería una buena idea, entonces estaba muy, muy equivocado.

Porque si algo hiciera que Charlie sonriera así, felicidad rebosante de orgullo, entonces haría lo que fuera necesario para que sucediera.

—¡Bien! —dijo Charlie—. Amos y Bianca obtienen derechos de nombre. Tres terneros cada uno.

—¡Ey! —Sonreí—. ¡Pensé que tenía derechos de nombre!

—Los nombres que elegiste para los terneros el año pasado fueron una mierda —dijo Charlie.

—Disculpa —dije fingiendo estar ofendido—, pero a Los Beatles y Bruce Springsteen les fue bien.

—Bueno, excepto a John Lennon.

—Sí, bueno, excepto él. —Miré a Amos y Bianca, quienes nos miraban con recelo—. John Lennon murió.

Bianca asintió lentamente, como si yo fuera tonto.

—Sí. Lo sé.

Estaba a punto de explicarle que no era así. No era ese John Lennon, cuando Charlie interrumpió.

—Bueno, deberían saber que hay muchas posibilidades de que estos pequeños terneros no lo logren. Las posibilidades de supervivencia en los huérfanos no son grandes.

—Entonces, ¿para qué los nombramos? —preguntó Bianca—. Quiero decir, ¿por qué molestarse?

—Porque todo ser vivo necesita un nombre —dije—. Ya sea que viva un día o un siglo.

—¡Oh, lo sé! —gritó Amós—. Nick Del Santo, Levi Greenwood y el único e inigualable Daniel Wells.

No tenía idea de quién estaba hablando, pero Charlie se rio, Ernie aplaudió y Bacon se lamentó:

—No, otro fan de Roos no.

Bianca se alejó murmurando algo sobre fútbol estúpido, así que deduje que Amos había elegido los nombres de sus tres terneros entre sus jugadores favoritos.

Charlie debe haber visto que esta conversación se me pasó por alto.

—Los Roos son un equipo de la AFL.

—Me lo imaginé.

—No cualquier equipo —dijo Ernie—. El mejor equipo.

Amos chocó esos cinco y me preguntó qué equipo seguía.

Entonces le dije:

—Dallas Cowboys.

Amós me miró fijamente.

—Nunca había oído hablar de ellos.

—Gridiron —le dije.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿En serio?

—El gridiron le gana a ese estúpido deporte al que vosotros llamáis fútbol —dije—. Quiero decir, ¿se juega en un campo ovalado y tienen cuatro postes!

Los demás pusieron los ojos en blanco, ya que me habían oído despotricar sobre todo esto antes, pero Amos se rio.

—¿Sabes jugar?

—Claro —le dije—. Jugué durante todo el instituto y el primer año en la universidad, pero me lesioné la rodilla, así que eso puso fin a eso.

—¿Puedes enseñarme? —preguntó, casi saltando. Su sonrisa era contagiosa.

—Diablos, sí, puedo —le dije.

—Genial.

Entonces, después del almuerzo durante los siguientes tres días, le enseñé a jugar al gridiron. Al principio los demás sólo observaban, y cuando digo observaron, quiero decir, se detuvieron en el porche y estuvieron molestándonos, riéndose de nosotros. Al tercer día, todos estaban jugando. Fue necesario convencer a George, pero necesitábamos que él equilibrara los números, y personas como Charlie, Bacon y Ernie pensaron en tomarse las cosas con calma con el hombre mayor al principio. Hasta que los superó en cada pase. Santo infierno, tenía un buen brazo.

Ma, Nara, Trudy y la pequeña Gracie se habían acostumbrado a observarnos. Bianca se sentó allí, pero tenía la nariz metida en un libro, mostrándonos deliberadamente lo mucho que no le importaba. Cuando Gracie empezó a quejarse, queriendo unirse, Charlie corrió y la tomó. Volvió corriendo con ella y le dio la pelota a la niña.

—Lánzala —le dijo.

Por supuesto, la lanzó, pero fue directo a Bacon.

—Papa —dijo haciendo reír a todos. Bacon recogió la pelota y recorrió unos buenos veinte metros.

—No se lo des a papá —gritó Charlie—. Está en el otro equipo.

Gracie aplaudió y se rio, y Charlie le hizo cosquillas antes de devolvérsela a Trudy. George se retiró del partido, citando la vejez y la falta de respeto por los mayores mientras subía cojeando los escalones de la terraza.

Fue muy divertido, sin embargo, y fue bueno ver a todos sonreír mientras salían a trabajar por la tarde.

Más tarde esa noche, cuando Charlie y yo estábamos en el baño lavándonos los dientes y preparándonos para ir a la cama, dijo:

—El partido de gridiron fue una muy buena idea.

—Es divertido —acordé—. Aunque ninguno de vosotros tenéis la capacidad para jugar. Aunque Amos es bastante bueno. Salta y corre como si no hubiera un mañana.

Charlie se lavó la cara y luego se la secó con una toalla.

—Amos es un buen chico. Es inteligente, y no le teme al trabajo duro. Bianca simplemente piensa que el mundo está en su contra y que todos somos un aburrimiento terrible.

—Pienso que está bien. Creo que se ha pasado la vida empujada de un lugar a otro. Tal vez simplemente siente que somos otra parada temporal, ¿sabes a qué me refiero?

Charlie se encogió de hombros.

—Bueno, somos temporales. Sólo estará aquí una semana.

—Sí —acepté—. Pero podría utilizarnos para aprender algo o para probar algo nuevo. Tal vez incluso sonreír.

—Eso es un poco difícil —dijo Charlie—. Cuando nada es permanente en tu vida, es difícil admitir que algo podría ser bueno. También te ahorra la decepción cuando te lo quitan.

Suspiré. Realmente no lo había pensado así.

—Sí, lo siento. Solo estoy cansado. Olvídate de mí culo malhumorado.

Charlie resopló, luego se inclinó y susurró.

—Seguro que le haré algo a tu culo malhumorado esta noche, pero te puedo asegurar que no lo olvidaré. Y tú tampoco lo harás.

Lo reté con una sonrisa.

—Sutton, no hagas promesas que no puedas cumplir.

Me gruñó.

—Desafío aceptado, Craig.

TODAS LAS MAÑANAS que Amos y Bianca estuvieron allí, Charlie los hacía hacer las tareas del hogar como al resto de nosotros y, poco a poco, Bianca se fue abriendo. Charlie la hacía cuidar a los animales, y cuando la vi alimentando con biberón a un ternero de un día y sonriendo, supe que Charlie había hecho lo correcto. Sabía a qué se abriría ella. Nunca debí haber dudado de él.

Dejé a Amos en la terraza y encontré a Charlie de rodillas en el patio de almacenamiento, inclinado sobre el abrevadero, fregándolo. Estaba mojado, sucio y cubierto de algas.

—¿Seguramente podrías hacer que alguien hiciera eso? —pregunté.

No dejó de fregar.

—¿Por qué no puedo hacerlo? —preguntó, aunque era retórico—. Tengo brazos y piernas.

Me encantaba cómo él, el jefe, no tenía reparos en realizar cualquier trabajo.

—Y qué brazos y piernas tan maravillosos tienes.

Sonrió, pero no dejó de fregar las algas del comedero.

—Aunque podrías levantar el culo un poco más —agregué en voz baja.

Charlie se rio y siguió frotando.

—¿Puedo ayudarte con algo, Trav? ¿Necesitas que te encuentre algo que hacer?

—No, estoy bien. Sólo estoy esperando a Amos.

—¿Dónde está?

—Oh, está allí, hablando con Nara, completamente enamorado.

Charlie dejó de fregar.

—¿Él qué?

Bajé la voz asegurándome de que nadie más pudiera oírme, especialmente Amos o Nara.

—Están hablando en la terraza. Creo que Amos está enamorado de ella.

Charlie se levantó y miró fijamente a los dos adolescentes que hablaban inocentemente en la terraza.

—Oh, diablos, no —dijo Charlie rotundamente.

—No tiene nada de malo, Charlie —dije—. Son sólo adolescentes.

Sus ojos se dirigieron a los míos.

—Exactamente. Y querrá mantener las manos quietas o recibirá las partes de su cuerpo por correo.

Miramos mientras Amos y Nara hablaban, y cuando Nara se rio de algo que Amos había dicho, Charlie volvió a gruñir.

—Es bonito que seas protector con ella, Charlie —dije—, pero lo último que Amos necesita es un Charlie homicida que lo persiga por el desierto con Billy no muy lejos.

Charlie me miró entrecerrando los ojos. Lo agarré del brazo y le impedí ir hacia allí.

—Todo es inofensivo, Charlie —dije—. Y Nara puede arreglárselas sola.

—¿Desde cuándo ha estado sucediendo esto? —preguntó.

—Ha estado mirándola con corazones en los ojos durante dos días, Charlie. ¿Cómo es posible que no lo hayas visto?

—No me doy cuenta de estas cosas —dijo molesto. Luego gruñó un poco más—. ¿No se supone que debería estar fuera revisando vacas o cercas o algo así?

—¿O qué pasa con el duodécimo abrevadero? —Ofrecí sarcásticamente—. Porque está a sólo a trescientos veinte kilómetros de distancia, en el prado más lejano.

—Buena idea.

—Estaba bromeando.

—Yo no.

Me reí.

—Lo sé. Pero no lo llevaré allí, Charlie. El duodécimo abrevadero funciona bien. Tenemos el programa de ordenador para informarnos. —Cuando no sonrió, me volví hacia la casa y lo llamé —: Oye, Amos. Tenemos vacas que revisar.

Saltó de la terraza con una sonrisa de oreja a oreja y se subió a la vieja camioneta. Afortunadamente no se dio cuenta de las dagas que Charlie le estaba lanzando.

Mantuve a Amos fuera toda la tarde, manteniéndolo alejado de la ira de Charlie. Incluso le sugerí al niño que intentara actuar con calma, pero fue infructuoso. Amos estaba enamorado de ella, y por la forma en que Nara se sonrojó y agachó la cabeza cuando lo vio a la hora de la cena, diría que el sentimiento era bien correspondido.

Charlie seguía mirando mal a Amos y yo seguía pateándolo debajo de la mesa. Afortunadamente, nadie en la cena se dio cuenta.

Todavía estaba refunfuñando por eso cuando nos metimos en la cama.

—Oh, Charlie —susurré—. Déjalos ser. Son jóvenes, se gustan.

—No, a él le gusta ella. Nara es dos años mayor que él. Ella no está interesada.

—A Nara le gusta —le dije—. ¿Cómo no puedes ver eso?

—¿Ver qué?

—La forma en que ella lo mira. La forma en que se pone tímida y risueña. Dios mío, Charlie, ¿estás ciego?

Parecía realmente confundido.

—¿Qué?

—Están enamorados el uno del otro —repetí—. Que se diviertan un poco.

Charlie se tapó la cabeza con la almohada y volvió a quejarse.

—¡Tiene diecisiete años!

—¡Exactamente! Ella tiene diecisiete años. Necesita esto, Charlie. Déjala vivir un poco. ¿No recuerdas cómo era cuando tenías diecisiete años? Todas esas hormonas...

Se quitó la almohada de la cara para revelar una ceja levantada y una expresión de horror en su rostro.

—Exactamente mi punto. —Me miró fijamente—. Pero, a diferencia de ti, yo no podía actuar sobre mis hormonas.

Me encantaba Charlie celoso. Era demasiado divertido. Me recliné y puse mis manos detrás de mi cabeza.

—Ah, buenos tiempos. Todo eso de besarse, de jugar...

Se puso encima de mí y gruñó, sujetando mis brazos a la cama y mirándome.

—¿En serio? ¿Quieres contarme sobre los chicos con los que has estado? ¿Mientras estamos en nuestra cama?

Contuve una risa.

—Bueno, había un chico en la universidad. Lo llamaban Seabiscuit por una buena razón. Estaba dotado como un caballo...

Su boca estaba sobre la mía, salvaje y demandante. Empujó sus piernas entre las mías, abriendo mis muslos y me presionó contra la cama. Hubo un estruendo en su pecho y fuego en sus ojos.

—Me perteneces.

Tenía cierta frustración reprimida, incluso una pizca de enfado. Quería sentirlo.

—Pruébamelo, Charlie —suspiré—. Fóllame como si dijeras eso en serio.

CAPÍTULO DOCE

¿QUÉ ES UNO MÁS?

DURANTE EL DESAYUNO, Charlie lo vio de primera mano. Nara trajo otra bandeja de comida, y en el momento en que sus ojos se encontraron con los de Amos, agachó la cabeza y se sonrojó antes de salir corriendo de la habitación. Charlie suspiró e inclinó la cabeza, completamente resignado.

—¿Todo bien, Charlie? —preguntó George.

—Simplemente maravilloso —dijo rotundamente—. Simplemente maravilloso.

Cubrí mi risa mordiendo una tostada, lo que me valió una mirada de Charlie.

—Bien entonces —dijo George—. La lista de trabajos de hoy...

Charlie organizó a todo el mundo, mantuvo a Bianca en todas las tareas de los animales y, como era de esperar, envió al pobre Amos después del desayuno con Ernie y Billy, cada uno en motos todoterreno, haciendo una ronda por el potrero de partos. Y nuevamente después del almuerzo. Fue una pista no tan sutil para alejarlo de Nara.

Después, mientras caminábamos por los establos dije:

—No es justo, Charlie. Deja que Nara se divierta. Incluso si es sólo tomarse de la mano y besarse. Quiero decir, cielos, si lo haces demasiado obvio, ella se resentirá contigo.

Dejó de caminar.

—Ella es como una hermana para mí.

—Lo sé. Y es dulce. Pero aquí fuera —lo miré intencionadamente—, no hay muchas opciones, Charlie. A ella no le gusta ir a la ciudad, así que déjale esto.

Frunció el ceño y resopló.

—Podría ser peor —dije a la ligera—. Podría gustarle Ernie.

Los ojos de Charlie se abrieron y gritó en un susurro:

—¡Tiene veintisiete años! Y no querrás saber qué hace en sus fines de semana libres.

Resoplé.

—No. No, no quiero saberlo. Pero he dejado claro mi punto. Amos es un buen chico. Déjalos en paz.

Charlie hizo una mueca, medio puchero, medio mirada furiosa. Lo que significaba que había ganado. Le sonreí, se alejó y yo lo seguí, tratando de no reírme demasiado fuerte.

Charlie atravesó los cobertizos y se dirigió directamente a los establos. No sé qué estaba buscando, pero lo que encontró fue a Bianca. Estaba en el establo de Texas, cepillándolo, y mi caballo, el traidor, lo amó en cada minuto.

—¿Ya terminaste con los perros y los terneros? —preguntó Charlie con una sonrisa—. Acabamos de desayunar. ¿Te despertaste antes que yo?

—Sí. Y he recogido los huevos.

—Si no tienes cuidado, te daré un trabajo —dijo.

Siguió cepillando a Texas.

—No, gracias de todos modos, es que estamos demasiado lejos de todo.

—¿Pero te gustan los animales?

—Oh, sí. Son grandiosos. Tenía un perro cuando era más pequeña, pero nos mudamos y tuvimos que regalarlo —dijo—. Nunca me di cuenta de cuánto lo extrañaba.

No podía creerlo. Fue lo máximo que jamás le había oído decir. Charlie, por otro lado, no pareció sorprendido y entonces pensé que debían hablar más de lo que pensaba.

Pero tenía razón. Su talento estaba con los animales. Una cosa es poder manejarlos y tener en cuenta el mejor interés del animal, pero Bianca parecía diferente cuando estaba rodeada de animales. Como si lo encontrara pacífico. Quiero decir, ella incluso sonreía.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Bianca cepillando a Texas.

Pude ver a Charlie armarse de valor, pero respondió:

—Sí.

—¿Dónde está tu caballo? —preguntó—. Tenemos los de Travis, George, Billy y dos caballos de repuesto. Todos tienen uno menos tú.

—Bueno, yo eh... —comenzó Charlie—. Ya no tengo caballo... Murió.

—Oh.

—Era un caballo hermoso —dijo Charlie en voz baja—. Ella... me salvó el pellejo más veces de las que podía contar. Era muy inteligente... me entendía.

Bianca empezó a cepillar a Texas de nuevo, y se detuvo cuando Charlie habló.

—Deberías conseguir otro.

Charlie tragó con dificultad.

—¿Ah, sí? ¿Porque?

—Porque puedes —dijo simplemente—. Tienes el dinero, un establo vacío. ¿Por qué perdérselo cuando no es necesario?

—No es así —dijo en voz baja—. Se trata de...

—Reemplazar algo que perdiste —terminó por él.

—No poder reemplazarla —dijo Charlie—. O no querer.

Bianca asintió lentamente, sin dejar de cepillar a Texas.

—Ella era especial.

—Mucho.

Bianca no dijo nada y, probablemente asumiendo que había terminado de hablar, Charlie caminó hacia la puerta.

—Mi madre —dijo Bianca—, antes de morir, me dijo que no perdiera ni un día.

Charlie se detuvo y la miró. Realmente la miró.

—Murió de cáncer, así que supongo que tuvo mucho tiempo para pensar en ese tipo de cosas —dijo Bianca, ahora cepillando la melena de Texas—. Me dijo que debería hacer cualquier cosa que me hiciera feliz. Que viviera como yo quisiera y que “viajara por la vida como si la hubiera robado”.

Charlie sonrió ante eso.

—¿Es por eso que haces todo el asunto de Morticia Addams?

Bianca se rio por primera vez desde que llegó. Fue un sonido encantador.

—No. La gente suele darme un amplio margen cuando me ve; por eso lo hago.

—¿Para evitar a la gente?

—No me gustan mucho —dijo con sencillez.

Charlie sonrió.

—Prefieres la compañía de los animales.

Bianca asintió.

—Sí.

—Eso es bastante inteligente. —Después de un largo segundo, Charlie preguntó—: ¿Qué pasa con los estudios? Entiendo que no te guste mucho la gente, pero si el mantra de tu madre era no desperdiciar un día, entonces habría pensado que estarías aprendiendo todo lo que pudieras.

Bianca frunció el ceño.

—No me gustaba demasiado el instituto.

—En realidad, a nadie le gusta.

Se encogió de hombros.

—Se metían conmigo. Había niños dos años mayores que yo que se entretenían todos los días conmigo.

Charlie frunció el ceño.

—¿Le dijiste a tu padre?

Se rio.

—Está demasiado ocupado con su nueva esposa para darse cuenta.

Oh. Al parecer Charlie acababa de tocar la superficie del verdadero problema aquí.

—¿Sabes cuál es la mejor forma de venganza contra chicos así? —pregunté.

—¿Cuál?

—Ser mejor que ellos. Más exitoso. Más feliz.

—Sí, porque eso es muy fácil —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —preguntó Charlie—. ¿A qué te quieres dedicar? Quiero decir, el trabajo de tus sueños.

Se encogió de hombros.

—No sé. Realmente nunca pensé en ello.

—Bueno, creo que serías buena trabajando con animales. Los amas, obviamente les gustas —dije señalando intencionadamente a mi caballo.

—Tal vez. —En cierto modo le restó importancia.

—Bueno, piénsalo un poco —dijo Charlie—. Si quieres, puedo hacer algunas llamadas telefónicas a propiedades más cercanas a la ciudad. No me importa. Sólo házmelo saber.

No dijo nada, pero cuando nos fuimos, estuve seguro de haberla visto sonreír.

EL ÚLTIMO DÍA que estuvieron los dos niños con nosotros fue interesante. Charlie quería hacerlo un poco especial para ellos, así que después del almuerzo jugamos nuestro habitual partido de gridiron y luego pasamos la tarde jugando estúpidos juegos australianos como el críquet y fútbol australiano.

Fue asombroso. Como prometió, los llevó a cada uno de ellos a dar un paseo en el helicóptero, lo cual pensaron que era lo mejor que habían hecho. Hicimos pizzas para la cena e insistimos en que Amos y Bianca hicieran las suyas propias, desde los aderezos hasta el horno.

A medida que avanzaba la noche, vi a Amos de pie alrededor del horno con un aspecto un poco lamentable.

—Oye, chaval, ¿qué pasa?

Miró hacia donde estaban sentadas Nara y Bianca, hablando.

—Oh, nada realmente. Sólo mi última noche, ya sabes.

Asentí lentamente, entendiendo la imagen. Quería hablar con Nara, pero ella estaba ocupada en otras cosas.

—¿De qué están hablando? —pregunté—. Tal vez podrías unirme.

—No. —Negó con la cabeza—. Están hablando de cosas de chicas. Ya sabes cómo es eso, Travis. Un hombre cuerdo se mantiene alejado de esos líos.

No pude evitar reírme.

—Sí, yo supongo que sí.

—Bianca siguió hablando como si lo estuviera pasando muy mal —dijo en voz baja—. Sólo porque su padre rico se volvió a casar. Bueno, ahora que está hablando con Nara, aprenderá lo que realmente significa pasarlo mal.

Oh, chico.

—Sí. Nara tuvo suerte. Billy reconoció que su prima necesitaba ayuda y actuó.

Amos asintió.

—Me gusta Billy. Es muy bueno con los caballos. ¿Lo has visto montar?

Sonreí.

—Sí.

—Es muy bueno, ¿eh?

—Uno de los mejores que he visto.

Amos asintió y miró a Nara, su sonrisa se desvaneció.

—Ella podría ser la chica más bonita que he visto.

Mi corazón casi se derretía por este niño.

—No te rindas todavía. La noche aún es joven.

Sonrió.

—Tal vez.

—Dime —dije cambiando de tema—. ¿Hablaste mucho con Bianca?

—Poco. Es reservada y un poco rara.

—Ella no es rara —Lo corregí—. El maquillaje y la ropa oscura son todo una fachada.

—Ella es... ¿cómo se dice?... una pobre niña rica. —Amos se encogió de hombros—. No quiero decir nada con eso. Es lo que es.

No sabía que ella provenía de un entorno rico, y ahora me preguntaba si por eso había sonreído ante la oferta de trabajo de Charlie. A mí no me lo parecía, pero suponía que no la conocía realmente.

—El dinero no compra la felicidad.

—Sí —se rio Amos—, pero ser miserable en tu nueva casa en tu nuevo sofá es mejor que sentirte miserable cuando duermes sobre un pedazo de cartón.

No había ninguna malicia en sus palabras, pero me di cuenta de que venían de un lugar que sabía muy bien cómo era.

—Ella tiene sus razones, Amos —dije—. Su madre murió. Eso es difícil para cualquier niño.

—Cierto. —Asintió—. Pero tiene un padre. Y tal vez después de que haya terminado de hablar con Nara, verá que su lugar no es tan malo en comparación con lo que tienen otros niños, ¿sabes?

—Bueno, espero que tengas razón —le dije. Me miró e inclinó la cabeza—. Todo el mundo necesita un lugar en el que se sienta seguro. Y espero que Bianca encuentre el suyo.

La conversación entre Bianca y Nara parecía estar llegando a su fin. Ninguna de las dos parecía muy feliz, pero por lo que imaginé eran razones completamente diferentes. Creo que lo

que dijo Amos era correcto.

Lo llevé a la mesa con las bebidas, serví dos tazas de limonada y se las entregué a Amos. Cuando Bianca se levantó y entró, empujé a Amos hacia Nara.

Él me miró y yo articulé la palabra “Ve”.

Charlie se acercó y se sirvió un trago. Obviamente me había visto darle un empujón a Amos en dirección a Nara.

—Ah, Trav, ¿qué estás haciendo?

—Solo estoy ayudando a un hombre —dije quitándole la taza de la mano y bebiendo de ella—. Tú sabes cómo es. Los chicos tienen que mantenerse unidos.

Charlie me levantó una ceja.

—Mmm-hmm.

Fingí un bostezo.

—Estoy realmente cansado. Y mi espalda me está matando. Creo que necesito un masaje.

—¿Es así?

—Sí. Y también es mi ciática. Es posible que necesites masajear realmente mi espalda baja, la parte posterior de mis piernas y mi trasero. Si sabes a lo que me refiero.

Charlie sonrió.

—Creo que sé lo que quieres decir. —Miró a Nara y Amos, quienes ahora estaban sonriendo. La sonrisa de Charlie murió allí mismo—. ¿Qué pasa con ellos...?

Lo agarré por los hombros y lo empujé hacia la casa.

—Esos dos no necesitan ninguna interferencia de tu parte —dije.

Cuando caminamos por la casa, Ma estaba sentada con Bianca en la sala de estar del frente. Bianca tenía a Nugget boca arriba en su regazo, rascándole el vientre, y ella y Ma parecían estar conversando profundamente. Escuché a Ma usar las palabras adultos y Perdón, y pensé que sería mejor si Charlie y yo siguiéramos caminando.

Charlie obviamente también las vio, porque cuando estábamos en nuestra habitación y cerré la puerta, él cayó sobre la cama, como si estuviera exhausto.

Gimió.

—La próxima vez que sugiera traer a dos adolescentes aquí por cualquier motivo, por favor golpéame. En las espinillas. Realmente fuerte. Una y otra vez, hasta que la idea desaparezca.

Resoplé.

—Te ha encantado tenerlos aquí. Ni siquiera intentes decirme algo diferente.

—¿De qué hablaban Ma y Bianca?

—No te preocupes por eso —le dije—. Ma lo tiene todo bajo control. —Me quité las botas—. Amos dijo algo sobre Bianca esta noche, dijo que era una pobre niña rica que se estaba portando mal porque su padre se volvió a casar.

—Trav —dijo—. Su madre murió, ¿recuerdas?

—Eso es lo que le dije a Amos. No quiso decir nada con eso. Supongo que es difícil para los chicos que no entienden por qué los chicos que lo tienen todo se quejan.

Charlie suspiró.

—Malditos niños. ¿Quién los tendría?

Resoplé y me arrastré sobre él para poder besarlo.

—Me gustaría. Te gustaría.

—Nunca dije eso... exactamente.

—Charlie, te he visto con niños. Con bebés como Gracie, mimándola como lo hace Bacon, y te he visto con adolescentes como Amos y Bianca. Escuchas. Eres paciente.

—Difícilmente.

Me burlé.

—Ojalá pudieras verte a ti mismo.

—Ojalá yo también pudiera verme —dijo—. Soy bastante sexi.

Solté una carcajada y nuestra conversación seria terminó, al menos por ahora.

—Entonces sobre ese masaje...

TANTO BIANCA como Amos hicieron sus tareas matutinas a pesar de que eran sus últimas horas en la estación.

Cuando llegó el momento de despedirse, Ma le dio un fuerte abrazo a Bianca y, por una vez, Bianca parecía feliz y esperanzada. Charlie miró a Ma inquisitivamente, pero ella le lanzó una mirada de “hablaremos de eso más tarde” y rápidamente se despidió de Amos.

Y con eso, nos pusimos en camino.

Fue un viaje tranquilo, aparte de que Charlie hablaba de negocios y reuniones por teléfono a través del altavoz mientras conducía. Bianca tenía sus auriculares puestos y escuchaba algún audiolibro, pero no fruncía el ceño ni fruncía a nada ni nadie, así que lo consideré una victoria.

Amos estaba inusualmente callado, mirando por la ventana, y quise preguntarle si las cosas con Nara habían ido bien. A él realmente le gustaba y era difícil verlo dolido por su primer amor.

Cuando paramos para cargar combustible en la zona más cercana de la ciudad, aproveché la oportunidad para preguntarle cuándo salió Charlie del coche. Me volví en mi asiento para mirarlo.

—¿Todo estuvo bien con Nara anoche?

—Sí. —Se iluminó ante la mención de su nombre—. Es realmente guay.

—¿Tú... ya sabes, la besaste?

Se sonrojó.

—Eh, no.

—Lástima.

—Sí —dijo con una risa avergonzada—. Dijo que era sólo que no me quedaría, ¿sabes?

—Oh.

—Pero está bien —dijo rápidamente—. No me importa.

Estaba bastante claro que a él sí le importaba. Y entonces me di cuenta de que estaba bastante seguro de que estaba triste, no porque simplemente se fuera del lado de Nara, sino porque se iba de la estación. Punto.

—Tienes amigos y familiares que probablemente extrañaron tu loco culo, ¿no?

Intentó darme una sonrisa, pero no fue suficiente.

—Sí, sí. Claro.

Charlie abrió la puerta y subió.

—Preparados. ¿Estáis listos, chicos?

Ninguno de los dos respondió.

NOS DESPEDIMOS de los niños frente al colegio comunitario, sin estar seguros de verlos

después de nuestra reunión con Peter. Sus padres, o cuidadores, debían recogerlos en cualquier momento y Charlie no quería arriesgarse a no despedirse como era debido.

Supuse que tendríamos una reunión con Peter y los niños, pero ese no fue el caso. Debía hacerse por separado, en caso de que alguna de las partes no se sintiera cómoda diciendo algo delante de la otra.

—¿Todo salió bien? —preguntó Peter.

—Sí, eso creo —dijo Charlie—. Bianca estaba un poco distante, pero cambió.

—¿Y Amos?

—Amos es un buen chico. —Charlie nunca mencionó el enamoramiento de Amos por Nara.

—¿Cualquier problema? ¿Algún problema que debamos abordar? —presionó Peter.

—No, ninguno —respondió Charlie—. Lo admito, dos adolescentes a la vez fue una prueba de la realidad.

Peter se rio.

—¿Lo harías otra vez?

Charlie respondió de inmediato, con confianza.

—Sí. Siempre y cuando no tengan antecedentes penales, ningún historial de violencia o consumo de drogas. Entonces sí.

—Me parece bien.

—¿Puedo sugerir algo?

Peter parpadeó sorprendido y sonrió.

—Sí, claro.

—¿Supongo que haces un informe sobre cada niño y te reúnes con ellos o algo así? —dijo Charlie—. Creo que eso es de lo que hablaste antes, ¿no?

—Sí, es cierto.

—Entonces hazme un favor. Recomienda a Bianca hacer algunos cursos relacionados con animales. Empújala a ofrecer su tiempo como voluntaria en una de las clínicas locales de vida silvestre. Incluso hay algunos lugares turísticos locales con animales nativos —me miró—, como el hombre que se quedó a Matilda, a quien le encantaría recibir ayuda no remunerada.

—Animales, ¿eh? —dijo Peter. Acaba de terminar un curso de fotografía.

—Es muy buena en eso y le encantaba. Se sintió atraída por esas tareas y les agradó a los animales. —Charlie se encogió de hombros—. Le sugerí que hiciera algún trabajo voluntario. Sé que los niños probablemente no quieren trabajar gratis, pero no sabes adónde los llevará ni qué puertas les abrirá. Incluso si no llega a ninguna parte después de aproximadamente un año, al menos podría darle algo que esperar.

—¿Fue infeliz?

—Creo que está teniendo algunos problemas familiares —respondí—. Estoy seguro de que con el tiempo todo estará bien, pero si el colegio ofrece asesoramiento gratuito...

Peter empezó a escribir notas.

—Sí, por supuesto, claro. —Cuando terminó de anotar los puntos, dijo—: ¿Y Amos?

Charlie tragó.

—Es un buen chico —dijo de nuevo.

Intervine.

—Amos es un gran trabajador y es un niño muy divertido. Le encanta la atención, pero más que eso, creo que le encanta ser parte de algo. Encajó bien.

Hablamos un poco más sobre proyectos futuros y cosas que funcionaron y cosas que no, y Charlie prometió utilizar su puesto en la junta directiva de la Asociación de Productores de Carne

para recomendar que otras estaciones ejecuten un proyecto similar.

Peter nos estrechó la mano con entusiasmo, feliz por el resultado.

Mientras salíamos, tuve que orinar y volví a entrar. Cuando salí, Charlie estaba apoyado contra el Cruiser, mirando hacia el parque mientras me esperaba.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Sí —dijo distraídamente, todavía mirando algo—. Espera. ¡Oye, Amos! —gritó y fue tras el niño, que estaba a unos cientos de metros de distancia. Lo seguí, por supuesto.

Charlie caminó a un ritmo normal, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Qué haces?

—Ah, hola —dijo Amos luciendo un poco inseguro, muy diferente al niño confiado que acabábamos de ver durante una semana. Agarró la pequeña mochila con su ropa dentro—. Simplemente me voy a casa.

—¿Dónde está tú casa? —preguntó Charlie.

—Um, justo por aquí. —Señaló con la cabeza hacia el parque.

Charlie se quitó el sombrero y se rascó la cabeza antes de volver a ponérselo.

—Amos —dijo en voz baja—. ¿Tienes algún lugar donde vivir?

—Sí, acabo de decir que mi casa está por aquí. —Pero su sonrisa esforzada lo delató.

Charlie asintió y suspiró profundamente.

—Sabes, cuando yo era niño, solía haber gente que dormía debajo del puente...

Amos miró hacia el puente, pero no dijo nada más.

Oh, Jesús.

—No es nada de qué avergonzarse —dijo Charlie en voz baja.

—No me avergüenzo —mintió Amos desafiante.

Charlie dejó escapar un suspiro con las mejillas hinchadas.

—Si te ofreciera un trabajo, con condiciones, ¿te interesaría?

Los ojos de Amos se abrieron como platos, al igual que su sonrisa.

—¿En serio? —Luego entrecerró los ojos—. ¿Qué tipo de condiciones?

—Volveremos y veremos a Peter para que tal vez te consiga un curso de formación.

—¿Un qué?

—Formación. Como mecánico o algo así. Un *Jackaroo*, ya sabes, un aprendizaje para granja. Algo, no lo sé. Pero eso significará que dos días a la semana serán tareas escolares.

Amos asintió, luego negó con la cabeza, luego asintió y se pasó la mano por el cabello. Todavía estaba sonriendo.

—¿Puedes hacer eso?

—Podemos intentarlo.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó.

Charlie se rio.

—No. Pero habrá nuevas reglas básicas en lo que respecta a Nara, ¿entiendes?

Su sonrisa se hizo increíblemente más amplia y Charlie puso los ojos en blanco.

—¿Entonces es un sí?

Amos estaba a punto de estallar.

—Diablos, sí, es un sí.

Charlie se dio vuelta y comenzó a caminar de regreso al edificio del colegio comunitario que acabábamos de dejar. Le sonreí, tan increíblemente orgulloso de él.

Amos casi saltaba a nuestro lado mientras gritaba una y otra vez sobre lo divertido que sería y que no podía leer ni escribir muy bien, pero no importaba, jefe, porque se iba a esforzar mucho.

No se arrepentiría ni por un segundo, jefe.

Charlie sostuvo la puerta abierta y asintió para que Amos entrara primero y luego yo.

—Eres un buen hombre, Charlie —susurré mientras entraba.

Charlie resopló y murmuró:

—No. Sam tenía razón. Soy un adicto al castigo.

Peter nos recibió en el pasillo, claramente no esperándonos. Miró a Amos y luego a Charlie.

—Oh. ¿Todo bien?

—Sí, sí —dijo Charlie—. ¿Qué tenéis en cuanto a programas de aprendizaje o de colocación laboral permanente?

CAPÍTULO TRECE

REGLAS BÁSICAS Y FLORES.

AMOS DURMIÓ un rato en el coche y cuando estuve seguro de que estaba profundamente dormido, extendí la mano sobre la consola y tomé la mano de Charlie.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Charlie negó con la cabeza.

—Nunca dijo que era un vagabundo.

—No es algo que quisiera admitir, supongo.

Charlie suspiró.

—No podía simplemente dejarlo dormir debajo de un puente, Trav.

—Lo sé. Es por eso que te amo.

Una voz desde el asiento trasero dijo:

—¿Vosotros sois homosexuales o algo así?

Charlie sacó el Cruiser de la carretera y pasó de cien kilómetros por hora a detenerse en medio de una nube de polvo en unos dos segundos. Amos se alarmó de inmediato, al igual que yo.

—Um, ¿Charlie?

Charlie respiró hondo y se giró en su asiento para mirar a Amos.

—Aquí está la cosa. Sí, Travis y yo estamos juntos, así que si tienes algún problema con eso, dímelo ahora mismo y daremos la vuelta y te llevaremos de regreso a la ciudad.

Amos negó con la cabeza. Parecía un poco asustado.

—No tengo ningún problema con eso.

No quería que el niño respondiera por miedo, así que en lugar del enfoque machista de Charlie, intenté tener tacto.

—Amos —dije con calma—. Te quedaste toda la semana pasada, cuando... no lo sabías, y estuvo bien, ¿no?

Asintió.

—Nada ha cambiado. Seguimos siendo las mismas personas —continué.

—Dije que no tengo ningún problema con eso —dijo—. Sólo estaba preguntando. Le dijiste que estabas enamorado de él, así que era bastante obvio.

—Sí, no es algo que ocultemos. —Miré a Charlie, que estaba un poco pálido—. Todos en la estación lo saben, la mayoría de la comunidad agrícola lo sabe. Charlie está en la junta directiva de Productores de Carne y todos lo saben.

—Aunque no es asunto suyo —murmuró Charlie—. Mira, Amos. Es lo que es. O te gusta o te vas. Nadie te lo reprochará.

—Dije que no me importa. —Se encogió de hombros—. Tengo un tío que está enamorado de

su gato. Había rumores de que él... bueno, ya sabes, hizo algo desagradable con eso.

Charlie se enfureció.

—¡Ser gay no es lo mismo que tener sexo con un gato!

—Bueno —dijo Amos inexpresivamente—. Era un gato macho.

Miré a Charlie, él me miró y, después de tres segundos trepidantes, ambos nos echamos a reír. Creo que nos reímos durante unos buenos cinco minutos y Amos simplemente sonrió con su enorme sonrisa de dientes blancos.

Cuando Charlie finalmente se recompuso, condujo el Cruiser nuevamente a la carretera y nos dirigimos a casa.

DETUVIMOS el Cruiser en el cobertizo y los tres caminamos hasta la casa. Ma estaba en el tendedero tendiendo algunos paños de cocina y su sorpresa inicial al ver a Amos se convirtió en una sonrisa que poco a poco se iba extendiendo.

—Ma —dijo Amos con su entusiasmo renovado—. Charlie dijo que podía quedarme.

Ma miró con cariño a Charlie.

—¿Eso es cierto?

Charlie suspiró y puso los ojos en blanco.

—No me voy a arrepentir, ¿verdad, chico?

Aun sonriendo, Amos negó con la cabeza.

—Oh, no, jefe. De nada.

Me acerqué a Ma y la besé en la mejilla.

—Estoy seguro de que tienes cien preguntas. Voy a colgar esto. Entrad y tomaros un té.

Ma me apretó suavemente el brazo.

—Eres bueno —dijo, y luego rodeó a Amos con el brazo y lo condujo al interior.

Me uní a ellos justo cuando estaban sirviendo el té. Ma me había preparado café y estaba frente a una silla vacía al lado de Charlie en la mesa de la cocina.

—Es un curso de riego con agua —dijo Amos—. Se llama hi... hidra... —Miró a Charlie.

—Hidrorriego. Estudiará el abastecimiento de agua, las perforaciones y ese tipo de cosas.

—Es simplemente el nombre elegante para irrigar —dijo Amos—. Tengo que hacerlo todo como parte de mi escuela, pero me dejaron examinarme al mismo tiempo.

Charlie aclaró.

—Hacen cursos previos al aprendizaje junto con su certificado de instituto.

Amos asintió.

—Sí, eso es lo que acabo de decir.

Ma apretó los labios para no sonreír, pero sus ojos la delataron.

—Eso es genial, amor.

Charlie dijo:

—Y todo fue elección de Amos. Le sugerí un curso de mecánica, pero él quería hacer el curso de riego.

Amos le restó importancia.

—Sí, bueno, creo que es algo que vale la pena saber aquí, ¿sabes?

Charlie sonrió y miró al niño con lo que posiblemente podría haber sido asombro o incluso un poco de orgullo.

—Significa que, si se esfuerza, cuando esté completamente cualificado y con unos buenos

cinco años de experiencia, será una de las personas más empleables de toda la zona.

Amós asintió.

—Persistiré, jefe. Lo verás. —Hablaban con tanta convicción que era difícil dudar de él.

Ma le sonrió.

—Bueno, me alegra que estés aquí. Y estoy segura de que alguien más también se alegrará.

Charlie miró a Ma, luego a Amos y gruñó.

—Sí, bueno, sobre eso. Necesitamos discutir los límites.

Suspiré ruidosamente.

—Lo que Charlie quiere decir es que Nara es como una hermana para él, y él agradecería que la trataras como tal.

—Mmm. —Charlie volvió a gruñir—. Y arreglos para dormir. Ahora eso es más permanente, puedes quedarte en la habitación libre en esta casa.

Estoy seguro de que mi sorpresa coincidió con la de Ma.

Charlie aclaró.

—Aún le faltan seis meses para cumplir los dieciséis. Técnicamente es menor de edad.

Oh, realmente no había pensado en eso.

Charlie continuó:

—Cuando cumpla dieciséis años, podrá compartir la tercera casa con Ernie. —Se volvió hacia Amos—. ¿Supongo que te parece bien?

Amós asintió. Le tomó un tiempo hablar. Creo que estaba un poco abrumado.

—Claro que sí, jefe.

Charlie se puso de pie, su silla arrastrándose sobre el suelo de linóleo.

—Te mostraré tu habitación.

Amos se puso de pie rápidamente y siguió a Charlie fuera de la cocina. Cuando se fueron, le susurré a Ma:

—Amos no tiene hogar. Duerme debajo del puente en la ciudad. Peter, del colegio comunitario, dijo que empezó a frecuentar el colegio, probablemente al principio buscando comida o dinero, pero terminó haciendo algunos cursos diurnos allí. Probablemente sólo por la compañía. Dijo que cautivó tanto a las señoras de la oficina que le regalaban tazas de té y galletas.

Ma negó con la cabeza lentamente.

—Charlie hizo lo correcto.

—Sí, lo hizo.

Ma se quedó en silencio por un momento.

—¿Cómo le fue a Bianca?

—Estaba bien. Su padre la recogió. Parecía bastante feliz de verla.

Eso hizo sonreír a Ma.

—Tuvimos una pequeña charla.

—Sí, lo vimos.

—Está bien. Simplemente se sentía abatida. Pero creo que tener una pequeña charla con Nara podría haberla hecho ver las cosas desde una perspectiva diferente. Nara tuvo... una infancia terrible.

No conocía los detalles, pero sabía lo suficiente. La había visto cuando llegó aquí sin lavarse, sin alimentarse y muerta de miedo. No necesitaba saber más que eso.

—Creo que Bianca simplemente necesitaba ver que, aunque estaba sufriendo, podría haber sido mucho peor. Le dije que necesitaba hablar con su padre. No podía arreglar nada si no sabía

por dónde empezar —dijo Ma—. Dijo que su madrastra no *era* mala, pero nunca reemplazaría a su madre. Le dije que nunca podría hacerlo, pero tal vez podía ser un poco mayor al respecto. Le dije que la sangre no forma una familia. —Sonrió—. Quiero decir, míranos.

Le devolví la sonrisa.

—Lo sé.

Oímos voces, luego la puerta principal se abrió y se cerró. Charlie regresó a la cocina luciendo un poco agotado. Se dejó caer en su silla y suspiró.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Le mostré la habitación. Quiero decir, no es nada especial. Sólo una cama y un armario viejo —dijo en voz baja—. ¿Queréis saber qué me dijo?

—¿Qué?

—Nunca antes había tenido una habitación. No, ni su propia habitación, ni siquiera cualquier habitación. Nunca antes había tenido una cama. —Charlie giró su taza de té medio vacía y negó con la cabeza—. Y revisé y le encontré algunas camisas viejas que no usamos y unas botas viejas más que no me quedan bien desde hace un tiempo... —Charlie tragó saliva—. Bueno, casi lloró.

—Oh, amor —dijo Ma con los ojos brillantes—. Hiciste lo correcto.

Asintió y me miró.

—Lo hice, ¿verdad?

Puse mi mano sobre la suya.

—Claro que hiciste lo correcto.

Charlie respiró hondo y negó con la cabeza.

—Le dije que faltaban dos horas para la cena, así que saliera a buscar a George y le preguntara qué había que hacer.

Ma miró su reloj.

—Dispárame. Dos horas...

En ese momento, Nara entró a la cocina, sin duda lista para el turno de cena. Tenía los ojos muy abiertos, al igual que su sonrisa.

—¿Acabo de ver a Amos?

Charlie la miró, lo feliz que estaba ante la posibilidad de que fuera Amos, y suspiró, completamente resignado.

—Bueno, no puedo decir con certeza qué viste o no viste, pero si te refieres al niño alto y delgado que caminaba hacia el cobertizo buscando a George, entonces sí, lo viste.

Solté una carcajada.

—Se quedará en la estación —le dije—. Hará las tareas escolares como lo hiciste tú.

—Oh —dijo ella emocionada—. Puedo ayudarlo.

Charlie la miró.

—¿Te gusta?

La pobre chica se sonrojó muchísimo de vergüenza.

—Um... bueno... tal vez...

Ma se levantó y, sonriendo, golpeó el brazo de Charlie.

—Vamos, haced algo útil, vosotros dos. Tenemos trabajo que hacer.

TODOS TOMARON con calma la noticia de que Amos se quedaría en la estación, y apenas levantaron una ceja. A la mañana siguiente, durante el desayuno, Charlie puso a Amos con Billy

para que fueran a ver cómo estaban las vacas pariendo.

Esto no me sorprendió. Después de todo, Billy era básicamente un anciano aborigen para este niño, y aprendería mucho de él. Si Charlie quisiera darle a Amos un modelo a seguir al que aspirar, no encontraría nada mejor que Billy.

Pero al final de la semana, cuando estaba bastante claro que Amos estaba encajando muy bien, su permanencia en la estación parecía cada vez más probable, Charlie veía más cómo Amos y Nara se esquivaban el uno al otro. Era un amor adolescente en su forma más incómoda.

Y al final, pudo con él.

Era después del almuerzo y Amos estaba en el patio de espera con los terneros gordos. Los demás habían ido a la Alice a pasar el fin de semana libre y Amos había decidido quedarse en la granja. Supuse que no tenía un hogar al que regresar, así que tenía sentido. Nara casi nunca iba, así que Charlie, George, Ma, Nara, Amos y yo nos quedamos en la estación.

Charlie mordió la bala y lo enfrentó.

—Amos, ¿tienes un segundo?

Se detuvo, todo sonrisas y ojos brillantes.

—Sí, jefe.

Charlie miró hacia la casa con el ceño fruncido.

—Tú y Nara parecéis estar... llevándoos bien.

Amos parpadeó, pero parecía saber adónde iba esto.

—Um, eso espero, jefe.

—¿Ya la has besado?

Amos estaba tan sorprendido como yo por la pregunta de Charlie.

—¿Qué? —dijo—. No, no. Ella no es ese tipo de chica, jefe.

Charlie sonrió ante eso.

—Aunque te gusta.

El pobre chico parecía querer morir.

—Creo que es muy bonita y muy inteligente. —Su sonrisa se desvaneció—. Pero las chicas así no están interesadas en personas como yo.

—¿Por qué no?

Amos resopló.

—La has visto, ¿verdad? Es muy bonita y es mayor que yo.

—No te subestimes, chico —dijo Charlie—. Nunca dejes que nadie te diga que no eres lo suficientemente bueno.

Las palabras de Charlie calentaron mi pecho. No podía decir que me sorprendió, porque conocía a Charlie, pero él se había opuesto mucho a la idea de que Amos y Nara fueran cercanos. O siquiera se aproximaran, de hecho.

Charlie negó con la cabeza.

—Por razones que nunca entenderé, creo que a ella podrías gustarle.

Amos quedó atónito.

—¿Crees que yo... quiero decir, podría alguna vez tener una oportunidad con ella? Incluso si ella simplemente me hablara de verdad... quiero decir, hablamos, pero realmente no sé qué decir...

Charlie suspiró.

—Voy a ser honesto contigo, chico. Si quieres agradarle, debes demostrarle que eres un chico que vale la pena. Y para que lo sepas, estoy haciendo esto para su beneficio más que para el tuyo.

Amos tenía los ojos muy abiertos y sonreía.

—¿Sí?

Charlie se encogió de hombros.

—A las chicas les gustan las flores, aparentemente... no es que yo lo sepa realmente. Pero está bien documentado.

Resoplé.

—Oh, Jesús, Charlie. ¿Qué demonios fue eso? ¿Bien documentado?

Me dio una mirada penetrante.

—Estoy intentando ayudar.

—Estoy escuchando —dijo Amos. Amos asintió y escuchó, como si Charlie estuviera a punto de divulgar los secretos del mundo. Y supongo que para un chico de quince años así era.

—Y una vez que logras que ella hable, debes escucharla. Ahora, los chicos, nos entendemos. Somos fáciles de entender. Pero las chicas... bueno, son algo complicado.

Negué con la cabeza.

—No, no lo son.

Charlie me miró.

—Como si lo supieras.

—Más que tú, al parecer. Crecí con dos hermanas en Texas. Lo sé —le dije a Charlie. Luego miré al pobre niño confundido—. Amos, mira. Todo lo que necesitas recordar son los modales adecuados. Se educado y cortés. Trátala como a una dama.

—Correcto —dijo Charlie—. Eso es lo que iba a decir.

Para nada.

Charlie continuó:

—Ella es inteligente, así que, por el amor de Dios, escúchala. Tiene ideas y sueños. Respeta eso. Respeto. Y ayúdame Jesús, si la lastimas o la tocas sin su permiso directo, te arrancaré la piel del cuerpo, ¿entiendes?

Amos palideció, así que me aclaré la garganta.

—Charlie.

Charlie levantó la barbilla, pero no se retractó ni se disculpó.

—Está bien —dijo Amos—. Modales, respeto y flores. Bien. Entiendo.

Charlie asintió, como si estuviera satisfecho con su trabajo.

—Estamos un poco escasos de opciones aquí, pero es primavera. Hay flores silvestres. Ve a buscar algunas para un ramo.

Amos enarcó una ceja y se reclinó, como si dijera qué diablos.

—Oh, por favor. ¿Cuándo fue la última vez que recogiste flores para tu hombre?

Resoplé y seguí el juego.

—Sí, Charlie, ¿cuándo fue la última vez que me recogiste flores?

Charlie abrió la boca y luego la cerró de golpe. Miró al desierto y luego a mí.

—Bueno, yo...

—Correcto —desafió Amos—. ¿Dónde está tu respeto por Travis?

Charlie se turnó para mirarnos a cada uno de nosotros, a pesar del sonrojo que le subía por las mejillas y el cuello.

Amos se rio y trepó por las rejas de la cerca.

—Vamos, jefe. Tú y yo. Vamos a recoger flores.

—¿Vamos a qué?

Amos no se dejó intimidar.

—Podemos controlar a las vacas mientras estamos allí —dijo. Cuando Charlie no se movió, Amos tocó un reloj inexistente—. Vamos jefe. Tengo una hora límite, revive.

Llegaron al primer prado y yo todavía me reía mucho después de que se hubieran ido.

GEORGE y yo estábamos apoyados en el corral, después de alimentar a los terneros, cuando la vieja camioneta regresó a la casa. Le conté a George cómo Amos había chinchado a Charlie por su falta de entrega de flores y, por la forma en que George se rio, diría que fue la cosa más divertida que había escuchado en mucho tiempo.

Ma y Nara estaban sentadas en la terraza delantera disfrutando del sol de la tarde, y George y yo nos quedamos en silencio mientras veíamos a Amos salir de la camioneta, sonriendo como siempre, con un pequeño ramo de flores silvestres moradas y amarillas. Parecía nervioso, incluso vacilante, pero con una última mirada a Charlie, subió los escalones de la terraza, se quitó el sombrero y le ofreció las flores a Nara.

Fue muy dulce y completamente inocente. Nara sonrió y tomó con delicadeza el pequeño y honesto ramillete de flores silvestres, y sonrió antes de darle un beso en la mejilla. Amos sonrió como si hubiera ganado la lotería justo cuando Charlie caminaba hacia la terraza.

Ma estaba ahora junto a Nara, ambas entusiasmadas.

—¿Son para mí? —le preguntó Ma a Charlie, señalando las flores que sostenía.

—Oh, bueno... —tartamudeó, sosteniendo las flores como si fueran tóxicas—. Sí. Por supuesto que son para ti.

Acababa de darle mis flores para Ma. Me miró y se encogió de hombros, completamente perdido.

Le sonreí, haciéndole saber que hizo lo correcto.

Mamá olió las flores, luego levantó una ceja a George y gritó:

—Qué bueno que alguien me traiga flores.

George me golpeó el brazo.

—¿Cómo diablos estoy yo en problemas por esto?

—¿De qué te quejas? —susurré para que Ma no pudiera oírme—. Esas eran mis flores.

George me miró durante un largo y serio momento y luego se echó a reír, lo que provocó que Ma y Nara nos miraran con el ceño fruncido mientras entraban a la casa oliendo las flores.

Amos todavía estaba saltando de emoción, mientras que Charlie parecía un poco avergonzado y desanimado. Le articulé “Gracias” y, sinceramente, no le di más vueltas.

Se puso a hacer otras tareas y yo hice las mías durante el resto de la tarde. Había desaparecido, esta vez solo en el prado norte, y no lo volví a ver hasta que Ma nos llamó para que nos aseáramos para la cena.

Charlie me recibió en el pasillo, casi corriendo con una sonrisa, ojos felices y una mano detrás de la espalda.

—Travis —dijo formalmente. Giró su mano para revelar una sola flor silvestre de color púrpura—. Para ti.

No un ramo. Ni siquiera unas cuantas.

Una sola flor, la más perfecta.

Sonrió tímidamente, y era tan sexi y dulce que podría haberme derretido.

—¿Te gusta?

—Me encanta —respondí.

Sonrió un poco más y me rodeó hacia el baño.

—Necesito lavarme. —Pero cuando pasó a mi lado, lo giré y lo besé. Intensamente.

Fue un beso doloroso, devorador, con lengua, y cuando me aparté y di un paso atrás, sus labios estaban rojos y sus ojos aturridos.

Levantó la mano y trató de decir algo. Totalmente borracho de besos, todo lo que logró fue:

—...de nada.

Me reí mientras entraba a nuestra habitación. Puse mi flor en la almohada y cuando salí, él todavía estaba de pie en el pasillo.

—Debería traerte flores más a menudo —dijo.

—Sí. Sí deberías.

Meneó las cejas.

—No puedo esperar a ver cómo reaccionas ante un ramo completo.

Negué con la cabeza hacia él.

—No. No muchas. Una fue más especial que un ramo entero.

Charlie parecía confundido por esto. Levantó las manos.

—Oh, por el amor de Dios. No lo hagas complicado.

ESA NOCHE, en la cama, comencé a despertarme con la sensación de que algo andaba mal y encontré a Charlie acostado boca arriba, mirando al techo.

—Oye —dije con la voz espesa por el sueño—. ¿Qué ocurre?

Me miró y sonrió, su rostro un poco sereno a la luz plateada de la luna.

—Creo que es hora. Quiero tener otro caballo.

CAPÍTULO CATORCE

SI CABEZOTA FUERA UNA PRUEBA OLÍMPICA.

HABÍA estado dos veces antes en los patios de venta de Alice Springs, por lo que no estaba completamente familiarizado con el lugar. Aunque era cierto que aquellos tiempos eran para el ganado y éste para los caballos.

Las polvorientas hileras de corrales no eran diferentes esta vez: seis largas hileras de cinco o seis metros con cinco o seis caballos en cada una. Personas vestidas con sombreros Akubra, camisas a cuadros, pantalones de moleskin y botas de montar venían de todas partes en busca de caballos de raza y yeguas de cría.

Y caminábamos de un lado a otro y de arriba a abajo, mirando cada corral, cada caballo. Algunos tenían un precio de miles, otros sólo unos pocos cientos. A Charlie no le importaba el precio. Cada vez que pensaba que Charlie parecía remotamente interesado, ponía cara de dolor y negaba con la cabeza.

Ningún caballo jamás podría igualar a su Shelby.

Muchos de los compradores y la mayoría de los vendedores conocían a Charlie y él los llamaba por su nombre cuando los saludaba. Si lo conocían porque era Charlie Sutton de la famosa Estación Sutton o si los conocía por sus reuniones en la Asociación de Productores, no lo sabía. Pero a aquellos con quienes se detuvo y habló, me presentó sin dudarlo, y tal vez incluso con un poco de orgullo.

Todavía me sorprendía lo lejos que había llegado.

—¿Que es tan gracioso? —preguntó. Nos detuvimos y hablamos con un chico al que Charlie llamaba Mick, y cuando seguimos adelante, supuse que yo estaba sonriendo.

—Oh, nada —respondí—. Solo eres tú. Es como “este es Travis”, como si te importara una mierda lo que piensen.

—Bueno, no me importa —dijo—. Me importa una mierda lo que piensen, eso es. En una de las reuniones en las que estuve, estábamos hablando de los collares que le poníamos al ganado y les comenté que fue idea tuya. Me preguntaron quién eras y no quise decir que eras uno de mis empleados, porque no lo eres. Y no quería decir “novio” y asustar al chico o llamarte mi “pareja de hecho” porque sonaría como un imbécil, así que dije que eras mi socio. —Se encogió ante la palabra y suspiró—. Pero luego tuve que explicarle que no, que la Estación de Sutton no tenía un socio comercial, que no, que no había vendido ninguna parte de mi negocio y que no, no estaba en problemas financieros. Tuve que explicar socio como novio, pareja. Fue mucho peor. Así que ahora solo digo que eres Travis.

Me eché a reír.

—Ay, dios mío. ¿Dime que estás bromeando?

—No, fue vergonzoso —dijo con una sonrisa—. La palabra *pareja* significa algo diferente

aquí. Odio el término “*de hecho*”, es tan cursi como *Amante residente*, y no hay forma de que te llame así. Luego tuve que explicarlo usando las palabras exactas que estaba tratando de evitar.

Me reí.

—Siempre puedes decirles la verdad —le dije—. Ya sabes, “Hola, es Travis. Mi prometido estadounidense”.

Charlie resopló.

—Sí, porque la palabra novio no los asustó lo suficiente.

Me reí.

—Bueno, iba a decir que podrías decirles que soy tu centauro. Ya sabes, mitad hombre —me agarré la entrepierna—, mitad caballo.

Charlie se echó a reír y me empujó por el hombro, justo cuando George doblaba la esquina con nuestro veterinario Scott. George negó con la cabeza hacia nosotros, pero me di cuenta de que estaba contento de ver a Charlie reír.

—Ni siquiera quiero saber qué os pareció gracioso —dijo George.

—No, probablemente no lo quieres saber. —Aun sonriendo, Charlie estrechó la mano de Scott—. Buen día, amigo. ¿Te acuerdas de Travis?

—Claro —respondió estrechándome la mano. Me decepcionó un poco que Charlie ni siquiera mencionara que yo era un Centauro—. ¿Cómo funcionan esos collares para ganado?

Mientras Scott, George y yo hablábamos sobre los collares y lo fácil que hacían nuestro trabajo, noté que Charlie estaba distraído por algo al final de los corrales.

Mientras caminábamos de regreso para tomar algo de comer, Charlie siguió mirando, y cuando seguí su línea de visión, me di cuenta de que tenía su ojo puesto en un pequeño caballo al final de la fila de siete caballos desaliñados que estaban atados al final del último patio.

Pasó junto a ellos, todavía mirándolo, y luego dejó de caminar.

—¿Charlie? —le pregunté, pero él no respondió.

Para entonces, George y Scott se habían detenido y regresado donde estaba Charlie. Siguió mirando hacia allí y al final los tres miramos también.

El caballo que estaba mirando era, bueno, feo. No es que los caballos pudieran ser estrictamente feos, pero si Shelby era de un hermoso tono marrón ciervo, metro y medio de altura, sí, si este caballo pudiera haberse caído del árbol feo, debía haberse golpeado con cada rama en el camino hasta el suelo.

Tenía la cara calva, una discordancia de colores marrón, blanco y rojo que parecía como si la impresora genética se hubiera quedado sin tinta. Era difícil saber si tenía ese color o si había estado rodando en la tierra. Probablemente no lo habían cepillado, bueno, nunca. Tenía rebabas en la crin y la cola, y cuando miré más de cerca, pude ver que sus dos patas delanteras estaban atadas con gruesas cadenas junto a una de sus patas traseras, lo cual no era una práctica muy poco común, además la yegua tenía la otra pata trasera levantada, descansándola.

Era una yegua y necesitaba urgentemente una buena alimentación. Tenía la cabeza gacha y me pregunté cuánto tiempo llevaba allí parada, incapaz de moverse.

Charlie finalmente miró del caballo al hombre que supuse era el dueño de la fila de caballos. Se reía con otros dos hombres, pero sostenía un trozo de tubo de polietileno y apuntaba hacia los caballos. Charlie asintió hacia él.

—¿Cuál es la historia de ese tío? —le preguntó a Scott.

—Ese es Lenny Edens —respondió Scott—. Hace la ejecución para perros.

—¿Ejecución para perros? —pregunté.

Charlie respondió sin quitar los ojos del hombre.

—Lleva los caballos no deseados a la fábrica de comida para perros.

Oh.

Charlie lo observó durante un rato y luego sus fosas nasales se dilataron. Y conociendo a Charlie, eso nunca terminaba bien.

—Si golpea a uno de ellos con ese tubo —dijo en voz baja—, quizá tenga que tener una pequeña charla con el señor Lenny Edens.

Scott dejó escapar un suspiro.

—No es el más gentil, no. —Por su tono me di cuenta de que esa era su opinión diplomática profesional. Estaba seguro de que si pudiera hablar fuera de su opinión profesional, por así decirlo, sería un poco más directo.

Ahora, en mi época había visto muchos jinetes, y había visto muchos caballos domados. Había buenas maneras de hacerlo y algunas francamente crueles de hacerlo, y la mayoría de las veces la persona que hiciera la presentación usaría un tubo, un palo o un látigo simplemente como una extensión de su brazo.

Nunca para golpear al animal.

Sin decir una palabra más, Charlie se acercó al caballo. Simplemente la miró a través de la barandilla durante un largo rato y finalmente extendió el brazo y le ofreció al caballo el dorso de la mano.

Miré a George y él me miró y ambos sonreímos. Sabía que, para bien o para mal, Charlie había elegido su caballo.

George, Scott y yo nos acercamos a Charlie al mismo tiempo que lo hacía Lenny Edens.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó. Era un hombre mayor con piel curtida por el sol, un Akubra de ala ancha y una sonrisa no tan amigable.

—Esta yegua —dijo Charlie señalando con la cabeza a la yegua—. ¿Cuánto quiere por ella?

Lenny se rio y el caballo echó la cabeza hacia atrás, con los ojos muy abiertos, y trató de retirarse a pesar de estar atada a la barandilla y tener tres de sus patas atadas juntas.

Fue una reacción bastante clara de miedo, y a Charlie no le gustó.

—¿Quieres esta pobre excusa de caballo? —preguntó Lenny—. ¿Estás loco o algo así, chico?

—Cualquiera que sea el precio actual por venderla a los perreros, lo duplicaré. —Charlie volvió a mirar al caballo—. Y quiero quitarle las trabas. Ahora.

El hombre parpadeó hacia Charlie como si estuviera loco.

—No quieres este caballo —dijo Lenny, su tono condescendiente—. Déjame ahorrarte tiempo y dinero, hijo. Y un montón de huesos rotos. Este caballo es una mierda. —Señaló las pesadas cadenas—. De ahí las joyas. —Se burló—. Se resiste, muerde y pisotea. Casi me mata al intentar traerla aquí.

Charlie miró el trozo de tubería que el hombre todavía sostenía.

—Bueno, no me sorprende. Si me tuviera atado, incapaz de moverme y luego me golpeará con eso, probablemente intentaría matarlo también.

Ah, Jesús.

Cómo hacer amigos e influir en las personas, por Charlie Sutton. Amenazar con matarlos. Excelente manera de lograr que te venda algo Charlie.

El hombre se rio, pero no fue un sonido feliz. Miró por encima del hombro a los otros dos hombres con los que había estado hablando antes y me pregunté si Charlie estaba a punto de comenzar su pelea.

En ese momento, Billy apareció de la nada y se detuvo justo al lado de Charlie.

—Hola, Charlie —dijo mirando entre Charlie y Lenny—. ¿Todo bien, jefe?

—Todo bien —dijo Charlie con frialdad—. Solo estoy tratando de comprar un caballo.

Por la expresión del rostro de Lenny y el agarre fuerte del tubo que sostenía, pensé que tal vez estaba considerando golpear a Charlie. Si revisó sus posibilidades porque ahora éramos cuatro, no conté a Scott porque no esperaba que el veterinario agitara el puño, pero sabía muy bien que Billy y George reducirían a cualquiera que amenazara a Charlie.

Charlie se limitó a mirar a Lenny, sin retroceder.

—¿El caballo está a la venta o no?

El hombre no respondió, así que Charlie se volvió hacia Scott.

—¿Puedes revisarla por mí?

Scott miró a Lenny y sólo entonces se saludaron con un movimiento de cabeza y se llamaron por su nombre.

—Lenny.

—Scott. ¿Cómo está tu viejo?

—Bien, bien —respondió Scott con una sonrisa tensa—. Ha venido hoy. Ya sabes cómo son estas cosas. Los veterinarios deben comprobar el bienestar de cada animal.

Sin decir mucho exactamente, Scott básicamente le dijo que eso incluía a sus caballos, ya sea que estuvieran destinados a una matanza o no, y luego procedió a verbalizar su evaluación del caballo.

—Es una varnish roan. Tal vez cuatro o cinco años —dijo Scott antes de abrirle los labios y la boca con suavidad y cuidado—. Los dientes se ven bien, nada obvio, pero no soy un dentista equino. Está baja peso, necesita desparasitación, diría por su aspecto. Los ojos y la nariz están claros. —Asintió—. Se ve bien, pero necesitaría echarle un vistazo adecuado a sus cascos y ver cómo camina.

Charlie se volvió hacia Lenny.

—¿Puede quitar las trabas, por favor, señor?

Lenny miró a los dos hombres que ahora estaban un poco más cerca, mirándonos, y luego volvió a mirar a Charlie. Sonrió.

—Te diré una cosa, hijo. Si puedes subir ese caballo a tu remolque puedes llevártela.

Charlie ni siquiera parpadeó. De hecho, parecía complacido.

—Trato hecho. —Trepó por las barandillas hasta el corral y, muy lentamente, se acercó al caballo. Obviamente no le gustaba que la gente estuviera demasiado cerca de ella porque trataba de alejarse, echando la cabeza hacia atrás porque no podía mover sus pies encadenados.

—Ten cuidado, Charlie —dije en voz baja.

—Se portará bien —susurró pero creo que fue más para el caballo que para mí. Él le puso el dorso de la mano en la nariz, dejándola olerlo, luego le tocó la mejilla suavemente y ella se lo permitió. Hasta que Lenny apareció al otro lado y ella intentó alejarse nuevamente.

George trepó a la barandilla y se sentó allí. Parecía casual, pero estaba bastante seguro de que lo era para poder estar en el corral en medio segundo si era necesario. Billy hizo lo mismo, así que me uní a ellos. Scott se quedó apoyado con los brazos en la barandilla, mirando al caballo.

—Tan pronto como esté libre, tirará —dijo Scott.

Charlie agarró el cabestro improvisado y la correa mientras Lenny se agachaba y se inclinaba atrás del caballo lo más que podía y para así desatarle los grilletes. Sin embargo, el hijo de puta todavía tenía el largo del tubo de polietileno a sus pies, y tan pronto como le quitó las trabas, sin ninguna consideración por la seguridad de Charlie, tomó el tubo y golpeó el menudillo trasero de ella con él.

El caballo se escabulló hacia el lado de Charlie y luego retrocedió, causando que Lenny

cayera de culo. Retrocedió inmediatamente, arrastrando rápidamente a Charlie sobre sus pies como si estuviera derrapando sobre la tierra del corral.

Cuando obviamente no la soltó, ella se levantó sobre sus patas traseras y se alzó sobre Charlie. Billy se rio, George sonreía y yo estuve a punto de sufrir un ataque al corazón. Todo el tiempo Charlie estuvo tranquilo, manteniéndose firme y diciendo:

—Relájate, vamos —como si no fuera un caballo salvaje que intentaba matarlo.

Luego intentó tirar de nuevo y sacar ambas patas traseras. Ese imbécil de Lenny pensó que era gracioso, y me pregunté, muy brevemente, si le gustaría que le metieran ese tubo en la garganta. Pero tenía razón en una cosa. El caballo ciertamente era un poco salvaje, pero si pensó por un segundo que este caballo podría superar a Charlie, estaba muy equivocado.

Porque no había ser vivo en el planeta más cabezota que Charlie Sutton.

El caballo giró de nuevo, echó la cabeza hacia atrás y lanzó sus patas delanteras hacia Charlie, y cuando él dio un paso atrás, ella se detuvo y de alguna manera el sombrero de Charlie se cayó.

Y como si se accionara un interruptor en la cabeza de ese caballo, se detuvo.

Todavía respiraba con dificultad, su pecho agitado y resoplaba silenciosamente, pero Charlie mantuvo la iniciativa y se acercó, su cara casi tocaba su pecho, y durante un largo minuto, ninguno de los dos se movió.

Charlie levantó el dorso de su mano libre y ella lo olió de nuevo, asintiendo un poco y resoplando. Le tocó la mejilla y le rascó ligeramente detrás de la oreja, susurrándole suaves palabras. Y ella lo dejó.

George y Billy se rieron, Scott sonrió y negó con la cabeza con incredulidad, y yo no estaba muy seguro de qué diablos acababa de presenciar.

—No te gustan los sombreros, ¿eh, chica? —Charlie le dijo al caballo. Volvió a mirar a Lenny Edens, que ya no se reía, pero le habló al caballo—. Supongo que tampoco te gustan los tubos de polietileno, ¿verdad? —Le acarició suavemente la nariz—. No te culpo —le dijo—. No te culpo ni un poquito.

Ella echó un poco la cabeza hacia atrás, pero Charlie mantuvo la correa apretada, mientras susurraba que estaba bien, que él la cuidaría muy bien, lo vería muy rápido, en un abrir y cerrar de ojos, serían los mejores amigos.

George bajó de la cerca en el exterior del corral con una sonrisa orgullosa y satisfecha.

—Traeré el remolque —dijo alejándose.

—Sí —dijo uno de los amigos de Lenny—. Todavía tienes que meterla en él.

Charlie nunca dejó de darle pequeños toques, susurrarle y decirle palabras tranquilizadoras, y el caballo estaba mucho más relajado cuando, unos minutos más tarde, el nuevo Cruiser rodeó la parte trasera de los corrales.

—Travis. —Me llamó Charlie, su voz a un volumen normal pero uniforme y tranquilo—. Quiero que me abras la puerta, suave y lentamente. Pero primero quítate el sombrero, ¿vale?

Hice lo que me pidió y le entregué mi sombrero a Billy. Pero incluso cuando la puerta del corral estaba abierta, Charlie nunca se movió. Era todo paciencia, respiración pausada y conversación suave.

—Billy —dijo—. Hay un montón de comida en el Cruiser. Ma nos empacó algunas manzanas. ¿Puedes traerlas?

Billy regresó con tres manzanas, me dio su sombrero y el mío cuando pasó, se acercó y le entregó la fruta a Charlie. Charlie siempre había dicho que Billy era uno de los mejores ganaderos que había visto en su vida y que su habilidad con los caballos era insuperable. Suponía

que era su naturaleza tranquila y su respeto por los animales era claro. Cuando Charlie puso una manzana en la palma de su mano y el caballo primero la olió y luego la mordió, Billy le frotó el cuello y el hombro sin siquiera inmutarse antes de darse la vuelta y alejarse.

—Cuando estés listo, jefe.

—¿Vas a venir conmigo, chica? —le preguntó Charlie al caballo. Su tono seguía siendo tranquilo y melódico, y suavemente tomó la iniciativa y la condujo fuera del corral.

Era voluble y nerviosa, pero Charlie la mantenía firme. La acompañó hacia el remolque de caballos, pero se detuvo antes de llegar. Ahora estaba en un espacio abierto y supuse que Charlie simplemente la estaba dejando acostumbrarse. Billy se acercó con un puñado de heno, pero el caballo empujó la mano de Charlie hasta que le entregó otra manzana.

Charlie se rio en voz baja mientras ella se la comía y le rascaba detrás de la oreja.

—No te daré la última hasta que estés en el remolque, ¿lo entiendes?

La puerta del remolque para caballos estaba bajada y, aun sosteniendo el heno, Billy subió por ella de espaldas. Estaba bastante claro que el caballo no había sido alimentado mucho últimamente, así que si quería ese heno, tenía que entrar en el remolque para conseguirlo.

Y efectivamente, con Charlie guiándola, caminó titubeante e hizo exactamente eso.

Sonriendo, regresé al corral y recogí el sombrero de Charlie. Lenny y sus dos amigos seguían allí de pie, sin parecer muy contentos. Le quité el polvo al viejo Akubra y escuché a un hombre decirle a Lenny:

—Ese es el hijo de Sutton.

Lenny se volvió hacia Charlie y su expresión era de sorpresa.

—Eh.

Charlie y Billy salieron del remolque y George levantó la puerta. Charlie tenía la correa en la mano y vino hacia mí. Le entregué su sombrero, me sonrió y luego se acercó a Lenny y le entregó la correa.

—Esto es suyo. El caballo es mío.

Lenny asintió; su actitud parecía haber dado un giro de ciento ochenta.

—Eres el hijo de Charles Sutton —dijo como si Charlie no lo supiera ya—. Fue amigo mío por años.

Charlie levantó la barbilla.

—Os parecéis. Él también era un gilipollas. —Lo miró fijamente durante un largo y atrevido segundo, luego se dio la vuelta y se alejó.

Tratando de no reírme, me quité el sombrero.

—Caballeros. —Y caminé con Charlie hasta el coche.

CAPÍTULO QUINCE

VIENDO CÓMO SUCEDE LA MAGIA.

LA YEGUA VOLVIÓ A HUIR cuando la llevamos a casa, tirando y escarbando cuando Charlie la condujo al patio circular, pero él nunca vaciló. Ni una sola vez. La sostuvo con fuerza, susurrando palabras suaves y tranquilizadoras con toques suaves, y le dio tiempo para acostumbrarse a su nuevo entorno.

Para ser un hombre impaciente que no tenía tiempo para tonterías, tenía muchísima paciencia con ella. Se mantuvo firme mientras ella traspasaba estos nuevos límites, pero tenía un aire de serenidad cuando estaba con ella.

Era un lado de Charlie que nunca había visto.

Fue una de las cosas más hermosas que alguna vez tuve la suerte de ver.

Todos los días durante dos semanas pasó tiempo con ella. Algunos días eran sólo unas pocas horas, otros días era todo el día. Fue un progreso lento, pero progreso al fin y al cabo. No tenía intención de ponerle una silla de montar hasta que ella confiara en él.

—Me tiene que dejar —dijo Charlie—. No puedo imponérselo.

Él llevaba a Texas y ataba su correa con la de ella, solo para dejarlos uno al lado del otro. A veces montaba a Texas por el patio mientras su nuevo caballo observaba, revisaba sus cascos y lo cepillaba, para que su nuevo caballo se diera cuenta de que las cosas cotidianas que haría con ella en algún momento no la lastimarían. A veces llevaba el caballo de George, Lizard, al patio y hacía las mismas cosas. Incluso llevó a Delilah varias veces para ver cómo reaccionaba el nuevo caballo al ganado. Los ataba muy juntos e incluso empujaba a Delilah al espacio del caballo, contra ella, detrás de ella.

Nunca se inmutó.

Lo que odiaba eran los sombreros y las varas, lo que sólo podía significar que la habían azotado con una manguera o un tubo, con toda probabilidad por un hombre que llevaba sombrero. Y eso casi rompió el corazón de Charlie. Tenía debilidad por las manzanas y los terrones de azúcar y, según Charlie, esas eran las únicas armas que necesitaba.

Fue divertido ver cómo él la recompensaba con algo dulce. Después de un largo día de trabajo juntos, Charlie se paraba a unos metros de ella y dejaba escapar un pequeño silbido, le ofrecía una manzana o unos terrones de azúcar, haciéndola acercarse a él.

Si alguna vez me había preguntado cómo consiguió que Shelby llegara galopando con sólo un silbido, ahora lo sabía. Charlie me sonrió mientras ella tomaba los dulces de su mano, el tipo de sonrisa que hacía que mi corazón latiera fuera de ritmo.

Una noche era tarde y estábamos en la cama. Charlie había pasado todo el día en el patio con ella y, después de dos semanas de ganarse la confianza diariamente, estaba cansado. Estábamos de lado, mirándonos, con las manos unidas en la cama entre nosotros.

—¿Vas a hacer algún trabajo, o simplemente te sentarás en la barandilla del patio mirándome todo el día? —preguntó.

—Resulta que me gusta mirarte —le dije—. Especialmente la forma en que eres con ella. Podría verte hacer tu magia todo el día.

Charlie sonrió ante eso.

—Le fue bien hoy.

—Muy bien. Ha recorrido un largo camino desde lo tímida que era hace dos semanas.

—Aún queda un largo camino por recorrer.

—Sí, lo hay —acordé—. ¿Ya has pensado en un nombre?

Negó con la cabeza.

—Aún no. Se me ocurrirá algo. Me tomó un tiempo nombrar a Shelby.

—¿Tuviste que domarla? ¿A Shelby, quiero decir? —Me preguntaba si él habría hecho con ella lo mismo que hizo con este caballo.

—No, Shleby estaba lista cuando la compramos. El chico al que papá la compró había trabajado con ella y le había puesto un nombre estúpido. Ni siquiera recuerdo cuál era, pero no le sentaba nada bien. —Sonrió con triste cariño al recordar obviamente su viejo caballo—. Era una buena yegua.

—No tengo ninguna duda de que la señorita Sin Nombre será igual de buena.

Los ojos de Charlie encontraron los míos con una mezcla de inseguridad y esperanza.

—Tal vez.

—Por supuesto que lo será —le dije—. ¿Cómo puede no serlo? Mira lo lejos que ha llegado ya. Te observa, se mueve cuando tú te mueves, busca tus señales. —Solté su mano para poder pasar mis dedos por el cabello de su sien—. Verte ser tan gentil, tan atento con ella, tan en sintonía con su estado de ánimo, con su lenguaje corporal —mi voz era baja—, cómo le susurras, cómo la tocas. Si yo fuera del tipo celoso...

Charlie se rio.

—Travis. Es un caballo.

Fingí estar molesto.

—Aun así. Se supone que sólo debes ser así conmigo.

En un movimiento rápido, Charlie me acercó y rodó encima de mí. Su nariz tocó la mía, la mirada en sus ojos era a la vez acalorada y juguetona.

—¿Quieres que te ate a la barandilla de la cerca y te revise las patas?

Ahogué una carcajada.

Empujó su nariz hacia la mía y rozó mis labios con un beso apenas perceptible.

—¿O quieres que te pase las manos por todo el cuerpo —deslizó su nariz por mi mandíbula y mordió suavemente el lóbulo de mi oreja— y te susurre cosas al oído?

Encendió mi sangre con sus palabras, el roce de sus labios, la grava de su voz. Mi cuerpo reaccionó ante él como siempre lo hacía: mis piernas se abrieron, mis caderas se levantaron del colchón y acerqué su boca a la mía.

No podía tener suficiente de él. No lo suficientemente cerca, no lo suficientemente profundo, nunca sería suficiente. Cuanto más Charlie tenía, más quería.

Pero no fue apresurado ni febril. Fue un tipo de sexo somnoliento, lánguido, lento y profundo, y por mucho que me volviera loco, el modo de hacer el amor de Charlie “tomándose su tiempo” podría ser mi modo favorito.

DOS DÍAS DESPUÉS, cuando Scott, el veterinario, vino a la estación, no se sorprendió al encontrar a Charlie en el patio con su caballo.

Salió de su camioneta y, sonriendo, caminó hacia donde yo estaba sentado en la barandilla mirando a Charlie. Miró al caballo durante un largo momento.

—Se ve bien —dijo.

—Sí —respondió Charlie. Le frotó el cuello—. ¿No es así, chica? Todavía nos estamos acostumbrando el uno al otro, pero creo que le gusto.

—¿Le gustas? —cuestioné—. Tú eres el suministrador de las manzanas. Te ama.

Scott se rio entre dientes.

—Manzanas, ¿eh?

Charlie le sonrió.

—Sí. Manzanas y azúcar. Una zanahoria de vez en cuando. Le gustan los dulces y los estoy usando para sobornarla.

Scott asintió.

—Bueno, hay verdad en el dicho de que se cazan más moscas con miel que con vinagre.

—Especialmente con los caballos —coincidió Charlie—. Está progresando muy bien. Pero la estoy llevando con calma. Simplemente entrar en su espacio personal, tocarle las patas, resistencia mínima, ese tipo de cosas.

—Todavía no hay sombreros, ¿veo?

—No. Básicamente, no hay sombreros, ni tubos, ni mangueras, ni trozos de nada en la mano.

—Es manejable, ¿verdad? —preguntó Scott.

—Supuestamente —respondió Charlie—. No sé quién la tuvo antes de ese imbécil de Edens, así que no puedo estar seguro de cómo la enseñaron. Así que básicamente estoy empezando desde cero. Quiero que ella confíe en mí primero.

Estaba sonriendo. No pude evitar estar orgulloso de él. La forma en que alguien trataba a los animales, en particular a un animal maltratado, decía mucho sobre su carácter. Y si alguien alguna vez pensara que Charlie era un hombre duro, si alguien alguna vez preguntara por qué lo amaba, entonces los desafiaría a que vinieran a verlo con este caballo.

—¿Quieres ver lo que hemos hecho hasta ahora? —le preguntó Charlie a Scott.

—Claro —dijo Scott subiendo por la barandilla. Pasó la pierna y se sentó conmigo.

El caballo levantó la cabeza con inquietud, aunque Charlie mantuvo la calma. Señalé el sombrero de Scott.

—Tendrás que quitártelo —le dije—. De ese lado de la valla, está bien. De este lado, ella se arquea.

—Oh. —Rápidamente se quitó el sombrero ofensivo de la cabeza y lo arrojó al suelo detrás de nosotros—. Entonces, ¿nunca volverás a usar sombrero? —preguntó con una sonrisa.

—Dame quince días —dijo Charlie—. Usaré mi sombrero y a ella no le importará lo más mínimo.

—Lo creeré cuando lo vea —dijo Scott.

Charlie sonrió como si hubiera aceptado un desafío y luego le mostró a Scott en qué habían estado trabajando con el caballo.

Soltó la correa y ella lo siguió por el patio; luego él empujó su cabeza y ella se alejó; tocó su pecho y ella dio un paso atrás. Apoyó su pecho contra su cuello, se paró muy cerca de su hombro y le frotó los costados.

A cualquier otra persona le habría parecido insignificante. Pero dada la historia de este caballo, era un paso monumental. Charlie estaba dentro de su zona de lucha o huida, y ni siquiera

parecía querer encabritarse o salir corriendo. Mantuvo la calma y no mostró ningún signo de ansiedad.

Charlie hizo que el caballo se moviera con nada más que una orden en voz baja y un movimiento de hombros.

Scott lo reconoció por lo que era. Él sonrió y negó con la cabeza.

—No parece el mismo caballo —dijo en voz baja.

—Es muy bueno con ella —agregué—. No pensé que la paciencia fuera una cualidad que poseyera Charlie.

—Escuché eso —dijo Charlie.

Scott resopló.

—Bueno, ciertamente no es el caballo más bonito que he visto en mi vida. Pero yo diría que será un buen caballo de ganado.

Charlie le frotó la frente.

—Va a ser genial. —Desenganchó la correa y caminó hacia nosotros—. Entonces, Scott, ¿qué te trae por aquí?

—Estaba en casa de los McPherson —respondió—. Pensé en pasarme.

Charlie le sonrió.

—La hora del almuerzo, ¿eh?

Scott ni siquiera intentó negarlo. Rio.

—Tal vez.

—Eh, Charlie —susurré, mirando a su caballo—. Viene detrás de ti.

El caballo estaba a unos treinta centímetros de su lomo y Charlie inclinó un poco la cabeza. Ninguno de los dos se movió durante unos largos segundos, hasta que ella se acercó y le tocó el hombro con la nariz.

Charlie sonrió.

Se giró lentamente y le acarició la mejilla.

—Oh, ¿me olvidé de algo, chica?

El caballo volvió a empujarlo, pero luego me di cuenta de que ella no estaba empujándolo. Ella lo estaba olfateando. Estaba buscando algo.

Su manzana.

—Está bien, está bien —dijo con una risa rascándole en la oreja—. Te conseguiré una.

—Lo que quiere decir —dije bajando al exterior del patio—, es que Travis irá a buscarte una manzana.

Caminé hacia la puerta donde Charlie había dejado algunas cosas y recogí dos manzanas y su botella de agua. Le entregué las manzanas a través de la barandilla. Charlie le dio una manzana a su caballo y mordió la otra, pero solo había dado dos mordiscos cuando ella intentó comérsela de la mano.

—Ah-ah. —Levantó la otra mano en señal de alto—. Ten algunos modales, por favor.

Asintió un poco y se tomó unos segundos para calmarse, y sólo cuando estuvo quieta y relajada él se la dio.

—Buena chica —dijo frotándole el cuello—. No más manzanas hoy, ¿de acuerdo? Te has comido dos y ya es suficiente.

En ese momento, Ma gritó desde el porche.

—Almuerzo, muchachos.

Charlie trepó por la barandilla con una sonrisa.

—Esas son palabras mágicas. —Llamó a Ma—. ¿Tienes un plato extra? Scott está aquí.

—Puedo verlo —la escuchamos murmurar—. No estoy ciega, Charlie. Hola Scott.

—Hola. —Scott se rio mientras Ma regresaba a la casa—. Veo que la señora Brown ha recuperado la buena salud.

Charlie resopló.

—Sí. Cuando ella me está regañando, sabes que está bien.

A DECIR VERDAD, había pasado mucho más tiempo observando a Charlie con su caballo del que debería. Pero era tan condenadamente bueno verlo.

George detuvo el Cruiser frente a la granja y caminó hacia donde yo estaba sentado, donde había estado sentado estas últimas dos semanas observando a Charlie, en la cerca circular del patio.

—No puedes sentarte ahí mirando a Charlie todo el día —dijo George—. Puedes venir conmigo y ayudarme con las cosas del supermercado.

Me volví hacia Charlie.

—¿Lo obligaste a hacer esto?

Charlie se rio.

—No. Pero es una maldita buena idea. —Miró a George—. No dejes que acose a ninguna viejecita en el pasillo siete.

Las cejas de George casi se encontraron.

—¿Qué?

—Nada —cubrí rápidamente y le lancé a Charlie una rápida mirada—. Era una perra entrometida y se lo merecía.

Charlie se rio a carcajadas.

—Aun así, no creas que ella apreciara la lección sobre lubricante personal.

La boca de George se abrió y se giró lentamente para mirarme.

—¿Hiciste qué?

—Nada. —Me arreglé el sombrero—. Nada en absoluto.

Charlie todavía se reía mientras caminaba hacia el Cruiser, así que le hice una peineta antes de abrir la puerta y entrar.

Me gustaba mucho George. Tenía un sentido del humor más seco que el del desierto en el que vivía. Era callado pero inteligente, y aunque nunca decía mucho, el ocasional movimiento de sus labios era señal de que no decía lo que estaba pensando.

Pero mientras conducíamos por la carretera hacia el centro rural que era Alice Springs;

—Así que—comenzó George—. El caballo de Charlie...

—Hombre, podría verlo todo el día con ella.

—¿Podrías? —George se quedó inexpresivo—. Te pasas todo el día mirándolos.

Le sonreí.

—Sí, sí. He estado holgazaneando, lo sé. Pero verlo trabajar con ella... —Negué con la cabeza—. Bueno, es algo especial.

George asintió y sonrió mientras conducía.

—¿Cuánto crees que se ve Charlie en ese caballo?

—Mucho —respondí de inmediato. Me alegré de no ser el único que había hecho esa conexión—. Creo que él ve muchísimo de sí mismo en ella.

Abandonada. Maltratada. Sola. Rechazada.

—Y si sirve de algo —agregué—, creo que el caballo lo sabe. De alguna manera, creo que ella sabe que Charlie la entiende.

George no dijo nada al respecto, así que agregué:

—Eso suena estúpido, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No. Para nada.

—¿Cuándo se montará en ella? —pregunté—. Sigue diciendo que cuando esté lista. Pero hombre, quiero verlo. —Entonces se me ocurrió—. ¿Es eso lo que está haciendo hoy? ¿Es por eso que no me quería allí? ¿En caso de que lo rechace y no quiera que me preocupe?

George soltó su risa de viejo granjero.

—No que yo sepa.

—Lo mataré si lo hace y no estoy allí.

Negó con la cabeza.

—Lo dudo mucho. La montará cuando esté lista. Y aún no está lista.

Suspiré.

—Sabes, pensé que entre Charlie y yo, yo era el paciente. Pero verlo con ella, bueno, me gana.

—Tienes mucha paciencia —dijo George—. Y al aguantar la terca piel de Charlie, necesitas cada gramo de ella. Así como él está con ese caballo ahora, es como estabas tú con él hace dos años y medio.

Lo miré, sin estar seguro de haber entendido lo que quería decir.

—Él era ese caballo: asustado como el infierno y casi listo para salir disparado. Y como él es con ese caballo, tú fuiste paciente como si tuvieras todo el tiempo del mundo. Te mantuviste firme y lo hiciste ceder.

—¿Lo domé?

George se rio.

—De muchas maneras.

Pensé en eso por un tiempo.

—Sabes, hay alrededor de tres docenas de chistes relacionados con la anatomía de los caballos que podría decir ahora mismo, pero como Charlie no está aquí, me los guardaré.

George se movió en su asiento y se aclaró la garganta.

—Soy consciente de eso.

Me reí y me estiré lo mejor que pude.

—Extraño no poder poner los pies en el salpicadero como podía hacerlo en la camioneta vieja. Me apoyaba en el brazo de Charlie, ponía los pies cerca de la ventana, me cubría los ojos con el sombrero y dormía durante una hora.

George sonrió para sí mismo y el resto del viaje fue bastante tranquilo, pero nunca incómodo. Me sentí cómodo con George, incluso en paz. Me había aceptado plenamente en la vida de Charlie y probablemente iría tan lejos como para decir que parecía agradecido por mí. Para mí, él era el padre de Charlie y lo respetaba como tal.

Cuando llegamos a la cooperativa, George me dijo qué granos comprar y yo me cargué los sacos de veintidós kilos al hombro y los llevé a la camioneta. Charló con Brian sobre Dios sabe qué, y Brian incluso me reconoció por mi nombre. Sabía que yo era el novio de Charlie, pero en los últimos dos años parecía haber superado cualquier prejuicio que pudiera haber tenido. Bueno, eso y que tenía miedo de perder la cuenta de Sutton. Pero de cualquier manera, fue bastante agradable. Incluso me dijo que tuviera un buen día y se despidió al irnos.

Era simplemente otra señal de que la vida aquí, en medio del Outback, avanzaba.

Cuando conseguimos todos los alimentos que Ma y Nara necesitaban, yo me moría de hambre.

—Siempre tienes hambre —dijo George.

—Hablas como Ma.

Sonrió.

—Bueno, tenemos un coche lleno de comestibles. Escoge algo de una de las bolsas. Hay panecillos y manzanas suficientes para alimentar a un país pequeño.

Me reí ante la única petición de Charlie.

—No. Quiero algo que normalmente no puedo conseguir. Todo esto —señalé las bolsas y cajas de comida con las manos—, lo tenemos todos los días. Quiero algo más.

George suspiró, resignado.

—¿Cómo qué?

Lo pensé por un segundo.

—Pescado. Quiero pescado rebozado y servido con patatas fritas.

Y eso resultó ser un error de proporciones de gastroenteritis.

CAPÍTULO DIECISÉIS

INFIERNO DE GASTROENTERITIS Y UN ÁNGEL.

EMPECÉ a sentirme mal a medio camino de casa. Al principio pensé que tal vez era la masa del rebozado y las patatas fritas lo que me revolvía el estómago. Pero cuando llegamos a la granja, estaba bastante seguro de que era algo más.

Ya era tarde y Ma, Nara y Charlie salieron de la casa para ayudar a descargar la compra. Charlie me miró y su sonrisa murió allí mismo. Corrió hacia allí.

—Jesús. ¿Te sientes bien?

Negué con la cabeza.

—Creo que comí pescado en mal estado.

Y como me hizo pensar en ello, pude sentirlo girar en mi estómago y dar bandazos hacia arriba. Corrí al baño y llegué justo a tiempo.

Me metí en la cama, sólo necesitaba acostarme. Charlie me quitó las botas y me desabrochó los jeans antes de cubrirme con las mantas. Se fue solo un segundo y regresó con un balde, algunas toallas y una toallita mojada. Me pasó el paño húmedo y frío por la frente y me apartó el pelo de la cara.

—Algo para evitar descargar la compra, ¿eh?

Intenté sonreír, pero mi estómago dio un vuelco. Charlie rápidamente cogió el balde y lo sostuvo mientras yo vomitaba de nuevo. Cuando terminé, me limpió la cara y la boca con el paño húmedo y extendió las toallas sobre el colchón. Sacó el cubo de la habitación y lo trajo vacío y limpio, junto con una toallita limpia y húmeda.

Lo que pasa con la intoxicación alimentaria es que al principio uno desea no estar enfermo y luego deseas la muerte.

No podía recordar un momento en el que hubiera estado tan enfermo.

Charlie nunca me dejó. Me secó la cara, la frente y me limpió cada vez que vomité. Incluso cuando dormía, dudaba que llegara muy lejos.

No quería que me viera enfermo, pero tampoco quería que me dejara.

No recuerdo mucho de esa primera noche. Entre ataques de vómitos y desmayos, Charlie secándome la frente y limpiándome, todo mi cuerpo ardía.

Me hizo beber agua y recuerdo haber oído su voz y la de Ma diciendo cosas como “está ardiendo de fiebre” y “llama al médico”, y traté de decirles que preferiría morir en paz gracias, pero no pude. Ni siquiera podía hablar.

Y cuando pensé que no podía empeorar, así fue.

Como vomitar bilis verde y espumosa, no quedaba nada más en mi estómago, no era lo suficientemente horrible, también tenía diarrea.

Cuando llevaba en el baño lo que debía haber sido demasiado tiempo, Charlie llamó a la

puerta.

—¿Trav? ¿Estás bien?

En ese momento, estaba acostado en el suelo del baño porque estaba más cerca que la cama y los azulejos eran una fría bendición para mi piel caliente.

—Sí.

La puerta se abrió lentamente y él miró a su alrededor y me vio en el suelo.

—Mierda. ¿Estás bien? —dijo entrando.

—Sólo necesitaba acostarme —le dije—. Los azulejos mejoran mi penoso estado.

Y cuando pensé que me haría levantarme y volver a la cama, no lo hizo. Se sentó a mi lado, apoyó la espalda contra la encimera del baño y levantó mi cabeza para que pudiera usar su muslo como almohada.

—No es necesario que me cuides —le dije. Mi voz sonó extraña y patética, incluso para mí.

—Oh, Trav —susurró—. En la enfermedad y en la salud, ¿no?

Estaba tan enfermo y tan agradecido por él, por lo mucho que me amaba, que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Y allí, sentado en el suelo del baño, me acarició suavemente el pelo hasta que me quedé dormido.

APARENTEMENTE HABÍAN HABLADO con el médico por teléfono, quien les dijo que me alimentaran con Benadryl y bolsas de suero disueltas en agua, y al segundo día me sentía mucho mejor.

Y cuando digo mucho mejor me refiero a no rogar por la muerte.

No sé qué trabajo hizo Charlie durante esos dos días, pero por la cantidad de tiempo que pasó cuidándome, suponía que no fue mucho. Y cuando no era Charlie quien me cuidaba, era Ma.

Era tarde y necesitaba una ducha. Era sorprendente la diferencia que podían hacer el agua caliente y el jabón, sin mencionar el cepillado de los dientes. Cuando finalmente saqué mi lamentable culo del baño, Charlie estaba cambiando las sábanas de la cama, otra vez.

—Lo siento —le dije.

—Oye, no es molestia —dijo tocando mi brazo—. ¿Te sientes mejor?

—Un poco. Casi humano después de una ducha, pero estoy cansado. No sé cómo puede ser, después de todo lo que he estado durmiendo.

Charlie tomó mi mano y me llevó de regreso a la cama.

—Tu cuerpo ha pasado por momentos difíciles, por eso.

—Me duele un poco todo el cuerpo —admití con un gemido mientras me recostaba. Me dolían las articulaciones y la cabeza, pero las sábanas frías eran divinas para mis músculos adoloridos—. Aunque me encanta una cama recién hecha.

Charlie se sentó en el borde de la cama y me frotó el brazo.

—Creo que Ma te está preparando un poco de caldo de res. Lo traeré cuando esté listo. Y tal vez unas tostadas.

Mi estómago protestó ante la mención de comida, a pesar de que tenía hambre.

—Y cuando todos hayan cenado esta noche y se hayan ido, tal vez quieras recostarte en el salón, ¿no? —preguntó—. Tienes que estar harto de estar en esta habitación.

Mis párpados se estaban volviendo más pesados, pero le sonreí.

—Me parece una buena idea.

Charlie se inclinó y besó mi frente.

—Duerme un poco más.

—Mm, de acuerdo —murmuré, luchando por mantenerme despierto—. ¿Charlie?

—¿Sí?

Quería decirle lo agradecido que estaba. Quería decirle que era maravilloso y atento, y que me cuidó mejor que mi propia madre. Quería decirle que ese lado de él era casi perfecto, y que si así era como se comportaría como padre, entonces sería el mejor padre del mundo. Pero el sueño me tenía acorralado y ya no podía luchar más. Así que susurré:

—Te amo —esperando con todas mis fuerzas que él me escuchara antes de quedarme dormido.

NO COMÍ nada del caldo de Ma. De hecho, dormí toda la mañana. Y el tercer día de mi episodio de nunca volver a comer pescado, me sentí mucho mejor.

Me levanté y me di una ducha. Me lavé el pelo, me afeité y me lavé los dientes, y cuando entré a la cocina me sentí bastante bien.

—Querido Dios —gritó Ma—. Te ves horrible.

Resoplé.

—Gracias.

Charlie estaba a dos pasos de distancia.

—Hola. Creí haberte oído. —Puso su mano en mi espalda y miró a Ma con mirada acusadora—. Y no te ves horrible.

—Oh, no quise decir horrible como en *horrible* —dijo—. Quise decir delgado. Debes haber perdido cinco kilos, Travis. Y no tenías nada de peso que perder. Siéntate y te prepararé algo.

Me senté a su mesa y ella me calentó caldo.

—Estoy muy agradecido con los dos por haberme cuidado. Eso no puede haber sido... agradable.

—Ni lo menciones, amor —dijo Ma, dándome una de sus sonrisas especiales—. Me parece recordar que dos niños me cuidaron no hace mucho tiempo.

Charlie se sentó a mi lado y enganchó su pie alrededor del mío.

—Estás más animado. Te ves mejor. ¿Te sientes bien?

Asentí y sonreí ante la preocupación en su rostro.

—Me siento mucho mejor, gracias. Y lamento haber perdido tanto trabajo estos últimos días.

—¿Días? —preguntó Charlie—. No has hecho nada más que observarme en el patio circular durante dos semanas.

—¿Cómo le va? ¿Qué me perdí?

Charlie se rio entre dientes.

—Está bien y no te perdiste nada. No he pasado mucho tiempo con ella estos últimos días.

Fruncí el ceño.

—Lo siento. ¿Necesitarás empezar de nuevo?

Charlie tomó mi mano y la apretó.

—Deja de disculparte por estar enfermo, y no, unos días haciendo un trabajo mínimo probablemente le hicieron mucho bien.

—Odio estar enfermo.

—Me asustaste —dijo en voz baja—. Estabas tan enfermo. Llamé al médico y hablé con tu

madre.

—¿Tu qué? —Mis ojos se abrieron—. Charlie, entrará en pánico. ¿Viene hacia aquí?

Se rio en voz baja.

—No, no. Le dije que no era tan grave, pero quería saber qué comida te daba cuando eras pequeño. Ya sabes... —parecía avergonzado—, como un consuelo cuando no te sientes bien.

Le sonreí a Ma, agradecido de que alguien más fuera testigo de lo dulce que podía ser Charlie. Me incliné y lo besé rápidamente, justo cuando Ma ponía un plato de caldo humeante y un plato de tostadas frente a mí.

Y. Dios. Mío.

Nunca había probado algo tan bueno. Estaba tibio, salado, lleno de sabor y era alimento. No había comido nada en casi tres días, y esto era un caldo de los dioses.

—Oh, Dios mío —gemí tomando otra cucharada—. Tan bueno.

Charlie observó mientras tomaba bocado tras bocado. Tenía la boca un poco abierta y sus ojos se habían oscurecido mientras me miraba. Le sonreí cuando se movió en su asiento. Susurró:

—No deberías hacer esos ruidos cuando comes.

Ma se giró y básicamente levantó a Charlie por los hombros y lo empujó hacia la puerta.

—Deja que el chico coma tranquilo.

Charlie murmuró algo que sonó como “pornografía gastronómica” mientras lo empujaba fuera de la cocina. Me reí pero seguí comiendo. Luego comí algunas tostadas con mantequilla. Estaba bastante seguro de que el sonido que hice no fue estrictamente apropiado porque escuchamos a Charlie gemir antes de que la puerta principal se cerrara de golpe.

Mamá se rio.

—Está delicioso, ¿verdad?

Comí más tostada y asentí.

—¿Puedo comer más?

Ma se sentó a mi lado. Ella todavía estaba sonriendo.

—¿Qué tal si dejamos que tu estómago se acostumbre a esto? Si todavía tienes hambre en una hora más o menos, puedo prepararte más.

Probablemente tenía razón, pero aun así hice un puchero. Aparté mi plato terminado y me froté la barriga.

—¿Realmente habló con mi madre?

Ma asintió.

—Estaba preocupado por ti.

—Ha sido realmente maravilloso —le dije—. Me ha cuidado muy bien. Quiero decir, tú también, pero Charlie... bueno, él era otra cosa.

Ma sonrió como si mis palabras la hubieran reconfortado.

—Tiene un exterior duro, pero es muy blandito por dentro.

—Completamente —estuve de acuerdo. Pero era otra cosa. Algo más. No quería seguir con eso porque sonaría como un idiota efusivo...

—Solo dilo, Trav —me instó con una palmadita cómplice en mi mano.

—Supongo que vi un lado diferente de él —traté de explicarme—. Un lado cuidador, un lado protector. Fue muy protector conmigo. No creo que me esté explicando bien...

Ma asintió.

—Lo entiendo, amor.

—Vi un lado muy paternal de él —dije suavemente—. Quiero decir, todos hemos visto cómo

es con Gracie y cuánto la adora, e incluso con Amos. Pero él me cuidó como a un niño. —Negué con la cabeza y me reí de mí mismo—. Eso suena raro.

Se puso sentimental.

—Para nada.

—Sería un buen padre —susurré.

Ma tragó con fuerza.

—¿Es eso algo de lo que habéis hablado?

Suspiré.

—Un poco. Quiero hijos. Un día. Ahora no —agregué rápidamente con una pequeña risa. Entonces mi sonrisa se desvaneció—. Y creo que él también, pero estoy bastante seguro de que a Charlie le aterroriza ser como su padre.

El ceño de Ma fue largo y profundo.

—Él no es su padre.

—Lo sabemos.

—Pero él no lo sabe.

—Todavía no —dije—. Dame cinco o diez años para trabajar con él, ¿vale?

Ma sonrió.

—Te gusta castigarte.

—Él lo vale.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—Seguro.

Mi estómago me recordó que todavía estaba un poco intranquilo y agradecí que Ma me hubiera detenido en un plato de caldo. De repente me sentí cansado.

—Puj. ¿Cómo puedo estar cansado?

—Necesitas descansar —dijo Ma, su tono volvió a ser severo—. Ve y acuéstate si es necesario. Necesitas uno o dos días más para que tu cuerpo se recupere.

Por mucho que quisiera salir a trabajar, sabía que ella tenía razón.

—Podría sentarme en la terraza delantera y observarlo con su caballo —dije.

Entonces eso es lo que hice.

En el transcurso de la mañana, Nara me hizo compañía por un rato, luego Gracie se sentó en mis rodillas durante aproximadamente una hora mientras Trudy limpiaba los establos. Incluso Nugget salió corriendo para verme, aunque estaba bastante seguro de que fue sólo una artimaña para poder dormir al sol. Porque después de rascarlo rápidamente detrás de la oreja, caminó como un pato hasta el borde de la terraza, rodó sobre su espalda y dejó que su barriga recogiera el calor.

Mientras tanto, Charlie siguió trabajando con su caballo aún sin nombre. Aunque hoy, él inclinó su cuerpo sobre ella. Saltó de modo que su cabeza y sus brazos quedaron a un lado y los pies al otro. Sin silla ni manta, simplemente se inclinó sobre ella, dejándola sentir su peso por sólo un segundo antes de deslizarse. Ella ni siquiera se inmutó. Terminó con un poco de zancada, lo cual ella hizo perfectamente.

Ni siquiera usó un látigo de arremetida. Sólo una pista, su voz y sutiles órdenes corporales, y ella lo hizo todo sin error. La recompensó con una manzana y una zanahoria, la cepilló, la llevó a un establo limpio y entró a almorzar.

En el comedor había mucho ruido por las bandejas de sándwiches y fruta. Sólo había estado fuera de acción durante tres días, pero los había extrañado a todos. Incluso si me llamaran “Chucky” y me preguntaran si me gustaría almorzar algo de pescado.

No me importaba el apodo por los vómitos que había tenido estos últimos días, lo que pasa con los australianos es que cuantos más apodos te ponen, más les gustas, pero la sola idea de comer pescado me revolvió el estómago.

—Dejadlo en paz. —Charlie podría haber sonreído cuando lo dijo, pero fue lo suficientemente breve como para que entendieran el mensaje.

Enganché mi pie alrededor del suyo y fui recompensado con una pequeña sonrisa. Almorcé ligero y a media tarde estaba de vuelta en la cama tomando otra siesta.

Pero lo que se suponía que sería una siesta corta se convirtió en un sueño de cuatro horas. Cuando me levanté, salí y encontré a Charlie acostado en el sofá con Nugget acurrucado contra su frente, ambos mirando la televisión.

Charlie estaba explicando las complejidades de *Jungla de Cristal 2* a su wombat.

—Y aquí es donde John McClean consigue que el avión de los malos se detenga. Y se vuelve como un policía malo y los elimina a todos.

Le sonreí y tomando los pies de Charlie, me senté en el sofá y puse sus piernas sobre mi regazo.

—Creo que las primeras palabras de Nugget serán “Yipi-kai-yei, hijos de puta”.

Charlie se rio.

—A él le gusta.

—No, a él le gustan los abrazos contigo. Es por lo que sufrirá las películas —dije—. Créeme, es un wombat según mi corazón.

Charlie me sonrió cálidamente.

—Te perdiste la cena.

—Estaba tan cansado —le dije—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

Negué con la cabeza.

—No, tal vez más tarde.

Charlie me miró durante un largo segundo, luego cogió a Nugget y lo dejó en el suelo.

—Lo siento, pequeño, has sido eliminado —le dijo al ahora descontento wombat. Dio unas palmaditas en el lugar donde había estado Nugget—. Tengo una oferta mucho mejor.

No necesitaba que me lo dijeran dos veces. Me salí de sus piernas y me tumbé frente a él. Pero no me enfrenté a la tele. Lo rodeé con mis brazos, enterré mi rostro en su pecho y lo respiré. Dios, lo extrañaba, su olor, su calidez, su tacto.

—Te estás perdiendo la mejor parte de la película —dijo.

Resoplé y murmuré en su camisa:

—Prefiero esta vista, gracias.

Me inclinó un poco hacia atrás y levantó mi barbilla.

—¿Te sientes mejor?

Asentí.

—Mucho.

—¿Cuánto mejor?

No me preguntó si todavía sentía náuseas. Sus ojos, su tono áspero pedían mucho más.

—Mucho mejor. Completamente mejor —dije enganchando mi muslo sobre el suyo.

—Trav, ¿estás seguro?

Empujé mis caderas contra las suyas.

—¿Me vas a hacer suplicar?

Él sonrió y se lamió los labios.

—Pero si todavía no te sientes al cien por cien...

Me estiré entre nosotros y apreté mi dolorida polla.

—Bueno, déjame decirlo de esta manera. Estoy completamente descansado y sin sexo. Así que me iré a la cama y me relajaré un par de horas. —Besé su cuello—. Eres más que bienvenido a unirte a mí.

Me levanté del sofá y me dirigí directamente a nuestra habitación. Escuché que el televisor se apagaba y Charlie estaba medio paso detrás de mí.

AL DÍA SIGUIENTE, mientras Charlie se disponía a pasar otra mañana con su caballo, recogió algunas manzanas de la cocina y cogió su sombrero del gancho junto a la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, sabiendo que su caballo se asustaría si usara su sombrero.

—Le dije a Scott que me pondría esto en dos semanas —respondió—. Y me perdí la mitad de esta semana porque alguien se intoxicó con comida, así que será mejor que siga adelante.

Y vi cómo le daba la vuelta al sombrero y metía las manzanas en él. Al principio a ella no le gustó mucho, echó un poco la cabeza hacia atrás, pero ganó el olor de las manzanas. Todos los días de esa semana, él le dio de comer una manzana o una zanahoria de su sombrero. Empezó dejándola oler el sombrero, una vez que hubo comido la comida. Luego se lo frotó en el hombro y al final de la primera semana pudo tolerar el sombrero, bien arriba, en el suelo de tierra del patio circular o en uno de los postes. Al comienzo de la segunda semana, comía sin dudarlo e incluso intentó masticarlo. Al final de la segunda semana, él pudo ponerse el sombrero en la cabeza. Su única reacción fue intentar quitárselo de la cabeza, buscando una manzana.

Pero lo había hecho.

Y exactamente dos semanas después, le envié a Scott una foto de Charlie de pie junto a su caballo con su sombrero en la cabeza.

Scott no necesitaba saber que solo lo usó durante unos diez segundos antes de que su caballo intentara arrancarlo de su cabeza a mordiscos. Pero al menos ya no le tenía miedo.

Realmente era un caballo diferente al que trajimos a casa. Se veía más saludable, su pelaje incluso tenía brillo, todo cepillado y limpio. Pero ella sostenía la cabeza de manera diferente. Tenía las orejas hacia delante en lugar de planas y había dejado de temblar. Todavía no era demasiado bonita, pero Charlie la había elegido por una buena razón. Dijo que sabía, simplemente sabía, que ella iba a ser un brillante caballo ganadero.

Pero primero tenía que montarla. Y después de semanas de generar confianza y hacerla sentir bien, Charlie dijo que era el momento.

George, Ernie, Amos y yo nos quedamos mirando a través de la cerca. Charlie había tenido puesta la manta y la silla, de vez en cuando, durante las últimas dos semanas. Aparentemente ya la habían montado antes, pero Charlie había querido hacer esto en su momento adecuado. Y según él, su momento era ahora.

Billy montó su caballo hasta el patio circular y empujó el caballo de Charlie contra la barandilla. No la lastimaría en absoluto, solo la mantendría confinada. Billy sostuvo las riendas del caballo de Charlie mientras Charlie lentamente ponía el pie en el estribo y se subía a la silla.

Simplemente se quedó allí, aparentemente imperturbable.

Cuando Charlie le dio un momento para acostumbrarse a su peso, la instó adelante con las rodillas. Billy montó su caballo junto a ellos, como medida de seguridad, manteniendo a Charlie cerca de la barandilla, y ella solo se asustó un par de veces. Pero después de varias vueltas al

patio circular, Billy redujo la velocidad de su caballo y dejó que Charlie cabalgara sin ayuda.

La guio hacia la izquierda, hacia la derecha, hasta detenerla, incluso la guio para que caminara hacia atrás.

Bastardo engreído.

Los cuatro que estábamos mirando simplemente negamos con la cabeza. Todo ese tiempo con pequeños pasos adelante marcó una gran diferencia al final.

—Está bien, abre la puerta —dijo—. Veremos cómo sale a la luz.

Amos abrió la puerta del patio circular y Charlie sacó su caballo. Lo hizo bien, pero siguió levantando la cabeza y por el bulto de los antebrazos de Charlie me di cuenta de que estaba tratando de tirar de ella hacia atrás. Pero luego se arrastró y empujó con fuerza, arrojando a Charlie al suelo.

Golpeó el suelo con un ruido sordo y comencé a correr, pero la mano de George en mi brazo me detuvo.

—Está bien.

Billy y Ernie se rieron mientras Charlie se daba vuelta sobre su espalda. Su caballo regresó directamente hacia él y se detuvo mirándolo.

—Sí, sí, me voy a levantar —dijo mientras se ponía de pie y se sacudía el polvo. Le rascó la frente—. ¿Es esta tu idea de lo gracioso? —le preguntó Charlie.

Ella echó la cabeza hacia atrás y resopló, como si fuera una risa. Charlie simplemente tomó sus riendas y respondió con una sonrisa.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí. La llevaré a correr. No estaremos mucho tiempo. Una hora como máximo —respondió Charlie. Billy se fue con él hacia el este, Ernie montó una moto hacia el oeste para revisar las vallas y Amos, George y yo nos quedamos allí.

George me puso su gran mano en el hombro.

—En este mismo momento. Se acabó la emoción. Hay que volver al trabajo.

Cuando regresaron, lo encontré en los establos. La estaba cepillando y ella se estaba alimentando de heno.

—¿Qué tal fue? —pregunté.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. Lo hizo muy, muy bien.

—Eso es bueno —le dije. Me di cuenta de lo orgulloso que estaba, de lo feliz que estaba.

—Creo que ya tengo un nombre para ella —dijo.

—¿En serio? —pregunté sorprendido—. ¿Cuál es?

Charlie sonrió mostrando los dientes.

—Harriet.

Estoy bastante seguro de que me quedé con la boca abierta.

—¿Harriet?

Asintió.

—Sí. Fue un sorteo entre Amelia y Harriet, pero ella no es una Amy. Ella es una Harry.

—¿Harry?

Parecía orgulloso de este desarrollo.

—Sí.

Shelby. Amelia. Harriet.

—Eh, ¿Charlie?

—¿Sí?

—Si alguna vez tenemos hijos, no puedes decidir su nombre.

CAPÍTULO DIECISIETE

DESEOS DE CUMPLEAÑOS Y PROMESAS PARA SIEMPRE.

ME DESPERTÉ justo a tiempo para recibir un beso en el costado de mi sien. O tal vez fue el beso en mi cabeza lo que me despertó. De cualquier manera, no me importó.

—Feliz cumpleaños —dijo Charlie.

—Hmpfh —murmuré—. ¿Qué hora es?

—Está amaneciendo.

—Mm-mm. —Negué con la cabeza y traté de darme la vuelta—. Demasiado temprano. Los cumpleaños se quedan dormidos.

Charlie se rio entre dientes y besó mi hombro desnudo.

—Hay mucho que hacer hoy.

—Los cumpleaños no tienen que trabajar el día de su cumpleaños —gruñí.

Resopló.

—Sí, claro. —Me dio una palmada en el trasero—. Vamos, tenemos que empezar ahora o no podremos hacer lo que tengo planeado.

Eso llamó mi atención. Abrí un ojo.

—¿Qué tienes planeado?

—Es una sorpresa. —Hizo una mueca—. No es tan sorprendente, así que no te emociones demasiado. Déjame decirlo de esta manera, no abandonaremos la estación. Pero si terminamos nuestro trabajo esta mañana, tendremos toda la tarde libre y esta noche. Les dije a Ma y a George que no volveremos para desayunar.

Si no saliéramos de la estación, eso sólo podría significar una cosa.

—¿Acampar durante la noche? —pregunté—. ¿En la laguna?

Charlie resopló, probablemente porque lo adiviné de inmediato.

—Bueno, se suponía que era un secreto, pero sí.

Me senté en la cama, agarré su rostro y lo besé.

—Acampar durante la noche en la laguna es lo que más me gusta de este mundo.

Sonrió un poco tímidamente.

—A mí también.

—Voy a fingir que estoy sorprendido cuando lleguemos allí —bromeé.

Puso los ojos en blanco.

—Solo saca tu culo de la cama.

Hice lo que me pidió, me detuve frente a él y me estiré. Sus ojos estaban fijos en mi calzoncillo bien lleno. Agarré mi erección de la mañana.

—Sé que no es tu cumpleaños, pero ¿te gustaría apagar la vela?

Charlie resopló.

—Ese es tu peor chiste hasta ahora. —Luego se encogió de hombros y pareció algo esperanzado—. Pero sí. Sí, me gustaría.

FINALMENTE TERMINAMOS NUESTRAS TAREAS, almorzamos con los demás, empacamos una mochila cada uno y partimos con Texas y Harry.

Harry. Todavía no podía creer que la llamara Harriet.

Era la primera vez desde la muerte de Shelby que salíamos al desierto a dar un paseo, solo nosotros dos. No por trabajo, sino para despejar la cabeza y conseguir algo de espacio.

Y Charlie sonrió durante todo el camino.

El agua de la laguna estaba demasiado fría para disfrutarla, pero era estimulante, por decir lo menos.

Después de quedarnos solo con los pantalones cortos y sumergirnos en el agua fría, nos tumbamos sobre las rocas planas como lagartos, tomando el sol.

Y acostado allí con el silencio pacífico entre nosotros, mirando al cielo, supe una cosa con certeza. El cielo nunca fue tan azul en casa.

Aquí fuera, había una tranquilidad inmensa en todo el horizonte, tan plano. Nunca pensé en el horizonte en Texas. Revisando mis recuerdos, ni siquiera podía recordar si alguna vez observé el horizonte. Sólo casas y árboles, incluso en el rancho. ¿Pero esto? Esto estaba aquí en todo su inmenso esplendor, y pude entender por qué la gente de antaño pensaba que la Tierra era plana. Se extendía, amplio, árido y verdaderamente hermoso.

Y su belleza nunca dejaba de sorprenderme. El sol cambiaba los tonos de los rojos; el paisaje a la hora del desayuno era diferente al de la hora del almuerzo, y nuevamente a la hora de la cena, y nunca, jamás, me cansaría de mirarlo.

Nunca entendí cómo la gente podía pensar que el desierto era aburrido.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Charlie.

—Qué complejos son los ecosistemas de los desiertos.

Hubo una pausa y luego Charlie se rio.

—Por supuesto que eso estás pensando. —Ambos estábamos acostados boca arriba y él extendió su mano a ciegas, apuntándola en mi dirección general. Extendí la mano y lo agarré, entrelazando sus dedos con los míos.

—Es verdad —dije—. Probablemente debería sentirme intimidado por este lugar, pero realmente no lo estoy.

Charlie apretó mi mano.

—¿Intimidado?

Me reí.

—Sí, lo sé ¿verdad? ¿Cómo podría alguien sentirse intimidado? Le tengo un respeto muy saludable, no me malinterpretes, pero diría que mi necesidad de comprenderlo supera con creces la intimidación.

Charlie se puso de lado y me miró.

—Sabes, estás empezando a sonar muy parecido a mí.

—¿A ti? —dije con una sonrisa—. Eso sí que es algo por lo que sentirse intimidado.

—¿De mí?

—Sí de ti. No creo que te des cuenta de lo intimidante que eres. No de forma amenazante —aclaré—. Sino en tu confianza en lo que haces. Le levantas la barbilla a cualquiera que piense

que es mejor que tú y lo desafías a hacerlo mejor. Y no es ser engreído ni arrogante. Es ser honesto.

Frunció el ceño.

—¿Es eso algo malo? No quiero intimidar a la gente...

Intenté no sonreír.

—Oh, no, no es algo malo. Es una cuestión de respeto. Creo que lo que te intimida es cuánto te respeta la gente.

—No siempre lo hicieron.

—Claro que sí. Es sólo que no siempre pensaste que merecías respeto. Pero ahora lo sabes.

Me miró durante un largo segundo.

—Gracias a ti.

—Tal vez.

—No hay tal vez al respecto.

Suspiré, sabiendo que no tenía sentido discutir.

—Sigues diciendo que yo te salvé, pero no pareces darte cuenta de que fuiste tú quien me salvó a mí también.

—¿Qué quieres decir? —susurró, la preocupación escrita en todo su rostro.

—Aceptaste asumir un programa de estudiantes internacionales —dije simplemente—. Habría pasado toda mi vida buscando en este planeta a mi alma gemela y nunca te habría encontrado si no hubieras aceptado enfrentarte a un yanqui de Texas. En serio —dije con una sonrisa—, me ahorraste mucho tiempo. Porque supe en el momento en que entraste a la cocina y robaste uno de los bollos de Ma que te había encontrado.

Parpadeó y volvió a parpadear, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh.

Cerré los ojos y sentí el calor del sol en mis párpados.

—Y el desierto fue sólo una ventaja adicional.

Esperaba una risa o al menos un comentario sarcástico, pero cuando no hubo ninguno, abrí los ojos.

—Mantén los ojos cerrados —dijo—. Y no los abras hasta que yo lo diga.

Cerré los ojos como me pidió.

—¿Charlie?

—Sólo hazlo por mí, por favor —dijo—. Es un poco pronto, pero quiero darte tu regalo.

—¿Mi regalo? —pregunté automáticamente abriendo los ojos y sentándome.

Me frunció el ceño y, poniendo su mano en mi hombro, me empujó hacia atrás.

—Por favor.

—Está bien —dije tapándome los ojos con las manos. Pude escuchar que se había movido, y luego se escuchó el crujido de su mochila—. Probablemente debería decir que no tenías que regalarme nada, porque, de verdad, venir aquí es suficiente para mí, pero bueno... estoy realmente contento de que lo hayas hecho. —Luego pensé en Charlie y sus regalos—. Oh. No fue demasiado caro, ¿verdad? No hiciste una estupidez como comprar un horno de barro para pizza y traerlo en camión desde Adelaida.

Charlie se rio.

—Cállate la boca. Te encanta ese horno de pizza.

—Cierto. ¿Puedo abrir los ojos ahora?

—¿Tienes dos años? Estoy seguro de que Gracie tiene más paciencia que tú, y ella es sólo una bebé.

Me reí.

—Pero estás tardando una eternidad.

—No estoy listo todavía.

Podía oírlo buscar algo a tientas y moverse a mi alrededor. ¿Qué demonios estaba haciendo?
¿Lo que escuché fue un encendedor?

—¿Ah, Charlie? ¿Debería preocuparme?

No respondió a mi pregunta, pero aún podía oírlo. Después de un largo momento, dijo:

—Está bien. Abre los ojos y siéntate.

Así que lo hice.

Charlie había colocado velas en las rocas que nos rodeaban. Había seis o siete pequeñas velas, las llamas amarillas parpadeaban con la brisa contra el sol del final de la tarde. Charlie se sentó en el medio, frente a mí. Había un sobre blanco frente a él, pero miró las velas a su alrededor.

—Será más bonito en una hora más o menos, cuando se haya puesto el sol.

Tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Es bastante perfecto en este momento.

Sonrió, todo tímido.

—Nunca antes habíamos tenido una cena a la luz de las velas.

—Oh, Charlie.

—En realidad es sólo una cena de picnic —añadió rápidamente, como si de alguna manera no fuera lo suficientemente buena.

—Es perfecto.

Cogió el sobre y me lo entregó.

—Esto es para ti —dijo en voz baja—. Feliz cumpleaños, Trav.

Tomé el sobre. Era simplemente blanco pero un poco grueso y pesado, y por la sonrisa emocionada de Charlie, no tenía idea de lo que había dentro. Lo abrí y vi que era de una agencia de viajes. Era un billete de avión a... Dallas.

Era solo un boleto. Un billete, a mi nombre. Travis Craig, salía desde Sídney y llegaba a Dallas, Texas.

No sabía qué decir.

—¿Travis?

Lo miré y lo leí de nuevo. Era solo un billete. Las fechas eran de casi tres semanas. Iba por tres semanas. De nuevo. Al menos había un vuelo de regreso, razoné mentalmente. Pero ese no era el punto.

—Me dijiste que no volvería solo. Me lo prometiste, Charlie. Lo prometiste. —Negué con la cabeza y le hablé al desierto en lugar de a él—. ¿Por qué me envías de regreso? No entiendo.

—Porque extrañas a tu familia. Yo sé que lo haces. Y ha pasado un año. Tienes que volver.

Todavía sin mirarlo, negué con la cabeza.

—Me lo prometiste.

Charlie se acercó para arrodillarse frente a mí; estaba tan cerca que nuestros pechos casi se tocaban, sus piernas a cada lado de las mías y puso sus manos a cada lado de mi cara. Me hizo mirarlo, con los ojos muy abiertos y serios.

—Oye —susurró besando mis labios—. No irás a ninguna parte sin mí. Nunca más.

¿Sin él?

—Vienes ¿conmigo?

Asintió.

—Voy.

Mi sonrisa fue instantánea.

—¿De verdad?

Se rio y asintió.

—Cómo diablos voy a dejar este lugar durante tres semanas, no lo he descubierto, pero sí, voy contigo. —Sacó otro billete de donde lo había escondido en la parte trasera de sus pantalones cortos y me lo entregó. Un billete para el señor Charlie Sutton.

Le golpeé el hombro.

—Ay —gritó frotándose el brazo—. ¿Y eso por qué fue?

—Eso es por hacerme pensar que me enviabas de regreso solo. Estuve a punto de sufrir un infarto, Charlie.

Se rio.

—No pensé que un golpe en el brazo fuera lo que se suponía que debías hacer para dar las gracias.

Lo acerqué hacia mí para que quedara acostado encima de mí.

—Oh, te lo voy a agradecer, muy bien.

Apoyó su peso sobre mí y me miró a los ojos.

—La expresión de tu cara cuando lo abriste —dijo—. Pensé que había hecho algo mal.

—¡Lo hiciste! —Le dije—. Me hiciste pensar que me mandabas solo a casa.

Puso su mano a un lado de mi cara.

—Trav, durante los últimos dos años me has estado diciendo que necesito confiar y creer. Y ahora aquí estás dudando de mí.

—Pero solo había un billete...

Charlie negó con la cabeza y me miró con fuego y honestidad.

—No dudes de mí, Trav. Nunca pienses ni por un minuto que no estoy en esto con todo lo que soy.

—No. Yo sólo... —Me encogí de hombros—. No sabía qué pensar.

Charlie volvió a negar con la cabeza y pude ver que estaba librando otra guerra civil dentro de su mente. El tipo de guerra que estaba dirigida contra él mismo y librada únicamente por él.

—Has pasado todo este tiempo haciéndome ver que te merezco. Tal vez ahora sea mi turno de demostrarte —susurró—, que me perteneces, a mí. No sólo aquí, sino en cualquier lugar.

—Lo creo —le dije.

Pasó su mano por mi cabello, manteniéndolo alejado de mi frente.

—Trav, cuando regresaste a Estados Unidos la última vez... dejarte ir fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Pero luego volviste. Volviste por mí. Y era como ese dicho, ya sabes, si amas algo, déjalo libre. Si vuelve, será tuyo para siempre. Si no es así, entonces nunca lo fue. —Se encogió de hombros—. Bueno, para mí fue algo así. Regresaste.

—Siempre volvería —le dije. Tragué un nudo en mi garganta y le dije algo que en realidad nunca había vocalizado—. Charlie, ¿puedo decirte algo?

—Por supuesto.

—Cuando dejaste ese correo electrónico, ese de “si este es tu adiós”, casi me destroza.

—Me dijiste eso. —Estaba mirándome fijamente a los ojos—. Lamento que te haya dolido tanto.

—¿Sabes qué me dolió aún más? —pregunté—. Regresar aquí y descubrir que estabas bien. La vida había seguido sin mí. Supongo que eso me dolió un poco.

—No —dijo rotundamente—. No. No continuó sin ti, y yo estaba no estaba bien.

Le sonreí.

—Pero aprendiste que puedes vivir sin mí si es necesario. Y aprendí que tal vez no pueda vivir sin ti. Quizás necesito algo más. Quizás por eso te pedí que te casaras conmigo. —Tomé una respiración profunda—. Porque necesitaba esa... promesa... supongo.

Sus ojos se abrieron con incredulidad.

—¿Me pediste que me casara contigo porque te sentías inseguro?

—Bueno, no sé si soy inseguro —respondí—. Pero supongo que quería algo más vinculante. Entonces pregunté. Y dijiste que sí.

—Dije que sí.

—Y eso fue para mí lo que fue para ti que regresara aquí —le expliqué mal—. Fue una especie de afirmación. Era todo lo que necesitaba, sólo oírte decir que te casarías conmigo si pudieras.

—Me gustaría.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué pensaste que te enviaría de regreso a Texas solo?

Me reí.

—¡Porque solo había un billete!

Me sonrió y luego me besó suavemente.

—Nunca habrá solo un billete, Trav. Ya no.

—Promételo.

—Lo prometo —dijo con tal convicción que hizo que mi corazón latiera con fuerza. Me besó de nuevo y sonrió—. Desde este día en adelante, mientras ambos vivamos.

Tomé su rostro entre mis manos y acerqué sus labios a los míos, besándolo profundamente. Sabía que solo estaba bromeando con los votos matrimoniales falsos, pero dulce madre de Dios, sabían bien en su lengua.

Se apartó del beso.

—Quiero casarme contigo —dijo entrecortadamente.

Mi corazón latió salvajemente en mi pecho.

—Quiero que seas mi esposo.

Sonrió tímidamente, apartando su mirada de la mía.

—Eso suena raro.

Puse mi dedo en su barbilla y le hice mirarme.

—¿Serás mi marido, Charlie?

Tragó con dificultad, pero asintió.

—Sí. —Luego hizo una mueca de dolor, como si no quisiera decir algo, pero con su política general en la que había estado trabajando estos últimos dos años, lo dijo de todos modos—. Aunque no sé cuándo. Y espero que eso sea lo suficientemente bueno para ti.

—Charlie, que dijeras que sí era suficiente para mí. Te lo dije.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Entonces no quieres casarte? ¿Solo quieres seguir comprometido para siempre?

Le resoplé a este hombre imposible.

—Por supuesto que sí. Me encantaría volver a casa ahora mismo y que George oficie algún tipo de ceremonia.

Charlie sonrió.

—¿George?

—Bueno, es el más sabio y formal de todos nosotros. Podría ser nuestro oficiante. —Me

levanté de la roca y lo besé—. Lo digo en serio cuando dije que no tiene que ser nada oficial o grandioso. Simplemente alguien que diga “Charlie, aceptas a Travis” o lo que sea que digan.

Charlie me dio una sonrisa preocupada y se alejó de mí. Estaba sentado en la roca, luciendo más inseguro de lo que jamás lo había visto.

—¿Charlie?

Sus ojos se encontraron con los míos. Parecía... ¿asustado?

—Te compré algo más. —Arrastró su mochila. Sus manos temblaron un poco, como si estuviera nervioso—. Y estaba pensando que tal vez... —Negó con la cabeza y se rio de sí mismo.

—¿En qué estabas pensando, Charlie? —pregunté—. No necesitabas comprarme nada más. En serio. Un viaje para ver a mis padres es más que suficiente. En realidad, es demasiado.

Sacó una pequeña bolsita de terciopelo de su mochila.

—Bueno, esto fue algo que vi online y pensé que era genial. Sólo te lo iba a dar como regalo, pero tal vez podríamos usarlo para otra cosa. —Su boca quedó reseca y dejó escapar un suspiro tembloroso. Estaba realmente nervioso.

—Charlie, ¿qué pasa?

Hizo el intento de humedecer su boca reseca.

—Si dijiste que no necesitas ninguna ceremonia oficial ni nada, entonces tal vez podríamos casarnos ahora mismo.

Parpadeé. ¿Casarnos ahora mismo? Miré a mí alrededor, hacia el desierto debajo de la laguna; el sol casi se había puesto y era pacífico y perfecto, pero éramos solo nosotros. Literalmente no había otra alma en kilómetros a la redonda.

—Um...

—No es necesario —añadió rápidamente—. Fue sólo un pensamiento. Dijiste que no necesitabas nada oficial, y yo tenía esto, y pensé... Bueno, fue estúpido y no debería haber dicho nada. —Se apartó, pero lo agarré del brazo.

—¿Charlie?

Entonces me miró, miedo e incertidumbre que no había visto en mucho tiempo en sus ojos.

—Está bien, Trav. —Negó con la cabeza—. No tienes que decir nada.

Extendí mi mano.

—Muéstreme qué hay en la bolsa.

Miró la bolsa de terciopelo como si hubiera olvidado que la estaba sosteniendo. Dudó, pero finalmente me la entregó. Separé los cordones y vertí el contenido en mi mano. Eran dos cadenas y cada una tenía un colgante del tamaño de una moneda de diez centavos. Luego miré más de cerca y me di cuenta de lo que eran, y jadeé.

—Están hechos especialmente —dijo en voz baja—. La insignia de la marca del Rancho Craig en un lado, la insignia de la marca de la Estación Sutton en el otro. Pensé que nos quedarían mejor porque realmente no podemos usar anillos de boda con el trabajo que hacemos. He visto a muchos hombres a los que les faltan dedos porque su anillo de bodas se quedó atrapado en algo, y luego vi esto y pensé que eran geniales, y cuanto más pensaba en ellos, más pensaba que podríamos tenerlos como motivo de nuestra boda, si sabes a lo que me refiero. —Estaba haciendo sus divagaciones nerviosas—. Pero si crees que no, dilo. Quiero decir, eran un poco caros, pero eso no significa que tengamos que ponérmolos. ¿Podrías decir algo, cualquier cosa, aunque sea para decirme que me calle?

Lo miré con ojos llorosos y sus ojos se abrieron cuando vio las lágrimas en los míos.

—Oh, Dios, Trav, si realmente no te gustan, está bien. Probablemente debería haber

preguntado en lugar de simplemente asumir...

Negué con la cabeza y dejó de hablar.

—Charlie, son perfectos —dije parpadeando para contener las lágrimas. Mi voz era espesa—. No podría haber elegido nada más perfecto. Me encanta.

Sonrió con un gran suspiro.

—¿En serio?

Me levanté y puse a Charlie en pie. Mirando a su alrededor, el agua brillaba de color naranja y azul por el sol poniente, y el cielo era toda una paleta de naranjas, azules y morados. El aire era fresco y limpio, el desierto hasta donde alcanzaba la vista era llano y vasto. Era tan perfecto. Como el hombre a mi lado.

Le entregué uno de los collares y tomé su mano libre con la mía.

—¿Estás listo?

Asintió.

—Nunca estaré más preparado.

Bueno, aquí iba a por todo. Respiré hondo otra vez y aclaré mi mente, pensando sólo en lo que significaba el matrimonio para mí.

—Charlie, no necesito una iglesia o un oficiante para que mi promesa sea válida. No necesito un trozo de papel y no necesito testigos para hacer esto oficial. No necesito nada más que a ti. —Tomé una respiración profunda—. Charlie Sutton, te prometo que te amaré y honraré, como tu esposo, durante todos los días de mi vida.

Me dio una sonrisa llorosa.

—No soy tan bueno con las palabras como tú —dijo—. No puedo citar ni la frase de una película ni nada...

—Porque no hay ninguna escena de boda en *Jungla de Cristal*.

Charlie resopló.

—Exactamente. —Dejó escapar un profundo suspiro y empezó de nuevo. Volvió a mirar el desierto, como si fuera una tarjeta de referencia o algo así—. Es bastante apropiado que este desierto, esta laguna, uno de mis lugares favoritos en el mundo, sea el único testigo de esto. Travis, no soy poético ni romántico y Dios sabe que vivo aquí en medio de la nada. No es una vida fácil, Trav, pero te prometo esto: con todo lo que soy, soy tuyo.

Apartó su mano de la mía y jugueteó con el cierre con sus uñas romas. Finalmente abrió el cierre y me puso el collar. El colgante con cresta de plata caía donde se unían mis clavículas. Hice lo mismo con el collar que le sostenía y cuando terminé, rápidamente tomó mis dos manos.

—Trav, ¿prometes darme una patada en el culo si alguna vez te doy por sentado?

—Lo haré.

—¿Prometes decirme que espabile cuando esté de mal humor y sea un bastardo malhumorado?

—Lo prometo.

Me sonrió.

—Charlie, ¿prometes suministrarme granos de café para siempre? ¿E incluso pedir algunos bagels de vez en cuando?

Se rio entre dientes.

—Lo haré.

—¿Me prometes que podremos ver el gridiron y el béisbol juntos? ¿Y no te quejarás ni lo llamarás estúpido mientras ambos vivamos?

Se rio y el sonido resonó en el desierto.

—Sí.

—Entonces ahora somos marido y marido.

Los ojos de Charlie se llenaron de lágrimas y tocó el colgante alrededor de mi cuello.

—Sutton y Craig, hasta que la muerte nos separe.

Presioné mis labios contra los suyos, besándolo profundamente.

Sacó el petate y lo colocó en medio de las velas aún encendidas, luego nos acostamos y él apoyó su peso encima de mí.

Rodeados únicamente por el desierto, la luz del sol poniente y las velas parpadeantes, hicimos el amor. Su promesa de para siempre me la juró con su cuerpo, con su corazón.

Y con el desierto por testigo, también a él le juré para siempre.

CAPÍTULO DIECIOCHO

CON DESTINO A TEXAS.

CHARLIE en un avión durante largos períodos de tiempo nunca iba a terminar bien. Simplemente no podía permanecer sentado tanto tiempo en un espacio tan reducido. Estuvo bien durante las primeras horas, pero luego llegó el aburrimiento y un Charlie aburrido es lo peor.

Empezó a inquietarse y a quejarse. El asiento era incómodo, entonces no había nada que valiera la pena ver, no quería leer, no estaba lo suficientemente cansado para dormir, no tenía hambre, estaba harto de estar sentado, y no, Travis, no quería caminar de un lado a otro del pasillo mirando a la gente como un perverso enfermo.

Me reí de él.

—Te dije que era aburrido.

—No dijiste que fuera tan aburrido.

—¿Tienes algún papeleo que hacer o algunos datos sobre ventas que leer? ¿O algunas estadísticas para Greg y Allan? Te dije que trajeras algo.

—Pensé que estabas bromeando.

Hojeé mi equipaje de mano y saqué uno de los libros de crucigramas de Ma.

—Toma. Haz uno de esos.

—¿Robaste el libro de Ma?

—Me dijo que lo trajera.

Fruunció el ceño pero tomó el libro de crucigramas como un niño petulante. Y estuvo en silencio durante dos minutos.

—¿Dime una palabra de nueve letras para *escarpe*? —Golpeó la página con el bolígrafo—. O dime una palabra de seis letras para *revisión*. No, espera, ¿qué coño es *kwinn-oh-a*?

—¿Qué?

—*Kwinn oh a*, con un *q*. ¿Qué clase de palabra es esa? —Charlie hizo una mueca que era en parte confusión y parte enfado. Miró la portada del libro de crucigramas—. ¿Es éste uno de esos estúpidos y crípticos libros de crucigramas?

Oh, querido señor.

—Déjame echar un vistazo —dije inclinándome para leer la palabra—. Te refieres a *quinua*?

—No está escrito *Keen-wa* —dijo como si fuera culpa mía por inventar una palabra estúpida.

Respiré profundamente. Dios me ayudara.

—Es una semilla o un grano. ¿Cuántas letras?

—Cinco.

—Intenta con *grano*. Aunque eso no era técnicamente correcto. Es un cultivo de cereales, pero la parte comestible es la semilla. Sin embargo, no vamos a enfadarnos con los crucigramas por no tener un título en agronomía.

Charlie se rio entre dientes.

—No. No, no lo haremos. —Volvió a golpear su bolígrafo—. Oye, ¿qué es un...? Uno, dos... —comenzó a contar mentalmente—, palabra de diez letras para fotogénico.

—*Pintoresco*.

Charlie me miró fijamente.

—¿Eres como un gurú secreto de los crucigramas o algo así?

Resoplé.

—Sí, ese soy yo. Soy fan de los crucigramas. Me levanto cuando todos los demás dormís y los resuelvo. No puedo cansarme de hacerlos.

Charlie hizo una mueca de altanería.

—Oh, mira. Una palabra de seis letras para *listillo*. Comienza con una *T* y termina con *ravis*.

Me reí y la señora frente a nosotros se dio vuelta y sonrió. Al menos a alguien más le hizo gracia.

—Deberíamos haber salido anoche —le dije—. Al menos ahora tendrías resaca y estarías durmiendo.

—Quería salir —susurro—. Tú fuiste quién no quiso.

—Sí, porque no quería ir a todos tus viejos lugares de Sídney para que pudieras alardear de tus conquistas y de lo que hiciste y dónde.

—Yo no te haría eso —dijo en voz baja—. Y de todos modos, nos dirigimos a tu antiguo terreno. —Pareció pensar en eso por un segundo—. ¿Algún ex que deba conocer? ¿Necesito defender tu honor?

—Si por defender mi honor te refieres a dar un puñetazo en la cara, entonces no.

Resopló.

—No les daría un puñetazo en la cara. Bueno —corrigió—, no sin una buena razón. Si alguien intenta cortejarte de nuevo...

—¿Cortejarme? —interrumpí—. ¿Quién diablos dice cortejar?

—La gente todavía lo dice. Es una palabra que usa la gente.

—No es gente de este siglo —corregí—. O del anterior. Creo que los duelos pasaron de moda, Charlie.

Sonrió.

—Bien. Si alguien intenta cortejarte, lo desafiaré a duelo. —Estiró las piernas y se movió en su asiento—. Aunque sería más rápido y mucho menos complicado si me dejaras golpearlos en la cara.

—No vas a golpear a nadie ni te medirás en duelo con nadie —dije con un suspiro—. Tal vez Michael podría desafiarnos a un partido de fútbol o béisbol en el patio trasero.

—Jugar al fútbol con tu hermano está bien. Puedo enseñarle fútbol adecuado y no ese deporte idiota que practicas tú.

Me reí.

—Esta vez tú serás el extranjero, Charlie. No yo. Jugamos el tipo correcto de fútbol, tenemos bates de béisbol, no esos estúpidos bates de críquet de borde plano, y conducimos por el lado derecho de la carretera. —Le sonreí—. Tú serás el que tenga acento y la gente se burlará de ti en lugar de que todo recaiga sobre mí.

—¡Nunca nos hemos burlado de ti!

Creo que me quedé con la boca abierta. Luego me reí con incredulidad.

—Pasasteis los primeros doce meses llamándome El Yanki. Y os burláis de las palabras que digo todo el tiempo.

—Porque algunas de ellas están equivocadas —dijo rotundamente—. Como *cookie* y *andén* y *pa' arreglar* y *to's ustedes*.

Lo miré.

—Y *B'día*, *compañero* y *fair dinkum* ¿Qué son exactamente?

—Cosas maravillosas que decir.

Suspiré.

—Lo juro por el Señor de arriba. Le pagaría a alguien cien dólares ahora mismo para descargar una película de Bruce Willis sólo para hacerte callar.

—¿Cualquier película de Bruce Willis? —preguntó—. La de Hudson Hawk no. Sólo sus películas de acción. Tú lo sabes.

—Charlie, la próxima vez que volvamos a Estados Unidos, pagaremos más por la clase ejecutiva. Y posiblemente asientos separados.

Suspiró y fue a mirar por la ventana. Estuvo en silencio demasiado tiempo.

—Charlie, en serio, ¿qué pasa?

Mantuvo el rostro vuelto hacia la ventana.

—¿Qué pasa si no les gusto?

—¿A quiénes?

—Tus padres. O tú hermano y hermanas... Oh, Dios. ¿Qué pasa si no les gusto a ninguno de ellos?

Bueno, esto era nuevo.

No sé por qué me sorprendió. En retrospectiva, probablemente debería haber esperado esto, pero el Charlie "*este es quien soy*" había estado en pleno vuelo confiado durante tanto tiempo, que casi me había olvidado de que Charlie dudaba de sí mismo.

—Charlie —dije suavemente—, te amarán. ¿Cómo podrían no hacerlo?

Se encogió de hombros y miró fijamente el asiento frente a él, evitando deliberadamente el contacto visual conmigo.

—No sé. Yo soy la razón por la que no estás allí.

—Charlie, mírame. —Esperé hasta que sus ojos se encontraron con los míos—. Ellos te aman. Créeme, ya te aman.

Se encogió.

—No me desenvuelvo muy bien entre multitudes o con extraños y quiero agradecerles. Tiendo a decir cosas estúpidas y ¿qué pasa si digo algo que los ofende o les hace pensar que soy un idiota?

—¿Charlie? —Intenté interrumpirlo.

—Trav, nunca antes había conocido a los padres de nadie. Demonios, apenas conocí al mío y realmente necesito agradecerle a tus padres.

—Charlie, escúchame —dije un poco más fuerte esta vez—. Ellos te amarán. ¿Y sabes qué? No importa si no lo hacen, porque yo te elijo a ti, no a ellos.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Nunca te haré elegir.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Y mi familia tampoco me obligaría a elegir, Charlie. De todos modos... —Suspiré—. Creo que el hecho de que vivo en el medio del Outback es prueba suficiente de a quién elegiría.

Hizo una mueca y volvió a mirar por la ventana. Me acerqué y tiré de su brazo para poder tomar su mano. Si las palabras no iban a convencerlo, y conociendo a Charlie, en este momento no iban a conseguirlo, entonces tendría que ser suficiente con tomarlo de la mano.

Un poco más tarde estaba dormido.

FUE divertido ver a Charlie desembarcar del avión y entrar a la terminal. Me di cuenta de que estaba muy nervioso, pero me hacía sonreír cada vez que se quitaba el sombrero ante todos los que hacían contacto visual con él. Incluso decía algún que otro “B’ día”.

No podría haber sido más *Cocodrilo Dundee* si lo intentara. Y ni siquiera lo estaba intentando. Simplemente estaba siendo Charlie. Un Charlie como pez fuera del agua. Un tipo de Charlie muy nervioso y muy lejos de casa.

Y estar nervioso estaba bien. Excepto al pasar por la aduana.

Me detuve detrás de él en la fila y observé cómo Charlie colocaba su mochila de mano en el mostrador y la oficial de aduanas uniformada lo miraba de arriba abajo. Tenía unos cuarenta años, su cabello oscuro recogido hacia atrás y una mirada seria en sus ojos oscuros. Leyó su pasaporte y su formulario de declaración y lo miró de nuevo.

—¿Puede quitarse el sombrero, señor?

En realidad no era una pregunta. Charlie hizo lo que le ordenó y lo puso sobre el mostrador con su bolsa. Ella estudió el Akubra lleno de agujeros, fuera de forma y manchado durante un largo segundo, y me pregunté brevemente si lo pincharía o lo pondría en cuarentena.

Él se pasó la mano por el pelo y, señalando su sombrero, le dedicó una sonrisa nerviosa.

—Ha tenido una vida difícil.

Ella lo ignoró.

—¿Cuánto tiempo se quedará en los Estados Unidos?

—Um, dos semanas.

—¿Razón de su visita?

—Um, bueno, pasar las festividades supongo —dijo lamiéndose los labios.

—¿Lo supone o lo sabe?

—Bueno, no es una suposición, esa fue la palabra equivocada, lo siento. Sé que es temporada festiva, pero voy a reunirme con... bueno, con mis suegros, supongo que los llamarían. —Estaba saliendo su yo nervioso, el que no puede callarse—. Me reuniré con mis suegros por primera vez y no estoy seguro de que eso se considere festivo porque estoy bastante seguro de que no les agrada y estoy pensando que están al otro lado de esa pared. —Señaló con la cabeza la salida por donde iban saliendo otros viajeros—. Lo que significa que me reuniré con ellos en cualquier momento y, para ser honesto con usted, señora, me está asustando un poco. —Su acento sonaba mucho más amplio en compañía de otros tejanos.

La mujer intentó no sonreír.

—¿Es así?

Él tragó saliva y asintió.

—Sí. Quiero decir, he hablado con ellos por Skype y todo eso, pero no es lo mismo que conocerlos.

No pude evitarlo. Tenía que decir algo.

—Charlie, todo irá muy bien.

Sus ojos, y los del oficial de aduanas, se clavaron en los míos.

—Tienes que decir eso —dijo Charlie—. Y está bien para ti, Trav. Ya te aman.

La mujer ahora me miró con cautela y me pregunté si me había sobrepasado algún protocolo de aduanas y protección fronteriza al hablar con alguien a quien estaba entrevistando. Se volvió

hacia Charlie.

—¿Conoce a este hombre?

—Bueno, sí —respondió Charlie—. Son sus padres a quienes voy a conocer. Él es mi... ese es mi Travis.

Sonreí ante su incapacidad para decir *novio* o *pareja de hecho* o, Dios no lo quiera, *socio*. Nunca se lo diría, pero en realidad me encantaba la forma en que me llamaba, *su Travis*.

—Volvemos a casa para pasar el Día de Acción de Gracias con mis padres.

La oficial de aduanas miró a Charlie.

—¿Por qué no dijo eso?

Charlie tragó saliva de nuevo.

—Vengo aquí para pasar el Día de Acción de Gracias con sus padres, quienes estoy bastante seguro de que me odiarán.

Esta vez la señora sonrió un poco más sinceramente.

—¿Primera vez en los Estados Unidos?

Charlie asintió.

—Primera vez en cualquier lugar.

Sonrió como si ella hubiera pensado lo mismo. Leyó su documentación, revisó su bolso y le dijo que disfrutara su estadía. A mí me atendió un poco más rápido, haciéndome preguntas generales sobre de dónde era, dónde había estado y qué estaba haciendo en Australia.

—Ahora llamo a Australia mi hogar —dije—. No me malinterprete. Siempre es agradable volver aquí, pero mi vida ya terminará allí.

Selló mis papeles, sonrió y me dijo que tuviera un excelente Día de Acción de Gracias.

Recogí mis maletas y caminé hacia Charlie que esperaba. Intentó sonreír, pero estaba bastante claro que estaba preocupado. Dejé mi bolso y le apreté la mano, luego miré las puertas por las que estábamos a punto de entrar.

—¿Estás listo?

—Sí.

—Y con sí, te refieres a para nada.

—Exactamente.

Era difícil ser comprensivo cuando sabía que sus preocupaciones eran infundadas. Estaba tan nervioso, tan preocupado de que a mis padres y hermanos no les agradara cuando yo sabía que era todo lo contrario.

No podía esperar para presentarlos. Quería que finalmente lo conocieran, porque sabía, lo sabía en mis huesos, que lo amarían. Y quería que mi madre viera por qué elegí vivir al otro lado del mundo.

—Vamos —dije recogiendo mis maletas. En realidad no parecía moverse, así que hice malabarismos con la bolsa de viaje y el equipaje en un brazo y agarré su mano con el otro—. Vamos. Acabemos con esto de una vez.

Cuando miré hacia atrás, la señora de la aduana en el mostrador por el que habíamos pasado nos estaba mirando con una sonrisa.

Cruzamos las puertas y nos dirigimos por el pasillo hasta el área de bienvenida. Era un gran espacio abierto y blanco, lleno de cientos de personas abrazándose y sonriendo. Estaba lleno, demasiado lleno, y no podía ver a mi madre ni a mi padre por ningún lado.

Dejé mis maletas y escaneé el espacio.

—Eh, Trav. —Charlie estaba detrás de mí, de alguna manera todavía sosteniendo mi mano, y yo estaba escaneando la parte superior de la multitud en busca de la cabeza de mi padre, más alta

que la mayoría—. Travis. —Chocó contra mi espalda y me golpeó el brazo—. Trav...

Me volví justo a tiempo para ver a mi madre abrazar a Charlie. Hizo un sonido extraño y apretado, y justo cuando pensé que mi madre lo abrazaría hasta la muerte, lo soltó para poder abrazarme.

—Oh, Dios mío, mirad a esta linda parejita juntos los dos —dijo retrocediendo. Rápidamente puso su mano en la cara de Charlie—. Es un placer conocerte finalmente, Charlie. —Lo abrazó de nuevo, medio riendo, medio llorando.

Cuando finalmente lo dejó ir, Charlie parecía asustado, aliviado y violado a partes iguales. Se enderezó el sombrero y lo inclinó un poco.

—Señora Craig. Es un placer conocerte.

—Oh. —Ella me miró y casi se puso a llorar—. Es tan dulce.

Mi padre apareció entre la multitud, sonriendo terriblemente. Era unos centímetros más alto que yo, hombros anchos, ojos azules y cabello canoso. Me dio un abrazo rápido y luego se volvió hacia Charlie.

—Señor Craig —dijo Charlie asintiendo. Me miró nerviosamente, probablemente esperando que desviara la atención de mi padre, pero antes de que pudiera hacer o decir algo, mi padre extendió su mano.

—Así que tú eres el hombre que se robó a nuestro hijo —dijo mi padre en broma. Mi padre siempre bromeaba. Pero fue lo peor que le pudo decir a Charlie.

—Yo, eh, soy Charlie —respondió débilmente y estrechó la mano de mi padre.

Me acerqué a Charlie, puse mi brazo alrededor de su cintura y le di a mi padre una mirada de “sé amable”.

—Papá, Charlie Sutton. Charlie, este es mi padre, Michael padre.

Papá todavía le sonreía.

—Por favor, llámame Michael.

—Chicos debéis estar agotados —dijo mamá—. Vamos a llevaros a casa.

Le di a Charlie una sonrisa. Estaba emocionado de regresar y estaba emocionado de que todos lo conocieran. Me di cuenta de que Charlie estaba a un suspiro de decir: “No te robé”, así que rápidamente cogí su equipaje, se lo entregué y cambié de tema.

—Quiero enseñarte muchas cosas.

—¿Trajisteis abrigos? —preguntó mamá mientras caminábamos—. Está frío fuera.

—Sí, pero están guardados —le dije—. Había treinta y cuatro grados cuando salimos, mamá.

—Bueno, aquí ha sido un otoño frío. Ya parece invierno —dijo.

Miré a mí alrededor y descubrí que sí, casi todos tenían abrigos y bufandas, y Charlie y yo solo llevábamos jeans y camisas de algodón con botones. Pensando que no sería tan malo, y que solo teníamos que ir de la terminal hasta la camioneta, seguí caminando hacia una ráfaga de aire que parecía invernal con mis padres. Me llevó unos cuantos metros darme cuenta de que Charlie había dejado de caminar.

Cuando me volví para buscarlo, fue como si el frío lo hubiera congelado en la acera. Estaba de pie allí, con la gente molesta por tener que caminar alrededor de él, con la boca abierta y parpadeando lentamente.

Rápidamente caminé hacia él y lo agarré del brazo.

—Vamos, estás bloqueando la puerta.

—Ha...ce... fri.. frío —dijo entrecortadamente, pero al menos sus pies se movieron.

Me reí de él.

—Bueno, camina más rápido y no pasarás frío.

Mamá tomó su maleta.

—Se habla de nieve para Navidad. Nos espera el invierno más frío en décadas.

—¿Nieve? —casi gritó Charlie.

Papá estaba sonriendo y agradecí que Charlie no lo viera. Cuando llegamos a la camioneta, Charlie estaba temblando y le castañeteaban los dientes y tenía las manos heladas al tacto.

Nos subimos al asiento trasero de la nueva camioneta de papá y nos frotamos las manos para mantenernos calientes. Supuse que Charlie no era el único acostumbrado al clima más cálido, porque el frío también fue un impacto para mí. Mamá subió la calefacción en el camino de regreso al rancho, y cuando no me estaba contando las últimas noticias sobre todos los que conocía, yo estaba señalando a Charlie por la ventana los puntos de referencia, los lugares en los que había estado y los lugares a los que quería ir con él.

Todo estaba igual que cuando estuve aquí para el funeral de mi abuelo hacía doce meses. Claro, algunas cosas eran diferentes: construcción, nuevas tiendas. Pero una cosa acerca de Texas es que cuanto más cambiaba, más permanecía igual.

Y mientras conducíamos por el familiar camino hacia la casa de mis padres, me di cuenta de lo que había cambiado. Y ese era yo. Era yo quién era diferente. Yo había cambiado. Charlie me había cambiado. Y una cosa que sabía con certeza era que el estado de Texas ya no era mi hogar.

CAPÍTULO DIECINUEVE

UN AUSTRALIANO EN TEXAS.

LO PEOR DE viajar era el desfase horario. Bueno, en realidad, lo peor era que mamá planeara una cena familiar el día que llegamos y no poder dormir debido al desfase horario.

—Pero todo el mundo quiere verte —se quejó mamá cuando hice una mueca—. No te hemos visto en un año, Travis, y necesitamos aprovechar cada día que estás aquí.

Mamá estaba ocupada en la cocina, preparando las cosas para esta noche. Charlie y yo nos sentábamos frente a la encimera de la cocina, con nuestro café frente a nosotros.

—¿Quién viene esta noche? —Pregunté.

—Michael, Jess y los dos niños. Paige estará aquí con sus tres hijos y Casey no estaba segura de si Ben vendría.

—¿Quién es Ben?

—Su nuevo novio —dijo mamá con una sonrisa—. Ya llevan bastante tiempo saliendo, unos cinco meses. Se conocieron en su oficina.

Era extraño oír hablar de la vida de mi hermana como si fuera algo extraño. Es decir, hablábamos por Skype, pero suponía que eran las pequeñas cosas las que quedaban fuera.

—Entonces, Charlie —dijo mamá—. Dime, ¿hay algún alimento que no comas y que deba conocer?

Negó con la cabeza.

—No, señora. Como casi de todo.

—Nada de avena mamá —le dije—. No come avena.

—Ah, sí. No me gustan las gachas. —Charlie estaba muy nervioso y estar cansado no ayudaba en nada. Tomé su mano debajo del mostrador y entrelacé nuestros dedos. Me dio una pequeña y tensa sonrisa.

—Tiene una casa hermosa, señora Craig —dijo.

—Oh, gracias, Charlie —dijo mamá genuinamente. Miró alrededor de su enorme cocina de roble—. Simplemente nos encanta.

—¿Quieres que te muestre los alrededores? —le pregunté. Me levanté de mi taburete y lo arrastré conmigo—. Te daré una vuelta. Mamá, podríamos descansar un rato antes de que lleguen todos. Fue un vuelo largo.

—Está bien —dijo ocupada cortando verduras—. Bajad a las seis.

Primero le mostré a Charlie el piso inferior. Estaba el área de la cocina en la que acabábamos de estar, que se abría a la sala de estar, luego había una sala de estar formal, el comedor, el estudio y la oficina de mi padre.

Charlie miró los muebles, las lujosas alfombras, las cortinas y los cojines y lámparas colocados con precisión.

—Es muy hermoso —susurró—. Parece sacado de una revista.

Estaba en lo correcto. Parecía algo sacado de una revista; después de todo, para eso precisamente les pagó mamá a los decoradores. Pero era la casa en la que crecí, así que no me parecía ostentosa. Me encogí de hombros.

—Eh. Es sólo una casa.

—Eso avergüenza un poco a la estación...

—Oye —le regañé—. Es mi casa de la que estás hablando.

Charlie sonrió.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Tomé su mano nuevamente. No quería que sintiera que lo que tenía no era lo suficientemente bueno, cuando era exactamente lo contrario.

—Me encanta la estación. La amo. Tiene carácter y corazón: acostado en el sofá contigo viendo la televisión, mirando la puesta de sol desde la terraza, sentado en la mesa de la cocina de Ma. Es mi hogar, Charlie.

Sonrió y miró al suelo.

—Gracias.

Lo llevé arriba.

—Vamos, te mostraré la parte de arriba.

Cuando llegamos, literalmente dejamos nuestras maletas, nos refrescamos en el baño y bajamos las escaleras, así que después de señalar qué puertas conducían a qué dormitorios, abrí la puerta de mi antigua habitación.

Estaba tal como la dejé cuando fui a la universidad, y nuevamente hacía casi tres años cuando la dejé para un programa de intercambio estudiantil y luego el año pasado cuando regresé para el funeral de mi abuelo. Nada había cambiado.

Charlie entró y lo observó todo: los carteles en la pared, el escritorio de estudiar en la esquina, los trofeos en el estante y los banderines de fútbol en la pared.

—Entonces, este eres tú, ¿eh?

—Bueno —lo corregí—, este era yo cuando estaba en el instituto. Dejé mi casa para ir a la universidad y luego terminé en Australia, ¿recuerdas? Mi madre dejó mi habitación como estaba.

Charlie sonrió cálidamente.

—Eras el chico totalmente americano.

Resoplé una carcajada.

—Excepto por todo el asunto gay.

Charlie se rio entre dientes y luego miró más de cerca los carteles. En su mayoría eran fotografías de paisajes, algunos de ellos australianos.

—¿Es el desierto de Simpson?

Señalé mi propio pecho.

—Oye, estudiante de agronomía, ¿recuerdas?

—Eras un nerd tan empollón.

Solté una carcajada.

—He visto esas fotos de nerds empollones durante años. Nunca imaginé que viviría allí.

Charlie me miró durante un largo momento.

—Como el destino o algo así.

Cerré y trabé la puerta detrás de mí.

—Exactamente.

Volvió a mirar la cama.

—Entonces... ¿te besaste con algún chico en esta cama? Oh, Jesús, ¿te acostaste con alguien en esta cama? En serio —dijo elevando el tono de su voz—. No respondas a eso. No quiero saberlo.

Todavía estaba frente a la cama, así que puse mis manos en sus caderas y le besé la nuca con labios sonrientes. La avalancha de celos de Charlie era enorme.

—Sube a la cama Charlie.

Pareció dudar. Su voz era entrecortada y carecía de convicción.

—Tus padres están abajo.

—No me importa. Te quiero en esta cama ahora. —Acerqué su trasero a mi polla y luego lo empujé sobre la cama. Se tumbó boca abajo, lo seguí hasta el colchón y lo inmovilicé allí con mis manos en su espalda. Me froté contra su culo e, inclinándome sobre él, le susurré al oído—. Quiero que huela a ti.

Bajó las manos y al principio pensé que iba a empujar hacia arriba y alejarse de mí, pero sus manos se deslizaron debajo de su cuerpo y desabrocharon el botón de sus jeans. Con espacio limitado para moverse, se bajó los pantalones sobre el culo lo mejor que pudo y murmuró en la colcha:

—Hazlo, Trav. Date prisa y fóllame.

No podría habérselo negado ni aunque hubiera querido. Y no quería. Principalmente me tocaba ser pasivo, nada amaba más que ser llenado por él, y no era frecuente que cambiáramos. Pero de vez en cuando, Charlie quería mi polla en su culo.

Y que Dios me ayudara, me encantaba dársela.

Se bajó un poco más los jeans, pero no fue suficiente. Tiré de ellos con fuerza hasta la parte superior de sus muslos y me desabroché los míos. Gimió ante el sonido de la cremallera.

Me incliné sobre él y tomé mi bolso de mano, volcándolo sobre la cama. Encontré el tubo de viaje de lubricante y Charlie abrió las piernas lo mejor que pudo conmigo encima de él. Levantó su trasero.

—Travis —gruñó—. Estoy bastante seguro de que moriré si no estás dentro de mí.

Solté una carcajada porque eso es lo que normalmente le decía. Conocía su desesperación y aún no estaba en su límite. Vertí el lubricante por la raja de su culo y hundí mi dedo en su agujero.

—Solo fóllame —se quejó empujando su trasero contra mi dedo.

Rápidamente agregué otro dedo y él espetó:

—Travis.

Allí estaba. Ese fue su gruñido de “no puedo esperar otro puto segundo”.

Así que volví a verter más lubricante sobre su trasero, froté un poco sobre mi polla, me alineé con su agujero y me empujé con un largo vaivén.

Charlie se agarró a la colcha y levantó el culo. Y gimió. Señor ten piedad, cómo gemía.

Sabía que no duraría mucho. No quería tomarme mi tiempo. Quería follarlo con fuerza. Quería que supiera que él estaba en mi antigua cama, y sólo él. Apenas dándole tiempo a adaptarse, con mis piernas fuera de las suyas, comencé a empujar.

Sus jeans, todavía alrededor de sus muslos, y los míos, con sólo el botón y la bragueta abiertos, hablaban de nuestra urgencia. Esto no esperaba.

Me incliné sobre él, presionando mi peso sobre él, empujando cada centímetro de mí dentro de él.

—Sólo tú —le susurré al oído con cada embestida—. Solo. Tú.

Se le escapó un gemido agudo y empujó su cabeza hacia abajo y su trasero hacia arriba. Lo

embestí una y otra vez, más profundo, más fuerte, persiguiendo mi orgasmo hasta que el puro placer me recorrió, desplegándose desde mi vientre y descargándose en su trasero.

Me desplomé encima de él y sólo me retiré cuando la habitación dejó de girar. Lo puse de lado para que me mirara, tomé su polla medio dura en mi mano y comencé a bombearlo. Lo besé, un giro de lenguas y suaves gemidos hasta que llegó.

No me importaba en qué desastre estábamos cubiertos. Nos cubrimos con las mantas y lo sostuve fuerte contra mí.

—¿Quién ha estado en esta cama conmigo? —pregunté.

Murmuró adormilado en mi camisa.

—Solo yo.

—¿De quién estoy enamorado?

—Solo de mí.

—¿A quién le juré mi corazón? Con el desierto por testigo, ¿quién se convirtió en mi marido?

Lo sentí sonreír contra mi pecho.

—Solo yo.

Besé el costado de su cabeza y dormimos.

A PESAR de la siesta de dos horas, que no fue lo suficientemente larga, estaba emocionado de ver a mi hermano y a mis hermanas. Charlie, por otro lado, estaba muy nervioso.

Michael y Jess llegaron primero con sus dos hijos a cuestas. Mis sobrinos, Joshua y Jacob, eran ruidosos.

La siguiente en llegar fue Paige con sus tres hijos, Hamish, Brianna y la pequeña Emily. Casey y su novio Ben llegaron poco después.

Charlie había hablado con todos ellos a través de Skype, así que no estaba completamente perdido, y yo le recordé quiénes eran todos cuando nos estábamos vistiendo.

Michael era el mayor, seis años mayor que yo. Luego estaba Paige, tres años mayor que yo, y luego estaba Casey, que nació cuando yo tenía dos años.

Pero todos estaban ahí y los decibelios estaban a niveles altísimos, y decir que Charlie estaba abrumado probablemente era quedarse corto. Decir que mi familia estaba encima de él como si fuera un sarpullido por el calor del verano era quedarse corto aún.

Casey, que la gente pensaba que se parecía mucho a mí, lo tenía acorralado.

—Di “*B’dí, compañero*” —dijo Casey, como si hubiera encontrado un juguete nuevo.

Charlie parpadeó.

—¿Perdón?

Casey resopló.

—Dios mío, hablas completamente como Steve Irwin. ¡Di “caray”!

Charlie la miró fijamente, parpadeó dos veces y luego se volvió lentamente para mirarme. Me eché a reír. Pero parecía tan de mal humor que tuve que ayudarlo.

—Casey —rodeé a Charlie con mi brazo como si fuera un campo de fuerza—, déjalo en paz.

—Y escúchate —me dijo—. Cada día pareces más australiano, señor.

—No lo soy. —Negué con la cabeza.

Casey miró a Paige, quien miró a Jess, y las tres me miraron y asintieron.

—Sí, lo pareces.

—No puedo ganar —Gemí—. Allí soy demasiado americano, aquí soy demasiado australiano. —Miré a Charlie—. No te suena australiano, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Para nada. Muy americano. —Se encogió de hombros—. Bueno, pensé que sí hasta que vine aquí. Tal vez estoy acostumbrado a cómo hablas, pero aquí todos son muy americanos.

Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor mientras los niños jugaban en el estudio. Nos dio una buena oportunidad de hablar sin gritar por el ruido y Charlie empezó a relajarse.

Todos lo amaban. Quiero decir, por supuesto que lo amaban. ¿Cómo no podrían quererlo?

Le hicieron cien preguntas sobre la estación, a qué se dedicaba, y si realmente vivíamos a tres horas del pueblo más cercano, o si la estación tenía más de diez mil kilómetros cuadrados.

Puse al día a todos sobre lo que había estado pasando, les conté todo sobre Matilda y Nugget, cómo Delilah había crecido tanto y me jacté descaradamente de lo bien que Charlie se estaba adaptando a su nuevo caballo. Les conté todo lo que hizo y cómo lo hizo hasta que Charlie me dirigió una mirada de “por favor, cállate”.

Todos pasaron la hora de la cena contándole a Charlie todas las estupideces que hice cuando era niño, y cuando comimos los dulces caseros de mamá, nuestras sillas estaban juntas mientras charlábamos con todos, y él estaba mucho más relajado. Y estaba muerto de cansancio. Después de reprimir otro bostezo, mamá dijo:

—Oh, Charlie querido, apenas puedes mantener los ojos abiertos. Acuéstate.

—Oh, no —dijo rápidamente, no queriendo ofender a nadie—. Estoy bien. El viaje hasta aquí me noqueó por un seis, eso es todo.

Mamá parpadeó.

—¿Te noqueó qué, querido?

—Por un seis —respondió Charlie. Cuando resultó bastante obvio que nadie tenía idea de lo que eso significaba, explicó—: Es un término de críquet. Significa que me golpeó.

Me reí entre dientes.

—Tú eres el que tiene los nombres raros para todo aquí, no yo.

—¿Nombres extraños para qué? —preguntó Josh. Era el hijo mayor de mi hermano y pensaba que la forma en que hablaba Charlie era asombrosa.

Respondí.

—Como mozzies, sunnies, enganchones, gallis y jumpers.

—¿Cómo qué? —Josh chilló—. ¿Qué significan? ¡Que divertido!

—¡Ah que sí! —acordé—. Es como un idioma completamente diferente. Y ni siquiera me hables de su fútbol. —Me incliné hacia Josh—. Lo juegan en un campo de forma ovalada.

Josh miró a Charlie y luego se inclinó como lo había hecho yo.

—¿Qué le pasa a su fútbol?

Charlie se rio de eso.

—No todo nuestro fútbol se juega en un óvalo. Tenemos cuatro códigos diferentes de fútbol en Australia.

—¿Cuatro? —preguntaron sorprendidos alrededor de la mesa.

—¿Ves? —le dije a Charlie—. Te dije que no era normal.

Charlie puso los ojos en blanco.

—Sí, me disculpo por burlarme del gridiron.

—Y el béisbol —agregué, pensando que podría vengarme cuando pudiera.

—No lo siento *tanto* —dijo haciendo reír a mi familia. Me alegré mucho de que pudieran ver un fragmento del verdadero Charlie, de su seco sentido del humor, y mi favorito, pudieron verlo

sonreír.

Realmente tenía una sonrisa asesina.

Y un gran bostezo.

—Está bien —dije levantándome de la mesa y esperando a que Charlie se levantara—. Charlie se va a la cama.

Ni siquiera intentó discutir y sus parpadeos se hicieron más largos. Agradeció a mi madre por una comida maravillosa, a mi familia por la excelente compañía y se despidió.

Lo acompañé hasta las escaleras y lo besé suavemente.

—Lo hiciste genial.

—No creo que le guste a tu padre —susurró. Se encogió de hombros como si no le molestara, pero yo sabía lo contrario.

—Sí, le gustas —dije—. Tiene un extraño sentido del humor. Créeme, le gustas mucho. —Lo besé de nuevo. Cerró los ojos y le costó volver a abrirlos de lo cansado que estaba—. Vete a la cama, cariño. Sólo me quedará un rato más, ¿vale? No estaré muy lejos de ti.

Vi a Charlie subir las escaleras y caminé de regreso con mi familia. Todos me sonrieron cuando entré y, por el silencio incómodo, me di cuenta de que obviamente estaban hablando de Charlie.

—Es muy guapo —dijo Casey primero.

Me senté en el sofá junto al fuego.

—Lo sé.

—Estaba nervioso —dijo Paige—, era lo más adorable.

—Le preocupa que no os guste a todos.

—Bueno, ciertamente te ha ganado a ti —dijo Michael con una sonrisa.

—Deja a tu hermano en paz —dijo mamá mirando a Michael—. Travis, él es como un muñeco. Es muy educado. Su madre lo crio bien.

—Lo hizo —acepté.

—Pensé que se suponía que era un duro ranchero australiano —dijo papá—. Deberíais haberlo visto en el aeropuerto. Ni siquiera podía soportar un poco de frío.

El comentario de papá me desconcertó por un segundo. No podía creer lo que había dicho y mi tono fue mucho más duro de lo que pretendía.

—Papá, nació y creció en el desierto. Donde un *agradable* día de verano hace cuarenta y nueve grados, así que déjalo un poco tranquilo.

Todos me miraron, incluido papá. Si estaba bromeando a costa de Charlie, no lo encontré gracioso. Pero mi padre era el jefe respetado de su casa, con chistes malos y todo. Me froté los ojos y suspiré.

—Lo siento. Estoy muy desfasado por el horario. Podría dar por terminada la noche. Gracias por venir a todos. Darnos uno o dos días y os llevaremos a todos a almorzar o algo así.

Los dejé algo apaciguados por mi disculpa a medias y subí las escaleras. Me quité la ropa y me metí en la cama junto a Charlie, que ya roncaba suavemente. Como un bálsamo para mi mal humor, lo rodeé con el brazo, acurruqué la nariz en la nuca, cerré los ojos y me dormí.

CHARLIE y yo dormimos hasta tarde, pero nos despertamos renovados y listos para un día de turismo.

—El café está hecho y hay cereales o tostadas para el desayuno —dijo mamá. Pero después

de más de dos años de tomar un desayuno caliente antes de trabajar duro todo el día, el cereal y las tostadas simplemente no iban a ser suficientes.

Fui al frigorífico, saqué huevos, beicon, sémola y zumo y me dispuse a prepararnos un verdadero desayuno texano. Charlie se sentó a la encimera de la cocina con mi madre y ambos me sonrieron cuando le entregué una taza de café. Hablaron mientras yo cocinaba y Charlie me vio moverme por la cocina de mi madre con una facilidad familiar. Sabía dónde estaban las sartenes y los platos como si nunca me hubiera ido.

—Parece que ya ha hecho esto antes —dijo mamá—. Te cocina el desayuno a menudo, ¿verdad?

Charlie sonrió.

—En realidad, nunca.

—Hace tiempo que no tengo que cocinar nada, porque Ma y Nara lo hacen todo. Pero contrariamente a la creencia popular —dije mientras le daba la vuelta al beicon—, no soy completamente inútil.

La sonrisa de mamá era cálida y cómplice.

—Estáis tan enamorados.

Charlie se atragantó con el café y se le derramó un poco por la camisa. Mamá le entregó una servilleta.

—La forma en que os miráis... —dijo con nostalgia—. Ciertamente puedo entender por qué Travis decidió quedarse.

Charlie se había recompuesto, pero sus mejillas ahora estaban rojas.

—Um... —comenzó, luego se aclaró la garganta—. Bueno, ciertamente puedo ver de dónde saca Travis su rasgo de decir lo que tiene en mente.

Me reí de eso.

—Ha recibido un poco de entrenamiento para aprender a abrirse, mamá.

—No tiene sentido preguntarse qué no se dice —dijo mamá sabiamente—. Será mejor que lo sueltes y cuentes las cosas como son. Eso es lo que decimos, ¿no es así, Travis?

—Bueno, Travis no tiene ningún problema en decir las cosas como son —dijo Charlie.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó mamá, aunque no sabía por qué, ya que se lo iba a decir independientemente de su respuesta—. Cuando Travis solicitó por primera vez ese programa de intercambio de estudiantes, pensé que sería bueno para él. Ya sabes, ir a ver mundo, viajar. Siempre fue un alma aventurera. —Mi madre me sonrió mientras metía pan en la tostadora—. Trajo a casa una lista de posibles ubicaciones. Había unas cuantas en Australia para elegir, una en Inglaterra y otra en Francia, ¿no era así, Travis?

—Sí, eso creo —respondí mientras le daba la vuelta al beicon.

Mamá negó con la cabeza.

—Vio el nombre de la estación Sutton, lo señaló y dijo: “Ahí. Ahí es donde voy”, simplemente lo supo.

Charlie le sonrió.

—Me lo contó.

—Creo que una parte de mí sabía que iba por una razón —continuó—. Solo que no sabíamos cuál era esa razón. Hasta que nos habló de ti, Charlie. E incluso cuando estuvo aquí el año pasado cuando mi padre falleció, pensé que podría quedarse; ya sabes, una vez que regresara aquí, no querría irse.

—Pensé lo mismo —dijo Charlie en voz baja, disculpándose.

Mamá asintió.

—Pero fue demasiado para él y, oh, Charlie, se molestó tanto cuando pensaste que no volvería, que simplemente no pude soportarlo. —Mamá negó con la cabeza, respiró hondo y, recomponiéndose, sonrió. Puso su mano sobre el brazo de Charlie—. Y ahora veo por qué. Está tan enamorado de ti.

Por la expresión de su rostro, estaba bastante seguro de que Charlie quería morir.

—Oh —tartamudeó—. Bueno, eh, está bien. ¿Eh, Trav?

Resoplé.

—Mamá, déjalo en paz. Lo estás avergonzando.

—¿Es beicon lo que huelo? —La voz de papá llegó desde el vestíbulo—. Por favor, dime que eso es beicon.

—Es beicon —respondí.

Papá entró a la cocina después de estar fuera. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío y, como siempre, estaba sonriendo.

—Tu madre no me deja comer beicon. En su lugar, obtengo salvado saludable para el corazón y leche rebajada al dos por ciento.

—Estoy velando por tu salud —Mamá puso los ojos en blanco.

—Coge otro plato —le dije—. Hay más que suficiente.

Así que nos sentamos alrededor de la encimera de la cocina a comer beicon, huevos y tostadas con café caliente y zumo frío, y creo que encontré un remedio universal para el desfase horario. Charlie palideció al ver la sémola y se negó rotundamente a probarla.

—Hacer gachas de maíz es lo más absurdo que he oído en mi vida —dijo negando con la cabeza—. ¿Y luego comerlo con tocino y huevos?

Me reí.

—Está tan jodidamente bueno. Tendré que enseñarle a Ma a cocinarlo.

Charlie sonrió y negó con la cabeza hacia mí.

—Y crees que el Vegemite es malo.

—Esa es la cosa más desagradable del planeta —dije riendo mientras mis padres miraban.

Charlie era más él mismo, aunque todavía podía sentir que Charlie estaba un poco tenso con mi padre, incluso con el estado de ánimo mucho más relajado esta mañana. Se acabó la charla y la risa con mi madre y Charlie, y en su lugar estaba un Charlie callado, uno que no podía decir nada malo frente a mi padre.

Apreté su rodilla debajo de la mesa y rápidamente enganchó su pie alrededor del mío. Y finalmente sonrió.

—Entonces, ¿qué tenéis planeado para hoy? —preguntó mamá.

—Pensé en llevar a Charlie a la ciudad y mostrarle los alrededores —respondí—. Pasaremos el día haciendo cosas turísticas. ¿Si puedo tomar prestada la camioneta, claro está?

Y eso fue exactamente lo que hicimos. Después del desayuno, hice que Charlie se pusiera un suéter, luego su abrigo, le conseguí una bufanda vieja y un gorro de lana. Se lo puse y lo besé con labios sonrientes. Se veía tan diferente, abrigado. Quería decir, probablemente estaba vestido para una tormenta de nieve según nuestros estándares, pero simplemente no estaba acostumbrado a este tipo de frío. Y la verdad es que yo tampoco. Me había acostumbrado al clima más cálido del Outback y me castañeteaban los dientes mientras corríamos hacia la camioneta.

Excepto que ambos corrimos hacia el lado equivocado del vehículo.

—Maldita sea —dije, y Charlie se rio mientras corríamos hacia los lados correctos del vehículo—. He pasado casi tres años metiéndome en el lado equivocado en casa, ¡luego vine aquí y también me equivoqué! —dije mientras encendía la camioneta, presionando cualquier

botón que pudiera ser el de la calefacción.

Charlie se frotó las manos y sonrió. Sus dientes también castañeteaban.

—¿Podrás conducir con el volante a la izquierda?

Le levanté una ceja.

—¿Quieres probarlo?

Palideció.

—En el lado equivocado del coche, en el lado equivocado de la carretera, en condiciones de aguanieve y esas inclemencias. ¿Tienes un deseo de morir?

—Supongo que es un no.

—Eso es un jodido no —dijo rápidamente—. Y nunca te molestaré por no querer conducir cuando regresemos a casa.

Me reí, luego ajusté la calefacción nuevamente hasta que estuvo perfecta y encontré una emisora de radio mejor que la que escuchaba mi padre.

—Un poco diferente ahora que el zapato está en el otro pie, ¿no?

Charlie asintió.

—Sí. Y Dios, Trav, no podía creer que tu madre me dijera esas cosas. Casi muero.

Me reí de él y comencé a circular por el camino.

—Tu cara no tenía precio.

—Vosotros no os reserváis nada, ¿verdad?

—Exacto. —Antes de tomar la carretera, detuve la camioneta y le sonreí. Me incliné sobre la consola central y esperé a que él hiciera lo mismo para poder darle un beso—. Y por cierto, te ves muy sexi con ese gorro.

—Oh. Mmm, ¿gracias?

—¿Estás listo para ver los lugares de interés de Texas?

Me miró.

—Puedo ver lo mejor de Texas todos los días. Pero si insistes en arrastrarme a este clima miserable, no me quejaré.

Resoplé.

—Sí lo harás. ¿Y Charlie? ¿Quieres saber lo mejor de este tipo de clima?

—¿No lo tenemos en casa?

Me reí de él.

—Bueno, eso también. Pero no, cuando volvamos esta tarde, puedo hacer chocolate caliente y podemos sentarnos junto al fuego en el estudio hasta que nos descongelemos. Quizás ver una película.

Debió haberle gustado esa idea porque sonrió.

—¿Y será *Jungla de Cristal*?

Incorporé la camioneta a la carretera en dirección a la ciudad.

—No, si puedo evitarlo, no.

CAPÍTULO VEINTE

CHARLIE Y MI PADRE.

LOS SIGUIENTES DÍAS en casa de mis padres fueron ajetreados. Pasamos tiempo visitando a mis hermanas y a mi hermano, y Charlie pasaba las tardes junto al fuego respondiendo sus correos electrónicos, todavía sin poder dejar de trabajar desde el otro lado del planeta. Lo llevé a mi instituto, a mis viejos lugares de reunión y al centro comercial, donde compramos regalos para todos en casa. Quería que viera estos lugares para que cuando hablara de ellos, pudiera imaginárselos en su cabeza. Pero también quería que viera los lugares que marcaron mi infancia.

Y eso incluía visitar a la señora Newell.

Sólo habíamos conducido unos cientos de metros desde el rancho cuando detuve la camioneta en el camino de otra persona.

—¿A quién vamos a ver esta vez? —preguntó. Había sido paciente con todas las visitas que habíamos hecho, aunque creo que estaba un poco agradecido por estar lejos de mi padre.

Al principio pensé que era imaginación de Charlie, y su predisposición a pensar que no agradaba a la gente, pero mi padre estaba actuando raro. Fueron los chistes y los comentarios estúpidos los que me desconcertaron. Le gustaba Charlie, lo sabía. Pero no entendía de dónde venía la tensión.

Intenté sacármelo de la cabeza mientras apagaba el motor.

—Esta es la casa de los Newell —dije—. ¿Recuerdas que te hablé de Ryder Newell? ¿Mi amigo que se suicidó?

—Por supuesto.

—Bueno, esta es la casa de su madre.

Miró la casa.

—Oh.

—Vamos, o ella se preguntará qué estoy haciendo aquí. —Abrí la puerta y esperé a Charlie para poder caminar juntos hasta la casa.

La puerta principal se abrió y una voz familiar dijo:

—Travis Craig. Bueno, ¿estoy viendo visiones?

La señora Newell parecía mucho mayor de lo que recordaba, envejecida antes de tiempo. Tenía aproximadamente la misma edad que mi madre, pero parecían un mundo de diferencia. Mamá siempre se vestía bien, se maquillaba y se peinaba a la perfección. La señora Newell ahora tenía arrugas y no usaba maquillaje. Llevaba el pelo peinado, pero con mechones grises. Su sonrisa, sin embargo, era amplia y cálida.

—Señora Newell —le dije, dándole un beso en la mejilla—. Espero que no te importe la visita inesperada, pero hay alguien que quiero que conozcas.

—Para nada —dijo. Miró a Charlie de arriba abajo—. ¿Y a quién tenemos aquí?

—Este es Charlie Sutton —le dije—. Señora Newell, es el hombre con quién me voy a casar.

Y con eso, una señora Newell muy llorosa me besó a mí y a un Charlie muy atónito, luego nos arrastró adentro.

HABÍA PASADO tanto tiempo en la casa de los Newell cuando era niño, era como mi segundo hogar. Y a diferencia de la casa de mis padres, que mamá básicamente redecoraba según las estaciones, la señora Newell apenas había cambiado nada.

Había fotos de un Ryder que nunca envejecía encima de la repisa de la chimenea y en la mesa auxiliar, y pude ver a Charlie mirándolas mientras la señora Newell nos preparaba café.

—Entonces, cuéntamelo —dijo poniendo una bandeja con café en la mesa frente a nosotros—. ¿Cómo surgió todo esto?

Me lancé a hacer un breve resumen de los últimos años. Ella sabía que yo había ido a Australia, pero no la había visto desde entonces, así que tenía un poco de qué ponerme al día, y Charlie completó las partes que ella le pidió.

—¡Oh, no es maravilloso! —Se emocionó—. ¿Y estáis en casa para el Día de Acción de Gracias?

—Sí, señora —dijo Charlie. Me di cuenta de que le gustaba desde el principio—. Pensé que si lo alejaba de su familia durante todo el año, lo mínimo que podíamos hacer era celebrar el Día de Acción de Gracias aquí. Es un poco entre el cumpleaños de Trav y Navidad, y es un momento tranquilo en casa, así que lo pasaremos muy bien.

Nos dijo que invitaría a sus hijos a comer pavo el Día de Acción de Gracias y que su hija mayor tenía tres hijos y que su hijo menor estaba en la universidad.

No necesitaba mencionar el enorme vacío que había dejado el hijo mediano. Lo sabía muy bien.

Sus ojos se habían vuelto tristes y supuse que vio algo en los míos, porque pasó un momento de palabras no dichas entre nosotros. Finalmente, ella se animó.

—Te ves muy bien, Travis. Y no puedo empezar a agradecerlos lo suficiente por tomaros el tiempo de venir a visitarme.

—Es un placer —le dije—. Lamento no haber llegado aquí el año pasado. Fue un momento muy difícil.

—Sí, hablé con tu madre poco después —dijo—. Lamenté mucho lo de tu abuelo. Y de todos modos, no recuerdo la última vez que viste el jardín. Parece un espectáculo miserable con este tiempo. Pero ven, te lo mostraré.

El jardín donde murió Ryder.

Mi madre siempre juró que si sus vidas hubieran cambiado y hubiera sido su hijo quien se hubiera quitado la vida en el patio trasero, ella nunca podría volver a poner un pie en la casa, y mucho menos en el mismo patio donde sucedió.

Pero la señora Newell no era mi madre.

El árbol del que Ryder se había colgado había desaparecido y en su lugar había un jardín. Incluso en el clima helado y las nubes bajas, todavía parecía una imagen de color. Y en medio del jardín había un banco hecho a mano.

—Hice el asiento con el árbol —dijo—. Así que, en lugar de ver un mal recordatorio, ahora puedo sentarme y recordar las cosas buenas.

La rodeé con el brazo.

—Es hermoso.
Me sonrió.
—Realmente lo es, ¿verdad?

DESPUÉS DE DEJAR a la señora Newell y subir a la camioneta, Charlie estaba sombrío. Suponía que no fue algo fácil de afrontar. Pero hace años le dije a la señora Newell que estaba agradecido por lo que su hijo le había mostrado a mi familia sobre la aceptación y el amor, y ella me dijo que ese era el lado positivo que necesitaba escuchar.

—¿Crees que a ella le molesta? —preguntó Charlie.

—¿Le molesta qué?

—Vernos felices. Hablar de vivir en el extranjero, casarte y vivir tu vida, cuando su hijo... no está.

—No —dije. Puse en marcha la camioneta y subí la calefacción—. Creo que la hace feliz.

Charlie parpadeó.

—¿Feliz?

—Claro —dije—. Quiero decir, ¿cuál es la alternativa? ¿Ser tragado por el dolor? Ya sabes, fácilmente podría haber estado junto a Ryder, pero no lo hice. Así que ahora al menos podrá ver a uno de nosotros feliz. Siempre traté de incluirla en mi vida durante el instituto y la universidad, solo una visita ocasional. —Me encogí de hombros—. Quiero que piense que yo tampoco lo olvidaré.

Extendió la mano sobre la consola y la tomé. Cuando regresamos al rancho, todavía estaba callado y lo dejé solo en sus pensamientos. Apagué el motor y él me sonrió.

—Gracias por llevarme a verla.

Le sonreí.

—No tienes por qué. —Miré hacia la casa—. ¿Estás listo para correr adentro?

El estúpido de mí estaba esperando que respondiera, pero en una fracción de segundo, ya estaba fuera de la camioneta y corriendo. Llegó antes que yo a la casa, todo sonrisas y un gorro de lana, y tomé su rostro entre mis manos y lo besé.

La voz de mi padre pareció venir de la nada, sobresaltándonos a ambos.

—No dejes que el australiano te gane. —Vino por un lado y debió habernos visto correr—. Les dejamos salirse con la suya una vez en la Copa América y todavía están hablando de ello.

Puse los ojos en blanco y le lancé las llaves de su camioneta.

—Ah, y te vendría bien un poco de gasolina —le dije. Copié su voz—. Si te lo he dicho una vez, te lo he dicho mil veces, no dejes esté por debajo de un cuarto de tanque.

Mi padre me fulminó con la mirada y arrastré a Charlie adentro tirando de su mano.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, después del desayuno, Charlie se sentó en el estudio, revisando sus correos electrónicos. Al principio pensé que sólo quería un tiempo de descanso. Es decir, nunca había sido una persona sociable y a menudo prefería el silencio y la soledad que le permitía su posición.

Pero durante los días previos al Día de Acción de Gracias, noté que desaparecía

silenciosamente cada vez que mi padre estaba cerca. Nunca fue grosero al respecto. Simplemente se ausentaba.

—Oye —dije mientras caminaba hacia el estudio. El fuego estaba encendido y Charlie estaba en el asiento de al lado con su ordenador portátil en su regazo, pero su mirada hacia la nada estaba a un millón de kilómetros de distancia.

Se volvió hacia mí, sorprendido.

—Ah, hola.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Acabo de recibir el acta de la última reunión de productores de carne. Greg la envió. Y un correo electrónico de Ma. Nugget mordió la bota de George.

Asentí y me senté en el brazo de la silla en la que él estaba, y tomé su mano. Mira, la mejor manera de abordar un tema delicado con Charlie era anclarlo para que no pudiera escapar.

—¿Quieres decirme qué te molesta de mi padre?

Charlie me miró con los ojos muy abiertos. Intentó retirar su mano, pero la apreté con fuerza.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—¿Por qué te escondes de él?

—No me escondo —dijo un poco demasiado a la defensiva—. ¿Por qué, dijo algo?

—No, no. Sólo que cuando él está cerca, tú no estás.

—Oh, no me di cuenta.

—Charlie —dije—. Sabes que puedo darme cuenta cuando estás mintiendo, ¿verdad?

Se quedó en silencio por un minuto.

—Él, eh... —Tragó un nudo—. A él, eh, no le agrado.

—¿Por qué dices eso?

—Está bien, Trav —dijo. Me miró de nuevo y trató de sonreír—. No es la gran cosa.

—Charlie —dije quitándole el ordenador portátil y arrodillándome frente a él. Tomé ambas manos—. Charlie, no, no. A él le *agradas*. ¿Por qué lo dices?

Charlie mantuvo sus ojos en nuestras manos unidas.

—Se burla de mí.

—Oh, él es así. Ignora sus estúpidos chistes. Dice cosas así todo el tiempo.

—O no le agrado. O tal vez piensa que no soy lo suficientemente bueno.

Contuve un suspiro.

—Eso no es cierto.

Me miró.

—Sé que no lo es. Porque lo soy. Soy lo suficientemente bueno y tú eres lo suficientemente bueno para mí.

Le sonreí porque al final, finalmente, supo que era verdad.

—¿Ves? Así que... ¿Qué importa?

—Porque es tu padre y lo respeto. No tengo por qué agradarle. No es una ley escrita, Trav. Pero no te pondré las cosas difíciles ni lo insultaré en su casa siendo grosero.

Llevé sus manos a mis labios y besé sus nudillos. Sabía que no había nada que pudiera decir que le hiciera ver que a mi padre no le desagradaba. La única persona que podía hacer eso era mi padre.

Así que me senté con Charlie mientras él repasaba lo que sea que Greg le hubiera enviado, y cuando estuvo lo suficientemente distraído leyendo ese informe, besé un lado de su cabeza y fui en busca de mi padre.

Estaba en su oficina. Asomé la cabeza por la puerta y él me sonrió.

—¿Qué estás haciendo, Travis? —preguntó.

Entré y cerré la puerta detrás de mí.

Entonces mi padre dijo:

—¿O debería llamarte Trav ahora?

De buenas a primeras, ahí estaba. Hostilidad disfrazada hacia Charlie.

—¿Por qué estás haciendo eso? —pregunté—. ¿Por qué te burlas de él todo el tiempo?

—Sólo estoy bromeando con él hijo —dijo tratando de reírse—. Divertirme un poco, eso es todo.

—Bueno, no es gracioso, y te pido que dejes de hacerlo. Por favor. —Negué con la cabeza—. Lo estás haciendo sentir como una mierda, y no lo permitiré. —Decir malas palabras a mi padre no era un comportamiento tolerado en esta casa, pero hacía tiempo que ya no me importaba.

—Oh, Travis —dijo ahora más serio—. No quiero decir nada con eso. Tú lo sabes.

Respiré profundamente para que cuando hablara fuera tranquilo y claro.

—Déjame explicarte algo sobre Charlie. Cuando recién lo conocí, tenía verdaderos problemas sin resolver con su padre muerto. Fue horrible con él, papá. Simplemente horrible. Y de toda la gente que Charlie quería venir aquí e impresionar, eras tú. Estuvo a punto de enfermarse preocupándose por lo que pudieras pensar de él. —Tomé una respiración profunda—. Te voy a decir una cosa, papá. No volveré aquí sin él. Y si el año que viene decide que no puede hacerlo, si no puede afrontar el rechazo de otro padre, entonces dejaré que tú le digas a mamá por qué no estaré aquí para el Día de Acción de Gracias.

Lo dejé atónito, sin importarme si la puerta se cerraba detrás de mí. Agarré mi abrigo con un corazón palpitante, necesitando el aire fresco y frío que me golpeó cuando salí. Sin confiar en mí mismo para controlar mis emociones, seguí caminando por las puertas que conducían a la parte trasera del rancho hasta la línea de árboles donde había pasado muchos días cuando era niño. Había estado aquí con Ryder cuando éramos jóvenes, trepando a los árboles y robándonos uno o dos besos. Más tarde, especialmente después de que Ryder se fue, pasé tiempo aquí simplemente pensando, reuniendo pensamientos y perspectivas.

Todo el mundo sabía que solía esconderme aquí. Era mi espacio de pensamiento. Charlie tenía la laguna para aclararse la cabeza y yo tenía esto. Era mucho más pequeño de lo que recordaba y su magia había desaparecido. Quizás era el frío lo que hacía que todo pareciera tan malo. No estaba seguro.

Me subí el cuello para protegerme del viento, me metí las manos en los bolsillos y miré hacia la casa. Sabía que si Charlie quería encontrarme, alguien le indicaría la dirección correcta.

Charlie.

No pude evitar pensar en lo que había dicho mi padre. Sabía que no pretendía hacer daño y, a veces, quienes no estaban familiarizados con él pasaban desapercibido su sentido del humor. Pero sus palabras mal dirigidas me habían herido, y no podía imaginarme, ni por un segundo, que él me dijera lo que el padre de Charlie le había dicho. Mi padre no pretendía hacer daño con sus bromas juguetonas, pero el padre de Charlie tenía la intención de herir y degradar. Y aunque una pequeña disputa con mi padre me dejó el corazón dolorido, no podía empezar a entender lo que Charlie debió haber sentido cuando su padre lo hizo marcharse.

Pero una cosa sabía con certeza. Si tuviera que elegir entre mi vida con Charlie en Australia y la aprobación de mi padre, sabía cuál elegiría.

En realidad, no era una elección de ninguna manera.

Porque sería Charlie. Siempre.

Me senté entre los árboles el tiempo suficiente para aclarar mi mente y calmar mi

temperamento. Regresé a la casa con la intención de pedirle perdón a mi padre. No iba a disculparme por aclararle que Charlie y yo seríamos para siempre, pero lo insulté en su casa, y eso fue una falta de respeto.

Entré por la puerta principal, colgué mi abrigo en el gancho y caminé por el tranquilo calor de la casa para encontrar a mi madre en la cocina.

—¿Dónde está papá?

Asintió hacia la ventana hacia fuera y me sonrió.

—Aparentemente alguien le dijo algo.

Caminé hacia las puertas de vidrio que conducían al jardín y me detuve ante lo que vi. Charlie estaba en el granero sosteniendo las correas de dos caballos ensillados y pude ver su sonrisa desde donde estaba. A pesar de llevar un abrigo enorme y estar expuesto al frío, se reía de algo; entonces mi padre salió del granero. La sonrisa de papá era amplia y cálida. Agarré la manija de la puerta, pero antes de que pudiera salir, mi madre dijo:

—Déjalos en paz, Travis.

Me volví para mirarla mientras ella ponía dos tazas de café en el mostrador.

—Ven a sentarte conmigo —dijo.

Saqué un taburete en el mostrador de la cocina, mi madre se detuvo al lado de la cocina, apoyada contra el gabinete y esperó a que hablara. Me calenté las manos alrededor de la taza de café.

—¿Te dijo lo que le dije? —le pregunté en voz baja.

Mamá tomó un sorbo de café.

—Me lo resumió.

Suspiré.

—Maldije y quería pedirle perdón.

Mamá me sorprendió sonriendo. Dejó su taza.

—Estoy segura de que ha oído cosas peores. No pretendía hacer que Charlie se sintiera incómodo.

—Sé que no lo hizo —dije—. Pero Charlie... Bueno, tal vez estaba en vilo, ¿sabes? Charlie estaba muy nervioso por conocerlo. Y necesito que se lleven bien, mamá. No sólo por el bien de Charlie, sino también por el mío.

—¿Quieres saber qué creo que fue? —preguntó con una sonrisa de complicidad—. Creo que tu padre estaba un poco celoso.

—¿Celoso? —me burlé—. ¿De quién?

—De Charlie, por supuesto.

Parpadeé un par de veces.

—¿En serio? —Nunca lo hubiera pensado.

—Charlie es un ranchero brillante, ¿no?

—Granjero —corregí—. Allí no los llaman rancheros mamá. Pero sí, lo es. Muy brillante. Pero papá también lo es.

Mamá sonrió.

—Sí, lo es. Gestionamos cuarenta y una hectáreas, una tierra muy productiva y muy fértil. Dos veces al año vendemos unos cientos de cabezas de ganado. Lo sabes. ¿Cuántas vendéis allí?

—Unas dos mil quinientas cabezas, dos veces al año.

—¿En cuántas hectáreas?

—Eh, bueno...

—¿Cuántas?

—Un millón... y once mil.... Más o menos.

Mamá se rio.

—¿Ves lo que estoy diciendo, Travis?

—Pero no es así, mamá. Es muy diferente allí.

—Aún más razón.

—Y Charlie es diferente mamá. Sí, no es uno de los ganaderos más exitosos del territorio, si no del país. Pero nunca lo sabrías. Es humilde y agradecido. Es muy centrado, mamá.

—Lo amas —dijo. No fue una pregunta.

—Más que la vida misma, mamá.

—Puedo ver eso. Dios mío, todos podemos verlo.

Sonréi mientras tomaba un sorbo de mi café.

—Sé que Australia está muy lejos y eso no facilita las cosas. Pero, mamá, no me imagino viviendo en ningún otro lugar.

Asintió pensativamente y luego sonrió.

—¿Recuerdas cuando solicitaste ese programa de intercambio?

—Por supuesto. Ya hablamos de esto antes, mamá.

Me ignoró.

—Tenías una lista de ranchos para elegir, y cuando leíste Estación Sutton, ya no ibas a ningún otro lugar.

Pensar que esta sería una de esas conversaciones que repetiría hasta que todas las personas con las que hablaba lo supieran palabra por palabra, hizo que le siguiera el juego.

—¡Lo sé! Le dije eso a Charlie. No creo que me creyera.

Mamá se rio en voz baja.

—Pasara lo que pasara, ibas a la estación Sutton.

Me reí del recuerdo. Puse un círculo rojo alrededor del nombre y supe, Simplemente lo sabía, no iría a ningún otro lado. Estación Sutton: la más remota de todas mis opciones, el rancho más desolado y aislado de la lista.

—Ciertamente lo sabía.

Mamá me sonrió cálidamente.

—Y ahora sabemos por qué.

La miré directamente a los ojos y asentí.

—Fue el destino o algo así.

—¿Algún plan más para una boda? —preguntó, tratando de parecer indiferente, pero me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Bueno, no es una boda oficial, al menos no de esa manera.

Me lanzó una mirada que sólo una madre puede dar.

—¿Oficial? ¿Qué tiene esto de no oficial?

Me estremecí, probablemente ya había dicho demasiado.

—Bueno, Australia no reconoce el matrimonio entre personas del mismo sexo, mamá. Así que celebramos nuestra propia ceremonia. —Las cejas de mi madre casi desaparecieron en su cabello—. No, no —agregué rápidamente—. No fue un *ceremonia* en sí. No hubo oficiante ni testigos. Éramos solo él, yo y el desierto. Nos hicimos promesas de por vida, y Charlie me regaló esto —dije sacando mi collar.

Le mostré el colgante con doble estampado.

—¿Ves? Es mitad Sutton, mitad Craig. No fue una boda mamá, que no cunda el pánico. Pero él me dio esto —todavía sostenía el colgante—, y tomó mis manos y juró que me amaría todos

los días para siempre, y para mí, mamá, eso es todo lo que necesito.

—Oh. —Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas—. Vas a arruinar mi maquillaje —dijo agitando las manos frente a sus ojos.

—No llores —dijo suavemente—. ¿Quién sabe? Un día tendremos una boda real. Incluso te dejaré planificar todo si quieres. Dios sabe que Charlie no querrá saber nada al respecto. —Resoplé—. Simplemente no ahora. Estamos contentos con las cosas tal como están mamá.

Respiró para calmarse y negó con la cabeza.

—Lo sé. Sólo quiero que seas feliz, Travis.

—Lo soy, mamá.

—¿Y él te cuida?

—De la mejor manera posible —dijo—. Cuando sufrí la intoxicación alimentaria... bueno, él fue muy bueno conmigo. Me lavó y me cuidó durante días, mamá.

—Me llamó, ¿recuerdas? —dijo mamá—. Quería saber qué podría hacer por ti para que te sintieras mejor.

Me reí.

—¿Lo ves?

Mamá me dio una sonrisa triste y dejó escapar un largo suspiro.

—Siempre desearé que no estuvieras tan lejos.

—Lo sé —le dije—. Estaba pensando que tal vez papá y tú podríais visitarnos el próximo año. Quiero decir, Charlie quiere que vengamos aquí cada año para el Día de Acción de Gracias, pero tal vez pudierais visitarnos a principios de año.

Mamá se animó.

—¿En serio? Me encantaría ir.

—Me encantaría que lo vieras, mamá. No hay un lugar más hermoso en el mundo. Y podrás conocer a todos. Te encantarán. Son muy buena gente. Y puedes ver a Charlie en su elemento. Oh, deberías verlo. Cuanto más duro es, más brilla.

—Está bien, está bien —dijo riendo—. Se lo diré a tu padre y veré qué podemos arreglar.

—No necesitáis una invitación. Podéis aparecer cuando queráis. Aunque probablemente no recomendaría el verano.

En ese momento, un coche se detuvo frente a la casa. Era mi hermano Michael. Entró sonriendo.

—¿Quién está ganando ahí fuera?

—¿Qué?

Él asintió hacia el camino por donde había venido.

—Pensé que erais Charlie y tú, pero es papá. Están trayendo ganado del prado delantero. Parece que se están divirtiendo.

Todos caminamos hacia la puerta de cristal y nos pusimos los abrigos antes de salir. Michael tenía razón. Papá y Charlie estaban acorralando el ganado. Vimos cómo papá giraba rápidamente a la izquierda y desviaba un novillo errante, el caballo giraba rápidamente. Pero como estaba ocupado, dos novillos se alejaron de la manada. Charlie giró con fuerza su caballo y salió tras ellos a todo galope.

Fue magnífico verlo.

Incluso en un caballo desconocido, se inclinaba hacia delante, inmóvil en la silla mientras el caballo cubría el terreno con fluidez debajo de él. Persiguió a los dos escapistas, tomó la delantera y los hizo regresar. Uno intentó escapar, primero a la izquierda, luego a la derecha, pero Charlie controló su caballo para detenerlo en cada vuelta, hasta que los novillos desistieron

de escapar y se unieron al resto de la manada.

Podía escuchar el “yi-jaw” de mi padre mientras cerraban la puerta desde donde estábamos. Ambos estaban sonriendo y Charlie dijo algo que hizo reír a mi padre. Estaba claro que ambos estaban orgullosos de sus esfuerzos.

No podía quitar mis ojos de Charlie. Mamá dijo:

—Confía en tu padre para encontrar el idioma que ambos hablan.

Michael se rio y pude sentir que me miraba.

—¿Conoces esos dibujos animados en los que tienen corazones latiendo en los ojos? Bueno mírate. —Empujó mi hombro—. Tu hombre sabe montar.

Me sonrojé, lo que por supuesto hizo reír aún más a Michael. Lo empujé hacia atrás.

—Cállate la boca.

Me tocó la cara y forcejeamos un poco, como lo hacíamos cuando éramos niños.

—Chicos —nos reprendió mamá, pero estaba sonriendo.

Le hice una llave de cabeza a Michael justo cuando otro coche venía por el camino. Era mi hermana. Todavía sujetando a Michael con una llave de cabeza, como si no fuera nada fuera de lo normal, miré a mamá.

—¿Vamos a comer todos juntos otra vez?

—Todo el mundo quiere verte mientras estás aquí —dijo—. No parezcas tan sorprendido. Te echaban de menos, ¿sabes?

ME ESTABAN SOMETIENDO A CANTAR un DVD de Disney con mis sobrinos y sobrinas cuando papá y Charlie regresaron del granero. Ambos seguían sonriendo, no había tensión alguna entre ellos. De hecho, puede que hubiera un poco de respeto.

—¿Os divertisteis? —pregunté, levantándome del sofá.

—Nunca dijiste que teníais algunos longhorns —dijo Charlie con los ojos muy abiertos—. ¿Qué tan geniales son?

—No eres texano si no tienes un par de longhorns —dije—. Pero es principalmente Brahman.

Papá me puso la mano en la espalda con una sonrisa que coincidía con la de Charlie.

—Eso fue muy divertido.

—Gracias, papá —dije en voz baja.

—Es un placer —dijo—. Me mantiene joven. —Luego persiguió a mi sobrino de cuatro años y lo abrazó boca abajo, haciendo que el niño gritara riendo.

—Preparaos para el almuerzo —dijo mamá.

Y entonces nos sentamos a disfrutar del típico almuerzo de Craig: la comida de mamá, los chistes malos de mi padre y las risas. Charlie estaba mucho más relajado y sonrió todo el tiempo. Mi padre también.

Charlie incluso volvió a contar la historia de cuando me perdí en el desierto y de cómo fueron mis estudios en diferentes tipos de suelo los que me salvaron la vida. Les contó a todos cómo fuimos a Uluru y King's Canyon, y cómo enloquecía a los guías turísticos con preguntas.

Había vuelto mi Charlie, el que contaba historias y reía sin inhibiciones. Era un hombre diferente al que se sentaba en el estudio angustiado por la preocupación de no agradarle a mi padre.

Por supuesto, era un arma de doble filo, porque mis planes para la tarde se fueron al diablo

cuando mi padre y Charlie pasaron horas y horas hablando sobre precios de acciones, secretos comerciales y trabajo, trabajo, trabajo.

Aunque no me importó. Para nada.

EL DÍA de Acción de Gracias en la casa de los Craig siempre había sido algo importante. A mamá le gustaba decorar, cocinar demasiada comida y hornear demasiados dulces. Era asombroso.

Incluso dejé que Charlie probara un poco de mi helado Blue Bell, lo cual fue testimonio de cuánto amaba al chico, porque en serio, nadie tocaba mi Blue Bell.

Pero el Día de Acción de Gracias también se convirtió en cierto modo en una Navidad anticipada, porque sería la única época del año en la que todos los Craig estaríamos bajo el mismo techo. No había ningún árbol, por supuesto, pero sí regalos y mucho vino. Todos iban a pasar la noche, los niños estaban emocionados de “acampar” en el estudio, y mi madre estaba radiante.

Fuera aullaba el viento, casi nevaba, dentro crepitaba el fuego, teníamos el estómago lleno y nuestras copas de vino siempre estaban llenas. Nos sentamos alrededor de la mesa despejada, todos estábamos felices, sonriendo, se podía sentir a la familia en la sala. Esto es por lo que vine a casa. Esto era perfecto.

Más tarde, todos los niños se instalaron en el estudio y solo quedamos los adultos. Papá, que estaba más que contento por lo que había bebido, puso la música favorita de mi madre y apartó la mesa de café, lo que sólo significaba una cosa.

Habría baile.

Me senté al lado de Charlie, por supuesto, con mi mano en su muslo. Observó cómo mi padre se acercaba a la silla de mi madre y le tendía la mano. Charlie estaba tomando su tercera copa de vino, sus mejillas estaban sonrosadas, sus ojos un poco vidriosos y su sonrisa era cálida. Incluso se sonrojó un poco cuando mis padres empezaron a bailar en la sala.

Y yo pensé, Joder. Durante años, sólo pude ver cómo mis padres, mis hermanos y mis hermanas bailaban con sus parejas. Nunca había tenido con quién bailar.

Empujé mi asiento y me levanté, arrojando mi servilleta sobre la mesa. Sabía que Charlie odiaba bailar, pero necesitaba esto y por eso le tendí la mano.

Los ojos de Charlie se abrieron con lo que estaba bastante seguro era miedo, y resopló.

—Trav...

Mantuve mi mano extendida.

—Por favor, haz esto por mí.

Él me miró y nuestros ojos se encontraron durante unos largos segundos. No sé qué vio en los míos, pero se levantó, tomó mi mano y me dejó llevarlo a la sala de estar.

Entré al espacio de baile despejado y me volví para mirarlo. Estaba nervioso y avergonzado, todo su cuerpo estaba rígido y tenía un sonrojo que le subía desde el cuello hasta las mejillas.

Pero él estaba ahí, en la pista de baile, para mí.

Lo acerqué a mí, con una mano sosteniendo la suya en nuestro pecho y la otra en la parte baja de su espalda. Todavía estaba rígido contra mí.

—¿Charlie?

—¿Mmm?

—Lo estás haciendo bien.

Presionó sus labios contra mi oreja.

—Me vas a poner duro delante de tus padres.

Me eché a reír, haciendo que todos nos miraran. Charlie negó con la cabeza, pero se relajó un poco y comenzamos a bailar lentamente. No importaba que la versión de Charlie de baile lento consistiera básicamente en arrastrar los pies a un ritmo que sólo él podía oír. No importaba de ninguna manera.

—Gracias —le susurré al oído—. Por hacer esto por mí. —Me aparté para poder ver sus ojos, pero nunca dejamos de mover los pies—. Mis padres siempre hacen esto, bailar después de una cena —dije con una sonrisa—. Pero esta es la primera vez que tengo a alguien con quien bailar. Solía sentarme y mirar. Así que gracias.

Charlie me miró fijamente durante un largo rato.

—Gracias por pedírmelo.

Nos acerqué más y apoyé mi cara contra un lado de su cabeza. El aliento de Charlie era cálido en mi cuello donde su rostro descansaba sobre mi hombro. Y bailamos.

En lo que respecta al Día de Acción de Gracias, fue, con diferencia, mi favorito. Y fue el primero, de todos los Días de Acción de Gracias que tuve, que supe lo que significaba estar agradecido.

DEJAR Texas no fue nada difícil. De hecho, lo estaba esperando con ansias. Nos sentamos en nuestro avión, esperando para salir, y Charlie puso su mano en mi rodilla. Probablemente para evitar que rebotara.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—Sí.

—¿Sin arrepentimientos?

—¿Acerca de?

—Dejar a tus padres —dijo encogiéndose de hombros—. Regresar a Australia.

Nos despedimos largamente de mis padres en el aeropuerto. Mamá lloró y papá nos abrazó a los dos, pero fue un adiós feliz, si es que alguna vez existió tal cosa. Le di una sonrisa y deslicé mi mano sobre la suya.

—A casa Charlie —lo corregí—. Me voy a casa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

VOLVER A CASA.

EL VUELO de regreso a Australia fue mucho mejor que el vuelo de ida. Volver a casa siempre parecía el viaje más rápido, pero ayudó que Charlie no estuviera tan nervioso por conocer a mi familia y preguntarse si les agradaría.

De hecho, hubo algunas ocasiones en las que me desperté de un sueño y encontré a Charlie mirando por la ventana. Perdido en sus pensamientos, no sabía sobre qué, pero me miraba y sonreía.

Y no era una sonrisa cualquiera. Era una sonrisa serena. Una especie de sonrisa que surgía de una felicidad interior, como si algo dentro de él se hubiera asentado.

George y Ma nos recibieron en el aeropuerto, y Charlie habló durante casi todo el viaje de tres horas a casa sobre, bueno, todo. Pero el desfase horario nos golpeó a ambos y después del almuerzo, y de contar la mayoría de las historias a todos los demás y darles a Nugget y Gracie grandes abrazos de bienvenida a casa, ambos necesitábamos dormir.

Y no hay nada como dormir en tu propia cama.

Recuerdo caer sobre el edredón, rodear la cintura de Charlie con mi brazo y lo siguiente que supe fue que me desperté cuando el sol del final de la tarde entraba por la ventana.

Y Charlie se había ido.

Lo encontré fuera, apoyado en la terraza y rascándole el vientre a Nugget, ambos disfrutando del calor del sol de la tarde.

Charlie me sonrió cuando salí por la puerta y cuando vio mis botas y calcetines en mi mano, dijo:

—Déjalos. Ven y únete a mí.

Y allí estaba, como me había dicho George una vez, de pie con los pies descalzos sobre la tierra roja, roja.

Entonces hice lo que me pidió y me uní a él. La tierra estaba cálida por encima, fría por debajo y era muy suave. Los finos granos se sentían como seda entre los dedos de mis pies.

—Esto se siente bien —dije.

Charlie sonrió.

—Lo sé. —Volvió a mirar hacia la puerta principal—. Pero tendremos que lavarlos antes de entrar, o Ma se volverá loca.

Me reí.

—¿Hablas por experiencia?

—Oh, sí. Siempre pensé que podía correr bastante rápido, pero te digo que ella puede lanzar una cuchara de madera como si fuera un boomerang.

Resoplé.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Dormiste bien? —preguntó.

—Sí, como los muertos. ¿Y tú?

Asintió y, mientras contemplaba el sol poniente, suspiró. Conociendo a Charlie como lo conocía, sabía muy bien que estaba repasando mentalmente todo lo que teníamos que hacer para compensar las tres semanas que estuvimos fuera y había muchas posibilidades de que empezáramos a las cuatro de la mañana. Su preocupación por hacer las cosas probablemente lo despertó de nuestro sueño desfasado por la diferencia horaria.

—Lo superaremos todo —le dije—. Todos han trabajado mucho mientras estuvimos fuera, así que no tenemos mucho de qué ponernos al día, pero no hay nada que no espere un día, Charlie.

—Oh, sí —dijo—. Lo sé. Estará bien. —Y por lo sorprendido que estaba por mi conversación sobre el trabajo, llegué a pensar que tal vez no estaba pensando en el trabajo.

Suspiró y volvió a mirar el sol poniente. Todo era un cielo anaranjado y rosado contra un horizonte rojo tierra. No había una puesta de sol como ésta en el mundo excepto aquí. No era de extrañar que siguiera mirándolo. Era hermoso.

—Trav, ¿hablabas en serio cuando dijiste que tal vez querías tener hijos algún día?

Bueno, mierda. Eso salió de la nada. Y ahí estaba yo, pensando que estaba pensando en el trabajo...

—Eh, sí. Claro que hablaba en serio. Quiero decir, todavía quiero. Lo quiero contigo, sí.

Sonrió, miró hacia su granja y suspiró.

—Yo también quiero eso.

—¿Tú lo quieres?

Asintió.

—Supongo que de eso se trata todo esto, ¿no?

—¿Todo qué?

—Viniste aquí —dijo simplemente—. Me dijiste que era el destino, y creo que tienes razón.

Realmente no lo estaba siguiendo. Mi cerebro todavía estaba atrapado en que él admitiera que quería tener hijos.

—¿Charlie?

Sonrió y esa mirada serena volvió a su lugar.

—Si no hubieras venido aquí o si no hubieras sido un idiota testarudo y no te hubieras negado a regresar a Estados Unidos, yo todavía sería solo Charlie Sutton. —Negó con la cabeza—. ¿Pero ahora?

—Pero ahora, ¿qué?

—Bueno, mírame —dijo—. Tengo más de lo que legítimamente debería haber creído posible. Tengo este lugar funcionando como una máquina bien engrasada. Tengo en él a las personas que son mi familia, a pesar de que no hay una gota de sangre entre nosotros. Tengo a Sam, un hermano. Un hermano real y a Laura. Quiero decir —negó con la cabeza—, si alguien me hubiera dicho que tendría todo esto hace cinco años, habría pensado que estaba loco. Ya sabes, simplemente no había manera... —Clavó un poco más los dedos de los pies en la tierra—. Y entonces, el año pasado, llegó la pequeña Gracie y es como un pequeño rayo de sol, ¿sabes? Y luego incluso Amos, un adolescente, por el amor de Dios, y pienso: “¿Sabes qué? Creo que podría hacer eso”.

Negó con la cabeza lentamente, como si no pudiera creer lo que decía.

—Y pensé, cuando hablaste por primera vez de niños, el día que nació Gracie, bueno, pensé

que de ninguna manera, yo no. Solo pensé...

—¿Que no te lo merecías?

—Que no sabría ser padre. —Me miró directamente—. Pensé que tal vez me parecería demasiado a mi padre... pero no.

—No, no eres así.

Se encogió de hombros.

—Bueno, lo soy un poquito. Pero creo que tengo las partes buenas de él. ¿Y sabes de qué me di cuenta?

—¿De qué?

—Que cualquier hijo nuestro también te tendrá como padre —dijo con una sonrisa—. Y será increíble verlo.

Oh.

Se rio de la expresión de mi cara.

—No sé qué significa todo esto, Trav. Pero quiero intentarlo. Lo quiero.

No podía creer lo que estaba diciendo.

—¿Qué estás diciendo, Charlie?

—Estoy feliz, Trav. Solo... estoy feliz.

Jesús. Charlie Sutton estaba hablando de tener hijos.

—Eres un hombre desconcertante —le dije.

—Miré algunas cosas mientras dormías.

—¿Cómo?

—Bueno, la adopción no es una opción en el Territorio, al menos no para las parejas homosexuales.

Parpadeé. Creo que me quedé con la boca abierta. Estaba hablando *en serio*.

—Podríamos considerar la subrogación. No sé qué tan legal es aquí. O tal vez podríamos organizar algo en Estados Unidos. Tampoco sé cómo funciona la adopción internacional.

—Eh. —Santo Dios—. Um, bueno, creo que primero debemos casarnos. Y por mucho que nuestra pequeña declaración en la laguna con el desierto como nuestro testimonio fuera real para nosotros, no creo que ningún gobierno, ni el australiano ni el estadounidense, estén de acuerdo.

Charlie sonrió ante eso.

—Bien entonces. Será mejor que organicemos algo más oficial.

Lo miré fijamente.

—Dile a tu madre que tiene un año para organizar algo para cuando la visitemos el próximo Día de Acción de Gracias.

—Charlie.

—Sólo si quieres, claro está.

Resoplé. *Sólo si quería*. ¿Estaba bromeando?

—Por supuesto que quiero hacerlo.

—Bien, entonces —dijo—. El año que viene será.

—Creo que las adopciones pueden llevar años, Charlie —dije—. Yo tampoco lo sé, para ser honesto, pero supongo que no es fácil.

—Está bien —dijo todavía emocionado—. Tenemos años para trabajar en eso. Y no soy exactamente conocido por hacer nada de la manera más fácil.

Ahogué una carcajada.

—¿No es cierto?

Volvió a mirar el sol poniente, la puesta de sol más bonita que creía haber visto en mi vida.

Parecía... alegre.

—¿Estás absolutamente seguro? —pregunté—. Porque si se lo digo a mi madre, no hay vuelta atrás.

Sonrió.

—Nunca hubo vuelta atrás, Trav. No desde el primer día que entraste aquí.

Me asombró. Este hombre perfectamente imposible, tan testarudo y hermoso como el desierto al que llamábamos hogar. Una vez dijo que si le hacías un corte sangraría tierra roja, y no tenía ninguna duda de que era cierto. Sólo que ahora yo era exactamente igual. Este lugar era tanto parte de mí como de él, y estaba seguro, absolutamente seguro, de que la tierra roja que cubría nuestros pies y el suave brillo del sol poniente en nuestra piel era exactamente donde se suponía que debía estar.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

DOS CORAZONES DE TIERRA ROJA.

ACABABA de pasar cinco días con Ernie y Amos, a doscientos setenta kilómetros de la casa, arreglando vallas. Estaba demasiado lejos para seguir viniendo todas las noches, así que acampamos. Era la mejor época del año para pasar un tiempo fuera: abril, durante el otoño australiano, lo que significaba que no había crías de animales que cuidar. Las noches eran lo suficientemente frescas como para hacer una fogata y los días eran perfectos para hacer el trabajo.

Pero tenía muchas ganas de llegar a casa.

No me había afeitado ni duchado en cinco días. Podríamos habernos lavado y habernos dado un baño de gorrión, como lo llamaba Ernie, pero yo estaba cubierto de polvo. Estaba en todas partes. Estaba bastante seguro de que mi cabello rubio era castaño, cubierto de sudor y tierra. Me sentí arenoso.

Y extrañaba a Charlie.

Estaba estresado antes de que me fuera. Su trabajo se estaba acumulando y parecía distraído, así que cuando dijo que esta vez yo estaba en el grupo que iría fuera, pensé que probablemente era algo bueno. Los días separados nos hacían bien. Lo sabíamos. Pero eso no significaba que no lo extrañaría.

Cuando estábamos a unos ochenta kilómetros de casa, la radio de la vieja camioneta cobró vida. Era Charlie.

—¿A qué distancia estáis?

—Alrededor de una hora, un poco menos. ¿Por qué? —pregunté. Parecía estresado—. ¿Qué pasa?

—Nada, no, todo está bien —dijo. Aunque seguro que no lo parecía—. Nos vemos pronto.

Volví a colocar la radio en el clip del tablero y miré a Amos.

—¿A qué se debió la llamada?

Él se encogió de hombros.

—No sé.

Lo dejé pasar, concentrándome en conducir la vieja camioneta por el camino ganadero que se suponía que era la carretera. No lo pensé más hasta que entramos al patio y vi dos Land Cruiser aparcados al costado de la casa.

Algo andaba mal.

Me detuve frente a la casa en lugar de conducir hasta el cobertizo y subí los escalones de la terraza de dos en dos. Abrí la puerta principal, entré al vestíbulo y me quité el sombrero.

—¿Charlie?

—Sí —dijo, aunque su voz sonaba tensa—. Ven aquí.

Antes de que pudiera preguntar dónde demonios era “aquí”, lo encontré en el salón.

Charlie caminaba de un lado a otro, todo nervioso, usando pantalones de traje, que nunca lo había visto usar. Llevaba una impecable camisa blanca con botones, un chaleco color carbón ajustado a la cintura y una corbata plateada. Estaba vestido muy elegante y dulce madre de Dios, nunca lo había visto tan bien.

Pero caminaba de un lado a otro, tocándose del pelo y con aspecto de estar a punto de vomitar.

—Charlie, ¿qué pasa? ¿Qué está sucediendo?

Me miró y soltó una carcajada. Sonaba casi maníaco.

—Ay, Dios —murmuró y volvió a pasarse la mano por el pelo.

Estaba a punto de perderse. Esa era su mirada de “estoy a punto de enloquecer”. Me acerqué a él y tomé su rostro entre mis manos.

—Está bien, Charlie, respira conmigo. Toma una respiración profunda.

Me miró, sus ojos marrones buscaron los míos, llenos de confianza y rayando en el pánico, y respiramos juntos.

—¿Dime qué está pasando?

Negó con la cabeza y volvió a reír. No fue un sonido particularmente feliz.

—Lo he arruinado. Se suponía que iba a ser una sorpresa, y que iba a ser genial e increíble, pero luego pensé que realmente no debería ser una sorpresa, es algo que deberíamos haber hecho juntos, y entonces comencé a enloquecer y tu madre y tu padre están aquí y...

—¿Espera? ¿Mamá y papá están aquí? —Miré alrededor del salón, finalmente observando las flores frescas, las decoraciones—. Charlie, ¿qué está pasando?

Metió la mano en el bolsillo y cuando la sacó, estaba temblando. En su palma había dos anillos.

Oh.

Oh, santo y dulce niño Jesús. Llevaba dos anillos en la mano.

Y entonces cayeron las lágrimas y se las secó con el dorso de la mano.

Deslicé mi mano alrededor de su cuello y lo acerqué a mí.

—Oye —susurré—. No llores.

—Lo arruiné.

Jesús. Parecía que hoy era el día de mi boda.

¡El maldito día de mi boda!

—No arruinaste nada —le dije—. No es que esté completamente seguro de lo que está pasando, pero estoy seguro de que no arruinaste nada.

Retrocedió un poco. Tenía los ojos todavía llenos de lágrimas y habló al suelo.

—Se suponía que iba a ser una sorpresa. Quería que todo fuera perfecto y romántico, y tu madre y yo hemos estado organizando esto durante semanas e iba a ser perfecto, pero entré en pánico.

Incapaz de soportar verlo molesto, lo acerqué a mí una vez más, probablemente ensuciando su limpia camisa blanca. Se aferró a mí con tanta fuerza. Le froté la espalda.

—¿Hoy es el día de nuestra boda?

Asintió contra mi cuello y gimió un sonido triste.

—Oh, Charlie.

—Lo lamento. Sería una sorpresa. Pero no podría hacerlo sin ti aquí. Arruiné todo. Probablemente tu madre me odie. Vinieron hasta aquí y me asusté delante de todos.

Besé un lado de su cabeza para evitar sonreír justo cuando se abrió la puerta y entraron mis

padres, seguidos por Ma y George. Todos estaban vestidos con la ropa más elegante que jamás les había visto usar y mamá me sonrió con el ceño fruncido cuando me vio sosteniendo a Charlie. Hombre, era bueno verlos.

—¿Estáis todos bien? —preguntó mamá.

Le sonreí.

—Estamos bien.

Charlie se enderezó y se secó la cara.

—Lo siento mucho, señora Craig. Esto no es lo que planeamos y lo arruiné. Pero yo...

Mamá puso sus manos sobre los brazos de Charlie.

—Oh, dulce muchacho. No te disculpes.

Charlie asintió.

—No debería haber intentado hacerlo sin él. —Me miró—. Deberíamos haber hecho esto juntos. Lo lamento.

—Bueno, probablemente deberíamos haberlo hecho juntos —estuve de acuerdo. Fue muchísimo para asimilar, pero fue dulce. Nunca pensé que Charlie alguna vez querría algo así, y mucho menos sería quien lo planeara. Incluso organizó para que mis padres llegaran antes. Se suponía que llegarían aquí la siguiente semana... En ese momento, entró en la habitación una mujer a la que nunca había visto antes.

—¿Todo bien? —preguntó con una sonrisa amable y esperanzada.

Charlie se enderezó un poco, obviamente sintiéndose un poco tonto.

—Travis, ella es Mary Roberts. Mary, él es Travis. —Me miró y frunció el ceño—. Mary es la ministra que nos iba a casar.

Oh. Le sonreí y luego miré a Charlie.

—¿Qué quieres decir con iba?

Tragó con fuerza.

—Bueno, lo arruiné.

Lo acerqué a mí y les sonreí a mis padres.

—No arruinaste nada, Charlie. Dame diez minutos y me vestiré.

Charlie se apartó de mis brazos, con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

Me reí de él.

—Sí, en serio. ¡Mírate! —Lo miré de arriba abajo—. Vistes un traje... bueno, más o menos. Pantalón de traje y chaleco con corbata. Y bueno tu camisa era blanca. —Ahora estaba arrugada y manchada de tierra roja.

Charlie sonrió y, aunque miró al suelo entre nosotros, pude ver el sonrojo en sus mejillas. Cuando levantó la vista hacia mí, se estaba mordiendo el labio inferior.

—Iré contigo —dijo—. Para vestirte.

—No, no lo harás —interrumpió mamá, poniendo sus manos sobre los hombros de Charlie y alejándolo—. Trav, date prisa, amor. Diez minutos.

Mi madre se apresuró a agarrarme. Casi me abrazó, pero miró el estado en el que me encontraba y me mantuvo a distancia.

—Te abrazaré más tarde. —Miró horrorizada mi cara sin afeitar, casi con barba, y agitó la mano hacia ella.

—Sí, mamá. Me afeitaré.

Jesús. Un hombre adulto el día de su boda, que todavía recibía sermones de su madre.

El día de su boda.

Santa mierda.

—Vamos, hijo —dijo papá con una sonrisa—. Todos están esperando.

Siete minutos más tarde, después de haberme lavado el cuerpo y el cabello para deshacerme de la suciedad, me detuve frente al lavabo del baño con toda la intención de afeitarme.

Excepto que mis manos habían comenzado a temblar y de alguna manera no paraban. Quería decir, era estúpido. No estaba nervioso. Casarme con Charlie era lo más acertado que haría en mi vida, pero lo repentino, la total falta de advertencia, me dejó desconcertado.

Me apoyé en el lavabo con nada más que una toalla alrededor de mi cintura y, agachando la cabeza, respiré para tranquilizarme.

Cuando alguien llamó a la puerta.

Mmm, mierda.

—¿Quién es?

—Travis, soy yo. —La voz de mi padre sonó suave al otro lado de la puerta—. ¿Puedo entrar?

—Sí.

Sonrió mientras caminaba hacia el baño. Sus ojos estaban llenos de conocimiento y amor.

—Ma está haciendo guardia en el pasillo en caso de que Charlie intente entrar. Pensé que me iba a dar una tarjeta al pasar.

Resoplé.

—Es la única aquí con la que no discutiré.

Papá sonrió.

—Sueno familiar. —Me miró durante un largo segundo—. ¿Estás bien?

Me unté la cara con crema de afeitar y me enjuagué la espuma de las manos. Cogí la navaja y me detuve.

—Bueno, lo estaría —dije extendiéndolas para mostrárselo—, si mis manos dejaran de temblar.

Mi padre sonrió y me quitó la navaja. Con un dedo en mi barbilla, me giró la cara y, poniendo la navaja en mi piel, empezó a afeitarme.

—Pensé en venir a ver cómo estabas —dijo—. Recuerdo el día que me casé con tu madre. Me temblaban tanto las manos que me hice varios cortes en la cara. El sangrado tardó unas dos horas en detenerse. Y no tienes dos horas.

—No. No.

Continué afeitándome, estudiando su trabajo mientras avanzaba.

—Charlie está mucho mejor ahora. Pensé que se iba a desmayar antes.

—No puedo creer que haya organizado esto. —Negué con la cabeza y mi padre apartó la navaja rápidamente y me frunció el ceño—. Lo siento.

—Quédate quieto —dijo levantando mi barbilla—. Probablemente debería usar mis gafas para hacer esto.

—Reconfortante, papá.

Sonrió.

—Tu madre ha estado muy emocionada. En realidad, lo dos hemos estado emocionados. —Estuvo en silencio por un rato mientras me afeitaba el otro lado de la cara, golpeando la navaja contra el lavabo después de cada pasada—. Ambos estamos muy orgullosos de ti, hijo.

Oh.

—Perseguiste tu sueño y ahora lo estás viviendo. Y como padre, eso es todo lo que puedo pedir. No éxito ni riqueza, sino felicidad.

Parpadeé para contener las lágrimas en mis ojos.

—Estoy feliz, papá.

Papá sonrió.

—Charlie es verdaderamente un buen hombre.

—Lo es.

—Te pone a ti primero.

—Siempre.

Papá puso la navaja en el lavabo.

—Estaré orgulloso de tenerlo como yerno.

No pude evitar las lágrimas que se derramaron en ese momento.

—Gracias —dije.

Me entregó la toalla facial que estaba doblada.

—Y ni siquiera me importa el hecho de que sea australiano. Mientras sigamos ganando más medallas en los Juegos Olímpicos que ellos, no tendré ningún problema.

Me reí mientras me limpiaba la cara.

—Sí, gracias, papá.

Cuando lo miré, él estaba mirando mi collar.

—¿Esa... es nuestra marca en tu collar?

Oh. Lo había usado durante tanto tiempo que lo había olvidado.

—Sí. —Se lo tendí para mostrárselo—. Tiene la marca de la familia Craig por un lado y la marca de la estación Sutton por el otro. Charlie también lleva una. Él los hizo hacer para nosotros.

—Oh. —Mi padre parpadeó un par de veces, sus ojos brillaban—. Bueno... bueno, eso es algo realmente agradable. —Luego se recompuso, negó con la cabeza—. Supongo que querrás salir y casarte con ese hombre, ¿eh?

Asentí.

—Sí.

Papá me puso la mano en la cara justo cuando oímos otro golpe en la puerta.

—Michael, Travis —llamó mamá—. Michael, tenemos que irnos.

Papá abrió la puerta.

—Tuve que ayudar al niño para que no saliera como ese hombre Krueger.

Mamá me miró y me dedicó una sonrisa triste durante aproximadamente medio segundo, pero luego se enderezó.

—Tu ropa está colocada sobre la cama —dijo agarrando a mi padre por el brazo—. Vamos, George está esperando.

Cinco minutos después salí. Vestido con pantalones de traje y una camisa blanca, mi chaleco era de un tipo de gris diferente al de Charlie y mi corbata era azul. No sabía si era obra de Charlie o de mi madre, pero habían hecho un buen trabajo al conjuntarlo todo.

Tenía tantas preguntas. Estaba desgarrado. Una parte de mí quería traerlo a nuestra habitación y salirme con la mía con su culo de boda sorpresa, y otra parte quería estrangularlo.

Volvía a pasear por el salón, pero se detuvo cuando me vio.

—Oh, vaya.

Sonreí y me arreglé el chaleco, luego negué con la cabeza hacia él.

—Charlie, tienes muchas explicaciones que darme.

—¿Antes o después? —Miró hacia la puerta—. Supongo que podemos hablar en el camino. Pero lo siento. Todo parecía una buena idea. Iba a ser romántico...

—Espera —interrumpí—. ¿En el camino? —La casa estaba en silencio. Muy silenciosa—. ¿A dónde?

Tomó un respiro profundo.

—Trav, ¿estás seguro de que quieres hacer esto? ¿Casarte quiero decir? Realmente no debería haber hecho el asunto de la sorpresa, puedo verlo ahora.

Presioné mis labios contra los suyos.

—Sí. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—¿Pero cómo es legal? Quiero decir, pensé que no podríamos casarnos aquí, entonces, ¿cómo funciona esto?

Sonrió nerviosamente.

—Bueno, verás, la ministra... ella es kiwi, ¿verdad? Y es legal en Nueva Zelanda, y ella dijo que rellenaría el papeleo como si estuviéramos allí.

Resoplé.

—¿La sobornaste?

Parecía ofendido, pero su sonrojo lo delató.

—Podría haberle pagado por encima de su tarifa habitual. —Frunció el ceño—. Trav no me importa dónde estemos. No me importa dónde sea legal, no me importa. Haré que mis abogados redacten los documentos que te convertirán en mi albacea. Te dará...

Lo besé de nuevo, esta vez con labios sonrientes, para que dejara de divagar.

—¿No tenemos que asistir a una boda? —Giré la cabeza, escuchando cualquier sonido de gente, pero no pude oír nada—. Charlie, dijiste “en el camino”. ¿Qué querías decir?

Sonrió.

—Ven por aquí. —Tomó mi mano y me llevó por el pasillo hasta la puerta trasera. Salimos, donde esperaba ver gente, pero no había nadie. Pero cerca del cobertizo, como si nos estuviera esperando, estaba el helicóptero.

—Tu carruaje.

—¿Charlie?

—Vamos. —Estaba emocionado ahora, sus ojos brillaban. Aun sosteniendo mi mano, saltó de la terraza y casi corrió hacia el helicóptero. Nos abrochamos el cinturón, Charlie lo puso en marcha y tan pronto como estuvimos en el aire y nos dirigimos hacia el noreste, supe adónde íbamos.

Me reí y él me miró y me devolvió la sonrisa.

—¿En serio? —pregunté.

—¿Dónde si no?

No creía que pudiera haberlo amado más de lo que lo amaba en ese momento.

Se estaba haciendo tarde, el sol nos daba un glorioso despliegue de color que sólo él podía, y el desierto estaba más bonito de lo que jamás lo hubiera visto.

Apareció una hilera de camionetas aparcadas y entonces lo vi. La laguna, nuestra laguna, estaba llena de lámparas de aceite tiki y material blanco que fluía. Había mesas y asientos... y gente.

Me quedé atónito, incapaz de apartar la mirada, incapaz de pensar.

—¿Tú hiciste todo esto...?

—Tu madre y yo —dijo—. Ma y Nara también ayudaron. Y George y, bueno, realmente todos arrimaron el hombro.

Charlie bajó el helicóptero justo cuando el Cruiser con mis padres y George se detenía. Los

observé mientras caminaban por el sendero iluminado por lámparas de aceite, mi madre agarraba el brazo de mi padre mientras trepaban el afloramiento rocoso.

—¿Estás bien, Trav? No tienes que seguir adelante con esto.

Giré para mirarlo. No sabía qué decir. No era lo que estaba sintiendo. Me sentí abrumado y atónito.

—Trav estás empezando a enloquecer, ¿verdad? —preguntó rápidamente—. Sabía que era demasiado. Debería haber quitado la plataforma.

Negué con la cabeza.

—Quiero recordar este momento para siempre. Este sentimiento. —Puse mi mano en mi corazón palpitante—. Esto... tú.

Charlie se desabrochó el cinturón y salió del helicóptero. Los rotores se habían detenido por completo y caminó alrededor del frente del helicóptero hacia mi lado. Me desabroché el cinturón de seguridad y me tendió la mano.

—¿Estás listo?

Salí y caminé hacia él, rápidamente juntando nuestros dedos.

—Estoy muy preparado para esto.

Y juntos seguimos las lámparas y caminamos por el sendero familiar hacia la laguna donde todos estaban esperando.

Y me refiero a todos. Trudy, Bacon, la pequeña Gracie con un vestido muy bonito, Nara y Amos, Ernie, Greg y su esposa Jenny, Allan y su esposa y sus tres hijos. Incluso Scott y su esposa estaban allí. Entonces vi a mamá, papá, Ma y George, todos sonriendo, de pie cerca de la ministra.

Charlie y yo caminamos a delante de ellos, de la mano, hasta el frente.

Me había parado aquí una vez antes y le juré a Charlie que lo amaría por siempre. Y ahora lo volvería a hacer.

La ministra nos sonrió a los dos.

—¿Podemos comenzar? —dijo agitando la mano hacia el fondo que era el desierto—, nunca había visto un lugar tan hermoso.

Y tenía razón. La laguna estaba sobre una plataforma elevada, apoyada contra la ladera de una cresta de piedra caliza, y la vista del desierto era espectacular en un mal día. Hoy estaba magnífico. Los colores del cielo se proyectaban sobre la tierra roja, los árboles verdes resaltaban el horizonte.

El Outback ciertamente se lucía hoy.

LA MINISTRA CONTINUÓ:

—Y hoy estamos aquí para celebrar esta unión, este matrimonio de estos dos hombres.

Habló durante un rato, aunque yo no podría decir sobre qué. Estaba perdido, completamente perdido mirando a Charlie, distraído por la forma en que él me miraba. Como si no hubiera nadie más allí, como si sólo estuviéramos nosotros aquí, en nuestro lugar especial, y no pude evitarlo, tenía que, sólo tenía que besarlo. Puse mi mano en su rostro y lentamente presioné mis labios contra los suyos.

Alguien se rio, rompiendo el silencio y haciéndome darme cuenta de dónde estábamos. Miré a mi alrededor y encontré a todos tratando de no sonreír, y luego a la ministra. Creo que ella pudo haber sido la que se rio.

—¿Voy demasiado lenta para ti? —preguntó con una sonrisa.

Asentí.

—Sí.

Todavía tenía mi mano en la cara de Charlie, y él puso su mano sobre la mía y la acercó entre nosotros. Tenía las mejillas rosadas y su sonrisa era adorablemente tímida.

—¿Debo saltarme algo y llegar a la parte buena? —le preguntó la ministra.

Charlie resopló, pero luego asintió.

—Sí, por favor.

Después de algunas risas ahogadas por parte de nuestra multitud, la ministra dijo:

—Bien, entonces. Vayamos al grano. Charles Sutton, ¿aceptas a este hombre, Travis Craig, como tu legítimo marido?

—Sí.

—¿Lo cuidarás, amarás, apreciarás y respetarás mientras ambos viváis?

Asintió y levantó la barbilla.

—Lo haré.

Santo Dios.

—Travis Craig, ¿aceptas a este hombre, Charles Sutton, como tu legítimo marido?

—Sí.

—¿Y prometes cuidarlo, amarlo y apreciarlo, respetarlo mientras ambos viváis?

—Sí —dije—. Lo haré.

—Entonces... —dijo la ministra.

—Espera —interrumpí. Sus ojos se encontraron con los míos y hubo un silencio sepulcral en todo el desierto—. Tengo algo que decir primero.

Charlie parecía alarmado, por decir lo menos.

—¿Trav?

—Quiero decir algo. —Apreté sus manos y sonreí—. Hubiera sido bueno un poco de advertencia para, ya sabes, preparar algo, pero quiero decir algo si te parece bien.

Charlie asintió, claramente nervioso por lo que podría decir delante de todos los que amábamos.

—Charlie, estuve aquí antes y prometí amarte para siempre, y eso nunca cambiará. —Le sonreí—. Veré tu estúpido fútbol e incluso sufriré con el críquet. Soportaré veranos con temperaturas de cincuenta y cinco grados e inviernos bajo cero, días que comienzan a las cuatro de la mañana, y te patearé el terco trasero si es necesario.

Todos rieron.

Le estaba sonriendo ahora.

—Y verás el gridiron y aprenderás las reglas del béisbol. Y llamarás cookie a una galleta, no solo galleta. Y hay muchas posibilidades de que traiga a casa más animales callejeros, y eso te parecerá bien.

Charlie se rio.

—Me parecerá bien.

—No me voy a casar solo contigo, Charlie —dije en voz baja—. También me caso con esta tierra, porque tú eres tanto parte de este lugar como él lo es de ti. Tienes un amor tan infinito como el horizonte, y un corazón de tierra roja. Y será un honor para mí... —me llevé la mano al corazón—, un verdadero honor para mí casarme contigo.

Charlie soltó una carcajada mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Mi madre estaba llorando, al igual que Ma. Incluso George tenía los ojos llorosos. La ministra cerró su librito y se encogió de hombros.

—No puedo superar eso.

Charlie volvió a reír y se secó la cara.

—Sí, me ha dejado sin nada.

Lo acerqué a mí y la ministra sonrió y dijo:

—Vosotros dos sois maridos. Podéis besar a vuestro esposo.

Así lo hicimos.

Y allí, contra el paisaje perfecto y el sol poniente, dos corazones de tierra roja se convirtieron en uno.

EPILOGO

LA HISTORIA DEL TERCER CORAZÓN DE TIERRA ROJA.

DOS AÑOS DESPUÉS DE LA BODA...

—CHARLIE —dije con la mayor calma que pude—. Estará bien.

A decir verdad, yo estaba tan nervioso como él, pero un Charlie nervioso podía convertirse muy rápidamente en un Charlie a punto de perder la cabeza, y no podía permitir que eso sucediera porque hoy era importante.

Estábamos precisamente en Melbourne, esperando en una cafetería. Había estado cálido y soleado hacía apenas una hora, pero ahora era mal día y llovía como si el clima y el estado de ánimo de Charlie estuvieran sincronizados.

—¿Qué pasa si no le agradamos? —preguntó—. ¿Y si ella dice que no?

—Entonces lo intentamos de nuevo —dije tratando de apaciguarlo, lo cual fue una pérdida de tiempo.

Antes de que pudiera discutir, y Dios sabe que estaba a punto de hacerlo, una mujer entró al café y, después de vernos, sonrió.

Medía tal vez un metro sesenta y cinco, tenía cabello rojo y ojos castaños oscuros.

—¿Charlie y Travis? —preguntó. Había un acento. ¿Irlandesa? ¿Escocesa? No estaba seguro.

Charlie se levantó y fue a quitarse el sombrero que no llevaba, así que en su lugar le tendió la mano.

—Charlie Sutton. Y este es mi... esposo, Travis Craig.

—Ryanne Evans —dijo. El acento era definitivamente irlandés. Después de estrecharnos la mano, le pedimos un café y ella respiró hondo—. Entonces... ¿Qué tal estuvo vuestro vuelo?

—Estuvo bien —dijo Charlie. Luego, como divagaba cuando estaba nervioso, no podía callarse—. Aunque puedes quedarte con Melbourne. Está demasiado húmedo y gris para mí. Dame el sol y el desierto cualquier día. —Se encogió—. No es que haya nada malo en Melbourne, por supuesto. Si te gusta la lluvia y el gris, eso es. Quiero decir, no bromeaban cuando dijeron cuatro estaciones en un día.

Ryanne me sorprendió riéndose.

—Un poco nervioso, ¿eh?

Deslicé mi mano sobre la rodilla de él y la apreté, pero sonreí.

—Sí. Estamos nerviosos.

Habíamos hablado con ella por teléfono varias veces y, después de decidir continuar con el siguiente paso, concertamos una hora y un lugar para reunirnos.

—Bueno, no os pongáis nerviosos —dijo con un acento fuerte y una amplia sonrisa—. Meredith me habló un poco de vosotros. Pero ¿qué tal si empezáis por el principio? ¿Cuál es la historia de Charlie y Travis?

Meredith era la estudiante de intercambio irlandesa que había realizado un programa de

diversificación como yo. Había pasado algún tiempo viajando antes de su mes en la estación Sutton, y parte de ese tiempo lo había pasado aquí en Melbourne. Cuando supo que Charlie y yo estábamos buscando opciones para tener hijos, nos dio el nombre y el número de Ryanne.

—Ayudó a otra pareja como ustedes a tener un bebé —había dicho Meredith—. No está de más llamarla. No tenéis nada que perder.

Entonces llamamos. Y tres meses después, nos sentábamos en un café de Melbourne y le contábamos a Ryanne Evans, nuestra posible madre sustituta, la historia de Charlie y Travis.

Ryanne era ruidosa, divertida, obstinada y tenía una chispa de fuego en los ojos. Era una mujer muy vivaracha, y me imaginé que también tenía un temperamento increíble. Estaba bastante seguro de que Ma la amaría.

Cuando le explicamos todo lo que nos trajo hasta aquí, nos preguntó si teníamos alguna pregunta.

—¿Puedo preguntar por qué lo haces? —Me cubrí—. ¿Para extraños, como nosotros?

—Porque puedo —respondió ella seriamente—. Y porque quiero. Y porque no permitiré que ningún funcionario del gobierno me diga cómo vivir mi vida. Es mi vida, no de ellos.

Bueno, si antes Charlie no estaba convencido de que ella era la mujer adecuada para nosotros, ahora lo estaba. Él asintió y sus ojos se pusieron brillantes, y estaba apretando mi mano hasta casi romperme los huesos.

Pero lo sabía. Simplemente lo sabía. Ella sería quien completaría esta familia.

EL DÍA QUE CONOCIMOS A AMELIA...

Charlie y yo nos turnamos para caminar. Había sido un año largo; desde masturbarse y eyacular en una taza hasta el día del parto, todo el proceso había sido prolongado, estresante y, por supuesto, completamente asombroso.

Curiosamente, no fue Charlie quien se asustó más. Fui yo. Ryanne estaba en Melbourne, a unos dos mil doscientos kilómetros de distancia. No parecía lo suficientemente real ni lo suficientemente correcto. Se sentía extraño, como si no estuviera sucediendo.

Charlie había razonado que no tendríamos control sobre nada de lo que sucediera, ya fuera que Ryanne estuviera en Melbourne o en nuestra sala de estar, lo cual, por supuesto, pensé que era una idea mucho mejor.

Tomó mis manos entre las suyas.

—No puede vivir aquí, Trav —había dicho—. Tiene una vida en Melbourne. Sin mencionar que estamos a tres horas del hospital. Al menos en Melbourne tiene instalaciones médicas de última generación.

Sabía que lo que decía tenía sentido, ¡pero éste era nuestro bebé! A todas esos kilómetros de distancia, y todo lo que conseguimos fueron ecografías y facturas médicas.

—No me siento parte de esto —había tratado de explicar—. Quiero ver la barriga creciendo. Quiero escuchar los latidos del corazón y sentir cómo se mueve el bebé.

Charlie besó mis labios y acercó su nariz a la mía, haciéndome finalmente sonreír. Pero antes de que pudiera morir completamente de estrés, Charlie le pidió y Ryanne aceptó, afortunadamente, tener el bebé en el Hospital Alice Springs.

Allí es donde nos sentábamos, nos levantábamos, caminábamos, respiramos lentamente, nos tirábamos del pelo y esperábamos.

Bueno, en realidad, empezamos en la sala de partos, pero cuando el anestesiólogo clavó una aguja en la columna de Ryanne, Charlie se desmayó.

Literalmente.

Otra enfermera y yo lo sujetamos antes de que cayera al suelo, pero Ryanne pensó que sería mejor si ambos esperáramos fuera. Y con la serie de palabras irlandesas de cuatro letras que siguieron con una contracción mal sincronizada, no discutimos.

Así que nos turnamos para caminar, todos ataviados con batas quirúrgicas.

La sala de espera estaba llena. Ma y George, Trudy, Bacon, Grace y su hermano pequeño Lachlan estaban allí. Laura, Sam y Ainsley y su nuevo hijo Jack.

Fueron las dos últimas incorporaciones, Lachlan y Jack, a la vida de Charlie las que dieron el empujón final para que hiciéramos esto. Charlie lo buscó. Lo quería como no podía creerlo, y cuando Sam y Ainsley tuvieron a Jack el año pasado, Charlie estaba molesto y enfadado porque

los gobiernos federal y territorial no permitían que las parejas del mismo sexo adoptaran, y nuestra estudiante de intercambio irlandesa lo había escuchado despotricando. Fue entonces cuando nos dio los datos de contacto de Ryanne.

La mujer que nos daría el mayor regalo.

—¿Señor Sutton? ¿Señor Craig? —dijo una enfermera desde la puerta de la sala de espera.

Todos nos levantamos y la miramos. Tenía el corazón en la garganta, pero Charlie y yo respondimos juntos.

—¿Sí?

—Ryanne preguntó por vosotros. Hay alguien a quién quiere que conozcáis.

Fue como una experiencia extracorporal entrar en esa sala de partos. De alguna manera no había ningún sonido, sólo mi corazón martilleando en mis oídos. Di un paso tras otro, siguiendo a Charlie. Parecía caminar con tanta facilidad, mientras yo pensaba que podría romperme con cada paso u olvidarme de respirar o algo así...

Y allí estaba ella. Ryanne estaba en la cama, con las mantas levantadas y sosteniendo un bulto envuelto. Tuve un miedo fugaz y espantoso de que estuviera a punto de pedir perdón, que hubiera cambiado de opinión... Sentí calor y frío al mismo tiempo, y me costaba respirar.

Entonces Ryanne sonrió y dijo las tres palabras más sorprendentes que jamás hubiera escuchado.

—Tenéis una hija.

Una hija.

Teníamos una niña.

Imaginaba que ambos parecíamos conmocionados y asombrados, probablemente un poco enfermos y sobre todo asustados. Nos sonrió de nuevo.

—Ahora viene la parte importante. —Ryanne miró a la bebé y dijo—: Pequeña preciosa, quiero que conozcas a tus dos papás.

Por supuesto, ambos nos quedamos ahí parados. *Dos papás*.

—Tomad. —Ryanne se rio—. Podéis abrazarla.

Charlie se acercó y tomó el bulto envuelto. Se volvió hacia mí y ambos miramos hacia abajo. Estaba toda rosada y arrugada y tenía un mechón de pelo rojo.

Era perfecta.

Apenas podía verla a través de mis lágrimas, me incliné y la besé en la frente.

—¿Entonces? —dijo Ryanne—. ¿Qué nombre le vais a poner?

Habíamos hablado de muchos nombres e hicimos una breve lista de nombres de niños y niñas, pero ahora que finalmente la conocimos, solo había un nombre correcto.

—Amelia —dije—. Amelia Sutton.

Charlie asintió.

—La pequeña Milly Sutton —susurró.

Y luego lloró.

Dos días después nos la llevamos a casa. Charlie llevó a Milly al interior y nos detuvimos justo

al otro lado de la puerta. Había rosa por todas partes, pancartas y globos, pero lo que me atragantó fue que habían añadido un cuarto gancho para nuestros sombreros y un pequeño par de botas rosas estaban alineadas con las nuestras.

CUANDO MILLY TENÍA DOS AÑOS...

Si alguna vez pudiera viajar en el tiempo, a un yo anterior a la paternidad que se quejaba de estar cansado y ocupado, me gustaría darle un puñetazo a esa versión de mí en los huevos.

Porque como si organizar la estación no fuera lo suficientemente agotador, correr detrás de una niña de dos años que parecía obtener su energía del sol llevó el cansancio a un nivel completamente nuevo. Por supuesto, tuvimos mucha ayuda de Ma, Nara y Trudy.

Pero como sus padres, hacíamos casi todo.

Charlie era su papi y yo era su papá. No fue lo que elegimos, fue simplemente como Milly nos llamó y funcionó.

Pero desde sus días de recién nacida, cuando se alimentaba, hacía caca, dormía y gritaba, hasta que pudo gatear, desde el primer diente hasta la primera palabra, esta pequeña niña nos poseyó por completo.

Su cabello rojo ahora estaba en mechones hasta sus hombros, sus grandes ojos marrones estaban muy abiertos y brillantes, y le dio una definición completamente nueva al significado de la palabra obstinada.

Cuando decidimos seguir el camino de la subrogación, acordamos que ambos donaríamos esperma pero no sabríamos cuál sería el implante exitoso. Y aunque se parecía mucho a su madre, estaba bastante seguro de que me miraba con los ojos de Charlie. Él no estaba de acuerdo y decía que su risa y su loco sentido del humor eran míos.

Pero no importaba.

Ella era nuestra.

Algunos días, como este, nos despertábamos con la cara llena de pelo rojo o un pie diminuto. Dormía en su propia cama la mayor parte del tiempo, pero a veces se metía en la cama con nosotros en medio de la noche. Su lugar favorito estaba justo entre nosotros, normalmente durmiendo de lado.

No hacía falta decir que hizo poco por nuestra vida sexual.

Pero eso era la paternidad, supuse. Y tampoco ayudaba que la mayoría de las noches nos acostáramos en la cama demasiado agotados como para hacer algo.

Milly se levantaba antes del sol con el resto de nosotros. Se ponía las botas con el pijama y nos ayudaba a hacer las tareas matutinas: alimentar a los perros, las gallinas y los caballos. Ayudaría a GG, que así llamaba al abuelo George, con lo que fuera que estuviera haciendo después del desayuno, y luego ayudaría a Ma y a Nara después del almuerzo.

Tenía a Gracie y Lachlan con quienes jugar, lo que hacía la mayoría de los días, y también a la nueva bebé de Nara y Amos. Algunos días, la estación Sutton era un auténtico centro para cuidar niños, pero Milly no estaba demasiado interesada en otros niños. Su verdadero cómplice

era Nugget.

Los dos conspiraban, lo juraba. Se podía oír el arañazo de las garras de Nugget en las tablas del suelo y luego el golpeteo de las botas de Milly. Escucharías travesuras en la cocina, más carreras y chillidos, y luego los encontrarías a ambos escondidos en el armario de Milly comiendo galletas y manzanas.

Cuando abríamos las puertas para atraparlos, era difícil saber cuál sonreía más.

Charlie usualmente los sacaba a ambos, colocando a Nugget nuevamente en el suelo para que pudiera salir corriendo y sosteniendo a Milly boca abajo y haciéndole cosquillas hasta que ella chillaba.

Realmente era genial con ella, paciente, dulce y gentil. Lo tenía completamente envuelto en su dedo meñique, pero a veces también necesitaba ser dueño de un negocio.

Como ahora, él estaba tratando de hacer el trabajo de oficina, y Milly se le estaba subiendo encima cuando entré, cubierta de polvo por haber trabajado en el campo toda la mañana. Tan pronto como me vio, saltó de Charlie y corrió hacia mí con los brazos en alto.

—¡Papá!

La levanté y la senté en mi cadera.

—¿Has sido una buena niña para papi?

Asintió seriamente.

Charlie negó con la cabeza.

Parecía un poco estresado, así que puse mi dedo en su pequeña nariz de botón.

—¿Qué tal si sales y ayudas a papá y dejamos a papi en paz para que pueda trabajar un poco?

Los ojos de Milly se abrieron como platos y sonrió.

—¡Hurra! —vitoreó ella, tratando de zafarse de mis brazos. La cargué y la acerqué a Charlie.

—Dale un beso a papi —le dije, lo cual ella hizo.

También le di un beso a papi y llevé a Milly a la puerta principal. Se puso el sombrero y salimos.

Los niños de dos años no ayudan precisamente. Pasaba la mayor parte del tiempo saltando sobre fardos de heno, trepando las barandillas del patio de almacenamiento, chapoteando en los abrevaderos y persiguiendo pequeñas lagartijas.

Y pasé todo el tiempo persiguiéndola. Nunca se detenía.

Cuando Ernie necesitó que lo ayudara en el prado sur, George llevó a Milly, muy feliz y muy embarrada, de regreso al interior. Mis oídos ardieron todo el tiempo, así que pensé que Charlie me estaba maldiciendo con cada mala palabra que podía decir por dejarlo para limpiarla y prepararla para la cena.

Sólo que Ernie y yo nos retrasamos y ya era de noche cuando llegamos a casa. Entré, esperando a Milly todavía saltando y a Charlie enfadado conmigo, pero no encontré a ninguno de los dos.

Entré a la sala y estaban recostados en el sofá, Milly acurrucada al lado de Charlie, ambos profundamente dormidos.

Milly estaba usando el brazo de Charlie como almohada, su cabello rojo le cubría la cara y el pecho. Su boquita, un lazo de Cupido rosa, se abría formando una pequeña O mientras dormía, una réplica exacta de la de su papi.

—¿Cuánto tiempo llevan durmiendo? —le susurré a Ma. Ella estaba justo a mi lado, observando a la pacífica pareja.

—Unos veinte minutos —respondió en voz baja. Me sonrió—. ¿Alguna vez has visto algo tan hermoso?

Negué con la cabeza.

—No. Pero lo digo todos los días.

—Iré a prepararle la cama —dijo Ma.

Deslicé mi brazo debajo de Milly y la acerqué suavemente hacia mí. Olía a baño y a talco para bebés, y estaba bastante seguro de que era el mejor olor del mundo. Besé suavemente su mejilla y la llevé a la cama.

Se despertó en mis brazos mientras la acostaba.

—¿Papá?

—Sí, hermosa niña —susurré. Puse su osito de peluche en sus brazos y levanté las mantas—. Tiempo de dormir.

Dejé a Milly profundamente dormida y regresé a la sala de estar para buscar a Charlie. Me incliné y lo besé en la frente, y él se despertó.

—Oye —susurré—. Vamos a la cama.

Con los ojos llorosos y medio dormido, me dio la mano y lo conduje a nuestra habitación. Cayó en la cama.

—¿Milly?

—Profundamente dormida.

Charlie tarareó y cerró los ojos. Me subí, sentándome a horcajadas sobre él.

—Lo que significa que es hora para papá.

No abrió los ojos, pero sonrió.

CUANDO MILLY TENÍA CUATRO AÑOS...

Billy, Ernie y yo habíamos acampado durante la noche para ahorrarnos el viaje de regreso de unos ciento treinta kilómetros, sólo para regresar por la mañana para terminar un tramo de vallado.

Sabía que Ma y George, Amos y Nara estaban en la ciudad, lo que dejó a Charlie a cargo de Milly en casa, solo, durante dos días.

Era media tarde cuando subí las escaleras del porche y entré. Me quité las botas polvorientas y colgué el sombrero en el gancho de la puerta. Podía escuchar la televisión encendida, así que entré primero a la sala de estar.

Y me detuve en la puerta.

Era un desastre impío. Nunca había visto nada parecido. Había ropa y juguetes por toda la habitación, zapatos de disfraces, alas de hadas, ollas y sartenes, cucharas de madera y cojines esparcidos de un extremo a otro de la habitación. Y una especie de fuerte, construido con sillas de comedor y mantas, ocupaba un lugar de honor en el centro de la habitación.

Tenía escrito Huracán Milly por todas partes.

Me quedé atónito y eternamente agradecido de que Ma no estuviera en casa para verlo.

—Um...

Entonces escuché unas risitas y una niña con el pelo desordenado salió corriendo del fuerte. No llevaba nada más que ropa interior y botas, y sostenía a Nugget sonriente. Tenía suciedad o algo así en la cara y volvió a reír.

Intenté contar hasta diez y respirar profundamente.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Entonces mi dulce Milly, de cuatro años, gritó:

—Yipi-tai-e-joeputa.

Ay, madre del amor hermoso.

Acababa de citar *jungla de Cristal*. Bueno, ella lo intentó.

A la mierda contar hasta diez.

—¡CHARLIE!

CUANDO MILLY TENÍA SEIS AÑOS...

Charlie insistió en que Milly necesitaba socializar fuera de la estación.

—Crecer aquí es genial —dijo. Y así era. Milly simplemente prosperó—. Pero lo único que extrañé de esta granja cuando era niño fue ver a otros niños, aprender a hacer amigos y adaptarme a situaciones sociales. No quiero que se pierda nada.

Entonces, cuando la Asociación de Productores de Carne celebró un día de diversión familiar en Alice Springs, Charlie no solo ayudó a organizar el día, sino que estaba decidido a que Milly lo aprovechara al máximo.

Y ella estaba tan emocionada. Habría castillos inflables y un tióvivo. Habría pasteles, dulces, juegos y animales, todo lo que una niña de seis años podría soñar.

Entonces, dejando a Billy y Ernie a cargo en casa, nos fuimos todos. Milly llevaba su mejor vestido y sus botas de montar rosas favoritas. Su largo cabello rojo estaba recogido hacia atrás con una cinta y se veía absolutamente hermosa.

Cuando llegamos, Charlie tuvo que ir a buscar a Greg y Allan primero, así que Milly me agarró la mano.

—Vamos, papá —dijo tirando de mí—. No tenemos tiempo para quedarnos de brazos cruzados.

—¿Qué quieres ver primero?

—Todo.

Trudy y Bacon, con Grace y Lachy, caminaron con nosotros, y los adultos se quedaron de pie y observaron cómo los niños montaban juegos mecánicos, saltaban en el castillo, comían algodón de azúcar, hacían carreras de sacos, lo que fuera, lo hacían.

Finalmente encontramos a Charlie nuevamente. Estaba con Greg y Allan y apenas había trascurrido la mitad del día, pero ya era un gran éxito. Milly corrió hacia su papi y, aunque ya era una niña grande, él la levantó fácilmente.

—¡Papi! —Gritó—. ¡Fui al castillo de saltar! Tuve que quitarme las botas —sacó una pierna para mostrar su bota—, pero le dije a la señora que si alguien las robaba, estaría en muchos problemas porque son mi par favorito. Luego vimos a los animales bebés. Había cabras, papi. Tenías razón. Son tontas.

Greg y Allan se rieron de eso.

—Entonces papá me consiguió algo de hilo de hadas...

—Algodón de azúcar —corregí.

Milly puso los ojos en blanco.

—Es hilo de hadas, incluso la señora lo dijo. Papá me dijo que no te lo dijera. —Se encogió de hombros—. Pero estaba realmente delicioso. Luego nos montamos en la taza de té que giraba

y eso me mareó mucho. —Se rio y se balanceó, imitando cómo la hacía sentir.

—Parece que lo has pasado genial —dijo Charlie, su sonrisa casi igualaba la de ella—. ¿Ves a esos niños de allí? —preguntó señalando algunas mesas donde los niños estaban haciendo arte con arena—. ¿Por qué no vas a ver qué están haciendo?

Él la bajó y ella salió corriendo, su largo cabello rojo ondeando a la luz del sol.

—¿Le diste hilo de hadas, Trav? —preguntó Charlie.

—Es sólo azúcar, Charlie. Está en la feria; le dio un par de bocados.

Greg se rio y le dio una palmada en la espalda a Charlie.

—Dios, parecéis a Jen y a mí.

—Ella es la niña más linda que he visto —dijo Allan.

—Parece un ángel, pero te digo que es difícil —dijo Charlie, pero su sonrisa orgullosa lo delató—. Es tan jodidamente terca.

—Dios —dijo inexpresivamente—. No sé de dónde ha sacado eso.

Greg resopló.

—Sí, yo también me lo pregunto.

Charlie puso los ojos en blanco, muy parecido a lo que había hecho Milly. Pero él sonrió mientras la miraba.

—Puede ensillar su propio pony. Lo alimenta, lo cepilla, camina junto a él. No sé cuántas veces hemos tenido que impedirle que se adentre sola en el desierto.

—Ella sólo viste vestidos o faldas con sus botas, pero es una marimacho de principio a fin —agregué—. Se mete en el cerco con los terneros huérfanos, persigue lagartijas. Esos pequeños lagartos de jardín están bien, pero los de cuello con volantes muerden. Pero eso no la detiene.

Greg nos estaba mirando, todo orgulloso.

—Ha comenzado la escuela, ¿no?

Asentí.

—Sí. Lo hace en casa, a través de aulas virtuales.

Charlie negó con la cabeza.

—La Escuela del Aire hoy en día es un poco diferente a cuando éramos niños.

—Pero a ella le encanta —les dije—. Ma hace muchas cosas con ella. Tiene una habilidad especial para las tareas escolares.

—Y la paciencia —dijo Charlie. Entrecerró los ojos y frunció el ceño—. Ay, no —murmuró.

Todos seguimos su línea de visión para ver que Milly, quien hacía un momento estaba bastante feliz sentada en las mesas haciendo su arte con arena, ahora estaba de pie, señalando con su pequeño dedo a un niño.

El niño se rio y dijo algo más, y observamos desde cien metros de distancia cómo Milly cerraba el puño, lo retiraba y le daba un puñetazo en la boca al niño.

Charlie y yo corrimos hacia donde Milly estaba de pie junto a este pobre niño. Lo estaba amenazando con el puño.

—Las chicas podemos hacerlo —dijo con el temperamento en pleno apogeo.

Charlie la levantó y la sacó de la situación, y yo ayudé al niño a ponerse de pie. Tenía más o menos la misma edad que Milly, unos siete años, y estaba llorando. Huyó en dirección a una mujer que supuse era su madre.

Charlie estaba arrodillado frente a Milly para que estuvieran al mismo nivel de los ojos.

—Milly, no golpeamos a la gente. Está mal pegarles.

Me pregunté qué cojones podría haberle dicho el chico para hacerla reaccionar así. Mi corazón se contrajo cuando me pregunté si él se había burlado de ella por tener dos papás...

rogaba a Dios que no fuera así...

Sus ojos oscuros brillaron y su mandíbula se abultó.

—¡Dijo que las niñas no sabían montar a caballo! —Señaló en la dirección en la que iba el niño—. Y dijo que las niñas no podían ser granjeras. Probablemente pensó que las chicas tampoco podían pelear. —Movié su pequeño puño nuevamente y comenzó a caminar hacia el chico, claramente no había terminado.

—Amelia Sutton —dijo Charlie diciendo su nombre completo, abrazándola para que no pudiera volver con el chico—. No debes golpear a nadie. Ahora quiero que vayas allí y le pidas disculpas.

Los ojos de Milly se agrandaron en una forma de “no puedes hablar en serio” y luego se hundió.

—Pero, papi...

Charlie le sostuvo la mirada y Milly suspiró. Se acercó pisando fuerte a este pobre niño, que había dejado de llorar pero se aferraba bastante a su madre. Milly se detuvo frente a él conmigo y Charlie detrás de ella.

—Mi papi dijo que tenía que pedir perdón —le ladró. Pero su falta de disculpas empeoró. Ella puso sus manos en sus caderas—. Pero no lo siento, ni un poco. Las niñas pueden ser granjeras tan buenas como los niños y apuesto a que yo podría montar a caballo mejor que tú.

Milly resopló y se fue furiosa, dejándonos a Charlie y a mí de pie allí frente a algunas personas atónitas.

—Lo siento —comencé, luego seguí a mi hija.

Charlie se dirigió a la madre por su nombre.

—Becky, me disculpo por ella... —fue todo lo que le oí decir antes de alcanzar a Milly.

La levanté y la llevé de regreso a donde Greg y Allan estaban mirando y claramente tratando de no reírse.

—Milly, esa es la peor disculpa que he escuchado en mi vida —le dije.

Simplemente hizo un puchero y vio cómo su papi se acercaba a nosotros. Entonces vinieron las lágrimas.

—Fue malo conmigo —sollozó inclinándose hasta que Charlie la tomó. Él la abrazó y ella lloró en su cuello—. ¿Por qué fue malo conmigo?

Le bajé el vestido y le alisé el pelo.

—Porque a veces los niños son tontos.

Entonces me miró con sus grandes ojos castaños tristes y lágrimas en sus largas pestañas. Sus bonitos labios rosados estaban fruncidos y sus mejillas estaban húmedas.

—¿Tontos como las cabras?

Charlie asintió.

—Tontos como las cabras.

En ese momento, Ma y George nos encontraron.

—¡Oh! ¿Qué paso? —dijo Ma, poniendo su mano en la espalda de Milly.

—Un niño fue malo conmigo —dijo.

—Así que ella le dio un puñetazo en la boca —dijo Charlie—. El hijo de Dave McPherson.

—Oh. —Ma quedó atónita—. Bien.

Charlie bajó a Milly.

—¿Por qué no vas con Ma y GG y ves si te gusta algún un helado?

Ella se animó y tomó ambas manos, caminando entre ellos.

Greg esperó hasta que ella se fue antes de soltar una carcajada.

—Dios mío —dijo—. Eso fue lo más divertido. Igual que su padre.

Charlie resopló, obviamente no divertido.

Greg puso su mano en la espalda de Charlie y se rio un poco más.

—Me parece recordar a cierta persona en el frente del club, golpeando a un hombre en la boca y todavía tratando de golpearlo cuando la seguridad lo estaba sacando.

Charlie luchó contra una sonrisa.

—Eso fue diferente.

Allan resopló.

—Sí, claro. No, no lo fue.

Greg me sonrió.

—Bueno, ella tiene tu cerebro, Travis, y el temperamento de Charlie. Creo que saldrá bien de aquí.

Esa noche, cuando la estaba acostando en la cama, ella estaba triste.

—¿Qué pasa, pequeña?

Su ceño se hizo más profundo.

—Ese chico...

—Logan McPherson —le dije. Más tarde, Charlie nos dijo el nombre del niño—. Dijo que no podías montar a caballo. ¿Eso te molesta?

Negó con la cabeza.

—Dijo que yo era rara porque tenía dos papás.

Mi corazón se hundió.

—¿Charlie? —llamé.

Llegó a la puerta.

—¿Qué pasa?

Me aclaré la garganta para poder hablar.

—Hoy le dijeron a Milly que es diferente porque tiene dos papás.

Charlie entró directamente y se arrodilló junto a la cama. Puso una mano sobre su cabeza y la otra sobre mi rodilla.

Siempre dijimos que abordaríamos esto juntos, porque era un tema que siempre saldría a relucir en algún momento.

—Milly, mi amor —dijo Charlie—. Algunos niños tienen un padre, otros tienen dos padres, otros no tienen padre. Algunos niños tienen dos mamás, o ninguna mamá, otros tienen una mamá y un papá.

—Pero tengo una madre —dijo en voz baja—. Vive en Melbourne.

—Sí, vive allí —dijo Charlie con una sonrisa. Siempre habíamos sido honestos con Milly sobre Ryanne y cómo funcionaba nuestra familia.

—Y tengo dos papás —dijo.

—Sí, los tienes —le dije frotándole el brazo.

—Y no importa, ¿verdad? —le preguntó Charlie—. No importa quién o quiénes componen tu familia. Mientras seas amada.

Milly asintió.

—Y te queremos mucho —le dije.

—¿Es eso lo que ese chico te dijo hoy? —preguntó Charlie—. ¿Es por eso que le diste un

puñetazo?

Hizo una pausa por un momento, su rostro desgarradoramente triste, luego asintió.

—Oh, cariño —susurré. Me sentí dolido y enfadado porque nuestra pequeña había sido sometida a esto—. Lo lamento.

Charlie le acarició el pelo.

—No importa lo que digan los demás niños, ¿de acuerdo? —dijo con dulzura—. Si alguien dice que eres rara o diferente, simplemente sonrío y di “gracias” porque eso es lo que te hace especial.

Milly asintió de nuevo y sonrió.

—Vale.

Acomodé su osito contra su pecho y los cubrí a ambos con las mantas.

—¿Te divertiste hoy?

Sonrió, sus pequeños dientes blancos en una fila perfecta.

—¡Sí! ¡Mucho!

—¿Cuál fue tu parte favorita? —preguntó Charlie.

—El castillo de saltos y las carreras de sacos con papá.

Me incliné y la besé en la frente.

—Eso también fue mi favorito.

—¿Podemos ir a montar mañana? —preguntó.

Charlie se inclinó y besó la parte superior de su cabeza.

—Puedes apostar que sí.

Nos dijimos buenas noches y salimos, cerrando la puerta detrás de nosotros. Y allí, en el pasillo, me atrajo hacia él.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Estuviste tan bien —murmuré en su cuello.

Se apartó y tomó mi cara entre sus manos.

—Eres el mejor padre que una niña podría pedir.

Sonreí para él.

—Soy el mejor papá, tú eres el mejor papi.

Me devolvió su sonrisa entrecerrada.

—Nos va bien, ¿verdad?

Besé sus labios.

—Seguro que sí.

—Vamos —dijo—. Si vamos a estar fuera toda la mañana montando con ella, entonces puedes ayudarme a hacer las finanzas esta noche.

—¿Me involucra en tu escritorio?

Entró en su oficina. Pareció dudar durante un largo segundo, pero luego me miró de arriba abajo y me dedicó una sonrisa maliciosa. Tenía los ojos oscuros y la voz espesa.

—Cierra la puerta.

CUANDO MILLY TENÍA DOCE AÑOS...

Planificar fiestas de cumpleaños para niñas de doce años nunca fue fácil. Milly era una niña tranquila, nada amaba más que meter la nariz en un libro o montar a caballo por el desierto.

Habíamos invitado a toda la familia, lo cual entusias mó a Milly.

Laura estaba allí, junto con Sam, Ainsley y sus hijos. Trudy y Bacon, y Gracie y Lachy, por supuesto, que eran como primos de Milly. Nara y Amos estaban allí y sus dos hijos, y como mis padres volaron desde Texas, la casa estaba muy llena y ruidosa.

A Milly le encantó.

Su cabello ahora estaba más largo, hasta la mitad de su espalda, todavía rojo pero de un tono más oscuro. Su rostro estaba dejando atrás la infancia y asumiendo la edad adulta con gracia, salvo la infrecuente mancha o grano.

Ella era hermosa.

Era inteligente, un testimonio de la dedicación de Ma a la educación en el hogar y del amor de Nara por la lectura. Todavía usaba vestidos o faldas con sus botas características y todavía cazaba lagartos con sus propias manos.

Y cumplía doce años...

No tenía idea de a dónde se fue ese tiempo ni cómo detenerlo. Estaba creciendo muy rápido.

—¿Estás bien? —preguntó mi madre. Habían llegado dos días antes para ayudarnos a celebrar el cumpleaños de Milly.

—Me preguntaba dónde fue Milly —dije con un suspiro.

—Está fuera —dijo mamá luciendo un poco confundida—. Los otros invitados están llegando...

—No, esa Milly no —dije—. Me refiero a la pequeña Milly, la niña diminuta que olía a talco para bebés, o la Milly de tres años, con el pelo rojo salvaje y una risa traviesa que se metía en nuestra cama a las cuatro de la mañana. O quien se quedaría dormida en la cama de Nugget y se despertaría con bolitas en el pelo. O la niña de cinco años que pintó la pared del cobertizo y a ella misma con aceite de sumidero. Esa Milly. ¿Alguien puede decirme qué le pasó a mi bebé? Juro que ayer estaba aquí...

Mi madre se emocionó hasta las lágrimas.

—Oh, Travis.

Charlie me dio una sonrisa triste y puso su mano en mi cara antes de besarme suavemente. No dijo nada. No tenía por qué hacerlo, porque sabía que él sentía lo mismo.

Mi padre entró con una enorme bandeja de comida.

—Ma me dijo que trajera esto aquí —dijo.

—Correcto —dije, haciendo más espacio en la mesa—. Aquí papá. —Y todos los

pensamientos sombríos que tenía sobre los años que pasaron demasiado rápido desaparecieron cuando la casa comenzó a llenarse de gente.

Invitamos a algunos niños locales, que solo tuvieron que conducir una o dos horas para llegar hasta aquí, y en su mayor parte, Milly se lo pasó genial. Pasaron todo el tiempo fuera, aprovechando al máximo un día más fresco de otoño.

Uno de los niños que hizo el viaje fue Logan McPherson. Vivían a dos estaciones de distancia, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de nosotros, y él estaba en la misma clase de escuela online que Milly. Su madre y su padre lo trajeron, afortunadamente sin mencionar el momento en que Milly le había dado un puñetazo en la boca cuando tenía seis años.

Y la fiesta iba genial, hasta que escuchamos a Milly alzar la voz. Seguí el sonido para encontrarla una vez más dándole al pobre Logan su opinión.

—Puedo hacerlo —le gritó. Él respondió con algo que no pude oír del todo, luego ella se giró y lo miró fijamente—. Como si lo supieras de todos modos.

Trepó a la barandilla de la valla y dejó escapar un fuerte silbido. Su caballo se acercó a medio galope y, con una última mirada furiosa a Logan, saltó de la cerca, agarró la crin del caballo y se levantó, sin bridas ni silla.

—¡Milly! —gritó Charlie a mi lado, pero ya era demasiado tarde. Le dio un arre al caballo con los talones y éste se fue.

Cabalgó bastante bien durante unos doscientos metros antes de perder el equilibrio y caer. Charlie y yo saltamos de la terraza, pero cuando llegamos a la cerca, Logan ya había atravesado la cerca y estaba a mitad de camino. Hombre, el niño podría correr.

Milly se estaba levantando y sacudiéndose el polvo justo cuando Logan llegó hasta ella.

—¡Milly! ¿Estás bien? —gritó—. ¿Estás herida? ¿Milly?

Sin más que un orgullo herido y un ego magullado, Milly lo fulminó con la mirada. Logan levantó la mano y le quitó un poco de pasto seco del cabello, luego, de lo que estaba seguro era alivio, el niño se rio.

Entonces Milly cerró el puño, lo retiró y le dio un puñetazo en la boca.

Cuando terminó la fiesta, y después de habernos disculpado con los McPherson tres docenas de veces, nos sentamos en la terraza a disfrutar del último sol de la tarde.

Milly, que había pasado algún tiempo en su habitación, ahora se sentó con nosotros. Tenía a Nugget en su regazo, boca arriba, rascándole la barriga. Ella todavía estaba haciendo pucheritos.

—¿Quieres decirnos por qué peleasteis Logan y tú esta vez? —preguntó Charlie.

Ella frunció el ceño.

—Teníamos un proyecto de clase que hacer sobre la preservación del agua. El mío era mejor que el suyo, porque yo tenía razón y él estaba equivocado.

Resoplé.

—Por supuesto que lo estaba.

—¿Quieres saber lo que pienso? —dijo mi padre empujando su codo con el de ella—. Creo que Logan podría estar enamorado.

Milly se puso una docena de tonos escarlata y Charlie gruñó.

—Bueno —dijo George en su habitual manera lenta y seca de hablar—. Si es lo suficientemente valiente como para recibir dos ganchos de derecha a la boca y seguir regresando por más...

Charlie gruñó de nuevo. Acaricié su pierna y negué con la cabeza en señal de dejarlo pasar.

—Oye, ¿sabes qué? —dije cambiando de tema. Miré a Charlie y sonreí—. No creo que le hayamos dado a Milly un regalo de cumpleaños de nuestra parte.

—Sí, lo hicisteis. —Todavía estaba rascando la barriga de un Nugget que roncaba—. Me compraste botas nuevas y el último lector electrónico.

Negué con la cabeza.

—No, me refiero a nuestro verdadero regalo.

Sus ojos se abrieron y sonrió.

—¿En serio?

Charlie se levantó y entró, saliendo un momento después con un pequeño joyero. Milly dejó a un Nugget muy descontento en el suelo y se sentó. Abrió la caja y su sonrisa fue instantánea.

—Gracias, gracias —gritó. Saltó de su silla y abrazó a Charlie primero y luego a mí. Milly se sentó en mi regazo y sacó la cadena de la caja—. ¿Puedes ponérmela, papá?

Le quité el collar de plata y busqué a tientas el cierre antes de abrocharlo. Puso su mano en el colgante, el pequeño colgante de plata con la marca Sutton en un lado y Craig en el otro. El mismo colgante que hacía juego con los que sus padres todavía llevaban hasta el día de hoy.

—¡Me encanta! —Gimió emocionada—. Ahora todos tenemos uno.

La rodeé con mis brazos y le di un apretón a mi pequeña, justo cuando Charlie enganchó su pie alrededor del mío.

CUANDO MILLY TENÍA DIECISIETE AÑOS...

No parecía que hiciera mucho tiempo que vimos cómo Nara se graduaba del instituto, y ahora ahí estábamos, viendo a Milly hacer lo mismo.

Charlie se puso de pie, con los ojos llorosos y muy orgulloso, y aplaudió cuando la llamaron por su nombre, y yo justo a su lado. Tenía el pelo gris en las sienes y líneas de expresión en el rabillo del ojo. Sus manos eran ásperas y callosas, manos trabajadoras que todavía me dejaban sin aliento cuando me tocaba.

Ma y George estaban con nosotros, ya eran mucho mayores, pero todavía formaban parte de la familia Sutton. George había reducido su trabajo en la estación, pero todavía se entretenía todos los días, desde el amanecer hasta el atardecer, haciendo lo que podía.

Ma todavía trabajaba en la cocina, todavía le gritaba a Charlie por robar bollos de su mesa como lo hacía cuando tenía veinticinco años.

No sería hogar sin ellos.

Charlie había estado temiendo ese día, el día en que Milly terminaría el instituto y, con toda probabilidad, querría aventurarse en el gran mundo. No es que le dijera a Milly que lo temía. No quería cortarles las alas si ella quería volar.

Pero ciertamente no queríamos que se fuera.

Recogió su certificado, su largo cabello brillante y liso, vestida con un hermoso vestido de verano y sus botas características. Con su cabello rojo, ojos marrones y piel pálida, llamaba la atención tanto de niños como de niñas. Pero ella no estaba interesada en ninguno de ellos.

Bueno, excepto en un niño...

Logan McPherson recogió su certificado y, después de las formalidades y las fotografías, se quedaron hablando.

Se habían rondado el uno al otro desde que tenían seis años. Muy a menudo formaban grupos de estudio online para tomar clases, se llamaban, se comunicaban por Skype y se enviaban mensajes de texto durante años. Ambos eran niños de estaciones remotas; se entendían, pero últimamente las llamadas telefónicas eran cada vez más largas y los mensajes de texto más frecuentes.

Estaba claro que Logan estaba enamorado, y creía que lo estaba desde la primera vez que ella lo golpeó. Pero últimamente, Milly se sonrojaba y sonreía cuando se mencionaba su nombre, y era bastante obvio que enamorarse ahora era una calle de doble sentido.

Intentamos darles algo de privacidad mientras hablaban después de la ceremonia de graduación. Bueno, lo hice. Charlie no. Se detuvo frente a mí para tener una línea de visión clara más allá de mi hombro.

—Déjalos hablar —le dije—. Necesita esto.

Charlie tomó un sorbo de su taza de té y resopló. Su mirada decía sobre mi cadáver.

Luego se enderezó y sonrió, y Milly se acercó furiosa a nosotros.

—Puj. Chicos. —Ella nos miró a Charlie y a mí—. ¿Por qué sois tan difíciles?

Ma se rio.

—Recuerdo una conversación similar con tu padre.

Charlie puso los ojos en blanco.

—¿Qué hizo ahora?

Milly se enfureció.

—Quería saber si yo sería su novia.

Charlie casi deja caer su taza de té.

—¿Qué?

—Lo sé, ¿verdad? —dijo, mirando a un pobre y abatido Logan.

—Milly, cariño —traté de calmarla—. ¿Qué le dijiste? Parece desconsolado.

Levantó la barbilla, como lo hacía Charlie cuando el orgullo estaba a punto de responder en lugar de la lógica o la razón.

—Le dije que no. Porque dijo que si yo no quería serlo, entonces Ashley Johnson lo haría. Como si estuviera tratando de ponerme celosa o algo así, porque Ashley Johnson es una vaca de dos caras que me dijo que él no le gusta, así que eso fue una completa tontería.

Charlie le sonrió con orgullo a nuestra hija.

—¿Y no le diste un puñetazo en la boca?

Milly hizo una pausa por un momento, luego giró sobre sus talones y comenzó a regresar hacia Logan.

—No, pero es una muy buena idea.

La agarré del brazo antes de que pudiera llegar demasiado lejos.

—Milly, no golpearemos a nadie. Hoy no.

Se detuvo y resopló ruidosamente.

—Bien.

—¿Quieres que sea tu novio? —pregunté en voz baja.

Su sonrojo la delató.

—Entonces establece las reglas. No él —ofrecí.

Pareció gustarle la idea, porque con un movimiento de cabeza, una respiración profunda y un movimiento de su cabello, se dirigió directamente hacia él.

No pudimos oír lo que dijo, pero miramos. Claramente estaba estableciendo algunas reglas básicas, puntuadas con un golpe en su pecho de vez en cuando, pero al menos no lo golpeó.

Cuando terminó, se volvió con una sonrisa de satisfacción y caminó hacia nosotros. Logan, con el rostro sonrojado, la vio alejarse con algo cercano al asombro en sus ojos. Y mucho respeto.

Al día siguiente, cuando terminamos nuestro trabajo y el sol estaba bajo, los tres nos sentamos en la terraza. Charlie respiró hondo y habló al horizonte.

—Entonces... Señorita Amelia Sutton, terminaste el instituto —comenzó. Se aclaró la garganta y luchó por hablar—. Supongo que deberíamos empezar a buscar universidades.

Sus ojos se dirigieron a los de Charlie y luego a los míos.

—Hemos hablado de ello —agregué. Y lo hicimos. Dios sabe que lo hicimos—. Y queremos que sigas tu corazón y persigas tus sueños. Hay excelentes universidades en Sídney o Melbourne. Estoy seguro de que a Ryanne le gustaría verte un poco más. O siempre hay universidades en Estados Unidos. Sabes que a la abuela y al abuelo les encantaría que te quedaras con ellos.

—¿Qué? —dijo parpadeando.

—Universidad —dijo Charlie—. Si quieres, claro está. Hay todo un mundo ahí fuera esperando que Milly Sutton le ponga su sello.

Negó con la cabeza, sus ojos marrones grandes y muy abiertos.

—No quiero ir. —Miró a Charlie—. Papi puedo hacer la universidad online, si es necesario.

Charlie se enderezó y tomó su mano.

—No tienes que hacer nada —dijo—. Créeme, Milly. Yo nunca, intentaría enviarte a la universidad en contra de tus deseos. Nunca pienses eso ni por un segundo. —Negó con la cabeza—. Mi padre me obligó hace mucho tiempo... nunca te haría eso.

Milly le apretó la mano.

—No quiero ir. No puedo imaginarme estar en ningún otro lugar. Esta es mi casa. Aquí. Esta estación, este desierto. El ganado, los caballos, la tierra roja. Siempre estaré aquí.

Charlie parpadeó para contener las lágrimas y sonrió como nunca lo había visto.

El teléfono de Milly sonó y sonrió cuando vio quién llamaba. Lo levantó y nos mostró el nombre de Logan.

—Quiere saber si puede llevarme a la ciudad algún día para almorzar y ver una película, ahora que el instituto terminó.

Charlie ignoró el timbre del teléfono durante un largo segundo.

—¿Es eso lo que quieres?

Milly asintió y sonrió.

—Es lo que quiero, papi.

—Entonces dile al chico que sí.

Milly besó la frente de Charlie antes de contestar el teléfono y luego bajó las escaleras de la terraza hacia los establos para hablar en privado. Charlie y yo nos sentamos en la terraza, nuestras sillas mirando hacia el oeste, el cielo naranja y rosa mostrando el sol poniente, observando lo que acababa de suceder.

—Quiere quedarse —susurró.

Me acerqué y tomé su mano; la piel áspera y cálida se sentía como en casa.

—No puedo decir que esté sorprendido —le dije—. Es la mitad de ti.

Giró la cabeza para mirarme.

—Y la otra mitad de ti.

Me incliné, esperando que él hiciera lo mismo. Cuando su rostro estuvo cerca del mío, casi le di un beso y acerqué su nariz a la mía. Más de veinte años después y todavía lo dejaba sin aliento. Sonrió y agachó la cabeza, recostándose en su silla.

Milly llevó su caballo hasta donde estábamos sentados. Puso el pie en el estribo y se subió a la silla con facilidad.

—Sólo voy a dar un paseo rápido —dijo.

—Es casi el atardecer —razoné.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa—. Es mi momento favorito para montar.

No podría discutir eso. También era nuestro favorito...

—¿Qué dijo Logan? —gritó Charlie.

—El próximo lunes —respondió ella, haciendo girar su caballo en un círculo cerrado con habilidad—. Le dije que esta semana estábamos muy ocupados y que estábamos marcando a los años, así que tendría que esperar. —Sonrió—. Ah, y le dije que tenía que venir y presentarse adecuadamente ante vosotros dos. Oficialmente.

Charlie resopló.

—¿Tratando de convertirlo en un caballero?

—No —respondió ella—. Sólo estoy viendo si tiene agallas.

Dicho esto, salió al trote hacia el prado occidental. Charlie me miró y sonrió.

—¿Alguna vez me preocupé por quién dirigiría este lugar cuando no estuviéramos?

Miré hacia donde Milly era solo una llama de caballo y pelo rojo contra la puesta de sol. No había ninguna duda al respecto; su corazón era de tierra tan roja como el nuestro.

—Sí. La Estación Sutton estará bien.

~Fin

NOTA DE LA AUTORA:

Gracias a todos por realizar este viaje conmigo a la tierra roja y el calor abrasador del Outback. Charlie y Travis han sido una gran parte de mi vida estos últimos años y me ha encantado darles vida con palabras.

Gracias por leerlos...

SOBRE LA AUTORA

N.R. Walker es una autora australiana a la que le encanta su género, el romance gay.

Le encanta escribir y pasa demasiado tiempo haciéndolo, pero no lo haría de otra manera.

Es muchas cosas: madre, esposa, hermana, escritora. Tiene chicos muy, muy guapos que viven en su cabeza, que no la dejan dormir por la noche si no les da vida con palabras.

A ella le gusta cuando hacen cosas sucias, muy sucias... pero le gusta aún más cuando se enamoran.

Solía pensar que tener gente en su cabeza hablándole era raro, hasta que un día se encontró con otros escritores que le dijeron que era normal.

Ha estado escribiendo desde entonces...

TAMBIÉN DE N. R. WALKER

ESPAÑOL

[Visitar en Amazon.es](http://Amazon.es)

Sesenta y Cinco Horas (*Sixty Five Hours*)

Los Doce Diaz de Navidad

Código Rojo (*Atrous Series 1*)

Código Azul (*Atrous Series 2*)

Queridísimo Milton James (*Dearest Milton James 1*)

Queridísimo Malachi Keogh (*Dearest Milton James 2*)

El Peso de Todo (*The Weight Of It All*)

Una Navidad Muy Henry

Tres Muérdagos en Raya (*Hartbridge Christmas Series #1*)

Lista de Deseos Navideños: (*Hartbridge Christmas Series #2*)

Feliz Navidad Cupido: (*Hartbridge Christmas Series #3*)

Spencer Cohen, Libro Uno

Spencer Cohen, Libros Dos

Spencer Cohen, Libros Tres

La Historia de Yanni

La Cometa

Davo

Hasta la Luna y de Vuelta

Segunda Oportunidad Al Primer Amor

Venciendo A La Lluvia

En La Tempestad

El Toque Del Rayo

Serie Chicos de la Tormenta Colección

Corazón De Tierra Roja

Corazón De Tierra Roja 2

Corazón De Tierra Roja 3

Floral

TÍTULOS EN INGLÉS

Blind Faith

Through These Eyes (Blind Faith #2)

Blindside: Mark's Story (Blind Faith #3)

Ten in the Bin

Gay Sex Club Stories 1

Gay Sex Club Stories 2

Point of No Return – Turning Point #1

Breaking Point – Turning Point #2

Starting Point – Turning Point #3

Element of Retrofit – Thomas Elkin Series #1

Clarity of Lines – Thomas Elkin Series #2

Sense of Place – Thomas Elkin Series #3

Taxes and TARDIS

Three's Company

Red Dirt Heart

Red Dirt Heart 2

Red Dirt Heart 3

Red Dirt Heart 4

Red Dirt Christmas

Cronin's Key

Cronin's Key II

Cronin's Key III

Cronin's Key IV - Kennard's Story

Exchange of Hearts

The Spencer Cohen Series, Book One

The Spencer Cohen Series, Book Two

The Spencer Cohen Series, Book Three

The Spencer Cohen Series, Yanni's Story

Blood & Milk

The Weight Of It All

A Very Henry Christmas (The Weight of It All 1.5)

Perfect Catch

Switched

Imago

Imagines
Imagoes
Red Dirt Heart Imago
On Davis Row
Finders Keepers
Evolved
Galaxies and Oceans
Private Charter
Nova Praetorian
A Soldier's Wish
Upside Down
The Hate You Drink
Sir
Tallowwood
Reindeer Games
The Dichotomy of Angels
Throwing Hearts
Pieces of You - Missing Pieces #1
Pieces of Me - Missing Pieces #2
Pieces of Us - Missing Pieces #3
Lacuna
Tic-Tac-Mistletoe - Hartbridge Christmas Series #1
Christmas Wish List - Hartbridge Christmas Series #2
Merry Christmas Cupid - Hartbridge Christmas Series #3
Bossy
Dearest Milton James
Dearest Malachi Keogh
Code Red - Atrous Series #1
Code Blue - Atrous Series #2
Davo
The Kite
Learning Curve
Merry Christmas Cupid
To the Moon and Back
Second Chance at First Love
Outrun the Rain
Into the Tempest
Touch the Lightning

EWB

Bloom

TÍTULOS EN AUDIO

Cronin's Key
Cronin's Key II
Cronin's Key III
Red Dirt Heart
Red Dirt Heart 2
Red Dirt Heart 3
Red Dirt Heart 4
The Weight Of It All
Switched
Point of No Return
Breaking Point
Starting Point
Spencer Cohen Book One
Spencer Cohen Book Two
Spencer Cohen Book Three
Yanni's Story
On Davis Row
Evolved
Elements of Retrofit
Clarity of Lines
Sense of Place
Blind Faith
Through These Eyes
Blindside
Finders Keepers
Galaxies and Oceans
Nova Praetorian
Upside Down
Sir
Tallowwood
Imago
Throwing Hearts
Sixty Five Hours
Taxes and TARDIS

The Dichotomy of Angels

The Hate You Drink

Pieces of You

Pieces of Me

Pieces of Us

Tic-Tac-Mistletoe

Lacuna

Bossy

Code Red

Learning to Feel

Dearest Milton James

Dearest Malachi Keogh

Three's Company

Christmas Wish List

The Kite

Davo

Learning Curve

Merry Christmas Cupid

To the Moon and Back

Second Chance at First Love

Outrun the Rain

Into the Tempest

LECTURAS GRATUITAS:

Sixty Five Hours

Learning to Feel

His Grandfather's Watch (And The Story of Billy and Hale)

The Twelfth of Never (Blind Faith 3.5)

Twelve Days of Christmas (Sixty Five Hours Christmas)

Best of Both Worlds

OTRAS TRADUCCIONES

Portugués

Sessenta e Cinco Horas

Italiano

Fiducia Cieca (Blind Faith)
Attraverso Questi Occhi (Through These Eyes)
Preso alla Sprovista (Blindside)
Il giorno del Mai (Blind Faith 3.5)
Cuore di Terra Rossa Serie (Red Dirt Heart Series)
Natale di terra rossa (Red dirt Christmas)
Intervento di Retrofit (Elements of Retrofit)
A Chiare Linee (Clarity of Lines)
Senso D'appartenenza (Sense of Place)
Spencer Cohen Serie (including Yanni's Story)
Punto di non Ritorno (Point of No Return)
Punto di Rottura (Breaking Point)
Punto di Partenza (Starting Point)
Imago (Imago)
Il desiderio di un soldato (A Soldier's Wish)
Scambiato (Switched)
Tallowwood
The Hate You Drink
Ho trovato te (Finders Keepers)
Cuori d'argilla (Throwing Hearts)
Galassie e Oceani (Galaxies and Oceans)
Il peso di tut (The Weight of it All)
Upside Down

Francés

Confiance Aveugle (Blind Faith)
A travers ces yeux: Confiance Aveugle 2 (Through These Eyes)
Aveugle: Confiance Aveugle 3 (Blindside)
À Jamais (Blind Faith 3.5)

Cronin's Key Series

Au Coeur de Sutton Station (Red Dirt Heart)

Partir ou rester (Red Dirt Heart 2)

Faire Face (Red Dirt Heart 3)

Trouver sa Place (Red Dirt Heart 4)

Le Poids de Sentiments (The Weight of It All)

Un Noël à la sauce Henry (A Very Henry Christmas)

Une vie à Refaire (Switched)

Evolution (Evolved)

Galaxies et Océans (Galaxies and Oceans)

Qui Trouve, Garde (Finders Keepers)

Sens Dessus Dessous (Upside Down)

La Haine au Fond du Verre (The hate You Drink)

Tallowwood

Spencer Cohen Series

Alemán

Flammende Erde (Red Dirt Heart)

Lodernde Erde (Red Dirt Heart 2)

Sengende Erde (Red Dirt Heart 3)

Ungezähmte Erde (Red Dirt Heart 4)

Vier Pfoten und ein bisschen Zufall (Finders Keepers)

Ein Kleines bisschen Versuchung (The Weight of It All)

Ein Kleines Bisschen Fur Immer (A Very Henry Christmas)

Weil Leibe uns immer Bleibt (Switched)

Drei Herzen eine Leibe (Three's Company)

Über uns die Sterne, zwischen uns die Liebe (Galaxies and Oceans)

Unnahbares Herz (Blind Faith 1)

Sehendes Herz (Blind Faith 2)

Hoffnungsvolles Herz (Blind Faith 3)

Verträumtes Herz (Blind Faith 3.5)

Thomas Elkin: Verlangen in neuem Design

Thomas Elkin: Leidenschaft in Klaren Linien

Thomas Elkin: Vertrauen in bester Lage

Traummann töpfern leicht gemacht (Throwing Hearts)

Sir

Tailandés

Sixty Five Hours (Traducción al Tailandés)

Finders Keepers (Traducción al Tailandés)

Chino

Blind Faith (Traducción al Chino)

Japonés

Bossy